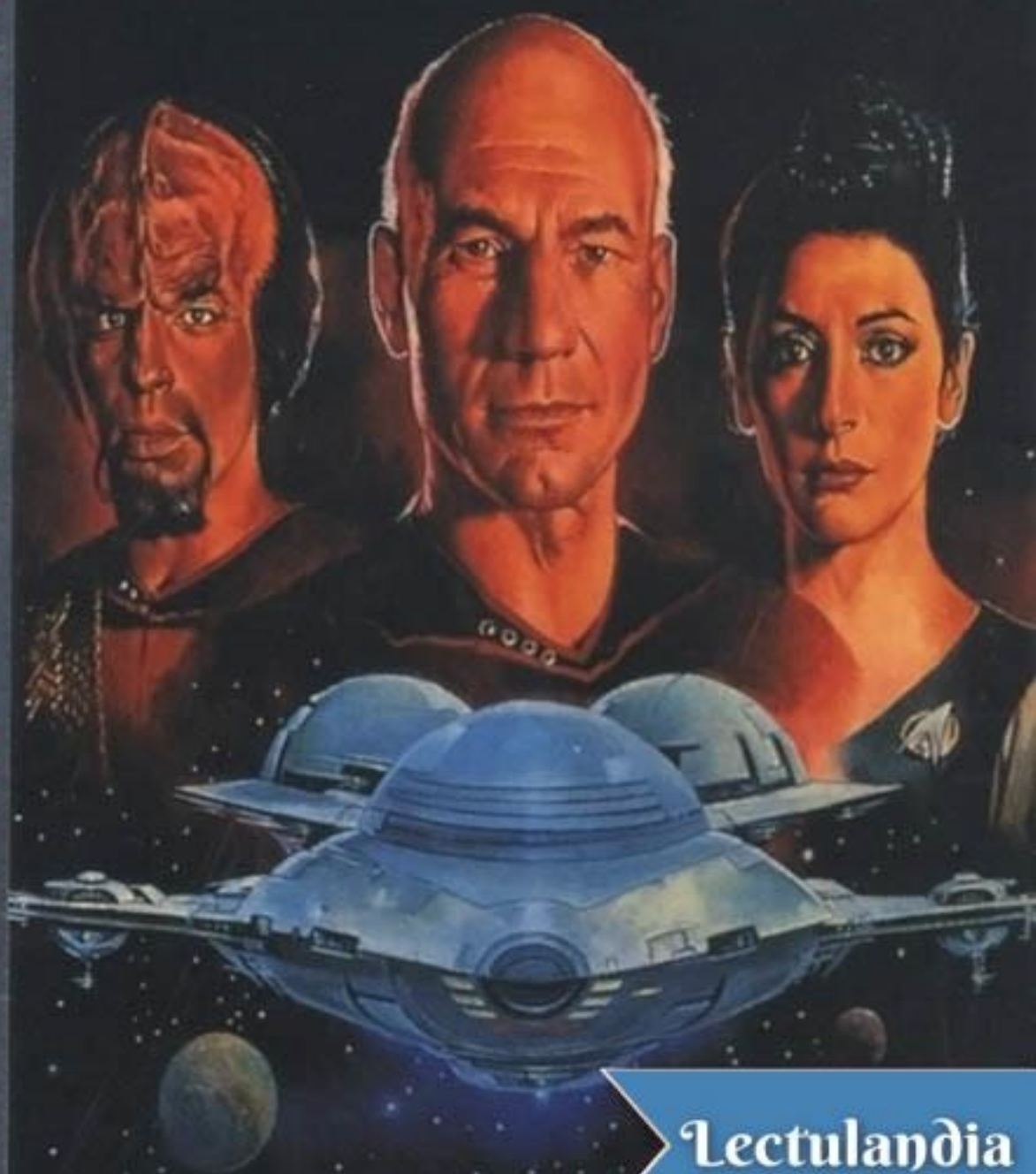


Gene Deweese

Los guardianes de la paz



STAR TREK
LA NUEVA GENERACIÓN®



Lectulandia

En uno de sus viajes, la *Enterprise* localiza una nave aparentemente abandonada. Durante su reconocimiento, LaForge y Data resultan misteriosamente transportados a otra nave, igual a la encontrada por la *Enterprise*, que a miles de años-luz órbita en torno a un planeta similar a la tierra, con la misión aparente de mantener en éste una paz disuasoria. Existen, sin embargo, tensiones entre el planeta y la nave que amenazan con perturbar el equilibrio. Data y LaForge tienen que intentar restablecer la confianza...

Lectulandia

Gene Deweese

Los guardianes de la paz

Star Trek, la nueva generación 2

ePub r1.0

Huygens 06.03.14

Título original: *The Peacekeepers*
Gene Dewese, 1988
Traducción: Diana Falcón
Diseño de portada: SDD (Serveis de Disseny)

Editor digital: Huygens
Digitalizador: Icaza
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Becky Bontreger.
Tú estuviste allí cuando yo no podía
e hiciste por ella más de lo que yo
habría podido hacer...
Gracias.

1

—Fue una caza de gansos salvajes^[1] número uno, pero tengo que admitir que no estoy descontento con eso.

De hecho, el capitán Jean-Luc Picard parecía estar algo más que simplemente «descontento». Una leve sonrisa confería a sus facciones, por lo normal severas, un aire decididamente relajado mientras descansaba su nervudo cuerpo en la comodidad del sillón de mando. En la pantalla frontal, las escasas estrellas de esta remota sección del escudo de Orión retrocedían al acelerar la *Enterprise* a velocidad hiperespacial, en dirección a la Base Estelar más cercana, a cientos de parsecs^[2] de distancia.

Sentado a la derecha de Picard, el primer oficial William Riker sonrió.

—Los ferengi no son la gente más agradable para tratar con ellos, ni siquiera en las mejores circunstancias.

Picard asintió con la cabeza, mientras la sombra de un recuerdo endurecía brevemente su semblante.

—Está desarrollando el don de saber utilizar eufemismos, número uno. Personalmente, yo tampoco pondría ninguna clase de objeción a pasar el resto de mi carrera sin tener que oír el nombre de esa gente.

—Mírelo de la siguiente forma, señor —comentó Riker—. No hemos descubierto ninguna prueba de que los ferengi hayan estado activos en el sector, pero hemos descubierto dos planetas de clase M, desconocidos anteriormente, que podrían estar preparados para contactar con la Federación dentro de pocas generaciones.

—Sí, capitán —le apoyó el teniente Data desde su puesto, situado por delante de ellos—, cualquier misión que lleve al descubrimiento de más de tres mil millones de seres inteligentes no puede ser considerada una caza de gansos salvajes.

Riker sonrió al tiempo que miraba al androide.

—Me sorprende que esté usted familiarizado con la expresión, señor Data.

—Por el contrario, señor, no lo estoy. Quedé perplejo cuando el capitán la utilizó por primera vez. Mi información indicaba que los ferengi, a pesar de que sus valores no coinciden con los de la Federación, no pueden ser considerados «salvajes» en el sentido de que sean incivilizados, bárbaros o primitivos. Tampoco sus ancestros pertenecen a la familia de las aves. Por lo tanto supuse que la frase tenía que ser una expresión figurada del habla humana no incluida en mi programación. En cualquier caso, el subsecuente intercambio verbal entre usted y el capitán me ha permitido, según creo, deducir el sentido aproximado.

Riker se echó a reír.

—¿Y ese significado es...?

Data inspiró y se irguió en su asiento, como si fuera un estudiante al que se le había formulado una pregunta en clase.

—Un proyecto que fracasa porque la información que provocó el inicio del proyecto era falsa o engañosa en parte —respondió, acabando con una mirada interrogativa dirigida a Picard.

—Muy bien, señor Data —dijo el capitán esbozando una sonrisa entre dientes—. Nunca lo he oído definir de una forma más precisa..., en particular por alguien que ha oído la expresión hace tan sólo unos minutos.

—Gracias, señor, pero yo fui diseñado para...

De forma brusca, Data quedó en silencio, con sus luminosos ojos dorados abriéndose más de forma casi imperceptible al parpadear las pantallas de su puesto. Había localizado algo. Sus dedos danzaron brevemente por su teclado, confirmando y ampliando la información.

—Capitán —dijo— los escáneres indican la presencia de un ingenio tecnológico de masa considerable, dirección cero-uno-dos, localización cero-cero-cinco.

—¿Otra nave estelar? —inquirió Picard—. No me diga que es ferengi.

—La masa corresponde a una nave estelar de pequeño tamaño, señor, pero no tiene los motores en funcionamiento.

—¿Una nave abandonada? —Picard se irguió e inclinó levemente hacia delante.

—Es posible, señor, pero a esta distancia...

—En ese caso será mejor que nos acerquemos más. Señor LaForge, modifique el rumbo.

—Sí, señor. —El teniente Geordi LaForge, el vacío inexpresivo de cuyos ojos ciegos cubría un estilizado visor plateado, ordenó el cambio con presteza y pericia.

—Señor Data, pase el objeto a pantalla, máximo aumento.

—Ya está hecho, señor, pero a esta distancia es imposible distinguir ningún detalle.

Picard miró con los ojos entrecerrados la pantalla y el punto indistinto y sin rasgos que aparecía en su centro. Un destello de impaciencia cruzó sus facciones aguilinas, como sucedía en las raras ocasiones en las que se veía obligado a reconocer que, a pesar de lo magnífica que era la tecnología que gobernaba la *Enterprise*, continuaba sin llegar a ser de una infabilidad milagrosa. Tenía sus límites, y el hecho de que él pudiera dar una orden no significaba que, cuando se cumplía, los resultados fueran tan perfectos como él deseaba.

—Teniente Worf —dijo Picard a la vez que se ponía en pie y volvía hacia la sección de popa, donde el klingon controlaba los terminales científicos—, ¿hay algún indicio de formas de vida?

—Todavía no, señor, pero...

—Lo sé, teniente: «Pero a esta distancia no hay forma de estar seguro».

—Sí, señor —tronó Worf a modo de asentimiento—, pero lo que yo iba a decir era que, a pesar de que los sensores no pueden detectar aún formas de vida, hay

indicios del funcionamiento de una fuente energética a bordo de la presunta nave.

—Ahora estamos llegando a alguna parte —comentó Picard—. Teniente Yar, abra las frecuencias de llamada.

—Frecuencias de llamada abiertas, señor —respondió la rubia jefa de seguridad desde su terminal emplazado inmediatamente por encima del área de mando.

—Señor LaForge, avance con energía de impulso el último millón de millas. No se acerque más de nueve mil millas hasta nueva orden.

—Sí, señor, nueve mil millas.

—No hay respuesta, señor —anunció Yar mientras se inclinaba sobre la consola de seguridad.

—Continúe observando, teniente, y transmita nuestras intenciones pacíficas, en todos los idiomas y todas las frecuencias.

—Todos los idiomas, todas las frecuencias, señor.

En la pantalla, el punto central comenzaba a agrandarse. Picard y Riker avanzaron y se detuvieron junto a Data y LaForge, en los terminales de proa, como si al acercarse pudieran acelerar su aumento.

El turboascensor de proa se abrió y la consejera Deanna Troi salió de él, con sus negros cabellos convertidos hoy en una masa de bucles, en lugar del severo peinado recogido en una cola que había estado llevando últimamente. Se reunió con ellos, deteniéndose junto a Picard.

—Percibo expectación en sus pensamientos, capitán —dijo en voz baja.

Picard señaló la pantalla.

—Hay algo ahí fuera —respondió—. Dentro de pocos minutos veremos qué es.

Ella asintió con la cabeza mientras sus ojos abarcaban la pantalla, y luego se deslizaban de forma inconsciente de la pantalla a Riker... y regresaban a su primer foco de atención al cabo de un suspiro.

El punto continuaba creciendo. El primero en hablar fue Data, cuya precisa voz reflejaba la reprimida mezcla de curiosidad y confusión que se apoderaba de él siempre que se encontraba con algo nuevo, algo no incluido o explicado en su fenomenal memoria.

—No observo ningún medio visible de propulsión, capitán. ¿No le parece peculiar que una nave sin sistema de propulsión sea encontrada a casi un parsec del sistema estelar más cercano?

Picard inclinó afirmativamente la cabeza y se aproximó más a la imagen holográfica.

—Los sistemas de propulsión no son necesariamente siempre tan evidentes como una barquilla de propulsión hiperespacial —comentó Riker—. Nuestros motores de impulso, por ejemplo.

—Saliendo de factor hiperespacial cinco, señor —anunció LaForge, y un

momento más tarde la imagen de la pantalla rieló y volvió a solidificarse. El punto, que ahora se agrandaba rápidamente, estaba comenzando a presentar forma y detalles incluso para ojos menos agudos que los de Data y LaForge.

Y, en efecto, no había unidades propulsoras. Cuando la imagen había comenzado a amplificarse por primera vez, le recordó a Riker una versión tosca y roma de la sección del platillo de la *Enterprise*, flotando separada y libremente, pero ahora podía ver que en realidad era rectangular, poco más que una caja errante por el espacio. No sólo no tenía unidades propulsoras, sino que no se veía ventanilla ni abertura de ninguna clase, ni siquiera una sola señal distintiva.

—Los sensores indican total ausencia de vida, capitán —informó Worf desde el puesto de popa—, y una extremada antigüedad.

—¿Cómo de extremada, teniente? —preguntó Picard sin apartar la mirada de la pantalla.

—Al menos diez mil años, señor.

Un leve estremecimiento recorrió la columna vertebral de Picard. A pesar de las décadas que llevaba en el espacio, aún no había llegado al punto en que los descubrimientos, los nuevos indicios de la verdadera inmensidad y diversidad del universo pudiera considerarlos como algo rutinario. Sabía que existían capitanes de naves estelares que afirmaban que después de un centenar de sistemas estelares desconocidos o un centenar de formas de vida ignoradas, ya no quedaba nada allí fuera que pudiera causarles la misma exaltación, la misma estremecedora sensación de asombro, que les había provocado su primer viaje por entre las estrellas. Él no era uno de éstos. Esperaba no llegar a serlo nunca. Si eso sucedía, sería el momento de retirarse a un destino de despacho, entregarle el mando a alguien que aún sintiera un admirado sobrecogimiento cuando contemplara los miles de millones de estrellas, los trillones de parsecs cúbicos que aún estaban por explorar.

—¿Y la fuente energética en funcionamiento, teniente Worf?

—Antimateria estándar, señor, y parece suministrar energía a unos aparatos individuales.

—¿Naturaleza de esos aparatos?

—Desconocida, señor. Están operando a un nivel extremadamente bajo, consumen muy poca energía, como si trabajaran por debajo de su potencia.

Picard frunció el entrecejo, pensativo.

—¿Es posible que se trate de algún sistema de hibernación para pasajeros o tripulantes? Para viajar entre las estrellas en una nave sublumínica, es casi seguro que la tripulación y los pasajeros tendrían que ser mantenidos en estado de animación suspendida.

Worf continuó en silencio, pero la mirada de soslayo que dirigió a Picard insinuaba que sólo los humanos, no los klingon, requerirían ese cuidado.

Durante otro minuto la imagen siguió aumentando, hasta que llenó la pantalla casi por completo.

—No hay ninguna señal de actividad motora, señor, ni siquiera de impulso —informó Data—, y tampoco hay ninguna función aparente de control de posición. La nave está girando a la deriva a una velocidad aproximada de un segundo de arco por minuto. Si no se la detiene, realizará una rotación completa en tres años, setenta y siete días, nueve...

—Gracias, Data —lo interrumpió Picard, estudiando la imagen de la pantalla. Ni siquiera desde esa distancia podía ver rastro alguno de sensores, ni resaltes de ninguna clase, ni tampoco abertura alguna.

—Nueve mil millas y parando, señor —dijo LaForge.

—¿Continuamos sin tener lecturas de formas de vida, teniente Worf?

—Ninguna, señor, de ningún tipo. Si había seres en estado de hibernación, ahora están muertos.

—¿El movimiento propio de la nave con respecto a las estrellas más cercanas, señor LaForge? ¿Nos da la trayectoria algún indicio acerca de su sistema de origen?

—Ninguno, señor. Su movimiento lineal es esencialmente cero con respecto a las estrellas locales.

—¿Estructura interna y atmósfera, señor Data? —dijo Picard, frunciendo el ceño.

—En esencia está trazada como un tablero de ajedrez, señor, con corredores extremadamente estrechos que se cruzan por toda la nave. La fuente de energía de antimateria está en el centro de la nave, moderadamente protegida, rodeada de...

—¿Moderadamente protegida, señor Data?

—Los escudos son de un grado de magnitud inferior a los de la *Enterprise*. La radiación resultante podría, a largo plazo, ser perjudicial para la salud de cualquiera que ocupase la nave.

—¿Podría haberlos matado eso pese a sus receptáculos de hibernación?

—En diez mil años, sería posible, señor.

—¿Pero no presenta ningún peligro para los ocupantes de corto plazo?

—¿Como nosotros mismos, si nos transportamos para observar el interior de la nave? Creo que no, señor.

—Muy bien, señor Data —dijo Picard, haciendo una seña de asentimiento—. Continúe. ¿Hay algún indicio de alojamientos?

—No, señor. Y no hay en ninguna parte de la nave una sola área con atmósfera.

—Esa falta de atmósfera... ¿se debe al diseño de la nave o a un accidente?

—Resulta imposible saberlo, capitán, sin inspeccionar el lugar en persona.

—¿Algo más?

—Cerca del centro, hay una segunda y menor cantidad de antimateria. Su protección es aún más ineficaz que la otra pero, debido a su menor masa, lógicamente

no presenta un peligro de radiación mayor que la masa más grande.

Picard frunció el ceño.

—¿Un arma, tal vez?

—Posiblemente, capitán. Guarda un parecido funcional con nuestros torpedos de fotones, pero a juzgar por su posición próxima al centro de esta nave, no habría posibilidad real de lanzarla.

—Por lo que me han dicho hasta ahora —dijo Picard—, no habría forma de enviar al exterior nada desde ninguna parte de esta nave, excepto por transportador. Todavía no ha encontrado ninguna abertura, ¿verdad?

—Ninguna, señor, pero eso no significa...

—Lo sé. Las puertas o tubos de lanzamiento sellados no son detectables desde esta distancia. Pero aun en el caso de que los hubiera, una sola arma en una nave por lo demás indefensa no tiene demasiado sentido. Tampoco lo tiene la ausencia de propulsión. No podría huir aunque la atacaran.

—Puede que no hayan tenido necesidad de hacerlo —intervino Worf—. He estado estudiando con más atención ciertas lecturas, y ahora pienso que indican restos no operativos de un primitivo dispositivo de camuflaje.

Picard se volvió bruscamente hacia el terminal científico.

—¿No operativos? ¿Está seguro?

—Seguro, señor. Las lecturas indican que toda la fase final del sistema, la fase que de hecho produce el efecto de camuflaje, ha fallado del todo o bien ha desaparecido.

Picard giró sobre sus talones para dirigirle otra mirada ceñuda a la imagen —el enigma— de la pantalla. Durante varios segundos guardó silencio, con una chispa de intenso anhelo en los ojos. Finalmente, suspirando en silencio, retrocedió.

—Número uno —dijo de pronto—, reúna un grupo para salir y transpórtese hasta allí.

Riker sonrió. Picard sabía que el primer oficial le había visto la chispa de los ojos, una chispa que decía que de no ser por los reglamentos, Picard se haría cargo del grupo de salida en persona.

—De inmediato, señor —dijo Riker, haciéndoles un gesto a LaForge y Yar mientras avanzaba con energía hacia el turboascensor frontal.

Con los trajes de efecto-campo activados, Riker, LaForge y Yar se colocaron en los círculos del transportador. Riker le hizo una señal al alférez CarPELLI que estaba ante los controles. En el puente, Picard se hallaba detrás del teniente Data, aún en el terminal.

—Transporte a punto, señor —informó la voz de Riker.

—Buena suerte, número uno —respondió Picard componiendo una débil sonrisa

—. Manténgase en contacto.

—Lo haremos, señor —le aseguró Riker. Su voz se desvaneció en la última palabra cuando el transportador entró en funcionamiento.

Durante un momento sólo hubo silencio, y luego Worf dijo:

—Los sensores indican que el grupo de expedición ha llegado al corredor determinado en la nave alienígena, capitán.

Un instante más tarde, volvió a oírse la voz de Riker, sólo levemente más débil que cuando había hablado desde la sala del transportador, a pesar de que ahora se hallaba a nueve mil millas de distancia.

—Desierta como se había anunciado, capitán —dijo y, un segundo después—: Los tricorders lo confirman, no hay vida a bordo, ni atmósfera ni gravedad. Ni tampoco luz que no sea la que hemos traído nosotros.

Se produjo un breve silencio y luego:

—Estamos en un corredor de menos de un metro de ancho. Es perfectamente recto hasta dónde puedo ver en ambas direcciones; parece más una vía de transporte, un espacio destinado a mantenimiento, que un corredor. Hay paneles en las paredes que recuerdan a...

Se interrumpió.

—Teniente LaForge, ¿por qué no se encarga usted de las descripciones? Supongo que está viendo usted mucho más que Yar o yo.

—Probablemente, señor —admitió LaForge con una leve sonrisa.

Permaneció en silencio durante un momento mientras miraba arriba y abajo por el corredor, absorbiendo la avalancha de información en longitudes de onda que su visor le transmitía directamente a los centros visuales del cerebro. Para cualquiera acostumbrado a la vista normal, habría sido un caos absoluto, pero los años de experiencia lo habían capacitado para seleccionar sin esfuerzo las imágenes deseadas y hacer caso omiso de la confusión de longitudes de onda irrelevantes. El proceso de selección se había transformado en algo prácticamente instantáneo a lo largo de los años, y no requería más concentración que la que necesitaba un vidente normal que quisiera localizar una bandera roja entre un centenar de verdes.

—El corredor continúa alrededor de cincuenta metros en ambas direcciones —informó Geordi—. Hay una media docena de corredores que lo atraviesan a intervalos regulares, y al menos una docena de puertas... paneles, en realidad... a ambos lados. Pero no hay dispositivos ni señales de ninguna clase ni en los paneles ni en las paredes del corredor. Las puertas son lo bastante grandes como para que pasen seres de aproximadamente nuestro tamaño o tal vez algo mayores. El panel más cercano...

—¡Capitán! —interrumpió Worf, su tronante voz cargada de urgencia—. ¡Que los transporten de vuelta, ahora!

—¿Qué...?

—¡El aparato que contiene la masa secundaria de antimateria se ha activado! Al ritmo presente, llegará a una etapa crítica en menos de un minuto. ¡La explosión destruirá la totalidad de la nave con toda seguridad!

2

Picard pulsó la insignia de su uniforme para activar el comunicador.

—Sala del transportador —exclamó—. ¡Traigan de vuelta el grupo de expedición, ahora!

Otra pulsación.

—¡Will, vamos a traerlos de vuelta! ¡Ahí está sucediendo algo!

Volviéndose de repente subió por la rampa hacia Worf y el terminal científico.

—La masa secundaria de antimateria, teniente... ¿tiene las coordenadas?

—Sí, señor.

—En el momento en que el equipo de salida esté de vuelta, a salvo, transmita esas coordenadas a la sala del transportador.

En tensión, aguardó a que le confirmaran el regreso de Riker. En el momento en que llegó, el capitán habló con rapidez.

—¡Sala del transportador! Enfoque las coordenadas que le está transmitiendo el teniente Worf. ¡Transporte el objeto tan lejos de la nave alienígena como pueda, de inmediato! ¡Tiene menos de veinte segundos!

—Sí, señor —dijo un instante después la voz del alférez CarPELLI—. Enfocado ahora, señor.

—Quince segundos para la detonación, capitán —tronó la voz de Worf—. Las lecturas presentan al objeto como algo muy parecido a un torpedo de fotones sin motor acoplado.

—Activado el transportador —anunció CarPELLI—. Transporte de objeto... ahora.

—Cinco segundos —dijo Worf—. El objeto ha desaparecido de la nave abandonada pero aún no... —Una pausa mientras aparecían nuevas lecturas—. La distancia del objeto es ahora de cuatro mil millas respecto de la nave abandonada. Proceso de detonación en marcha.

De repente, la pantalla se llenó con el violento resplandor de la explosión que eclipsó la imagen de la nave.

—Proceso de detonación completado —concluyó Worf, su espalda todavía vuelta hacia la resplandeciente pantalla—. La nave abandonada parece estar intacta.

En la pantalla, el resplandor se desvaneció y reapareció la nave.

Un momento después se abrió el turboascensor frontal y entró el grupo de expedición con un ceñudo Riker a la cabeza.

—¿Qué ha pasado, capitán? ¿Por qué estamos de vuelta?

—Algo... la presencia de ustedes, sospecho... disparó el dispositivo de antimateria —dijo Picard al tiempo que hacía un gesto hacia la pantalla, donde los leves restos de la explosión aún ocultaban la mayor parte del telón de fondo estelar.

—¿Una trampa? —se preguntó Riker en voz alta con el entrecejo fruncido.

Data levantó una mirada curiosa al oír las palabras de Riker, pero no dijo nada.

—Tal vez —respondió Picard—, pero si es así, se trataba de una mortal, y drástica. Si no la hubiéramos transportado al exterior, habría volatilizado la nave.

Riker hizo una mueca.

—Gracias por su oportuna acción, capitán.

—No hay de qué, número uno.

—¿Vamos a regresar?

Picard se volvió hacia los terminales de popa.

—¿Teniente Worf? ¿Puede detectar algún otro dispositivo de esa índole?

—Aparte de la fuente energética central, señor, no hay más indicios de otras masas de antimateria en ninguna parte de la nave. No obstante, la presencia de explosivos no nucleares continúa siendo una posibilidad.

—No es probable —intervino Yar—. Si existieran semejantes dispositivos, sin duda habrían sido diseñados para emplearlos antes que el de antimateria. Difícilmente podrían haberlos preparado para utilizarlos después.

Picard se mostró conforme.

—Estoy de acuerdo, teniente. Ni siquiera existirían después de una explosión de esa magnitud. Pero en un ingenio espacial tan antiguo como éste, la posibilidad de un fallo de funcionamiento no puede ser pasada por alto. Incluso esa explosión podría haber sido uno.

—No lo creo así, capitán —dijo Worf desde el terminal científico—. Las lecturas han indicado una deliberada secuencia de sucesos programada para acabar en la explosión de antimateria que acabamos de presenciar.

—Entonces, ¿cuál era su propósito?

—Parece no ofrecer duda, señor —tronó la voz de Worf—, destruir la nave y cualquier ser que la hubiese abordado o se acercara a ella.

—Eso tiene sentido, señor —asintió Yar—, si nos hallamos ante una especie de puesto militar avanzado. Los dispositivos de autodestrucción son bastante comunes en la historia militar de muchos mundos.

Picard frunció el ceño.

—¿Un puesto militar avanzado? ¿Sin medio alguno de propulsión y sólo un sistema de camuflaje? ¿Y sin armas de ninguna clase excepto un solo dispositivo suicida? —Recorrió el puente con la mirada—. ¿Data? ¿Teniente Worf?

—No hay lecturas que indiquen la presencia de armas, señor —contestó Worf, y luego agregó—: Ningún arma con la que estemos familiarizados, al menos.

—Sin embargo, hay todavía operando una serie de dispositivos desconocidos, señor —intervino Data—. Es concebible que puedan ser armas. Aunque no están totalmente activados, las lecturas indican que contienen algún tipo de circuito vectorial dirigido al subespacio.

—Especifique.

—No puedo, señor. Es imposible saberlo sin examinarlos desde cerca.

—¿Están operando todavía al mismo nivel que antes? —continuó preguntando el capitán.

—Lo están, señor —repuso Data al tiempo que estudiaba rápidamente la información procesada—. No se ha producido ningún cambio.

Riker se volvió para encararse con Picard.

—Necesitamos más tiempo para echarle una mirada, señor.

Picard guardó silencio durante unos instantes, los ojos fijos en la imagen de la pantalla frontal. Luego asintió con la cabeza.

—Muy bien —replicó—, pero estén preparados para que interrumpamos su visita de forma repentina en cualquier momento.

El desnudo pasillo de la nave alienígena adquirió forma en torno a los cuatro miembros del nuevo grupo de salida: Riker, Data, Yar y LaForge. Cuando el halo del transportador desapareció, Geordi sufrió un momento de desorientación, incluso mareo, al hacerse sentir la falta de gravedad. Un sencillo ajuste en su traje de efecto-campo generó una ligera carga magnética que le proporcionó la adherencia suficiente para caminar en lugar de nadar. El silencio que se cerró sobre ellos resultaba inquietante.

—No perdamos tiempo —dijo Riker con una voz que sonaba extrañamente tenue a través de los comunicadores—, y mantengan al máximo los trajes de efecto-campo. Por el momento, permaneceremos juntos. Primero...

—Número uno —lo interrumpió la voz de Picard—, el circuito de autodestrucción parece haber sido reactivado por el regreso de ustedes. Incluso sin el dispositivo de antimateria, cabe la posibilidad de que aún sea peligroso.

—Comprendido, señor. La energía que está utilizando es registrada por nuestros tricorders. Lo comprobaremos de inmediato. Teniente LaForge, abra la marcha.

Estudiando la pantalla del tricorder, LaForge se volvió con lentitud.

—Por aquí —dijo, levantando la cabeza después de un momento—, pero dudo de que vaya a necesitar esto —agregó, señalando el tricorder—. La fuga de radiaciones que escapan del núcleo de antimateria será probablemente una guía bastante eficaz.

Se estremeció un tanto mientras se alejaba por el estrecho pasadizo y los otros lo seguían en fila. La radiación, dura y violenta para su visor, se parecía mucho a la explosión de una fracción de segundo que había palpitado por la *Enterprise* cuando detonó el dispositivo de autodestrucción, un estallido que nadie más excepto él —y los sensores de la *Enterprise*— había percibido. Era en ocasiones como ésta, se dijo mientras avanzaba, que el visor se revelaba tanto de gran ayuda como causa del mayor desasosiego. Él sabía que la radiación del núcleo de antimateria era inofensiva

durante un tiempo no superior al que cualquiera de ellos se vería expuesto; pero aun así su dura y fría luz tenía sobre él un efecto que no le causaba ninguna otra clase de radiación. En alguna parte de la profundidad de su cerebro disparaba una respuesta visceral, un miedo que le era difícil controlar. ¿Una reacción natural a lo letal de tal radiación?, se preguntó.

Volvió a estremecerse, y alejó de sí esas ideas. Tras girar en un último recodo, se halló encarado, no con un panel, sino con un mamparo. Relumbraba con gran brillantez, casi cegadora, a causa de la fuga de radiación. Al desviar su atención al tricorder que aún sujetaba en la mano, vio que identificaba con total precisión las fuentes energéticas. Una, el núcleo principal de antimateria se encontraba a una docena de metros al otro lado del mamparo y en un nivel inferior, debajo de la cubierta y dos capas de escudos protectores. La otra, casi oculta por la radiación de antimateria, estaba justo detrás del mamparo. En apariencia no había acceso de ninguna clase, como si toda la sección central fuera una unidad independiente, destinada a que la reemplazaran ante cualquier avería.

—Nuestros sensores indican que se hallan prácticamente encima del dispositivo, número uno —dijo la voz de Picard a través de los comunicadores—. También detectan que el nivel de radiación está aumentando. ¿Se encuentran bien?

—Hasta ahora, sí, señor —contestó Riker mientras estudiaba su tricorder—. Pero no creo que vayamos a tener la posibilidad de comprobar el dispositivo, al menos no de forma directa. Tendríamos que utilizar las pistolas fásicas para practicar una abertura en el mamparo, y eso no parece prudente ahora mismo. Como usted ha dicho, la radiación va en aumento, y el nivel del otro lado del mamparo está llegando a un punto peligroso.

Riker hizo una pausa y manipuló el tricorder.

—Pero la actividad del núcleo ha aumentado sólo ligeramente. ¿Por qué la radiación está...?

—Creo que yo lo entiendo, señor —interrumpió Data, alzando la mirada de su propio tricorder—. Cuando el dispositivo que estaba a punto de detonar fue transportado al exterior, una fracción del material circundante también fue transportado, incluyendo parte del grueso de la cubierta sobre la que se encontraba. Dado que la cubierta era ella misma un fragmento de la protección del núcleo, la fuga se ha incrementado. También cabe la posibilidad de que el resto de esa capa de protección, a causa de la tensión molecular asociada con el hecho de que el campo del transportador le haya arrancado una fracción de sí misma, esté deteriorándose.

—¡Le sugiero que se alejen del área, número uno —dijo Picard, en un tono que indicaba algo más que una simple sugerencia—, ahora!

—Sí, señor —repuso Riker con presteza—, pero todavía no existe causa ninguna para que nos transporten de vuelta a la *Enterprise*.

—Tal vez no..., si se alejan lo bastante rápido por sus propios medios.

—De inmediato —le contestó Riker, haciéndoles un gesto a los demás.

Con una sensación de alivio, Geordi le volvió la espalda a la destellante radiación. Sabía que no era mortal, todavía no, pero lo deslumbrante de la misma le ponía los nervios de punta.

—Si es necesario que el tiempo que pasemos a bordo sea limitado, señor —propuso Data antes de que hubieran recorrido más de media docena de metros—, tal vez sería más eficaz el separamos.

—Yo pienso lo mismo, señor Data —respondió Riker tras vacilar unas milésimas de segundo—. Por lo que hemos visto hasta ahora, aquí tenemos más o menos un laberinto de pasillos. La teniente Yar y yo iremos por la izquierda.

Sin embargo, tras cinco minutos comenzó a parecer que todos los tramos de todos los pasillos eran tan carentes de rasgos distintivos como los que habían visto durante los primeros minutos después de haber sido transportados. Ni siquiera el visor de Geordi podía distinguir un panel de otro, una pared de otra, y los tricorders revelaban una actividad idéntica pero indeterminada detrás de cada puerta. Algo —docenas de algos, quizá centenares— estaba operando a una potencia extremadamente baja, tanto que incluso a esta distancia los tricorders no podían proporcionarles un análisis fiable. Había indicios de que se trataba de circuitos vectoriales, lo cual apuntaba a que los mecanismos eran simplemente radios subespaciales de gran tamaño, pero existían otras indicaciones de circuitos de transportador, tan estrechamente entretejidos con los anteriores que parecían ser una sola máquina más que, como tenían que ser, dos separadas.

Los únicos circuitos que los tricorders sí eran capaces de analizar eran los de los paneles..., circuitos que responderían a cualquier intento de romper un panel con una descarga descomunal provocada por el mecanismo que había detrás del mismo, lo que probablemente lo convertiría en poco más que una pila de escombros.

Geordi, desalentado, estaba dando la espalda al tercer panel en apariencia idéntico cuando la cubierta se estremeció ligeramente bajo sus pies. Un instante después pudo percibirse una débil vibración. Se volvió bruscamente hacia el núcleo. A pesar de la media docena o más de paredes que se interponían entre él y el núcleo, vio palpitar con mayor intensidad la radiación de antimateria que atravesaba dichas paredes como si no existieran.

—¡Vamos a traerlos de vuelta! —irrumpió la severa voz de Picard, a través de los comunicadores—. ¡Quédense quietos!

Luego se oyó la voz de CarPELLI desde la sala del transportador.

—Enfocados Riker y Yar, ahora.

Luego silencio, seguido por la voz de Riker cuando él y Yar descendieron de la plataforma del transportador de la *Enterprise*.

—¿Dónde están LaForge y...?

—Ahora los traigo, señor —dijo la voz de CarPELLi, y Geordi sintió el hormiguelo del rayo del transportador cuando lo enfocó.

Pero de pronto, el hormiguelo desapareció.

Sólo se oyó la voz de CarPELLi:

—¡Señor, los he perdido! Algo...

Y desde el puente, retumbó la voz de bajo de Worf:

—Escudos deflectores alrededor de la nave abandonada, señor; ¡bloquean al transportador!

3

—¿Deflectores? —La voz de Picard no podía expresar mayor incredulidad y cólera—. ¡Gawelski! —le espetó al joven alférez chupado de cara que había ocupado el puesto de LaForge en los controles de navegación—. ¡Llévenos hasta una distancia de visión directa, ahora!

Los dedos de Gawelski reaccionaron con una rapidez casi igual a la que habrían desarrollado los de Geordi, y la *Enterprise* saltó hacia delante, cubriendo las nueve mil millas en cuestión de segundos.

—¡Data! ¡LaForge! —dijo Picard repentinamente—. ¿Pueden oírme?

—Bastante bien, señor —le contestó el imperturbable tono de Data—. No parece que de momento estemos en ninguna dificultad aunque algo hace vibrar la nave a una frecuencia de veinte coma cuarenta y ocho ciclos por segundo. Nuestros tricorders indican también que el núcleo de antimateria ha aumentado de forma considerable su emisión de energía.

—La fuga —agregó Geordi— no resulta peligrosa a esta distancia del centro... todavía no... pero apreciaré cualquier cosa que pueda hacer para sacarnos de aquí, señor.

—Estamos haciendo todo lo posible, teniente —le aseguró Picard.

—Analizado el campo deflector, señor —informó Worf—. Parece diseñado específicamente para bloquear las operaciones del transportador. Su resistencia a los disparos fásicos será mínima. Sugiero un disparo preciso de rayos fásicos directamente a los generadores.

—¿Puede localizar los generadores, teniente? —preguntó Picard.

—Ahora que han sido activados, sí, señor. —Worf a continuación pulsó una orden—. Entradas las coordenadas en el terminal, señor.

El teniente Brindle, que ocupaba el puesto de seguridad, miró interrogativamente a Picard.

—No disparen todavía, caballeros —dijo el capitán—. ¿Señor Data? ¿Teniente LaForge? Nuestros sensores indican que no corren ustedes un peligro inmediato a causa de la radiación. ¿Su valoración es la misma?

—Con el nivel actual —respondió Data—, yo no corro ningún peligro en absoluto. Sin embargo, comenzará a tener efectos adversos sobre Geordi en aproximadamente veintisiete horas.

—Muy bien —respondió Picard—. Teniente Brindle, dirija los rayos fásicos hacia las coordenadas que le ha suministrado el teniente Worf. No dispare, pero manténgase preparado.

—Rayos fásicos sobre el blanco, señor, listos para disparar.

Un momento después, Riker y Yar entraron en el puente. Brindle se apartó a un

lado y Yar se apresuró a ocupar el terminal de seguridad e hizo un repaso rápido de los controles.

—Lo que quiero, caballeros —comenzó Picard—, es toda la información que podamos conseguir. En concreto, quiero tener la seguridad de que si disparamos contra los generadores de los escudos de la nave, no se nos obsequiará con otra sorpresa, una aun más peligrosa que esas a las que ya nos hemos visto sometidos. Y esto los incluye a ustedes, tenientes Data y LaForge. Saquen provecho de su situación y averigüen lo que puedan... pero con cautela.

—Por supuesto, señor —respondió Data—. Procuraremos encontrar el centro de control. Nuestros tricorders, según creo...

—¡El nivel de radiación está aumentando otra vez! —interrumpió Geordi—. Puedo verlo.

—Esté a punto para disparar a los generadores de los escudos, teniente Yar —exclamó Picard.

—A punto, señor.

—¿Cuánto ha aumentado el nivel de radiación, teniente Worf?

—Aproximadamente un diez por ciento, señor —contestó Worf—. Al parecer es resultado de un incremento de la emisión energética; no se ha producido mayor deterioro de la protección contra las radiaciones.

—¿Y adónde va a parar esta nueva energía, teniente? ¿Registra algún arma nueva hasta el momento?

—Ningún arma, señor, pero otra sección ha comenzado a funcionar. —Worf hizo una pausa, mientras estudiaba las lecturas del terminal científico—. Parece ser una unidad de hibernación, aunque el área en sí está protegida por unos escudos tan poco permeables al sensor, que las lecturas no pueden ser consideradas fiables.

En la nave abandonada que en apariencia despertaba a la vida, los luminosos ojos dorados de Data se abrieron de par en par al levantarlos del tricorder.

—Capitán —dijo—, si no estoy equivocado, estamos a menos de treinta metros de la sección que acaba de ponerse en funcionamiento descrita por el teniente Worf. Con su permiso, investigaremos.

—Concedido, señor Data. No hace falta que les diga que tengan cuidado.

—No, señor. Gracias. Geordi... —Se interrumpió, mirando otra vez el tricorder—. Creo que está volviendo a haber atmósfera, señor.

—Tiene razón, señor —intervino Worf al instante—. Treinta por ciento de oxígeno, el resto gases inertes. Al ritmo actual, podría llegar al nivel terrícola en menos de cinco minutos.

—Cuatro coma sesenta y ocho minutos —apuntó Data, atento a su tricorder.

—A buen seguro que está todo relacionado con lo que haya en la unidad de hibernación, sea lo que fuere —dijo Geordi de pronto—. La nave lo está despertando

y preparando el ambiente para él. Si nos ponemos en marcha, podríamos llegar allí antes de que despertara del todo, sería el momento menos peligroso.

—Señor Data, tenga... —comenzó a decir la voz de Picard, pero se interrumpió en seco.

—¿Capitán? —Data miró a Geordi y luego pulsó su insignia—. ¿Capitán? —repitió, pero continuó sin obtener respuesta.

Geordi lo cogió por un codo.

—Vamos, Data —dijo—, pongámonos en marcha. Al parecer, ahora están bloqueando también nuestros comunicadores, y ésa es una razón más para llegar allí antes de que eso, lo que sea, despierte.

Resistiendo el impulso de lanzarse de cabeza por los corredores faltos de gravedad —¿qué sucedería si ésta volvía de pronto, como lo estaba haciendo la atmósfera?—, Geordi avanzó arrastrando torpemente los pies detrás de Data. El androide, que seguía las lecturas de su tricorder, conseguía desplazarse si no gracilmente, al menos con efectividad. Al mirar su propio tricorder, Geordi vio que la presión del aire continuaba aumentando. El porcentaje de oxígeno, sin embargo, comenzó a decaer, estabilizándose finalmente en un veinticuatro por ciento.

—El nivel de radiación continúa aumentando —comentó Geordi al girar en un recodo del corredor—. ¿Cuál es ahora mi límite de tiempo, Data?

—Aproximadamente doce horas a este nivel antes de que le afecte la radiación, Geordi. Pero estoy seguro de que el capitán nos habrá sacado de aquí mucho antes.

—Así lo espero, pero por el modo en que han estado funcionando las cosas últimamente...

Calló al detenerse los dos ante una puerta maciza. Era el doble de ancha que los otros, la primera cosa que habían visto que justificaría el término «puerta», pero era tan carente de rasgos característicos como todas las demás. Geordi sacudió la cabeza.

—Sean lo que fueren esta gente, no hay duda de que no creen que sea conveniente poner números en las habitaciones —bromeó LaForge.

—¿Resultaría beneficiosa la asignación de números? —quiso saber Data, que ya estaba pasando el escáner de su tricorder con suavidad arriba y abajo de la puerta.

Geordi rió mientras comprobaba su propio tricorder.

—No, Data, dudo de que lo fuera. Pero para el caso de que no lo haya advertido, la presión del aire se ha estabilizado, aproximadamente en un setenta por ciento de la normal de la Tierra.

Sin previo aviso, los paneles del techo despertaron a la vida con una pulsación, adquiriendo un pálido fulgor amarillento, mortecino para los ojos humanos pero no para los del androide. Un momento más tarde, la puerta se estremeció y corrió, desapareciendo en la jamba metálica. Detrás de la abertura había una docena de plataformas altas hasta la cintura de un humano, y coronadas por unas formas

rectangulares que guardaban un vago parecido con ataúdes.

—Parece que sólo estaban esperando a que llamáramos, Data —comentó Geordi, intranquilo.

—O que la presión del aire alcanzara el nivel necesario —dijo Data, dirigiendo su atención alternativamente a la habitación y las lecturas del tricorder—. Sin duda, éstas son las unidades de hibernación detectadas por los instrumentos del teniente Worf. No obstante, continúa sin haber lecturas de formas de vida.

—¿Ha muerto lo que contenían?

—Tal vez, pero incluso a esta distancia, debería haber bastantes residuos de materia orgánica...

De la misma forma repentina con que la puerta se había deslizado dentro de su jamba, el lado más próximo de una de las estructuras que recordaban un ataúd descendió, dejando a la vista un compartimento acolchado de color oscuro, de un tamaño más que suficiente para contener un cuerpo humano.

Sin embargo, no contenía nada excepto un manojó de una media docena de cables y tubos colgantes.

Los ojos de Data se agrandaron de forma imperceptible.

—Curioso —dijo—. A pesar de que el ocupante ya no se halla presente, la maquinaria ha continuado realizando las funciones para las que estaba destinada.

A Geordi le recorrió un escalofrío.

—Así son las máquinas —comentó, pero al darse cuenta de cómo podrían haber sido interpretadas sus palabras, se apresuró a agregar—: Exceptuando la compañía presente, por supuesto.

Data permaneció inmóvil por un instante, como si estuviera procesando la frase.

—Ah, sí, ya entiendo. Su segunda observación intentaba ser una disculpa, por si acaso yo había decidido sentirme ofendido por la primera.

Geordi sonrió con timidez.

—Pero lo único que ha conseguido en realidad es llamar la atención sobre la primera. Lo siento.

Lo que podría haber sido un amago de sonrisa tiró de las comisuras de los labios de Data.

—No es necesaria ninguna disculpa, Geordi. Así son los seres humanos.

De repente, Geordi se echó a reír, mientras desaparecía la mayor parte de su incomodidad.

—¡Cuánta razón tiene, Data! ¿Está seguro de querer emularnos tanto como dice? Tenemos la tendencia de meter la pata con demasiada frecuencia como para que resulte cómodo^[3].

Data pasó por otro instante de concentración y luego dijo:

—Supongo que eso es sólo otra expresión figurada del habla humana, dado que la

posibilidad de que entre ustedes haya algunos lo bastante violentos como para arrancarle las extremidades a quien los ha ofendido parece...

—No es más que una expresión figurada, Data. Pero antes de que se vaya por las ramas..., otra expresión figurada..., tal vez deberíamos revisar el resto de estas cosas.

—Hizo un gesto hacia los presumibles receptáculos de hibernación.

Data consultó con rapidez su tricorder.

—No hay actividad ni lecturas de vida —anunció. Hizo una pausa, volviéndose hacia una puerta que se hallaba en una pared que por lo demás carecía de rasgos distintivos—. No obstante, allí está teniendo lugar una actividad eléctrica considerable...

De manera análoga a la puerta del corredor, ésta, más pequeña, se deslizó de pronto hacia arriba, y dejó a la vista una sala más pequeña.

Pero esta sala, a diferencia de todo lo demás que habían visto en la nave, estaba lejos de carecer de rasgos distintivos.

—¡Eureka! —dijo Geordi, con una sonrisa casi tan ancha como su visor iluminándole el rostro de ébano.

Había una especie de pantalla que ocupaba la mitad superior de la pared enfrente de ellos. Debajo de ésta corría una doble hilera de controles, cada uno con un indescifrable cometido, a diferencia de los teclados programables de la *Enterprise*.

Y en el medio de la hilera superior, una luz ámbar parpadeaba con urgencia. Mientras observaba, un plano apareció en la pantalla..., un plano en apariencia perteneciente a la nave en que se encontraban.

En el centro del plano, un punto que Geordi supuso coincidía con el núcleo de antimateria, apareció un brillante círculo verde, que se encendía y apagaba al mismo ritmo que la luz ámbar. Una sarta de símbolos, obviamente algún tipo de mensaje, adquirió forma inmediata debajo del círculo verde.

—¡La fuga de radiación! —exclamó Geordi, con la mente acelerada al encajar los acontecimientos de los últimos minutos—. ¡A eso se debe todo esto! ¡Nosotros debilitamos la protección al transportar la bomba al exterior! Aquí tiene que haber una computadora que todavía vigila las cosas, y ha detectado el aumento de radiación, así que decidió levantar los escudos para mantener alejada a la gente. Y ahora está intentando despertar al cuidador para que pueda reparar el desperfecto. Sólo que el cuidador ha desaparecido desde hace diez mil años, y nadie se ocupó jamás de contárselo a la computadora. —Sacudió la cabeza—. Data, ¿hay alguna probabilidad de que usted pueda dilucidar cómo responderle a esta cosa?

—Es altamente dudoso, Geordi. Las respuestas, aunque no infinitas, son imposibles de calcular con rapidez incluso para mí. A menos que haya alguna manera de conectarla con la computadora de la *Enterprise*... —Negó con la cabeza.

Geordi suspiró.

—Temía que fuera a decirme eso. Si al menos hubiera un modo de decodificar todo esto, a lo mejor podríamos convencerla para que baje los escudos antes de que acabemos fritos.

Por probar, pulsó su comunicador pero no obtuvo respuesta.

—Continuamos incomunicados. Y supongo que los escudos que han bloqueado nuestras transmisiones también lo han hecho con las armas físicas de la *Enterprise*. En caso contrario, el capitán habría fulminado los generadores de los escudos y ya nos tendría fuera de aquí. Oí a Worf que transfería las coordenadas al terminal de seguridad antes de que se cortaran las comunicaciones, y Tasha estaba preparada para disparar.

—Yo también había hecho las mismas deducciones, Geordi. No obstante, ya que estamos en la nave, tal vez nosotros mismos podríamos poner fuera de uso los generadores.

Geordi asintió con la cabeza.

—Es exactamente lo mismo que estaba a punto de decir. —Estudió con brevedad su tricorder y luego alzó la cabeza—. Por aquí, creo —dijo, señalando hacia el centro de la nave al tiempo que comenzaba a arrastrar los pies para salir de la sala.

Antes de que llegara a la salida, una mano de Data le cayó sobre el hombro; la presa del androide no era violenta pero sí firme.

—Iré yo, Geordi —afirmó—. Como acaba de indicar, parece que los generadores están muy cerca del núcleo de antimateria, donde la radiación es más fuerte. —Echó una rápida mirada a su propio tricorder—. Y ha vuelto a acelerarse hace unos cuarenta y cinco segundos, aproximadamente. Mientras que a esta distancia estará usted a salvo durante varios minutos, las radiaciones cerca de núcleo están alcanzando niveles demasiado altos como para que pueda resistirlas sin un traje antirradiación reforzado. En cambio, yo no sólo puedo moverme con mayor rapidez que usted sino que soy capaz de tolerar niveles de radiación mucho más altos sin sufrir daños sustanciales.

—Data...

—No sería lógico que usted me acompañara, Geordi —insistió Data sin soltar el hombro del joven teniente.

—Lo sé, Data, pero...

—¿Pero es humano el desear hacerlo a pesar de que sepa que es arriesgado?

Geordi guardó un momentáneo silencio y luego se mostró conforme.

—Supongo que es algo que hay en nuestra jodida psique colectiva. —Inspiró—. Póngase en marcha, antes de que se caliente demasiado incluso para un androide.

—Lo intentaré —replicó Data, apartando la mano que retenía a Geordi por el hombro.

Al volverse para salir, una segunda luz, ésta amarillo brillante, comenzó a

parpadear en el panel.

En la pantalla, el círculo verde se hizo momentáneamente más brillante y luego desapareció. En rápida sucesión, todo en cuestión de un segundo o menos, un centenar de otros círculos, todos amarillo brillante como la luz, despertaron a la vida y acto seguido se desvanecieron.

Todos menos uno.

Luego el plano mismo se borró y, por un instante, apareció una imagen de la *Enterprise*; luego también ésta se apagó.

Docenas de otras luces, dispersas por todo el panel, comenzaron a brillar de forma intermitente, al azar, hasta donde Geordi podía discernir.

De pronto, la sala se vio bañada en luz, y ambos sintieron la paralizante acción de un transportador.

—¡Teniente Data! ¡Teniente LaForge! —Picard dio una palmada de impotencia a su comunicador, incapaz de restablecer la línea con la nave abandonada.

—Ahora los escudos alrededor de la nave están a plena potencia, señor —tronó la voz de Worf—. No es posible el contacto.

—¿Pueden penetrarlos nuestros rayos fásicos?

—Con tiempo o potencia suficientes, sí, pero a buen seguro la nave aumentaría su emisión energética para reforzar los escudos. El incremento de los niveles de radiación resultante...

—¡Puede que no tengamos elección! —le contestó Picard con aspereza—. Teniente Yar, mantenga los rayos fásicos enfocados sobre las coordenadas de los generadores de los escudos. Doctora Crusher, preséntese de inmediato en la sala del transportador con todo lo necesario para tratar casos de grave radiación de antimateria.

—Al instante, capitán —contestó la voz de Beverly Crusher desde su escritorio en la enfermería.

—¿Número uno? ¿Teniente Yar? Ustedes estuvieron allí. ¿Hay algo que recuerden, cualquier detalle por pequeño que sea, qué pueda servirnos de ayuda?

—Lo siento, señor —respondió Riker, negando con la cabeza—. Sólo había pasillos y puertas; ni controles ni letreros de ninguna clase, los tricorders no registraron nada que no supiéramos ya por los sensores de la *Enterprise*.

—Nada, señor —coincidió Yar—. En cualquier caso, si llegamos al punto de usar los rayos fásicos, yo haría dos sugerencias. Primero, acercarnos todo lo posible antes de disparar, justo hasta la distancia de seguridad de los escudos. Y segundo, apuntar todos los cañones fásicos hacia las coordenadas de los generadores, ajustarlos a máxima potencia y mínima dispersión, y dispararlos todos simultáneamente.

—Hágalo así, teniente —contestó Picard, moviendo la cabeza a modo de ceñudo

asentimiento—. Si eso resulta, si puede usted atravesar los escudos con la celeridad suficiente, el incremento de la radiación de antimateria resultante será extremadamente rápido pero también muy breve. Alférez CarPELLI, esté preparado para enfocar a los tenientes Data y LaForge en el instante en que bajen los escudos. ¡Sáquelos de ahí, rápido!

—¡Preparado, señor!

—Teniente Worf, el radio de los escudos.

—Uno coma tres kilómetros, señor.

—Alférez Gawelski, llévenos hasta uno coma cuatro kilómetros.

—Sí, señor.

—Teniente Yar, compruebe esas coordenadas.

—Sí, señor. El halo de los escudos es esférico, y las coordenadas coinciden con toda precisión con el centro de ese halo, aproximadamente a unos diez metros del núcleo de antimateria.

Picard hizo una mueca.

—La dispersión de los rayos fásicos...

—A esta distancia podemos reducirla a menos de un metro, incluso con todos los cañones disparando de modo simultáneo.

—Doctora Crusher, ¿está preparada?

—No del todo, señor; las unidades de descontaminación son voluminosas, y quiero que estén a punto, que estén preparadas para recibir a los hombres en el instante en que lleguen. Para Geordi, en especial, los segundos podrían ser vitales.

—Soy muy consciente de eso, doctora —replicó vivamente Picard.

—Estoy segura de que sí, capitán, pero también tenga en cuenta que no será el tiempo transcurrido entre este momento y el ataque lo que determinará los daños que sufra. Hasta que sus cañones fásicos se pongan en funcionamiento, el nivel de radiación, aunque alto, sin duda será tolerable mientras Geordi y Data se mantengan apartados del núcleo. ¡Será la radiación durante los segundos entre los disparos fásicos y el momento en que sean transportados fuera de allí la que resultará crítica!

Picard guardó silencio durante un momento, y luego asintió con la cabeza, aunque no había conexión visual con la enfermería.

—Tiene usted razón, doctora —repuso—. Avíseme cuando esté preparada.

Se paseó, tenso, mirando alternativamente la imagen de la pantalla, las implacables facciones de Worf y las igualmente tensas de Yar. Esperar siempre le había resultado duro pero ahora, cuando se sentía responsable por lo sucedido, por dejar que los cuatro regresaran a la nave abandonada, por no reaccionar con la suficiente rapidez ante los primeros signos de peligro, era algo especialmente difícil. Aunque no tenía elección. Si se hubiera tomado un segundo más para sopesar aquellas primeras decisiones, si no hubiera permitido que su propia curiosidad, su

propia impaciencia obnubilaran su capacidad de juicio...

—Preparada, capitán —le informó la voz de Beverly Crusher.

La tensión de su cuerpo aumentó un punto y luego se aflojó al asentir la teniente Yar para indicar que también estaba preparada.

—Alférez CarPELLi.

—Preparado, señor —contestó la voz de CarPELLi desde la sala del transportador.

—Teniente Yar, cuando usted esté lista.

Otro momento de silencio y luego:

—Disparos efectuados, señor.

Durante menos de un segundo, el espacio que rodeaba la nave abandonada resplandeció emitiendo una luz cegadora.

Luego desapareció, y la nave, indefensa, se mostró en su plenitud en la pantalla.

—Escudos bajos, señor —informó Yar trasluciendo un deje enérgico; las breves palabras estaban cargadas de triunfante satisfacción.

—La radiación continúa intensificándose, capitán —retumbó la voz de Worf—. Si continúa tendremos que levantar nuestros propios escudos.

—¿Los tiene, señor CarPELLi? —preguntó el capitán con tono terminante.

Pero sólo le llegó silencio de la sala del transportador.

—¡CarPELLi! ¿Me oye?

Otro momento de silencio y luego:

—¡No están allí, señor! ¡Han desaparecido!

El alivio se apoderó de Geordi LaForge cuando notó que el hormigueo producido por el transportador se apoderaba de él. Su visor fue inundado por la familiar envoltura caleidoscópica de las energías desmaterializadoras que se condensaban sobre él, cambiando y agitándose tan deprisa que no podía centrar su visión en nada.

Pero incluso mientras esas fuerzas se arremolinaban, se dio cuenta de que había algo diferente, las energías eran algo más mortecinas, menos intensas. Aunque nunca eran del todo las mismas, se dijo. Al igual que los copos de nieve, no había dos viajes a través del transportador que fueran idénticos. Lo importante del caso era que el capitán Picard había llegado hasta ellos..., como Geordi sabía que haría. Cuando el halo los dejara en libertad, él y Data se encontrarían a salvo, de vuelta en la sala del transportador de la *Enterprise*.

Durante un instante sólo hubo la nada, luego un nimbo de caóticos impulsos, casi una imagen en negativo de lo que había visto un momento antes.

Pero después, antes de que las relumbrantes energías se desvanecieran, antes de que el mundo pudiera formarse de nuevo en torno a él, volvió a comenzar todo desde el principio.

Y esta vez la diferencia fue espectacular, atemorizadora.

Si las energías habían sido más mortecinas, menos intensas en la primera ocasión, ahora la intensidad de las mismas resultaba casi cegadora.

Y se extendían hasta frecuencias y longitudes de onda que Geordi jamás había experimentado durante un transporte, tal vez nunca bajo ninguna circunstancia. Arremolinándose y relumbrando, atacando a sus sentidos, se enroscaban en dibujos aparentemente imposibles que retorcían su mente, dibujos que, al persistir e intensificarse aún más a cada instante, lo hacían desear arrancarse el visor del rostro.

Sin embargo, inmovilizado por el halo del transportador, no podía moverse.

De pronto, aterrorizado, se preguntó: ¿Habría interferido la radiación de antimateria con la operación del transportador? ¿Se habría hecho tan intensa la radiación en el momento del transporte que se habría entremezclado con las energías en las que su propio cuerpo estaba convertido? ¿Al intentar rematerializarlo en la plataforma de la *Enterprise*, había sido la maquinaria del transportador incapaz de separar las dos formas de energía? ¿Estaba ahora la radiación de antimateria siendo de alguna forma incorporada a su propio cuerpo? ¿Era ésa la causa de esos dibujos que destrozaban la mente?

Pero mientras el pensamiento se formulaba en su cabeza, sintió la repentina liberación, la nada que acompañaba al momento del transporte, y luego el remolino de energías se retiró de él como una bajamar.

Y, finalmente, el mundo volvió a formarse en torno a él.

Sin vigor, comenzó a absorber la información que afluía a sus sentidos.

Lo primero que advirtió fue que, como era de esperar, el violento y frío brillo deslumbrante de la radiación de antimateria, tan intenso durante los últimos momentos pasados en la nave abandonada, había desaparecido.

Y la silueta de pálido fulgor, claramente no humana, que era Data, continuaba delante de él, donde había estado cuando el halo del transportador se apoderó de ambos.

Pero más allá del androide...

Su mente consciente no lograba dar sentido alguno al caos de ondas luminosas que lo acometían. El intento de hacer coincidir las formas y los colores con los de la sala del transportador de la *Enterprise* sólo distorsionaba sus percepciones, sometiéndolo momentáneamente a una mareante desorientación, lo que sólo conseguía aumentar la debilidad física que ya le había provocado este extraño viaje sin precedentes a través del transportador.

Entonces, de pronto, sintió las poderosas manos de Data sobre sus hombros, equilibrándolo, y el rostro del androide contemplaba el suyo con expresión preocupada.

—Geordi, ¿se encuentra bien?

Alargó sus manos y aferraron la solidez de los brazos de Data, extrayendo de ellos fuerza y estabilidad.

Por un momento, se concentró sólo en la silueta de Data, dejando que el resto del escenario circundante se conformara en los modelos que quisiera.

Y al hacerlo, al aclararse y estabilizarse las formas, se dio cuenta con un incrédulo sobresalto que eran configuraciones desconocidas.

Sólo entonces penetró en su mente el hecho de que aún no pesaba. Y fue eso, más que el entorno en apariencia desconocido, lo que le hizo entender que, estuvieran donde estuviesen, no se trataba de la *Enterprise*.

Tampoco se hallaban en ningún punto de la nave abandonada. A pesar de que continuaba sin haber gravedad, no podían estar allí. No había ni rastro del duro resplandor de la radiación de antimateria que casi había abrumado su percepción visual durante los últimos momentos pasados a bordo.

Pero ¿dónde podían estar?

Soltándose de Data, dio una vuelta completa, para captar a través de su visor todo lo que les circundaba.

Él y Data se hallaban en una desconocida plataforma de transportador, emplazada en medio de una sala muy sencilla. La parte superior de una pared era una pantalla, ante la cual había una silla, de aspecto severo, anguloso y funcional, con posabrazos planos. No se veían terminales por parte alguna.

Pero suspendido de un soporte invisible e inmediatamente debajo de la pantalla

había lo que podía ser descrito sólo como el almacén de un casco..., una pequeña esfera plateada encima de cinco tiras curvadas hacia adentro, como dedos dispuestos a agarrarse a la cabeza de quien se lo encasquetara.

A un metro de otra pared había un solo receptáculo de hibernación, idéntico a los que estaban en la nave abandonada, abierto y vacío.

Sobresaliendo de la pared opuesta a la pantalla había la única cosa que no encajaba con la espartana sencillez de la habitación: una primitiva cámara de descompresión y tránsito que se parecía mucho a un artefacto de la Tierra de finales del siglo XX o principios del XXI como máximo. El material, le dijo a Geordi su visor, era una mera aleación de acero, nada parecido a las complejas e inmensamente más duraderas aleaciones de que estaban hechas todas las superficies, incluida la silla. De unos buenos tres metros de altura y un ancho algo mayor, la cámara de descompresión se alzaba hasta más de la mitad de la pared y se prolongaba a lo ancho de unos buenos dos metros.

—¿Geordi? —Era Data, la preocupación reflejada en su voz normalmente inexpresiva—. No detecto ningún problema físico en usted, pero su comportamiento...

—Estoy bien, Data —contestó él de forma brusca al tiempo que se volvía hacia el androide. Y entonces, con una risa nerviosa dijo—: Sólo me ha llevado un minuto darme cuenta de que ya no estamos en Kansas.

—¿Kansas? —Data lo miró con interrogativa preocupación—. Yo nunca he estado en Kansas, Geordi. ¿Está seguro de que sus facultades no se han visto afectadas negativamente por la experiencia que acabamos de pasar?

—Hasta dónde puedo afirmarlo, estoy bien Data —respondió él forzando una sonrisa—. Sólo estaba haciendo un chiste malo. Y también oscuro a partir de *El mago de Oz*. Alégrese de que no lo haya llamado Toto a usted.

—¿Toto? Pero ¿por qué tendría que...? —Data se interrumpió en medio de la frase y Geordi casi pudo ver las conexiones que se establecían detrás de los dorados ojos—. Ah, sí, ahora comprendo las referencias, incluyendo lo que creo que tenía intención de ser un juego de palabras con mi nombre... pero debo admitir que el proceso mental por el que llegó a ellas se me escapa.

—Me temo que no fueron el resultado de nada tan lógico como un proceso mental, Data. Cuando estoy asustado, las cosas de ese tipo simplemente... salen. Es difícil de explicar.

—Eso mismo sospechaba —comentó Data, con un leve deje de tristeza—. Me temo que comoquiera que sea el proceso, continúa siendo uno de los misterios del ser humano que aún no he comprendido en su totalidad.

—Si alguna vez llego a dilucidarlo yo, se lo haré saber —le aseguró Geordi al tiempo que se erguía y exploraba con su visor la habitación una vez más—. En el

entretanto, tenemos algunos misterios más importantes que la naturaleza humana en los que trabajar. Como dónde estamos y cómo vamos a regresar.

Sin transición, pulsó su insignia-comunicador.

—*Enterprise*, aquí el teniente LaForge. Adelante.

Pero no hubo respuesta, ni a su primer intento ni al décimo, y Data no tuvo mejor suerte. Ni siquiera después de determinar que el aire podía respirarse sin peligros y apagar los trajes de efecto-campo, para eliminar la más ligera interferencia que los campos creados por estos trajes pudieran generar, no hubo ni un asomo de respuesta. Dondequiera que estuviesen, concluyeron, tenían que hallarse rodeados por otros escudos que interferían los comunicadores de la misma forma que los de la nave abandonada los habían bloqueado durante los últimos minutos.

O estaban fuera del radio de alcance, pensó Geordi, pero descartó la idea casi de inmediato. Considerando el hecho de que habían sido llevados hasta allí por un transportador —uno sin duda alguna peculiar y de gran potencia, pero un transportador de todas formas—, resultaba poco menos que imposible estar fuera del radio de comunicación. Incluso contando con las diferencias de una tecnología alienígena, el alcance de un transportador no podía ser tan enorme.

Por lo tanto, estaban impedidos por unos escudos. Si se libraban de ellos, podrían contactar con la *Enterprise*. Pero antes tenían que encontrar qué estaba generando los escudos.

—¿Desaparecidos? —Picard arrugó el entrecejo, mientras su estómago se crispaba ante las palabras de CarPELLi—. ¡No pueden haber desaparecido!

—¡Pero lo han hecho, capitán! —reiteró CarPELLi—. Yo no lo entiendo mejor que usted, pero han desaparecido. Al menos ahora no están. Creo que se encontraban allí cuando los escudos de la nave abandonada acababan de bajar, pero...

—¡CarPELLi! ¿Qué demonios está tratando de decir?

—Según lo ordenado —dijo CarPELLi a la defensiva—, tenía los transportadores programados para que se centraran automáticamente sobre sus comunicadores en el instante en que bajaran los escudos, independientemente de en qué zona de la nave abandonada estuvieran. Y lo hicieron. Al parecer, Data y LaForge se habían desplazado alrededor de treinta metros respecto a la posición que ocupaban cuando los escudos nos bloquearon, pero no hubo problemas para centrarse sobre ellos. Sin embargo, antes de que pudiéramos activar..., no puede haber pasado más de un segundo..., antes de que pudiéramos activar, se desvanecieron, así de simple. Ya no registrábamos sus comunicadores. No registrábamos nada.

—¡Sus comunicadores tuvieron que estropearse a causa de la radiación! —le espetó Picard—. ¡Pero aun así podría haberlos recogido en las coordenadas sobre las que ya estaba enfocado!

—¡Lo intenté, señor! ¡Lo activé de inmediato, pero no había nadie a quien recoger! ¡Nadie! ¡Nada!

—Señor —intervino el teniente Worf desde el terminal científico—, las lecturas que acabo de analizar indican que otro transportador, al parecer emplazado dentro de la misma nave, ya estaba comenzando a operar en el momento en que cayeron los escudos.

Picard se volvió en redondo hacia el klingon.

—¿Está operando todavía?

—Negativo, señor.

—¿Puede determinar su emplazamiento?

—No, señor, pero tiene que ser uno de los aparatos que detectamos con anterioridad, uno de esos que estaban en una especie de estado de espera. Al parecer, al menos uno pasó de la condición de espera a la plenamente operacional en algún momento cuando los escudos se bajaron. Debió activarse de forma automática.

—¿Y enviarlos a qué destino? ¿Qué detectan los sensores dentro del alcance de un transportador?

—Nada, señor. Exceptuando la nave alienígena y la propia *Enterprise*, los sensores no recogen dentro de su radio objetos materiales más grandes que granos de polvo estelar.

—¿Entonces dónde...? Sondee en busca de formas de vida en cualquier punto al alcance de los sensores.

—Ya lo he hecho, señor. No hay ninguna excepto las de a bordo de la *Enterprise*.

Bruscamente, Picard pulsó su insignia-comunicador.

—¡Data! ¡LaForge! ¡Respondan!

Pero no hubo respuesta.

—¡Computadora! —exclamó Picard con aspereza—. ¿Están a bordo el comandante Data y el teniente LaForge? ¿Podría el transportador alienígena haberlos desplazado a bordo, reintegrarlos en alguna parte de la nave que no fuera una de las salas de transportador?

—No, capitán —respondió la voz de la computadora un momento después—, ninguno de los dos se encuentra a bordo.

Picard contuvo una maldición. Su mente empezó a funcionar a toda velocidad. ¿Dónde podían hallarse?

Había estado dispuesto, cuando ya estuvieran a salvo en la *Enterprise*, a retirarse y dejar que la nave hiciera lo que le viniera en gana, que se autodestruyera o no.

Pero ahora no se atrevía.

Dondequiera que los hubieran trasladado, tanto si había sido mediante transportador como sugerían los instrumentos de Worf, como mediante algún otro método desconocido, era algo llevado a cabo por algo que había en aquella maldita

nave, que a cada minuto que pasaba se parecía más a una trampa que a un artefacto abandonado.

Y sin la nave, sin examinar los equipos de la misma que aún funcionaban, no había manera de averiguar adonde —ni cómo— los habían trasladado.

No existía modo de traerlos de vuelta.

—Teniente Worf, ¿en qué situación se encuentra el núcleo de antimateria de la nave abandonada? ¿Está en peligro inmediato de sobrecarga?

—No en peligro inmediato, señor, pero está inestable y virtualmente sin escudos protectores. Nuestro disparo fásico parece haber eliminado todo menos una fracción de la capa de protección interna, y podría haber dañado los circuitos de control de la energía central.

—¡Ingeniería! —gritó Picard—. Supongo que han estado observando la situación. Necesito saber si la fuente energética de la nave puede ser... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza con contenida violencia—. ¡Necesito saber con qué rapidez puede estabilizarse la fuente energética de la nave!

—Sí, señor —contestó un instante más tarde la voz ronca del ingeniero en jefe Argyle—, hemos estado siguiéndolo lo mejor que hemos podido pese a la distancia, pero no hay modo de determinar exactamente los daños causados sin echar una mirada desde mucho más cerca. E incluso entonces, existe el problema de que la tecnología alienígena...

—¡Señor Argyle, no quiero saber qué no puede hacer! ¡Quiero saber lo que sí puede!

—Lo siento, capitán, pero nadie puede hacer promesas... al menos no con base... en estas condiciones. Lo único que puedo prometerle es que haremos todo lo que podamos. Y que nada puede hacerse respecto a la reparación de los controles alienígenas de energía, por mucho que averigüemos, hasta que los escudos del núcleo hayan sido devueltos a su correcto funcionamiento. Por las lecturas que estamos obteniendo en este momento, ni siquiera nuestros trajes antirradiación más reforzados podrían acercarse lo bastante al núcleo como para apretar un tornillo, y mucho menos para realizar complejas reparaciones. Lo primero que tenemos que hacer es enviar una de nuestras unidades de reparación de control remoto, junto con una protección satisfactoria, para reemplazar el queso suizo en el que su gente ha estado haciendo agujeros.

—Muy bien, Argyle —respondió Picard, al darse cuenta, de mala gana que, el ingeniero en jefe tenía razón—. Hágalo.

—De inmediato, capitán. Mi ayudante va de camino al almacén para preparar una de las unidades de control remoto.

No pasaron más de cinco minutos antes de que la primera unidad de control se transportara hasta las letales radiaciones, pero para Picard y la mayoría de su

tripulación, tensamente atentos a la irregular actividad del núcleo y el nivel de la radiación circundante, parecieron horas.

Geordi y Data buscaron en vano las pruebas de los escudos, que Geordi estaba convencido, bloqueaban los comunicadores; no encontraron nada, ni el más ligero rastro de lecturas de tricorder que confirmara la sospecha, independientemente de cómo los manipularan.

Finalmente, más perplejos que desanimados, volvieron su atención hacia la sala en la que se encontraban.

Y su primer descubrimiento no hizo más que aumentar la perplejidad de ambos. La cámara de descompresión y tránsito se abrió con bastante facilidad. Un somero examen con los tricorders indicó que la segunda compuerta no funcionaba, que el tablero de mandos parecía estar obturado y que no había nada más al otro lado de las macizas paredes de la sala.

Y tampoco se veía ninguna otra puerta, ninguna abertura en ningún punto de la habitación. En ese aspecto, era igual que la nave abandonada original. La única manera de entrar o salir era mediante transportador.

Como activados por un resorte se centraron en el problema del transportador mismo y la total ausencia de controles. A menos que estuviera automatizado por completo —o que se encontraran en el equivalente de una prisión—, tenía que haberlos. Estaba, por supuesto, el casco, lo que sugería que quizá los controles existentes, de haberlos, se activaban mentalmente. Ninguno de los dos estaba todavía dispuesto a ponerse el casco, a pesar de que los tricorders no indicaban ningún peligro.

Dirigieron los tricorders hacia el transportador con la suposición —la esperanza— de que contuviera unos circuitos no del todo diferentes a los utilizados por los transportadores de la Federación. Con mucha suerte, el transportador se encontraría en espera y no apagado. De ser así, las minúsculas cantidades de energía que fluían por los circuitos configurarían un modelo de funcionamiento que los tricorders podrían detectar y reconocer. Con un poco más de suerte todavía, podrían tener la posibilidad de localizar —y luego manipular— los circuitos que permitían al transportador cambiar su función receptora por la transmisora.

Pero a pesar de que en los circuitos fluía la energía suficiente como para que se registrara débilmente en los tricorders, Geordi y Data descubrieron al poco que los circuitos que habían abrigado la esperanza de encontrar, no existían. O, si existían, estaban o bien averiados o completamente apagados, no en espera.

Este transportador no podía enviar. Sólo recibir.

—¡Esto es una locura, Data! —gritó Geordi, con un estallido de frustración casi impropio de él, tras volver a comprobar las lecturas que ya había tomado media

docena de veces.

—¡Lisa y llanamente una locura! ¿De qué sirve un transportador que sólo puede recibir?

—Funciona muy bien como receptor —señaló Data ecuánime—, que es lo único para lo que lo diseñaron y construyeron, en apariencia. En eso es notable, considerando su antigüedad.

—¡Lo último que yo necesito —le espetó Geordi— es un certificado de la soberbia habilidad de quienquiera que haya construido esta... esta trampa para ratas! ¡Estaríamos mucho mejor si fuese un poco menos notable!

Data miró a Geordi, sus ojos se abrían con leve perplejidad ante aquel estallido.

—Yo estaba haciendo una mera observación, Geordi. ¿Hay algo...? —Calló, como si acabara de ocurrírsele una idea.

»Ah, ya veo —continuó pasado un momento—. Si no estoy errado, hay un término en la psicología humana que es aplicable a su presente estado de ánimo: “transferencia de hostilidad”. Con lo que usted está realmente irritado es con la difícil situación en la que nos encontramos, tal vez con los aparatos que nos trajeron hasta aquí, o incluso con usted mismo por haber permitido que nos capturaran, pero usted ha transmitido esa irritación a un objeto que...

—¡Data!

—¿Sí, Geordi?

—¡Otra cosa que no necesito es una conferencia sobre psicología humana! —dijo de malhumor. Pero luego, al advertir que los ojos de Data miraban directamente a los suyos, inspiró y bajó la cabeza, avergonzado—. En especial cuando con toda probabilidad ha dado directamente en el blanco. Lamento haberle hablado en esos términos.

—No hay ningún problema, Geordi. Siempre estoy interesado en observar las peculiaridades de la mente humana.

Geordi se echó a reír.

—Y muy peculiar que resulta a veces —dijo, pero luego, de improviso, se puso serio.

Y se volvió hacia la pantalla y el casco.

—Creo que ya no podemos retrasarlo por más tiempo.

Inspirando otra vez, alargó la mano hacia el casco plateado. «Al fin y al cabo —se dijo—, es la única cosa lógica de hacer a estas alturas». Hiciera lo que hiciera el casco, no podía transformar su situación en otra peor.

Al cerrarse su mano en torno a una de las púas dactiliformes, lo que sujetaba el casco a la pared, fuera lo que fuere, lo soltó. Con cuidado, lo examinó, primero a través de su visión espectroscópica y luego con la microscópica, después con el tricorder; sin embargo, su examen sólo le dijo que algo estaba sucediendo dentro de

la esfera y las cinco púas plateadas. Pequeñas cantidades de energía fluían en complejas tramas, pero ni él ni Data pudieron adivinar qué significaban.

Por fin, con cuidado, Geordi se lo colocó sobre la cabeza, desviando dos de las púas para evitar que tocaran su visor. Data, manteniendo una vigilancia constante tanto sobre Geordi como sobre el tricorder, permanecía cerca, preparado ante cualquier eventualidad.

Pero nada sucedió, excepto un regular y casi imperceptible fulgor que surgía de la esfera plateada de lo alto del casco.

Durante varios segundos, Geordi permaneció inmóvil, excepto por el balanceo debido a la gravedad cero.

No sintió nada.

Hasta que...

En lo profundo de su mente algo le provocó un hormigueo.

Sus manos se crisparon y las llevó hacia el casco, pero resistió el impulso momentáneo de arrancárselo.

El hormigueo aumentó, transformándose en un estremecimiento apenas detectable al recorrer todo su cuerpo. Ante su visor, apareció un leve resplandor que todo lo cubría y que le recordó los efectos de un sondeo de sensor, aunque éste era algo más apagado. A continuación desapareció.

Y la pantalla despertó a la vida, llena durante esos primeros momentos sólo con un arremolinado arco iris que abarcaba todo el espectro visible para el ojo humano y unos pocos angstroms^[4] más a ambos lados de aquél.

¿Una prueba de imagen?, se preguntó Geordi, pero antes de que pudiera captar una imagen inteligible, desapareció.

Y fue sustituida por un planeta que ocupaba la casi totalidad de la pantalla. Por un instante, sólo un instante, lo olvidó todo, presa de un estado exultante.

«¡La Tierra! ¡Estaban en órbita alrededor de la Tierra!»

Luego el instante pasó y él vio que, a pesar de que los remolinos de nubes, el azul de los océanos e incluso las sólidas masas blancas de los polos, podrían haber pertenecido a la Tierra, las masas continentales, no.

Obviamente se trataba de un planeta de clase M, pero era claro que no se trataba de la Tierra.

De súbito, la momentánea euforia se desvaneció y fue reemplazada por un escalofrío de recelo. Dondequiera que estuviesen, habían sido llevados en contra de sus voluntades, con toda probabilidad por los habitantes de ese planeta, que tal vez en ese mismo instante iban de camino a capturarlos o matarlos...

Pero el planeta no era real, se dijo con determinación. La computadora —o lo que fuera que hubiese despertado la acción de ponerse el casco—, había recogido una imagen de la Tierra de la mente de él, y luego había buscado lo más parecido que

tenía en su memoria. Lo único real era la posibilidad de que se hallaran fuera del radio de alcance de comunicación con la *Enterprise*.

La nave abandonada, después de todo, se encontraba a casi un pársec de distancia de la estrella más cercana, se repitió una vez más.

Los habían llevado desde la nave abandonada hasta allí a través de un transportador. Los campos energéticos que se habían arremolinado en torno a él durante el proceso, por insólitos y enérgicos que fueran, lo evidenciaban.

Y el alcance de un transportador, incluso el de un transportador alienígena, tenía que ser medido en decenas de miles de millas, no en decenas de trillones.

Y sin embargo...

A modo experimental, evocó una visión de Saturno y sus anillos, esperando una imagen similar aunque no idéntica en la pantalla.

Pero su intento no produjo cambio ninguno.

Paseó su visión por cada uno de los objetos de la habitación.

—Data —preguntó—, ¿detecta su tricorder alguna lectura nueva desde que me puse esta cosa?

—Muchos circuitos internos de la pared que hay detrás de la pantalla están ahora activos, pero sus funciones no pueden ser determinadas.

Geordi centró su atención en el círculo del transportador.

—¿Pero no sucede nada dentro del transportador? ¿No han entrado en actividad algunos circuitos de allí?

—Ninguno, Geordi.

Geordi sacudió la cabeza con renovada frustración. Estaba claro que el ponerse el casco había puesto en marcha algo, aunque no fuera recogido por el tricorder. Y en todo caso no había puesto en funcionamiento lo que él deseaba, cosa que probablemente era imposible. Si no existían circuitos de transmisión, él no podía crearlos, desde luego.

Pero como sí existieran...

Arrugando el ceño, Geordi imaginó los circuitos, la energía que fluía por el interior de los mismos incluida.

Pero continuaba sin aparecer prueba alguna de dichos circuitos, ni en su tricorder ni en el de Data.

Sin dilación, se quitó el casco y se lo ofreció a Data.

—Tenga, haga la prueba usted —dijo, y explicó escuetamente lo que había estado intentando hacer—. En alguna parte de su memoria tiene que haber una representación de un circuito de transportador más exacta que la imagen que yo tengo en la mía —acabó—, así que quizá tenga usted mejor suerte.

—Lo intentaré, por supuesto, Geordi, si usted cree que puede servir de ayuda.

Geordi sacudió la cabeza.

—No tengo ni la más remota idea de si servirá o no, Data, pero de momento no se me ocurre nada más que podamos intentar. Si puede, le invito a algo.

—Humm... ya —comentó Data, asintiendo con la cabeza mientras cogía el casco—. Creo que lo que se propone se llama «un tiro a ciegas», ¿no es cierto?

Geordi sonrió débilmente mientras Data se ponía el casco en la cabeza.

—Puede llamarlo así. Pero comoquiera que...

De golpe, Geordi quedó en silencio, su atención fija en el casco. Cuando la primera de las púas tocó la frente de Data, la esfera plateada de la parte superior del casco comenzó a brillar, no emitiendo el casi indetectable fulgor que había despedido cuando se lo puso Geordi, sino con una acentuada luminosidad.

—¡Data! ¡Quíteselo! ¡Está sucediendo algo!

—No se preocupe, Geordi —contestó Data con calma mientras bajaba las manos del casco—. Percibo la brillantez de la luz, pero hasta ahora no siento ningún efecto perjudicial. De hecho, no siento nada excepto el peso del aparato.

Pero mientras él hablaba, el fulgor se hizo aún más brillante y comenzó a palpar, cada vez más.

—No actuó de esa manera cuando yo lo tenía puesto —dijo Geordi, aún intranquilo.

—Tal vez se deba a que yo también soy una máquina y por lo tanto más compatible con el aparato.

—Tal vez sí y tal vez no. Cuando lo tenía puesto, sentí algo así como un hormigueo, en alguna parte del fondo de la mente, y luego una especie de vibración que se esparcía por todo mi cuerpo. ¿Está seguro de no sentir nada?

—Todavía no, Geordi. —Data hizo una pausa y volvió los ojos hacia arriba al hacerse las palpitations del fulgor más violentas y rápidas—. De todas formas, si su intuición humana está haciendo que usted se alarme, quizá debería...

De repente, Data quedó congelado, como convertido en piedra, y nuevas y potentes lecturas comenzaron a aparecer por la diminuta pantalla del tricorder de Geordi.

Al cabo de una hora, el primero de los escudos del núcleo de antimateria de la nave abandonada estuvo reparado, cosa que hizo descender la fuga de radiación a un nivel tolerable en las zonas más externas de la nave. Durante esa misma hora, los circuitos de control que el ingeniero en jefe Argyle había temido que hubiesen resultado dañados por el disparo fásico, parecieron recobrase. O no habían sido dañados y las fluctuaciones fueron debidas a su actividad habitual, o bien la nave abandonada incluía un mecanismo de autorreparación de una extraordinaria complejidad y rapidez.

Pero en cualquier caso, sólo pasaron cinco minutos más antes de que Riker, Yar y Worf fueran transportados a las coordenadas que el alférez CarPELLi grabó durante los breves momentos en que los transportadores se centraron sobre las coordenadas de los dos hombres desaparecidos.

—Doce instalaciones de hibernación, capitán —informó Riker instantes más tarde—, ninguna en uso. Una de ellas está abierta y vacía. Las demás también están vacías.

—¿Puede ver el interior de todas ellas, número uno?

—No, señor, pero los tricorders...

—Encuentre una manera de ver el interior, número uno. Todo este asunto es imposible, así que una imposibilidad más... que Data y LaForge se encuentren dentro de uno de esos aparatos a pesar de que sus tricorders no los registren, no está fuera de lo concebible.

—No, señor, pero aquí hay virtualmente todo un banco de controles. Si alguno de ellos está conectado con las instalaciones de hibernación, lo ignoro. Y antes de que comencemos a pulsar teclas, recomendaría muy en serio que el ingeniero en jefe Argyle y un grupo de especialistas en tecnología alienígena fueran transportados hasta aquí y realizaran un análisis tan exhaustivo como fuera posible. Considerando lo que ya ha sucedido, capitán, es prácticamente una apuesta segura que este lugar tiene muchísimas más sorpresas esperando.

Riker pudo oír el suspiro de frustración no del todo reprimido de Picard, pero sabía que el capitán no iba a dejar que su impaciencia anulara su buen sentido.

—¡Data! —casi gritó Geordi al lanzarse hacia el androide para coger el casco.

Pero llegó demasiado tarde. Antes de que sus manos pudieran apoderarse del casco, el cuerpo de Data se estremeció violentamente. Pese al campo magnético del parcialmente reactivado traje de efecto-campo, Data se elevó del suelo describiendo círculos en el aire. Sus manos se crisparon, moviéndose de forma espasmódica hacia el casco, pero no pudieron llegar a él. Sus dorados ojos, abiertos de par en par con una repentina súplica, se posaron sobre Geordi por un instante, antes de cerrarse

como un par de obturadores de cámara, y todo su cuerpo quedó laxo, como si todos los músculos se le hubieran transformado en agua.

El aura distintiva de Data desapareció.

Desesperado, Geordi saltó, lanzándose por el aire, y de alguna forma consiguió agarrar uno de los brazos de Data. Al instante siguiente, aferró el casco y lo arrancó bruscamente de la cabeza del androide. Lo arrojó tras de sí, sujetó a Data por el otro brazo, y los dos giraron juntos, las piernas de Geordi agitándose en el aire, hasta que chocaron contra el techo y el joven teniente pudo anclar sus botas al metal. Con cuidado, hizo girar el cuerpo de Data en sus brazos hasta que las botas del androide también se pegaron al metal:

—¡Data! —Sintiéndose impotente, cogió los hombros del androide, como si pudiera obligar a que la vida regresara a su interior—. ¡Data! ¡Despierte!

Durante segundos, el androide permaneció flojo como una muñeca de trapo, sin siquiera respirar; el corazón de Geordi latía a una velocidad incontrolable.

Pero luego, finalmente, Geordi pudo sentir que los músculos de los brazos del androide recobraban el tono con lentitud, como si las conexiones nerviosas entre éstos y su cerebro estuvieran siendo restablecidas poco a poco. El aura característica de Data, débil al principio, reapareció y se hizo más potente.

De repente, los dorados ojos se abrieron. Después parpadearon una vez, como si Data estuviera realimentándose automáticamente.

—¡Data! —casi gritó Geordi, mientras resistía dos impulsos concurrentes: sacudir al androide por los hombros para que acelerara el proceso de despertar, y rodearlo con los brazos en un gigantesco abrazo—. ¡Casi me mata del susto! ¿Qué ha sucedido?

Durante un largo momento Data guardó silencio, como si realizara una comprobación interna, cosa que, según se dio cuenta Geordi, era exactamente lo que estaba haciendo.

Por fin, en un tono que reflejaba sólo la normal extrañeza flemática con la que invariablemente reaccionaba ante experiencias y observaciones nuevas, Data dijo:

—No lo sé, Geordi. Nunca antes había sentido nada así. No obstante, estoy casi seguro de que si usted no me hubiera quitado el casco cuando lo hizo, yo habría resultado... —Hizo una pausa, como si buscara la palabra adecuada. Luego, volviendo a agrandar los ojos de forma casi imperceptible, concluyó—: Hubiera resultado desactivado de forma permanente.

—¿Pero ahora se encuentra bien?

—Mi autocomprobación no revela fallo ninguno, aunque me resulta imposible estar seguro del todo. Necesitaría una revisión completa por parte de técnicos cualificados...

De improviso, Data guardó silencio, y por un instante Geordi temió que el

androide hubiese sufrido una recaída.

Pero luego oyó algo, un sonido metálico muy amortiguado, y comprendió que el silencio de Data sólo indicaba que lo había oído antes que él. Y provenía de las inmediaciones de la cámara de descompresión.

Cuando Geordi aún estaba volviéndose, el androide ya examinaba las lecturas de su tricorder.

—Tres formas de vida humanoide —dijo Data un momento más tarde—, a unos veinte metros..., en esa dirección. —Señaló directamente hacia la falsa cámara de presión.

De pronto, Geordi sacó su propio tricorder mientras se preguntaba por qué, durante todo el tiempo que habían estado encerrados allí, no se les ocurrió pensar en hacer comprobaciones en busca de formas de vida. El solo hecho de que no hubiese habido ninguna en la nave abandonada no significaba que...

Las lecturas del tricorder detuvieron momentáneamente en seco sus pensamientos.

Había, en efecto, tres formas de vida humanoides a unos veinte metros de distancia, inmóviles, pero a varias millas más allá de esas tres, dispersas por un volumen de casi una milla cúbica...

—¡Data! ¡Hay centenares ahí fuera! ¡Centenares de formas de vida humanoides!

—Sí, Geordi, pero sólo tres están en las proximidades y acercándose.

Lo cual era correcto... y lógico, por supuesto. Tras dejar a un lado los centenares de formas de vida distantes y concentrarse en las tres inmediatas, Geordi se dio cuenta de que la inmovilidad había sido transitoria. Una vez más estaban aproximándose. Los tendrían llamando a la puerta —o a la pared, puesto que continuaba sin verse rastro alguno de puerta—, en cualquier momento.

Pero entonces se detuvieron, y los sonidos amortiguados de antes se repitieron.

—Geordi —dijo Data, que seguía observando sus lecturas—, sospecho que hay una continuación de la cámara de descompresión al otro lado, y que las formas de vida acaban de entrar en ella y están cerrando la compuerta exterior. Los sonidos que hacen, aunque muy atenuados por las propiedades aparentemente insonorizadoras de la pared, son bastante similares a los que hicimos al abrir y cerrar esta compuerta.

Los ruidos eran demasiado débiles como para que Geordi pudiera distinguir si se parecían o no, pero sin perder un segundo dio por sentado que Data estaba en lo correcto. Al fin y al cabo, el tener una cámara de descompresión en la parte exterior tenía tanto sentido como el tener una en la interior. Hacía que las cosas fueran simétricas, si no otra cosa.

Sacudiendo la cabeza, Geordi alternó su atención entre la cámara y las lecturas del tricorder, y aguardó.

Y se planteó interrogantes. ¿Eran un comité de bienvenida?

¿O el equivalente de una patrulla de policía que acudía a ver quién había disparado la alarma antirrobo?

¿O, peor aún, tramperos que iban a ver a quién habían cazado esta vez?

Con renuencia, Geordi sacó su pistola física del cinturón y la programó para paralizar.

—Data —comentó en un susurro—, quienquiera o lo que quiera que sea esa gente, podrían ser amistosos u hostiles, o cualquier cosa entre esas dos, así que tal vez sería una buena idea que uno de los dos estuviese fuera de la vista cuando entren, si entran. Y dado que su tiempo de reacción es unas diez veces más veloz que el mío, usted es el candidato lógico.

Data pareció quedarse en blanco durante un momento, y luego asintió con la cabeza.

—Ya veo. Usted desea que yo lo cubra.

—Algo así, sí.

Tras programar su propia pistola física para paralizar, Data avanzó sin vacilar hasta la pared más cercana y se agachó detrás del compartimiento de hibernación. Geordi siguió a Data pero tomó posición a unos dos metros delante de la cámara.

Y esperaron.

Detrás de la pared, las tres formas de vida se dispusieron en una línea, hombro con hombro y...

Luego, el visor de Geordi captó la actividad de un circuito de transportador.

Por supuesto, pensó. ¿De qué otra forma iban a entrar? Pero ¿por qué las cámaras de descompresión falsas?

Durante al menos un minuto, sólo les llegó el silencio de la cámara interior.

Por fin, según el tricorder, uno de los tres visitantes ocupó la posición directamente en frente de la compuerta de la cámara, mientras que los otros dos se desplazaban a los lados, uno a la izquierda y el otro a la derecha. En el momento en que se abriera la cámara, esos dos quedarían ocultos a la vista. Sólo el que estaba justo delante de la compuerta sería visible.

Los dedos de Geordi se tensaron sobre la pistola física, pero él continuó dirigiéndola hacia el suelo para que no pareciese amenazante. Quienquiera que estuviese allí fuera, parecía actuar al menos con tanta cautela como él y Data; y cuanto menos amenazadora pareciese la situación cuando abrieran la compuerta, menos probabilidades habría de que el pánico hiciera presa en ellos y se pusieran a disparar.

Eso esperaba.

El mecanismo de cierre de la compuerta comenzó a girar lenta y ruidosamente.

Cuando acabó el giro, transcurrió otro medio minuto en total silencio.

Por fin, sobre unos goznes rechinantes, la puerta se abrió con lentitud hacia un

lado.

El ser que se encontraba de pie frente a Geordi, con sus botas a todas luces magnéticas pegadas a la superficie de la sala, no llevaba traje espacial de ninguna clase. Parecía al menos tan humano como Geordi o Data. Su cabello oscuro estaba cortado al estilo militar, y su delgada estructura resplandecía en un uniforme azul claro de una pieza que portaba un estilizado rostro humano en el pecho. Lo que parecía una anticuada arma de proyectiles —contra la cual un traje de expedición apenas proporcionaría protección alguna— le colgaba del cinturón que ceñía el uniforme.

Y, tal y como había esperado Geordi, el hombre parecía estar muy nervioso.

Durante un largo momento sólo hubo silencio. Data, aguardando y atento, permanecía agachado y mudo detrás del cubículo de hibernación. Los ojos del alienígena, ya muy abiertos, se abrieron de par en par al contemplar la apariencia de Geordi, pero también él permaneció inmóvil, sin hacer gesto alguno hacia su arma.

Finalmente, al parecer satisfecho de que Geordi no estuviera a punto de atacar, el alienígena hizo un nervioso gesto a ambos lados y los otros dos aparecieron vacilantes. Los uniformes de éstos eran de un tono azul más oscuro, y un arma de proyectiles similar a la primera colgaba del cinturón de cada uno de ellos. Los ojos de los dos, al igual que los del primer alienígena, se abrieron de par en par al posarse sobre Geordi y su visor, pero permanecieron quietos y no articularon sonido alguno.

Con lentitud, sin hacer ningún movimiento brusco, Geordi devolvió la pistola física a su cinturón y le hizo a Data un gesto para que saliera de su escondite.

Las manos se crisparon en dirección a las armas al aparecer Data, pero el movimiento que hubiera desencadenado la tragedia no se produjo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Geordi, suavemente, animado por la esperanza de que cualquier cosa que dijera haría que los otros hablaran y los traductores universales tuvieran algo con lo que trabajar.

Le llevó sólo un momento darse cuenta de que había tenido un éxito que superaba sus más descabellados sueños. Casi en el instante en que las palabras salieron de su boca, el alienígena del centro comenzó a hablar, de forma rápida aunque tensa, vacilando y repitiéndose ocasionalmente, como si fuera un escolar medroso que intentara repetir un discurso mal memorizado.

Al cabo de menos de dos minutos, cuando los traductores universales entraron en actividad y comenzaron a emitir palabras y frases inconexas, el orador se puso todavía más nervioso; sus ojos lanzaban miradas de temor hacia los diminutos artilugios cilíndricos. Al hacerse las frases más coherentes, Geordi se dio cuenta de que el alienígena estaba de veras pronunciando un discurso.

Un discurso de bienvenida.

—Esperamos con la mayor cordialidad —estaba diciendo el inseguro alienígena

cuando el traductor comenzó a emitir frases completas y plenas de sentido—, que aprobarán el uso que hemos dado a los maravillosos regalos que nos entregaron.

—¿A qué regalos se...? —comenzó a preguntar Data inocentemente cuando el alienígena se interrumpió como si tropezara con las palabras, los ojos fijos en el traductor, pero Geordi, rápido de reflejos, supo interrumpir al androide sin que los visitantes lo advirtieran.

—Estoy seguro de que así será —dijo, haciéndole un discreto gesto a Data y alzando la voz para ahogar la aún ligeramente retardada traducción de la abortada pregunta del androide. Cuando, un momento más tarde, emergieron las palabras del traductor de Geordi, el alienígena del centro dio un respingo, casi como si lo hubieran abofeteado, y sus ojos pasaron como un rayo de uno a otro de sus compañeros—. Es sólo un aparato de traducción —continuó Geordi—, para que podamos entendernos el uno al otro.

Durante un momento, los tres sólo los miraron de hito en hito pero luego, el de la izquierda, más bajo y robusto y aún más nervioso que los otros, preguntó de forma ligeramente atropellada:

—¿Son ustedes los Constructores?

No obstante, antes de que Geordi o Data tuvieran que encontrar una respuesta, el alienígena que en apariencia era el líder de los tres le hizo un gesto brusco al que acababa de hablar, luego se irguió y miró directamente al resplandeciente visor plateado de Geordi.

—Vengan —les dijo con rigidez, tal vez con miedo—. Nos sentiríamos muy profundamente honrados si nos permitieran conducirlos ante la presencia de nuestro líder. El deseo de su vida ha sido que se le concediera la oportunidad, antes de morir, de conocer a aquéllos que le dieron la posibilidad de evitar la destrucción de nuestro mundo.

—Y nosotros nos sentiremos muy complacidos de reunirnos con el que ha conseguido llevar a cabo una proeza semejante —improvisó Geordi, mientras intentaba imaginar qué haría el capitán Picard en una situación como ésta—. ¿No es cierto, Data? —agregó en un veloz susurro que sólo los sensibles oídos del androide podían detectar.

Una expresión de sobrentendido relumbró en los dorados ojos de Data.

—Sí —dijo—, estamos tremendamente interesados en hablar con su estimado líder. —Y luego, mientras se acercaba por detrás de Geordi, articuló un susurro manteniendo los labios cerrados que habría constituido el orgullo de un ventrílocuo—. Mi experiencia en cuestiones que requieren engaño es bastante limitada, Geordi, pero le seguiré la corriente.

—Por favor, vengan con nosotros —les pidió el que hacía las veces de portavoz, y los tres se apartaron de la compuerta.

Desplegando una confianza que no sentía, Geordi traspuso la entrada, seguido de cerca por Data. Moviéndose aún con rigidez, los tres alienígenas entraron; el que en apariencia dirigía el grupo tiró de la compuerta, y una vez pasado el grupo la selló.

Extrañamente, dentro de la cámara no había luces, por lo que quedaron en una total oscuridad, aunque el espectro infrarrojo le proporcionaba a Geordi unas imágenes de perfecta claridad. Mientras los observaba a los tres, aguardó a que ellos hicieran algo para activar el transportador.

Pero ninguno de ellos lo hizo. El que daba la impresión de dirigir el grupo recorrió el camino a ciegas hasta la puerta en apariencia bloqueada, y empujó a Geordi y Data que tuvieron que avanzar a tientas.

Entonces, sin que nadie hubiera tocado un solo instrumento, el transportador se activó. Geordi se preparó al ver las energías que se condensaban en torno a él, eclipsando casi las imágenes de los otros.

Sin embargo, aquellas energías eran registradas por su visor como aún más mortecinas y apagadas que las de la nave abandonada, y él se preguntó si la segunda etapa —si es que había una segunda etapa esta vez— sería aún más cegadora que la que los había llevado hasta allí.

Pero no hubo ninguna segunda etapa.

Al desvanecerse las energías, vio que estaban en la hipotética, ahora ya no, segunda cámara, esencialmente idéntica a la otra.

El portavoz del trío alargó la mano hacia el mecanismo de cierre de la segunda compuerta, palpando a ciegas en la oscuridad.

Pero incluso en la oscuridad, uno de los otros dos —el excesivamente nervioso, el que había preguntado si Data y Geordi eran los Constructores—, descansó una mano lenta y cautelosamente sobre el arma que le colgaba del cinturón.

Cuidando de no provocar un sonido que lo delatara, la sacó de la funda, y al salir ésta, Geordi vio que el ingenio carecía de programación no letal.

Por el espectro infrarrojo de la piel del hombre y por la temblorosa intensidad con que sujetaba el arma, a Geordi le resultó obvio que planeaba disparar en cuanto hubiera la luz suficiente como para hacer blanco.

A cubierto de lo que para los demás era una absoluta oscuridad, Geordi sacó su pistola fásica y disparó.

Antes de que se extinguiera la luz del rayo fásico, él ya estaba volviéndose hacia los otros dos, con el dedo tenso y presto otra vez sobre el disparador.

Pero antes de que pudiera efectuar otra descarga, apareció una nueva aura de luz que lo inmovilizó en el sitio. Por un instante, él pensó que era la característica aura preliminar de una transportación, pero casi en el mismo instante advirtió que el aura se parecía más a la producida por los rayos fásicos de la nave.

Luego su consciencia se desvaneció, sus músculos se aflojaron y él quedó

flotando como una muñeca de trapo en la gravedad cero de la cámara.

6

—Iniciada búsqueda según pauta establecida, velocidad de impulso, señor — informó el teniente Worf desde el terminal de navegación.

—¿Tiempo estimado de finalización de la búsqueda en veinte mil millas, teniente? —preguntó Picard.

—Aproximadamente cincuenta minutos, señor.

Picard asintió con la cabeza y se retrepó en el sillón del capitán para mirar la pantalla y esperar. De momento no había nada más que pudiera hacer, excepto esperar.

Esperar los resultados de la búsqueda. Esperar los informes del número uno y el ingeniero en jefe Argyle, los dos parte del numeroso grupo de expedición que ahora se encontraba en la nave abandonada. Esperar, y tratar de disimular su inquieta impaciencia, su frustración por encontrarse varado allí, en el puente, y no poder sumarse al grupo que iba a tratar de desentrañar los secretos de la nave alienígena..., secretos que, esperaba con fervor, los conducirían al comandante Data y al teniente LaForge.

Sólo habían hecho falta minutos para determinar que nada de lo que había en la sala de la que Data y LaForge fueron transportados era una trampa, como lo había sido la propia nave abandonada... como lo eran, al parecer, los paneles que permitían el acceso en el resto de salas. Pocos minutos después los receptáculos de hibernación estuvieron abiertos, lo que puso de manifiesto que se encontraban, tal y como lo había indicado el tricorder de Riker, vacíos.

Ahora, Argyle y algunos de sus hombres estaban trabajando para analizar el transportador, con el fin de ver si podían obtener alguna pista respecto al lugar al que podrían haber sido enviados Data y LaForge. El resto de la expedición se dividió en una docena de grupos, y se dispersó por los estrechos corredores de la nave abandonada por ver de entrar en las otras salas —compartimientos de equipo, por lo que ahora parecía—, sin disparar los niveles de la radiación, cosa que fundiría los circuitos de lo que hubiera dentro.

Y con toda esa actividad en marcha, Picard había puesto a la *Enterprise* a realizar su propia búsqueda de cualquier objeto al que los hombres hubieran podido ser transportados. Una vez que se hubiese completado la pauta en espiral de búsqueda, no quedaría un metro cúbico de espacio, dentro del alcance de un transportador en torno a la nave abandonada, que no hubiese sido sondeado por la *Enterprise*. Si existía alguna nave dentro de toda esa área de rastreo, independientemente de sus escudos o camuflajes, sería descubierta.

—Capitán. —La voz del ingeniero en jefe Argyle a través del comunicador apartó la atención de Picard de la configuración de estrellas continuamente cambiante de la

pantalla—. Creo que tenemos una pista de hacia dónde tiene que haber enviado a los hombres el transportador que hay aquí, pero me temo que no va a servirnos de mucho.

Picard frunció el ceño, y pulsó su insignia comunicador.

—Argyle, cualquier información es mejor que nada. ¿Qué ha encontrado?

—Que el destino de este transportador era con casi total seguridad un punto del interior de la propia nave abandonada. Pero...

—Entonces, ¿Data y LaForge están todavía dentro de la nave? ¿Aunque los sensores y tricorders digan lo contrario?

—No, capitán, lo más seguro es que no sea así. Por lo que parece, este transportador sólo los ha desplazado durante una primera etapa de su viaje..., hasta alguna de los centenares de salas que hay, y no tenemos forma de saber a cuál. El problema es que ahora parece que cada una de esas salas contiene su propio transportador. Todavía no hemos podido entrar en ninguna de esas otras, pero las lecturas de tricorder que mis hombres han tomado desde fuera indican la presencia de lo que semejan circuitos de transportador. Casi tenemos que suponer que, cualquiera que sea la habitación a la que enviaron a Data y LaForge, fueron transportados desde allí hasta un segundo destino.

Las facciones de Picard se endurecieron al cruzarle la mente una idea.

—Ellos... sus configuraciones... no habrán podido ser almacenados en una de las matrices de transportador, ¿verdad?

—No hemos detectado ningún circuito que indique que semejante almacenamiento sea posible, señor. —Argyle hizo una pausa antes de continuar con renuencia—. Sin embargo, capitán, me siento obligado a señalar que cabe la posibilidad de que hayan sido transmitidos pero no... no recibidos.

Picard reprimió un estremecimiento. Desde sus primeros tiempos en la academia, había oído historias de gente que fue transmitida —descompuesta, transformada en energía, y esa energía enviada— pero nunca recibida, nunca reconvertida en materia en el punto de destino. Claro está que dichas historias eran consideradas rumores sin fundamento, puestos en circulación principalmente para asustar a los cadetes novatos. Pero las posibilidades de un incidente semejante eran, para Picard y muchos otros que con tanta frecuencia dependían de los transportadores para realizar sus desplazamientos, el equivalente moderno del ser enterrado en vida.

Nunca había conseguido librarse del todo del horror que aquello continuaba inspirándole. Y ahora, el pensar que algo así hubiera podido ocurrirles a dos de sus hombres, dos a los que él se complacía en considerar amigos...

—Entren en esas salas, Argyle —dijo Picard, dándole a su voz una entonación inexpresiva con la intención de no poner en evidencia los sentimientos que habían hecho presa en él—. No importa lo que haga falta, entren en esas salas. Averigüen

qué ha sucedido con los tenientes Data y LaForge.

Era en esos momentos, cuando despertaba —recobraba el conocimiento—, que Geordi más deseaba la capacidad que para los demás era un hecho natural: la capacidad de abrir los ojos con la lentitud o la rapidez deseada.

Pero el visor no estaba equipado con el equivalente de párpados. En cuanto despertaba, en el instante en que los centros de visión de su cerebro entraban en actividad, se veían asaltados por una avalancha de ondas luminosas que bombardeaban su visor, y no había forma de evitarlo, ni siquiera modo de reducir la extensión de más de ciento ochenta grados de rielantes colores que se entretejían.

Lo máximo que podía hacer era yacer inmóvil para no añadir a su confusión la que provocaría su propio movimiento, durante el tiempo que tardaba su cerebro en centrarse sobre las formas que representaban objetos sólidos, discernir los brillantes arco iris que representaban campos energéticos inanimados pero vibrantes, y aún otras imágenes que eran las auras de los seres vivos.

Pero ahora, incluso antes de que las imágenes se aclararan, se dio cuenta de que ya no había ingravidez. Yacía sobre algo mullido, sujeto por una gravedad muy parecida a la de la Tierra. Excepto que...

No era gravedad.

El hecho de que la suave aura que lo baña todo en un campo de gravedad artificial no estuviera presente, fue uno de los primeros detalles que emergieron de la confusión de datos del visor, y un momento después echó de ver que también estaba ausente la aún más suave pero igualmente distintiva aura de la gravedad planetaria normal.

Eso significaba que, a menos que se hallara en presencia de una tecnología capaz de un método de generación de gravedad desconocido para la ciencia de la Federación, el peso que experimentaba era resultado de la fuerza centrífuga. Dondequiera que se encontrara, estaba girando como una estación espacial del siglo XXI, de ahí la sensación de gravedad.

Entretanto, el caos de ondas luminosas había comenzado a aclararse, y las imágenes empezaban a confirmarse.

Data, con sus dorados ojos alerta y preocupados, emergió primero, de pie y con la mirada inclinada hacia él.

Luego lo hizo la habitación en que se encontraba, y el hecho de que lo mullido sobre lo que estaba tumbado era la superficie de un enorme sofá.

Y lo que podía ver de la habitación misma presentaba el mismo estilo que el sofá. Sobre el suelo había una moqueta gris rojiza con un pelo —sintético, no orgánico, según le reveló un inédito sondeo espectrográfico— que era tan alto como media docena de las sencillas moquetas de la *Enterprise*. La totalidad de la pared que estaba

frente al sofá —y otros dos sofás idénticos a éste—, se encontraba cubierta por los pliegues de unas colgaduras de algo parecido al terciopelo.

Resueltamente, Geordi se sentó y miró en torno, captando el resto de la habitación en una fracción de segundo.

Detrás de su sofá, había varias sillas, en apariencia tan mullidas y acogedoras como el sofá. Las sillas estaban dispuestas en un arco en el centro del cual había otra silla, ésta severa e imponente. No era un trono propiamente dicho, pero esa impresión planeaba sobre ella.

En lo alto de la pared, opuesta a la de las colgaduras, y detrás del asiento solitario, había una representación de un metro de ancho de la misma cara estilizada y encerrada en un círculo que llevaban como un blasón en el uniforme los tres que habían acudido a recibirlos, y asesinarles. Debajo de ésta se veía una puerta que daba la impresión de ser deslizante, pero no una que ellos pudieran abrir con facilidad. Era perfectamente lisa, sin mecanismo de abertura, ni rebaje ni resalte.

En las paredes laterales, ocupando virtualmente cada centímetro cuadrado excepto la puerta de dos metros de altura en una de ellas, había un par de murales. Uno era el cuadro de una ciudad en ruinas, sus calles sembradas de escombros y cadáveres dispersos, sus edificios apenas muñones dentados, mientras que al fondo se alzaba el inconfundible hongo nuboso de una primitiva pero formidable explosión nuclear. El mural de la pared de enfrente era también una ciudad, pero allí resplandecía el sol y sus calles estaban llenas de personas sonrientes. A un lado se veía un parque, y a lo lejos, en la línea del horizonte, una campiña que se veía tan ajardinada como el propio parque.

Y en el cielo, en el lugar ocupado por el hongo atómico del otro mural, estaba una vez más el estilizado rostro, en este caso no tan nítido sino sutilmente apuntado en una serie de jirones de nubes contra un cielo aún más azul que el de la propia Tierra.

—¿Se encuentra bien, Geordi? —preguntó Data.

—Creo que sí pero ¿dónde diablos estamos?

—Dentro del contexto de su metáfora de Oz, tendría que decir que estamos «en alguna parte por encima del arco iris» —replicó Data con solemnidad, y luego agregó, mirando el rostro estilizado que bosquejaban las nubes—: Y ése tiene que ser el mago, mientras que yo podría muy lógicamente ser considerado el hombre de hojalata.

Geordi no pudo evitar una repentina sonrisa, a pesar de que la situación en la que habían caído no tenía nada de divertida.

—Ojalá no hayamos hecho enfadar a la bruja malvada del oeste, quienquiera que resulte ser.

—Parece que confían en nosotros, quienesquiera que sean nuestros captores —comentó Data—. No nos han despojado de nuestro equipo, ni siquiera de las pistolas

fásicas.

Geordi bajó la mirada y vio que Data tenía razón. También advirtió que sus traductores habían sido apagados. Cuando Geordi alargó en un acto reflejo la mano hacia el suyo, Data dijo:

—Me he tomado la libertad de desactivarlos. Pensé que preferiría que las primeras observaciones que hiciéramos cuando despertara fuesen privadas.

Geordi recorrió la habitación con la mirada una vez más.

—¿Cree usted que nos están escuchando?

—No hay manera de saberlo, pero no tengo ninguna razón para creer que no estén haciéndolo.

Geordi asintió.

—Buena idea. Pero cuando aparezca alguien, si es que aparece, no permitamos que se den cuenta de que los apagó de forma deliberada. Dejemos que piensen que nuestras máquinas fallan de vez en cuando, de modo que podamos mantener más conversaciones privadas en el futuro si fuera necesario.

—Yo continuaré siguiéndole la corriente, Geordi.

—Y yo a usted. —Volvió a mirar la habitación—. ¿Tiene alguna idea de cómo hemos llegado hasta aquí? Lo último que recuerdo es haber sido alcanzado por algo parecido a un rayo fásico, justo después de paralizar a uno de los tres mosqueteros cuando sacó su arma y actuó como si estuviera a punto de hacer fuego contra nosotros.

—A partir de ese momento, yo sé poco más que usted —explicó Data, que en apariencia había encontrado en su memoria la referencia literaria o decidido hacer caso omiso de la imagen por el momento—. También yo quedé inconsciente, y recobré el conocimiento sólo momentos antes que usted, en ese sofá que está junto al suyo.

—Eso me temía —comentó Geordi, luego se volvió y avanzó hacia las colgaduras en busca de alguna cuerda que sirviera para descorrerlas—. Entonces, supongo que tampoco sabe qué hay aquí detrás.

—No, Geordi; pensé que era más importante asegurarme de que usted no había resultado herido.

Mientras Data hablaba, Geordi buscaba a tientas las cuerdas, pero no encontró ninguna. Finalmente renunció.

Si Geordi hubiera podido parpadear, lo habría hecho, al ser golpeados sus sentidos por todo un caos nuevo de información a través del visor.

Detrás de las colgaduras había un ventanal que ocupaba toda la pared.

Y más allá del ventanal había todo un mundo: tres valles llenos de árboles, campos de cultivo y casas semiocultas se extendían dentro de una suerte de cilindro de centenares de metros de diámetro, y al menos un kilómetro de longitud. Entre los

valles había ranuras transparentes, que seguían por la curvatura del cilindro, y sobre ellas, en la zona superior, sólo parcialmente visibles, enormes espejos reflejaban al interior de los valles la luz de un sol de tipo G, apenas diferente del sol terrícola.

Era un hábitat espacial.

Si se descartaban los colores de la vegetación —verde con un leve tinte azul—, podría haber sido uno de los hábitats espaciales O’Neill de la Tierra, de principios del siglo XXI. Había visto imágenes holográficas en la academia que representaban ejemplos de una media docena de mundos, pero jamás había contemplado uno real.

Hasta ahora.

Él y Data se encontraban en el extremo de un hábitat espacial. Resultaba evidente que no había sido diseñado por O’Neill, no tenía sentido allí, en el rincón de la galaxia en que se hallaran; pero quienquiera que fuese el diseñador, había trabajado sobre los mismos principios.

Geordi silbó con incredulidad.

—Vaya con su imaginativo «en alguna parte por encima del arco iris»...

—Sí —dijo Data—, este mundo explica las lecturas de varios centenares de formas de vida que nuestros tricorders registraron. Teníamos que encontrarlos en algún punto emplazado a lo largo del eje rotatorio de esta estructura, o en alguna otra estructura separada y no rotatoria.

—¿Puede concretar más?

—Por la distancia y distribución de las formas de vida registradas por el tricorder, tengo que suponer que nos hallábamos en una especie de satélite.

—¿Podría encontrarlo otra vez si tuviera que hacerlo?

—Sin más información, no, Geordi.

Con el ceño fruncido, Geordi espío los espacios en que los espejos no bloqueaban del todo la visión del espacio exterior. Pero ni siquiera su visor pudo distinguir nada. Si había otros satélites o incluso un planeta allí fuera —el planeta que habían visto en la pantalla de la ya lejana plataforma del extraño transformador, por ejemplo—, ninguno estaba donde pudiera ser visto.

De pronto le llegó un zumbido desde el techo, de encima de las colgaduras, y éstas se deslizaron suavemente hacia los lados como cortinas de un escenario, dejando del todo a la vista la ventana y lo que se extendía más allá de ésta.

Un instante después, la puerta que se hallaba detrás de la silla imponente se abrió, desliziéndose con suavidad.

A paso vivo, un hombre la traspuso y la puerta volvió a cerrarse tras él. Era viejo, y parecía tan humano como los otros tres que habían visto. Vestía un uniforme de una pieza ceñido por un cinturón, similar a los que llevaban los otros excepto por ser amarillo brillante y, en lugar de la cara estilizada, llevaba en el pecho un sencillo círculo de un amarillo aún más vivo. Durante un momento, Geordi se preguntó el

porqué de la ausencia de la cara estilizada aparentemente ubicua, pero luego advirtió la razón. El hombre mismo tenía que haber sido, décadas antes, el modelo de ese rostro. Ni siquiera ahora podía pasarse por alto el parecido.

El hombre comenzó a hablar pero, sin los traductores, sus palabras eran un galimatías.

Geordi comenzó a encender el suyo, pero recordó a tiempo la estrategia que le había sugerido a Data. Asumiendo una expresión de ceñuda perplejidad, miró su traductor y lo sacó del cinturón. Tras darle un golpe seco, escuchó durante un segundo y luego, mientras miraba directamente al hombre que acababa de entrar, le dijo a Data:

—Zarandee un poco su traductor y luego, disimuladamente, enciéndalo.

Data, los ojos también fijos en el hombre, contestó:

—Continuaré siguiéndole la corriente, Geordi.

Para entonces, el hombre había dejado de hablar y miraba inquieto del uno al otro. Moviendo las cabezas en lo que esperaban que fuera una indicación de que no sabían qué estaba sucediendo, sacudieron sus traductores y les dieron golpecitos hasta que Geordi subrepticamente encendió el suyo. Un momento después, Data siguió su ejemplo.

—Ahora funcionan —dijo Geordi, volviendo a mirar al anciano—. De vez en cuando tenemos problemas con estos aparatos.

Los ojos del hombre se abrieron momentáneamente de par en par cuando los traductores se pusieron a emitir palabras en su propio idioma, y Geordi pudo ver que todo su cuerpo se ponía un poco rígido.

—Bienvenidos al Mundo de los Guardianes de la Paz —declaró—. Yo soy Shar-Lon, presidente del Consejo de los Guardianes de la Paz. Les ruego que me permitan expresar nuestra ilimitada gratitud por lo que sus Regalos han hecho posible. Si hay cualquier cosa que podamos hacer para ayudarlos, sólo tienen que pedirla.

—Podría comenzar por contarnos por qué uno de sus hombres intentó matarnos —improvisó Geordi hablando con voz severa—, y por qué nos dejaron inconscientes y nos arrastraron hasta aquí.

Apenas se produjo cambio alguno en la expresión de Shar-Lon, tal vez una leve tensión en torno a los ojos, pero el espectro infrarrojo que captaba Geordi a través del visor puso de manifiesto una repentina caída de la temperatura superficial en partes del rostro y las manos de Shar-Lon, lo que reflejaba un cambio en el flujo sanguíneo a través de sus venas. En un ser humano, este tipo de reacción indicaba la aparición de un sentimiento de recelo, incluso de miedo. No existía razón alguna para pensar que significara algo diferente en Shar-Lon.

—Sólo puedo pedirles disculpas por permitir que sucediera, y asegurarles que el individuo será tratado de la forma que ustedes deseen. Mi delegado Kel-Nar, que los

trajo personalmente hasta aquí, ha puesto a los tres bajo vigilancia, en espera de las órdenes de ustedes.

—Sólo uno pareció dispuesto a atacarnos —respondió Geordi en tono firme—, pero antes de que decidamos lo que debe hacerse con él, díganos por qué se comportó de esa forma. Conjeturo que no fue por orden suya.

El anciano lo negó rotundamente con la cabeza.

—Yo nunca haría... —comenzó a decir mientras un tono exculpatorio le recorría la voz; luego se interrumpió como si de pronto hubiera recobrado el control—. Desgraciadamente —prosiguió, con una voz que volvía a ser casi monótona—, hay unos pocos... muy pocos... individuos desequilibrados entre nosotros que no comparten nuestro regocijo por la llegada de ustedes.

—¿Incluso entre su propio personal? Por los uniformes, deduzco que los tres que acudieron a recibirnos... y matarnos... fueron enviados por usted.

—Lo fueron. Pero resulta imposible predecir siempre a quién atacará la locura.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no lo atacará a usted?

—¡Impensable! —declaró Shar-Lon, temblando. Y luego, inclinando la cabeza, agregó—: Yo estoy a disposición de ustedes. Mi único deseo es hacer la voluntad de los Constructores. Hagan conmigo lo que les plazca. Las armas con las que neutralizaron al que los atacó, continúan en sus cinturones.

Eso era cierto. Y además las pistolas fásicas estaban, según pudo ver Geordi, completamente cargadas.

Estudiando una vez más al hombre, Geordi se preguntó: ¿Cuánto podían revelarle sin correr peligro? Sobre todo, ¿estarían a salvo si le contaban que él y Data no eran quienes él y los demás creían que eran, los responsables de los «Regalos», los llamados «Constructores»?

La natural inclinación de Geordi en casi todas las situaciones era el decir la simple verdad, pero en este caso no había forma de saber cuál sería la reacción ante la misma. Shar-Lon parecía sentir un temor reverencial ante esos Constructores, quienesquiera que hubiesen podido ser, pero ¿qué sentiría ante un par de humildes impostores? Si ese miedo se transformaba en cólera, las dos pistolas fásicas no podrían mantener a raya a los centenares de habitantes cuya presencia habían detectado los tricorders en este mundo cilíndrico, en particular si la mayoría de ellos llevaba las mismas armas primitivas pero mortales que tenían los primeros tres.

¿Era posible que el que intentó atacarles en la cámara se hubiera dado cuenta de la verdad —que Geordi y Data no eran los llamados Constructores—, y que se debiera a ello su proceder?

Por otro lado, si intentaban salir del paso con un farol, tendrían que fingir saber más de lo que en realidad sabían. Peor aún, no se atreverían a formular de forma abierta ninguna de las incontables preguntas que tenían que ser respondidas antes de

que tuvieran una oportunidad de hallar el camino de regreso a la *Enterprise*.

Y estaba el hecho de que el echarse faroles —las mentiras en general— hacían que Geordi se sintiera tremendamente incómodo. Y sin embargo...

Una vez más, Geordi se representó al capitán Picard en esta situación, y procuró imaginar qué haría él. Y, como siempre sucedía, este recurso pareció conferirle ánimo, determinación.

—Sí —dijo por fin Geordi, pasando los dedos por la pistola fásica—, hemos advertido que nuestros equipos fueron dejados intactos, y apreciamos su cortesía. Como estoy seguro que la apreciarán nuestros superiores cuando les demos nuestro informe —agregó, satisfecho con su repentina inspiración.

Shar-Lon se tensó aún más.

—¿Han venido entonces con un propósito específico?

—Por supuesto. Como podría esperarse, deseamos averiguar qué uso han hecho ustedes de nuestros Regalos.

En el instante en que la última palabra salió del traductor, Geordi se dio cuenta de que, por la razón que fuere, tenía que haber dicho algo correcto. Aunque Shar-Lon hizo todo lo posible para mantener sus facciones inalteradas, se distendió de manera visible, y el espectro infrarrojo reveló una vez más un cambio extenso, que en este caso indicaba un repentino descenso de la tensión, casi una relajación.

—La esencia está aquí —declaró, al tiempo que hacía un gesto hacia los murales—. Esto —prosiguió, señalando la ciudad en ruinas con el hongo atómico—, es lo que habría sido de no recibir nosotros sus Regalos. Y esto —un gesto hacia la ciudad idealizada con la imagen esbozada en nubes de su propio rostro flotando en el fondo—, esto es lo que tenemos. Éste es el mundo que existe.

—Muy impresionante —repuso Geordi evasivo—. Si todo es como usted dice, no me cabe la menor duda de que nuestro informe será satisfactorio y nuestros superiores se sentirán satisfechos.

Durante un largo momento, el anciano permaneció en una perfecta inmovilidad y Geordi no pudo leerle la expresión. Incluso las reacciones en los infrarrojos eran confusas, como si las emociones del hombre se hubieran desconectado. La relajación evidente de momentos antes había desaparecido, pero Geordi no podía saber qué la había reemplazado.

—Vengan —dijo el anciano con una voz ahora extrañamente carente de emoción, de un sonido algo hueco—, y les mostraré lo que hemos logrado con sus Regalos.

Al volverse, la puerta se abrió deslizándose en silencio y, con un amortiguado susurro, las colgaduras corrieron, cerrando de forma abrupta la vista panorámica del interior del cilindro.

—Búsqueda según pauta establecida completada hasta veinte mil millas, señor —informó el teniente Worf—. Resultados negativos.

Picard, frustrado, arrugó el entrecejo mirando la configuración de estrellas temporalmente inmóvil de la pantalla.

—Muy bien, teniente —contestó con brusquedad—. Amplíe la pauta a cuarenta mil kilómetros.

—Ampliando pauta, señor —tronó Worf, obediente, sin señalar que la ampliación los llevaría a una distancia más de dos veces superior al radio de alcance de cualquier transportador de la Federación.

—Trace también un curso para regresar a una distancia de la nave abandonada que quede dentro del radio de alcance del transportador. Prográmelo para que se reajuste constantemente mientras desarrollamos la búsqueda, y téngalo preparado para ponerlo en ejecución de forma instantánea.

—Curso trazado y entrado, señor.

—Alférez CarPELLI, permanezca preparado para sacar a todo el mundo de esa nave tan rápido como pueda.

—Preparado, señor —respondió CarPELLI desde la sala del transportador principal.

—Argyle, Riker —dijo al tiempo que pulsaba su insignia— estamos ampliando la pauta de búsqueda. Nos hallaremos fuera del radio de alcance del transportador, pero podremos regresar en segundos.

—Comprendido, señor —repuso Riker por los dos.

—Argyle, ¿algún progreso?

—Alguno, señor —contestó Argyle, incómodo. El capitán era un hombre comprensivo, y Argyle lo sabía, pero eso no hacía que fuera más fácil admitir, si bien no el fracaso, sí sólo un éxito limitado—. Como le informé antes, no ha llevado mucho averiguar cómo se desarmaban las defensas de los paneles y conseguir entrar en las salas..., compartimientos, en realidad. No obstante, me temo que no hemos tenido tanta suerte con lo que encontramos dentro.

—¿Sí? —le instó Picard cuando Argyle vaciló, como procurando ordenar sus pensamientos—. Dos hombres han desaparecido y es muy probable que sus vidas dependan de lo que usted y su gente consigan averiguar. Y con qué rapidez lo averigüen.

—Me doy cuenta de eso, por supuesto.

—Entonces, continúe con su informe.

Argyle tragó saliva.

—Hasta ahora sólo hemos investigado veinte compartimientos capitán, pero esos veinte parecen ser idénticos en esencia. En primer lugar, no se trata tanto de salas

como de compartimientos de equipo... principalmente transportadores, cosa que ya sospechábamos. Los paneles sólo sirven para manipular los circuitos, probablemente para facilitar las reparaciones..., es decir facilitarlas si uno sabe cómo evitar que se disparen los dispositivos de autodestrucción.

—¿Y los controles de las plataformas de los transportadores?

—Hasta el momento no hemos podido localizar ninguno. Estamos conjeturando que todo lo dirige una computadora central. Y las plataformas de cada uno de los transportadores son interiores, no externas.

—¿No externas? Señor Argyle...

—Ya sé que parece una locura, capitán, pero es así. No podemos estudiarlas directamente, pero por las lecturas que hemos tomado en las veinte, existe una cavidad casi en el centro mismo de cada transportador. Estamos seguros de que esas cavidades, cada una de aproximadamente tres metros de alto y un metro de lado, son los puntos de destino de los transportadores de corto alcance. Al parecer, cualquier cosa que se envía allí es de inmediato transportada a otro destino.

—¿Así fueron enviados los tenientes Data y LaForge?

—Sí, señor. Estamos prácticamente seguros de que fue eso lo que les sucedió.

—Entonces, si puede determinar qué transportador fue utilizado, puede invertirlo y traerlo de vuelta.

—Me temo que no, señor. En primer lugar, hasta ahora no hemos descubierto ninguna forma de determinar qué transportador se usó. En segundo...

—¡En ese caso, inviértalos todos! ¡Uno por vez!

—No creo que sirviera de nada, señor. Estos transportadores parecen ser estrictamente de un solo sentido y...

—¿De un solo sentido, Argyle?

—Sí, señor. El análisis que hemos podido realizar de los circuitos indica que los transportadores son capaces de funcionar sólo como transmisores, no como receptores.

De repente un nudo se formó en el estómago de Picard.

—Entonces, Data y LaForge están realmente perdidos. ¿No hay ninguna manera...?

—No, señor, no es eso a lo que me refería —se apresuró a decir Argyle—. Estos transportadores parecen capaces de transmitir un objeto y reintegrarlo en el destino que tengan programado, de la misma forma que lo hacen nuestros transportadores. De lo que no son capaces es de buscar y traer ese objeto... ni ningún otro... de vuelta aquí. Cualquier cosa que transportan, se queda en el punto de destino.

—Eso no tiene sentido, señor Argyle —protestó Picard—. ¿Es posible que el circuito de recepción esté desconectado? Siempre que las naves estelares visitan planetas prisión, se colocan bloqueos en los circuitos de recepción para que nadie

pueda transportarse a bordo sin que el operador entre un código especial. Tal vez éste...

—Es improbable, señor. A pesar de que no podemos identificar con total seguridad cada circuito, parece que el circuito de recepción sencillamente falta, no es que esté bloqueado.

—¿Pueden operar por pares? ¿No podrían contener los circuitos receptores las salas que aún no ha examinado?

—Es posible, señor, pero no me parece verosímil. Las salas que hemos revisado fueron escogidas al azar, y hasta ahora no hemos encontrado ninguna variación. Cada una contiene un solo transportador... transmisor... y un receptor vectorial, la salida del cual parece estar conectada con la computadora central.

—¿Han conseguido activar alguno de los transportadores hasta el momento? ¿Enviar un señalizador para determinar adónde van a parar?

—No, señor. A pesar de que los paneles nos permiten acceder directamente a una gran cantidad de circuitos que normalmente pueden ser manipulados de forma directa, no podemos hacer nada con ellos. Hay demasiadas protecciones, todas muchísimo más complejas y difíciles de discernir su función u obviarlas que las de los paneles de acceso. Hasta que encontremos cómo analizar esas protecciones, es imposible activar ninguno de los equipos de esas salas.

—¿Para cuándo prevé solucionarlo, Argyle?

—No hay forma de predecirlo, señor.

—Pero usted tiene que tener alguna idea, una intuición, por lo menos.

—La tengo, señor, pero no va a gustarle.

Picard frunció el gesto.

—¡Cuéntemela, señor Argyle! Es obvio que cuanto más tiempo se pase ahí quieto evitando mis preguntas, más tiempo pasará hasta... Cuéntemelo, señor Argyle.

Argyle tragó saliva audiblemente.

—No creo que podamos activar los transportadores, señor.

—Pero si acaba de decirme que uno de los transportadores ya había sido activado, señor Argyle. ¡Ése es el porqué, según me informaba anteriormente, de que los tenientes Data y LaForge hayan desaparecido!

—Lo sé, señor, pero en ese caso, la propia computadora central de la nave realizó el trabajo.

—¿Y qué puede impedirle conseguir que vuelva a hacerlo?

—Las protecciones, capitán. Como ya le he dicho, son mucho más complejas que las instaladas para los paneles de acceso. La computadora central... y todos y cada uno de los transportadores hasta el momento... parecen ser, en efecto, a prueba de manipulación. Sin el código necesario, cualquier intento de hacer no importa qué llevará a una destrucción de los circuitos clave.

—Pero sin duda la computadora de la *Enterprise* puede ser conectada con esta computadora y...

—¿Entrarle un millón de códigos por segundo hasta dar con el correcto? Sí, podría, pero no serviría de nada, a menos que dé con el correcto la primera vez que lo intente. Una vez que se entra un código erróneo, no se dispone de una segunda oportunidad. Los circuitos se fundirían en milisegundos. Ya hemos perdido uno de esa forma, y no hay nada que indique que alguno de los otros pueda ser diferente.

—Entonces, quite los circuitos de autodestrucción. Al parecer, fue usted capaz de hacerlo en el caso de las puertas.

—Imposible, señor. Todo está tan completamente integrado que no puede quitarse ningún circuito en concreto sin destruir un millar de otros o activar el proceso de destrucción. —Argyle sacudió la cabeza—. Sería como intentar hacer un trasplante de corazón si el corazón y el cerebro... y todos los demás órganos... fueran una sola unidad inseparable... que las paredes del corazón cumplieran las funciones del cerebro, por ejemplo.

Picard hizo una mueca ante la imagen que le había pintado el ingeniero en jefe y guardó silencio durante un momento. Finalmente, dijo:

—Muy bien, Argyle. Usted y su equipo continuarán hasta que todas las salas de esa nave hayan sido abiertas y analizado su contenido. Entre tanto, la *Enterprise* continuará ampliando su búsqueda hasta que hayamos cubierto cada milímetro dentro del radio de alcance de esos transportadores de un solo sentido, cualquiera que éste resulte ser. Manténgame...

—Ése es otro problema, señor —lo interrumpió Argyle—. El alcance de los transportadores podría ser en teoría más grande del que usted podría esperar.

Picard arrugó el ceño, pensando con inquietud que su búsqueda ya había abarcado, sin éxito, un área miles de millas superior al alcance máximo de los transportadores de la Federación.

—Sobre el papel, incluso millones de veces más grande —continuó Argyle, sin preocuparse de que el capitán le oyera tragar saliva—. Tengo la impresión de que existe una clara posibilidad de que operen a través del subespacio. Y si eso fuese cierto, los tenientes Data y LaForge podrían estar a centenares de parsecs de distancia.

Geordi y Data contemplaron cómo la puerta se deslizaba hacia un lado, dejando a la vista un ascensor que tenía el mismo ubicuo rostro en la pared del fondo. Las paredes laterales eran de colores que contrastaban entre sí, una del mismo amarillo vivo del uniforme de Shar-Lon, y la otra de un deprimente gris pizarra, y Geordi se preguntó si los dos colores estaban destinados a transmitir el mismo mensaje que los dos murales. Shar-Lon permaneció en silencio tras pulsar un código en el tablero

plano que controlaba el ascensor. No miró a ninguno de sus pasajeros, y su imagen infrarroja le mostró a Geordi que cada partícula de la piel desnuda se había vuelto casi inanimadamente fría, como si le hubiera sobrevenido un colapso.

Pero al subir el ascensor hacia el centro ingrátido del extremo del hábitat, el cuerpo del anciano se irguió y sus flojas facciones, a pesar de su carencia de expresión, perdieron al menos una década. Del ascensor los hizo pasar a través de una serie de puertas hasta un hangar, en el que no había nadie, que contenía varias primitivas lanzaderas. Todas tenían los rostros estilizados reproducidos en sus flancos, algunos no más grandes que una marca identificativa, como una insignia de rango, pero en otras era de más de un metro de ancho. Tras conducirlos hasta una que tenía una cúpula transparente sobre un compartimiento destinado para pasajeros y piloto —¿una burbuja de observación?, se preguntó Geordi—, Shar-Lon introdujo un código para abrir la compuerta y les hizo un gesto para que entraran. Se deslizó al interior de la lanzadera tras ellos, y mientras sus dedos pulsaban los mandos de la lanzadera, su perfil infrarrojo adquirió viveza, como si un debate interno se hubiese resuelto al menos de forma temporal.

Con suavidad, condujo la lanzadera a través de la compuerta del hangar y, una vez fuera en la brillante luz del sol, imprimió una repentina aceleración, luego la hizo girar noventa grados y casi simultáneamente la detuvo. El planeta blanco y azul de la pantalla se extendió ahora de pronto ante ellos, a menos de treinta kilómetros de distancia.

Durante un largo momento Geordi se limitó a mirar el planeta. Si había tenido la más ligera duda de que el transportador alienígena los había enviado a través de parsecs en lugar de millas, la visión que tenía delante la venció. El planeta era real, no una imagen o una ilusión.

—Sin sus Regalos —dijo por fin Shar-Lon con una voz que ahora era un acallado susurro reverencial—, este mundo nuestro sería cenizas.

—Explíquese —pidió Geordi, forzando una voz severa.

Durante varios segundos Shar-Lon permaneció en silencio, y la inexpresividad pareció retomar a sus rasgos. Luego cobraron un aire de tristeza, y Geordi no pudo evitar pensar en un actor que se preparara para pronunciar un difícil soliloquio.

—Aunque me avergüenza decirlo —comenzó Shar-Lon—, mis gentes eran, hace décadas, poco menos que salvajes. Salvajes que habían obtenido el conocimiento que les habría permitido destruirse a sí mismos y a todos los seres vivos de nuestro mundo. Cuando su santuario de Regalos fue descubierto en órbita alrededor de nuestro mundo, había casi cien naciones por separado. La verdadera paz no había existido en ningún momento de nuestra historia, y más de la cuarta parte de nuestras naciones tenían sus propios arsenales de destrucción nuclear. Algunos habían sido puestos en órbita, otros escondidos debajo del suelo, otros debajo del mar.

—Es una descripción que me resulta familiar —declaró Geordi con solemnidad cuando el anciano hizo una pausa, como si aguardara, intranquilo, una respuesta.

Los ojos de Shar-Lon se abrieron un poco más pero no apartó el rostro del planeta.

—Entonces, ¿les han entregado sus Regalos a otros además de a nosotros?

—Por supuesto —improvisó Geordi, que se ganó una mirada de soslayo por parte de Data—, aunque no muchos los han utilizado tan sabiamente como ustedes. Díganos, Shar-Lon, ¿cómo fue que utilizó por primera vez nuestros Regalos? ¿Fue usted en persona quien los recibió?

—Lo fui —repuso de inmediato, y por un momento sus ojos se pusieron vidriosos, como perdidos en el recuerdo. Por fin, sin que lo animaran, prosiguió—: Yo fui el elegido. Durante esa época de mi vida yo era, aunque me duele admitirlo, tan salvaje como cualquiera de los otros de nuestro planeta. Anteriormente, cuando era joven, había trabajado durante mucho tiempo y muy duramente por la paz. Había estado entre los primeros del grupo que llevaba nuestro nombre, pero había perdido pronto la ilusión. Me di cuenta de que, lejos de ser verdaderos guardianes de la paz, éramos poco más que agitadores, y además, ineficaces. Teníamos pocos miembros y ninguna influencia, y apenas si se hacía caso de nuestras protestas. Enfadado por la futilidad de nuestros esfuerzos, yo abandoné la organización y me lancé a lo que entonces consideraba como la única opción: un mundo en el que mi propia nación fuera lo bastante poderosa como para mantener una paz que no podía ser garantizada de ninguna otra forma.

»Era una tontería, lo sé, pero esa deserción, según me di cuenta más tarde, marcó mi destino. Sin mi decepción y abandono, sin mi huida hacia el destructivo orgullo nacionalista, ¿cómo habría podido ser aceptado en el ejército de mi nación? Y sin esa aceptación, ¿cómo podría haber obtenido el puesto de confianza que me permitió hallarme en el lugar adecuado en el momento preciso, cuando fueron dadas las señales y revelado el Santuario de Regalos de ustedes?

Una vez más, Shar-Lon guardó silencio; el rostro crispado y enrojecido.

—Háblenos de ello —volvió a animarlo Geordi. Lo que Shar-Lon les había contado hasta el momento no contenía información susceptible de ayudarles—. Cuéntenos qué sucedió.

—Sí —agregó Data, que de pronto pareció satisfecho de sí mismo—, a nuestros superiores les interesará muchísimo el relato detallado de lo que hizo usted. Como ya le ha dicho mi colega, el uso que ustedes han hecho de los Regalos ha sido insólitamente fructífero, y los detalles de ese uso podrían resultar muy informativos. Puede que incluso les resulten de utilidad a nuestros superiores, al permitirles analizar lo sucedido y luego mejorar los métodos mediante los cuales les proporcionen dichos Regalos a otros en el futuro.

Geordi reprimió una sonrisa al acabar Data. Para alguien que se había quejado de carecer de experiencia en las técnicas del engaño, estaba aprendiendo con rapidez.

—Mi colega está en lo cierto —confirmó Geordi—. Hay incontables mundos más como el de ustedes, y nuestros superiores están siempre abiertos a considerar mejoras, con el fin de que algún día todos los mundos sean capaces de hacer un uso tan bueno de los Regalos como ustedes.

Y con ese descarado halago, Shar-Lon pareció resolver una vez más el conflicto que fuera que en ese momento se debatía en su interior, y comenzó a hablar una vez más.

Y mientras Shar-Lon hablaba —o recitaba—, la infalible memoria de Data grababa todas sus palabras, y Geordi las analizaba continuamente en busca de cualquier cosa que pudiera proporcionarles una pista sobre la verdadera naturaleza del «Santuario» y sus «Regalos», y de cómo él y Data podían hacer uso de los mismos para hallar el camino de vuelta a la nave abandonada y la *Enterprise*.

Cincuenta años antes, explicó Shar-Lon, él y su hermano Shar-Tel habían sido pilotos de las fuerzas espaciales de defensa de su nación. En concreto, habían sido dos de los más de veinte pilotos que se turnaban para llevar en lanzadera los suministros y el personal de relevo a los satélites espías y plataformas lanzamisiles tripulados que mantenían virtualmente cada metro cuadrado de la superficie del planeta bajo vigilancia constante..., y amenaza de destrucción instantánea igual de constante. Todas las naciones con una economía lo bastante fuerte tenían o bien satélites similares o aún más misiles nucleares en alguna parte sobre o debajo de la superficie, todos apuntando hacia otras naciones que tenían armamento semejante. Ninguno de los misiles había sido utilizado excepto en pruebas, pero apenas pasaba un año sin que una docena de guerras menores con armamento convencional no fueran libradas en alguna parte. Hasta entonces, ninguno de los conflictos había llegado al punto en el que no sería posible volverse atrás, en el que no habría otra opción que la de que alguien lanzara el primer misil, pero había estado a punto de suceder más de una vez.

—Las señales se me aparecieron el día de mi vigésimo octavo cumpleaños —prosiguió Shar-Lon; su voz era ahora casi del todo monótona a pesar de que los infrarrojos ponían en evidencia el recurrente conflicto interno que se negaba a permanecer sumergido durante más de uno o dos minutos cada vez—. Mi hermano y yo estábamos pilotando la lanzadera de suministros sin más personal a bordo. Habíamos llegado a la órbita preliminar y nos estábamos preparando para entrar en la órbita de transferencia que nos llevaría hasta la de nuestros satélites. Mientras esperábamos la señal desde tierra que confirmaría los cálculos de nuestra computadora de a bordo, yo me sorprendí contemplando nuestro mundo que se deslizaba por debajo de mí. Y me llegó un pensamiento, el mismo pensamiento que

ha penetrado en mi mente una y otra vez, literalmente centenares de veces desde mucho antes de mi primer vuelo, desde la primerísima vez en que vi las imágenes de nuestro mundo enviadas desde el espacio por los primeros satélites, décadas antes. Se me ocurrió que la incontestable belleza de nuestro mundo contrastaba violentamente con los mortales juegos que sus habitantes... incluidos, para entonces, mi hermano y yo... llevaban a cabo de forma continuada. Y entonces...

Shar-Lon hizo una pausa y su rostro, en la visión infrarroja de Geordi, mostró un rubor de emoción en apariencia genuina, como si el momento que estaba evocando fuera lo bastante poderoso como para apartar a un lado los conflictos internos que lo mortificaban en el presente, fueran cuales fueren.

Shar-Lon señaló el planeta con un gesto de la mano.

—Y entonces, durante apenas un momento, la totalidad del planeta, de extremo a extremo, rieló y se retorció ante mis propios ojos, como si fuera un reflejo sobre la ondulante superficie de un lago.

»Y luego, literalmente en un abrir y cerrar de ojos, se volvió rojo sangre. Sus océanos, sus continentes, sus nubes, todos se vieron de repente bañados en ríos de sangre.

»Y en ese instante reconocí la visión como un signo, y supe qué pretendía. En ese instante supe que mi mundo estaba a punto de morir. Estaba a punto de convertirse en una esfera de muerte, en un osario. Los misiles iban a ser lanzados, y todos los seres vivos de la superficie del planeta iban a morir.

»Este conocimiento me aterrorizó como nada hasta entonces había tenido poder de hacerlo. Yo había visto los misiles en sus plataformas. Había visto su poder devastador en demostraciones y pruebas, y conocía el número de los mismos. Y conocía la facilidad con la que podía lanzárselos.

»Y entonces, de un modo más vivido que la realidad misma, vi lo que estaba por venir.

»Vi nuestras ciudades convertidas en desechos y ruinas radiactivas, y la campaña transformada en envenenados desiertos sin vida.

»Vi a nuestros pueblos muriendo de centenares de maneras distintas.

»Vi la carne de mi propio hermano abrasada hasta los huesos.

»Me vi a mí mismo, mi cuerpo debilitado y muriendo en una lenta agonía sin nadie que quedara para atender ni a mí ni a los millones que como yo habían tenido la desgracia de sobrevivir no sólo segundos ni minutos, sino meses.

»Vi cómo la totalidad de nuestro mundo temblaba y moría, y yo sólo podía observar, impotente. Porque sabía que nada podía hacer para impedir que la visión se transformara en realidad. Había centenares de acciones que podía emprender y que comenzarían el proceso de destrucción, pero ni una sola que me permitiera evitar que sucediese o detenerlo una vez comenzado. Incluso la sola acción que en ese preciso

momento estaba en mi poder realizar, utilizar la lanzadera que pilotábamos para dirigirme hacia ella y destruir el satélite de misiles al que pronto nos acercaríamos, no sólo significaría nuestras propias e instantáneas muertes sino que posiblemente haría estallar el mismísimo holocausto que yo sabía que debía evitarse.

»Finalmente, cuando recobré el sentido lo bastante como para hablar, aparté los ojos de la visión y miré a mi hermano, y me di cuenta de que él no la había visto. Su atención había estado fija en nuestros instrumentos, comprobando el alineamiento de nuestro sistema de dirección como hacía siempre antes de la maniobra que nos llevaría a la órbita de transferencia.

»Y entonces, cuando yo comenzaba a hablar, llegó un mensaje de la estación de Tierra que nos decía que, según los instrumentos de ellos, nuestra trayectoria se había visto algo alterada y que sería necesaria una pequeña corrección de curso antes de comenzar la entrada en la órbita de transferencia. En el mismo instante, prácticamente, antes de que pudiera apartar la atención de mi hermano de los instrumentos, aquella señal se desvaneció, dejando a la vista nuestro mundo aún intacto.

»Por un momento me inundó el alivio. Había sido una alucinación, me dije, mientras mi hermano entraba los datos nuevos en la computadora, una alucinación provocada por el sentimiento de culpabilidad que yo sentía por la parte que me correspondía, por pequeña que fuera, en la locura que iba a destruir nuestro mundo.

»Pero luego, sólo momentos más tarde, mientras la computadora ordenaba el encendido de una fracción de segundo requerido del motor principal, la señal regresó. Nuestro mundo estaba otra vez bañado en sangre, y entonces supe que no se trataba de ninguna alucinación.

»Porque mi hermano también la vio.

»Aunque él no lo interpretó como la señal que era, y cuando yo traté de explicárselo, él se limitó a ridiculizarme.

»Pero entonces, cuando nuestro mundo estaba en lo más oscuro y sangriento, apareció el Santuario de los Regalos de ustedes. Éste borró por completo la imagen de nuestro agonizante mundo, y él ya no pudo negar la realidad de lo que estábamos viendo. Y un momento más tarde la estación de Tierra nos dijo que nuestra imagen en el radar había sido ocultada por otra más grande aunque indistinta.

»Y en ese instante, al ser confirmada la realidad física del Santuario, yo me di cuenta de que allí estaba nuestra salvación.

»Y supe también que era mi responsabilidad, mía y de ningún otro, el llevar a la práctica esa salvación.

»Yo, cuya impaciencia me había llevado a desertar de las filas de los defensores de la paz hacía casi una década, había sido elegido en ese momento para evitarle a nuestro mundo el sangriento holocausto que de lo contrario lo destruiría. Y el

Santuario de ustedes, no los débiles aunque bien intencionados esfuerzos de mis antiguos compañeros, era el medio que se me había entregado para cumplir con esa tarea.

»Pero mi hermano no lo comprendió. Él no vio la salvación sino una amenaza terrible, una amenaza de la que el mundo tenía que ser puesto sobre aviso. Y yo no podía detenerlo. Como no fuera asesinandolo yo mismo, cosa que, por descontado, era incapaz de hacer, no podía evitar que comunicara con nuestros superiores, esos dementes que, junto con dementes similares en otras naciones, serían los responsables de la carnicería que yo ya tenía los medios para evitar.

»Así pues, emprendí la única acción que podía: viajé hacia el Santuario. Mientras mi hermano hablaba todavía con nuestros superiores, su mente tan absorta en la imagen del Santuario que no se daba cuenta de lo que yo estaba haciendo, me apoderé tanto del equipo espacial de mi hermano como del mío, y entré en la cámara de depresión y la cerré. Luego me puse mi propio equipo y salí de la lanzadera, llevándome también el de mi hermano. Cuando advirtió que me había marchado, me suplicó que regresara. Nuestros superiores, dijo, iban a enviar un misil para destruir el Santuario... el invasor, lo llamaban estúpidamente... y si nosotros no nos apartábamos del radio de alcance seríamos también destruidos.

»Pero yo continué. No tenía otra elección. Había sido elegido y no podía retroceder.

»Y al acercarme al Santuario... mientras mi hermano maniobraba con la lanzadora para ponerse a salvo... me fue dada la última señal. Durante un momento, mi trayectoria a través del espacio me llevó hasta un punto desde el que podía vislumbrar nuestro mundo, justo debajo del Santuario, y en ese momento vi que su imagen... que nuestro mundo... estaba aún más hermoso y limpio de lo que jamás lo había estado. Ni un solo rastro de sangre quedaba en él, y los azules y verdes y blancos que cubrían su superficie eran más vivos de lo que nunca los había visto.

»Fue entonces cuando supe que llevaría a cabo mi misión con éxito.

»Y cuando llegué al Santuario, en cuanto toqué su intacta superficie, fui rápidamente juzgado digno y aceptado, como por arte de magia, a través de las mismísimas paredes.

»Y allí permanecí, con sólo las provisiones de mi equipo y el de mi hermano para sustentarme, hasta que dominé el uso de los Regalos de ustedes.

»Al principio sólo fui capaz de destruir los misiles que eran estúpidamente lanzados contra mí, primero por mi propio país y luego por otras naciones que ciegamente se unieron a la mía en su loco esfuerzo por destruirme. Al final, cuando los muchos usos de sus Regalos me fueron plenamente revelados, fui capaz de buscar los misiles que estaban escondidos y lanzarlos al espacio para destruirlos allí.

»Y cuando estuvieron todos destruidos, cuando la sangrienta amenaza planetaria

quedó eliminada, reuní a mi alrededor a los antiguos compañeros para regocijamos de que nuestro mundo, por fin, era libre para abandonar sus descabelladas armas y vivir en paz. Incluso mi hermano —agregó, con la primera sonrisa genuina desde que habían salido del hábitat— llegó a entender qué habíamos encontrado aquel día y se unió a nuestro trabajo.

Al acabar, Shar-Lon pulsó los mandos de la lanzadera y la hizo girar. Con lentitud, el planeta se deslizó hasta ser reemplazado por el hábitat, y por primera vez Geordi y Data fueron capaces de ver la totalidad de la estructura.

El fondo del cilindro del que habían salido, el extremo perpetuamente orientado hacia el Sol, era ligeramente redondeado. El cilindro de un kilómetro de largo era de un gris opaco, excepto por los enormes espejados reflejaban el sol al interior a través de las ranuras de los valles. En el centro del extremo opuesto, un eje tubular se extendía otros doscientos metros y acababa en un grupo de estructuras angulares rodeadas por un gigantesco espejo parabólico de casi un kilómetro de diámetro.

Obviamente, se trataba de la estación energética. La luz de sol concentrada por el espejo sería más que suficiente para suplir todas las necesidades energéticas del hábitat, tanto si extraían dicha energía mediante paneles solares como si utilizaban el calor para hacer funcionar anticuados generadores de turbina a vapor.

—En su gratitud, los pueblos nos regalaron esto, el mundo de los Guardianes de la Paz —dijo Shar-Lon, cuya voz era, una vez más, inexpresiva y carente de emoción, como si hablara de forma maquinal—, desde donde podemos continuar vigilándolos con los Regalos de ustedes. Su construcción habría sido imposible sin la paz y la cordura traídas por sus Regalos, pero una vez que fue eliminada la necesidad suicida de armas y ejércitos, todo se hizo posible.

Durante otro largo momento, Geordi estudió y analizó lo que veía y le contaban. Comprendió que para un mundo de aquel limitado nivel tecnológico el hábitat era en verdad notable, en particular cuando en apariencia no había ninguna luna de la que extraer materias primas. A menos que hubieran encontrado y remolcado un asteroide de la composición conveniente, todo lo que había entrado en el cilindro de un kilómetro de largo tendría que haber sido arrancado del poderoso campo gravitatorio del planeta, utilizando al parecer nada más que cohetes químicos.

El proyecto tendría que haber sido verdaderamente descomunal.

Entonces, Shar-Lon ya estaba maniobrando la lanzadera hacia la cámara de descompresión del extremo del cilindro orientado hacia el sol. Llenándose los pulmones de aire, Geordi apartó a la fuerza aquellos pensamientos de su mente. No importaba cómo aquella gente se las había arreglado para construir el hábitat; no importaban las penalidades que dicha construcción los hubiera hecho pasar: no era asunto suyo. Su única preocupación, suya y de Data, eran el Santuario y los Regalos que contenía y la posibilidad de que, con una enorme cantidad de suerte, uno de ellos

podiera proporcionarles la clave que los devolvería a él y Data a la *Enterprise*.

—Búsqueda exhaustiva según pauta establecida completada hasta cuarenta mil millas, señor —informó el teniente Worf desde el terminal de navegación—. Resultados negativos.

Picard reprimió una mueca. En la primera búsqueda, habían cubierto cada milímetro cúbico dentro de las veinte mil millas a partir de la en apariencia nave abandonada, lo que ya era más del alcance máximo de los transportadores de la *Enterprise*. Sin embargo, no encontraron nada más grande ni más complejo que átomos de hidrógeno. Ninguna señal de escudos. Ninguna señal de dispositivos de camuflaje. Ninguna señal de formas de vida o restos desintegrados de formas de vida. Ninguna señal de nada.

Ahora acababan de terminar una búsqueda de cuarenta mil millas, y continuaba sin haber nada. Las especulaciones del ingeniero en jefe Argyle, respecto a que los transportadores de la nave abandonada podrían operar a través del subespacio en lugar del espacio normal, parecían más probables con cada hora que pasaba. O bien eso, o Data y LaForge habían sido transportados a una nave que poseía dispositivos de escudos o camuflaje mucho más avanzados que cualquier otro del repertorio tecnológico de la Flota Estelar. Aun en el caso de que la teórica nave hubiese partido de inmediato con energía de impulso o motores hiperespaciales, los sensores de la *Enterprise* habrían captado algo..., a menos que la teórica nave alienígena tuviera ese dichoso dispositivo de camuflaje que le proporcionaba una total impunidad...

—Alferez CarPELLI —dijo Picard de improviso—, prepárese para transportar al ingeniero en jefe Argyle y el primer oficial Riker de vuelta a la *Enterprise*. Teniente Worf, acérquenos a la nave abandonada a una distancia de alcance de transportador. En cuanto Argyle y Riker estén a bordo, extienda la pauta de búsqueda a ochenta mil millas y desarróllela.

Picard se puso de pie y subió a grandes zancadas por la rampa hacia la puerta de su sala de reuniones. Detrás de él, Worf ya había ejecutado la orden que los llevaría dentro del radio de alcance del transportador.

En su sala de reuniones, Picard permaneció de pie y en silencio durante un momento mientras la puerta se deslizaba sibilando hasta cerrarse a sus espaldas. Entornó los párpados, respiró profundamente, obligando a sus músculos a abandonar la tensión que se había apoderado de él desde el momento en que desaparecieron los dos hombres. Cuando sus ojos se abrieron se posaron sobre los peces tigre que nadaban con indolencia en su acuario, y durante otro momento se imaginó a sí mismo, con envidia, haciendo lo mismo, haraganeando en cómodas aguas que lo acogieran y calmaran a la vez.

Un amago de sonrisa asomó en las comisuras de su boca. Al igual que los peces,

él estaba permanentemente en exposición, mejor dicho expuesto ante los demás. La diferencia estribaba en que él era constantemente consciente de su deber y sus circunstancias, una nave cargada de gente pendiente de él, observándolo, y de la necesidad de presentar una imagen apropiada, de mantener sus debilidades e inseguridades ocultas tras una fachada de mando..., excepto en esos raros momentos en que se retiraba aquí, el único lugar de toda la *Enterprise* que podía ser del todo suyo, del todo privado.

Pero no podía darse ese lujo, más que durante esos pocos segundos que ya había robado. No hacía aún diez minutos, el ingeniero en jefe Argyle había informado de que estaba abierto el último compartimiento de la nave abandonada, y que su contenido no era en nada diferente al de las otras: un conjunto de circuitos, ninguno de los cuales podía ser activado sin la destrucción virtualmente instantánea de todos los circuitos vitales.

Pero esta vez, Riker había estado con Argyle. Y entre los dos, le dijo Riker, habían llegado a trazar un plan que tenían que discutir con él.

Un plan que podría, según había admitido Riker, destruir la totalidad de la nave abandonada, matando a todos los que tomaran parte en la ejecución del mismo.

Pero se trataba de un plan que tenía al menos una probabilidad de localizar a Data y LaForge, incluso de traerlos de vuelta, si no estaban ya muertos.

Cuando Riker y Argyle entraron en la sala de reuniones del capitán, apenas un minuto después de que Picard se retirara allí, el capitán les hizo un gesto en dirección a los asientos. Se sentaron, Argyle una pizca incómodo, y el propio Riker con una formalidad excesiva incluso en él.

—Según tengo entendido, señor Argyle —dijo Picard sin preámbulo—, su equipo no ha tenido éxito alguno en determinar la forma de desarmar los transportadores y permitir que se los active.

—Correcto, capitán.

—Y que sin activarlos, no existe manera de determinar su punto de destino.

—También eso es correcto, señor.

—¿Y cuál es ese plan que ustedes dos han trazado?

Argyle le lanzó una mirada a Riker, dejándole clara y respetuosamente al primer oficial el honor de hacer la exposición.

Riker se inclinó hacia delante.

—Sabemos que tanto el transportador de corto alcance de la «sala de control» como al menos uno de los otros ya han sido activados una vez, capitán, cuando «transmitieron» al comandante Data y al teniente LaForge adondequiera que fuese su destino final. También conocemos las coordenadas aproximadas en las que tuvo lugar la activación. Y, finalmente, tenemos una teoría respecto a por qué ocurrió dicha activación.

A Picard se le dibujó una acentuada arruga sobre el puente de la nariz cuando Riker hizo una pausa.

—¿Y bien, número uno?

Riker intercambió una mirada con Argyle y luego prosiguió:

—Utilizando las coordenadas sobre las que se fijaron nuestros transportadores, hemos podido determinar con total precisión el emplazamiento de Data y LaForge en el momento en que el primer transportador los recogió. No estaban en la plataforma del transportador. Se hallaban por lo menos a cinco metros de la misma, en la puerta del corredor. Con esa información como punto de partida, volvimos a mirar el diseño de la plataforma. Parece ser capaz de enfocar cualquier objeto..., cualquier objeto vivo, según sospechamos..., que se encuentre tanto dentro de esa sala como en la sala adyacente... y transmitirlo a cualquiera de los otros transportadores.

—Pero ¿por qué escogió ese momento preciso para fijarse sobre Data y LaForge? ¿Lo activaron ellos mismos por accidente? ¿O fueron los rayos transportadores de la *Enterprise*?

—No, señor. Lo que nosotros pensamos es que fue activado como consecuencia de la fuga de radiación del núcleo de antimateria. Creemos que la fuga de radiación disparó un sistema de evacuación automático, un sistema diseñado para desalojar a todos los que estuvieran en la sala, dentro o fuera de los receptáculos de hibernación... esperemos que a algún lugar más seguro. Cuál fue la exacta interacción entre ese transportador y los de las otras salas, no lo sé, puede que nunca lo sepa del todo. Pero estamos seguros de que el programa que lo dirige buscó entre todos los destinos posibles, escogió uno y envió allí a Data y LaForge.

—Pero no saben cuál de los otros cientos de transportadores se encargó de hacer la transmisión. O, incluso aunque lo supieran, no pueden determinar su destino sin ponerlo en uso, cosa que no pueden hacer sin provocar que se autodestruya. —Picard sacudió la cabeza—. No veo adonde nos lleva esto, caballeros.

Riker respiró profundamente.

—Lo que nosotros proponemos, señor, es que reproduzcamos la situación original... los niveles de radiación, básicamente... para ver si podemos engañar al sistema de evacuación para que envíe a alguien más al mismo lugar. Alguien mejor equipado, para enviar un mensaje a la *Enterprise*.

El fruncimiento del entrecejo de Picard se hizo más hondo.

—¡No me gusta, número uno!

—¡Tampoco a mí me gusta, señor —respondió Riker—, pero por lo que nos dice el ingeniero en jefe Argyle, podría ser la única posibilidad que tengamos!

—Pero ¿cuán buena es la posibilidad?

—Ése no es el asunto, capitán. El asunto es que se trata de la única. Estoy más que dispuesto a correr el riesgo.

—Yo podría ordenarle que no lo hiciera.

—Sé que podría, capitán.

Picard guardó silencio durante un largo momento, con los ojos fijos en los de Riker, buscando algún rastro de duda, algún indicio de temor.

Pero no había ninguno. Sólo percibía lo que siempre había visto en los ojos de su primer oficial cuando existían vidas que dependían de sus acciones: determinación.

Miró a Argyle.

—¿Y su evaluación?

—La misma que ha hecho el comandante Riker, señor. Existe una posibilidad de que tenga éxito, pero no sé cuán buena es esa posibilidad. No existe ninguna forma fiable de calcular las probabilidades.

—Creo que no hace falta decir que usted comprende los riesgos que entraña, número uno.

—Por supuesto, señor; y me aseguraré de que cualquiera que se ofrezca para acompañarme los entienda también.

Por fin, Picard se mostró conforme.

—Muy bien, número uno. Infórmeme cuando haya hecho los preparativos necesarios.

—Por supuesto, señor —repuso Riker, que giró rápidamente sobre sí y se encaminó hacia la puerta. Argyle, con una mirada final a Picard, dejó al capitán a solas con su decisión.

—¿Nos harán el honor de hablar con el Consejo de los Guardianes de la Paz y permitirán que les demos las gracias como es debido por nuestra salvación?

Shar-Lon, con un estado emocional (hasta donde Geordi podía interpretarlo) fluctuante entre extremos de un minuto a otro, se volvió para encararse con Geordi y Data al comenzar el ascensor su lenta separación de la ingravidez del centro.

—Constatar que los Regalos han sido utilizados con sabiduría es agradecimiento suficiente —dijo Geordi, casi sonrojándose por la pomposa frase hecha. Era aún peor que las otras cosas que se había sorprendido diciendo como respuesta a la altisonante retórica de Shar-Lon.

El propio Shar-Lon, cuyas facciones comenzaban a aflojarse una vez más a causa del incremento de la fuerza centrífuga al continuar el ascensor elevándose en dirección al fondo del cilindro, asintió con aire sabio, si bien un punto inquieto.

—Por supuesto que eso es verdad —contestó—, pero sé que mis compañeros Guardianes se sentirán gravemente decepcionados, en particular los del Consejo de Ancianos, los que sirvieron en el primer Consejo. Han aguardado más de cincuenta años para expresar su gratitud. Estoy seguro de que no van a negarles la oportunidad.

—Por supuesto que no —dijo Geordi, y agregó con firmeza—: No obstante, hasta

que podamos estar más seguros de la recepción que nos dispensarán, creemos que será mejor... y menos peligroso... que el conocimiento de nuestra presencia se vea limitado al menor número posible de su gente.

Dio la impresión de que el anciano iba a continuar disintiendo, pero luego bajó los ojos con gesto de sumisión.

—Será como ustedes deseen. Su desconfianza es comprensible a la luz del ataque que ya han sufrido.

—Sí —respondió Geordi con calma—, lo es. Por lo tanto, le resultará sin duda también comprensible que deseemos regresar al Santuario lo antes posible para hacer nuestro informe. Nuestros superiores podrían estar bastante impacientes.

—¡Sin duda no pensarán en marcharse ya! Al menos no tan pronto, antes de que tengamos la posibilidad de...

—Por supuesto que no. El informe es meramente preliminar —dijo Geordi, y luego añadió amenazador—: Sin embargo, si no lo reciben en el plazo previsto, otros representantes... otros representantes menos comprensivos... podrían muy bien ser enviados para determinar la razón del retraso.

Shar-Lon casi tembló ante lo que tomó por una advertencia.

—Yo no haré nada para apartarlos de sus tareas —contestó en tono de disculpa—. Designaré a mis hombres de más confianza para que los escolten hasta el Santuario.

Geordi asintió con la cabeza.

—Gracias, Shar-Lon. Apreciamos su comprensión. No obstante, si fuera posible, hay una persona con la que nos gustaría hablar antes de hacer este informe preliminar.

—¡Cualquiera que deseen! Pero quién...

—Su hermano. Creo que ha dicho antes que su nombre era Shar-Tel.

El rostro de Shar-Lon se tensó durante un momento.

—Ojalá fuera posible —dijo al fin—, pero no lo es. Shar-Tel fue asesinado hace más de una década.

—¿Asesinado? ¿Cómo?

—Fue víctima de alguien que sufría del mismo desvarío que el que los atacó a ustedes.

—¿Ah, sí? Estos desvaríos, entonces, deben de ser más comunes de lo que usted ha sugerido.

—¡No! ¡Ciertamente que no! Es sólo que los que los sufren son propensos a actos irracionales como éstos. Los efectos están por lo tanto enormemente desproporcionados respecto al número de los mismos.

—Ya veo. ¿Y qué son exactamente esos desvaríos? ¿Por qué podrían hacer que alguien quisiera matarnos?

Una vez más, la imagen infrarroja de Shar-Lon indicó un conflicto interno.

—Espero que no se sentirán ofendidos si hablo con franqueza —dijo, obligando a

sus ojos a alzarse hasta el rostro de Geordi y su enigmático visor.

—Por supuesto que no. Cuanta más franqueza, mejor.

—Existen esos pocos... y repito, son muy pocos... que, desde el principio mismo, han tomado a mal los Regalos de ustedes y el uso que hicimos de los mismos los Guardianes de la Paz. Me doy cuenta de que parece una locura, pero esos pocos dementes preferirían que sus naciones fueran libres para destruirse las unas a las otras... y al resto del mundo... antes que someterse a esas pocas limitaciones que son necesarias para que todos nosotros vivamos en paz. Nunca han sido capaces de adaptarse a las costumbres civilizadas que prevalecieron desde que los Regalos de ustedes nos permitieron librar al mundo del terror de la destrucción nuclear.

—Entonces, ¿no se trata tanto de un caso de desvarío como de un error de valoración?

—Ambos términos, me temo, son excesivamente generosos. —Una nueva y más genuina intensidad invadió las palabras de Shar-Lon—. En mi opinión, esas gentes son la esencia misma del mal que los Regalos de ustedes nos permitieron vencer. Resulta difícil entender cómo una persona puede sufrir un desvarío como el de ellos, pero que esos desvaríos se den aquí, en el propio mundo de los Guardianes de la Paz, es casi a todos los efectos inconcebible.

Geordi intentó adoptar un aire de comprensión. La retórica de Shar-Lon y sus cambiantes estados anímicos estaban poniéndolo más que nervioso. También se estaba convenciendo cada vez más de que su improvisada decisión de inventar a unos «superiores» de ficción que podían dejarse caer en cualquier momento para tomar venganza, había sido un acierto. Con alguien en apariencia tan inestable como Shar-Lon, la verdad —que él y Data estaban desamparados y no sabían nada en absoluto sobre los llamados Guardianes—, muy bien podría haberlos llevado a la muerte.

—Hay gente como ésa en todos los mundos —dijo Geordi—. Sin embargo, podremos hablar de esos asuntos más tarde. En este momento, es indispensable que regresemos al Santuario e informemos a nuestros superiores. A menos que —agregó, haciendo que sonara como una ocurrencia de última hora—, haya otros, como su hermano, que presenciaron el descubrimiento y primer uso por parte de usted de nuestros Regalos.

—No hay ninguno —se apresuró a decir Shar-Lon—. Y mi hermano en rigor sólo fue testigo de la señal. Sólo en una ocasión, poco antes de su muerte, entró en el Santuario.

—Muy bien —dijo Geordi, resistiendo el impulso de preguntar por qué había hecho sólo esa visita—. Entonces sólo tendremos que esperar a que haya localizado usted a alguien en quien pueda confiar para devolvernos sanos y salvos al Santuario. Y recuerde, nuestro tiempo es limitado.

A pesar de la creciente gravedad, ahora casi la normal de la Tierra, Shar-Lon se

irguió en toda su estatura, como si acabara de llegar a una decisión.

—Los llevaré yo mismo —declaró, al tiempo que dirigía la mano hacia el tablero para invertir la dirección del ascensor y llevarlo hacia el eje y el hangar de las lanzaderas.

Pero antes de que sus dedos hubieran pulsado el código, las puertas del ascensor se abrieron en la misma extraña sala en la que habían estado antes.

Aunque esta vez había en ella media docena de hombres, todos al menos tan ancianos como Shar-Lon, sentados en el semicírculo de asientos, esperando. Un séptimo, apenas más joven, se hallaba de pie junto al ascensor bloqueando con las manos las puertas para impedir que se cerraran. Todos llevaban los ya conocidos uniformes ceñidos con cinturones, pero de un gris grave y sin el estilizado rostro. Tanto Geordi como Data se tensaron y tendieron las manos hacia las armas físicas, pero detuvieron el movimiento al ver que ninguno de los hombres iba armado.

—Así que, Shar-Lon —dijo el que se encontraba en la puerta, bajando la cabeza con un gesto que era más un simple saludo que una reverencia—, es verdad que los Constructores han regresado.

—Sí, Ki-Tor, es verdad —replicó Shar-Lon con rigidez—. Pero yo no he convocado una reunión del Consejo de Ancianos.

—A pesar de eso, tienes una.

Los demás asintieron para manifestar su acuerdo, con cierta inseguridad.

—¡En este momento no! —le contestó Shar-Lon con brusquedad—. Los Constructores desean regresar al Santuario y...

—¡Esta vez no los mantendrás apartados de nosotros, Shar-Lon!

—No es ésa mi intención, Ki-Tor, te lo aseguro. Han venido para juzgar qué uso hemos hecho de sus Regalos, y ahora que ya lo han visto, tienen que hacer su informe. Para hacerlo, deben regresar al Santuario. Sin duda no te opondrás a sus deseos.

Ki-Tor se volvió a mirar a Geordi y Data.

—¿Son éstos sus deseos?

Geordi vaciló. Estos hombres eran obviamente contemporáneos de Shar-Lon, y posiblemente, por mucho que hubiese dicho Shar-Lon, podrían saber algo útil sobre la nave alienígena, el «Santuario».

—Es verdad que tenemos que hacer un informe para nuestros superiores —dijo Geordi—, pero si alguno de los presentes tuvo algo que ver directamente con el uso de nuestros Regalos, me gustaría hablar con él.

Ki-Tor frunció el ceño.

—Shar-Lon no ha permitido que nadie excepto él mismo los utilizara. No ha compartido los Regalos con nadie. Incluso ahora, cuando todos estamos llegando al final de nuestras vidas, se niega a compartir siquiera el más mínimo de ellos.

Así pues, pensó Geordi, decepcionado, Shar-Lon es la única carta que podemos jugar.

—En ese caso, sí; nuestro deseo es regresar al Santuario —dijo—. Sin embargo, estaremos muy interesados en reunirnos con todos ustedes en cuanto hayamos acabado de elaborar nuestro informe y recibido nuevas instrucciones de nuestros superiores.

Las palabras de Geordi parecieron ser todo el aliento que Shar-Lon necesitaba. Con gesto decidido tocó un punto de la hebilla del cinturón de su uniforme. Al cabo de segundos se abrió la puerta de la sala, y un hombre de cara aquilina y uniforme azul entró a paso vivo. Sus ojos destellaron al recorrer a los ancianos que se encontraban en la sala.

—Ya conocéis a mi delegado Kel-Nar —declaró Shar-Lon—. Él os escoltará al exterior. Esta reunión no convocada del Consejo de Ancianos queda cerrada. Se os notificará cuándo los Constructores deseen volver a hablar con vosotros, si quieren hacerlo.

Al salir de mala gana el último de los ancianos, alguien de uniforme azul —ni Kel-Nar ni ninguno de los tres primeros, según advirtió Geordi al instante—, apareció en la puerta, miró a Geordi y Data y le hizo a Shar-Lon una señal para que se aproximara. Arrugando la nariz, el anciano obedeció y fue hacia su lado.

Al reunirse cerca de la puerta, el hombre más joven se puso a hablar con rapidez, los labios a pocos centímetros de la oreja de Shar-Lon, el tono demasiado bajo como para que los traductores captaran las palabras. Shar-Lon negó con la cabeza y se volvió para alejarse, pero el hombre lo cogió por un brazo y prosiguió hablando con tono apremiante. Finalmente, esbozando una mueca, Shar-Lon se volvió hacia Geordi y Data.

—Lo lamento, pero debo retrasar el regreso al Santuario por algunos momentos.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Geordi mientras él y Data salían del ascensor.

—Eso es lo que tengo que averiguar. Volveré lo antes posible.

Y luego se marchó y la puerta se cerró en silencio a sus espaldas.

No sin recelo, Geordi se giró a mirar el ascensor que continuaba con la puerta abierta. Pasado un momento apagó su traductor y le hizo un gesto a Data para que lo imitase.

—¿Ya no vamos a fingir problemas de funcionamiento? —inquirió el androide mientras obedecía.

Geordi negó con la cabeza.

—Considerando la actuación que hemos estado llevando a cabo, no encajaría con el personaje.

Data meditó durante un instante y luego asintió.

—Ya veo. Si continuamos teniendo «problemas de funcionamiento», le

quitaríamos verosimilitud a la «fachada» que usted ha creado.

Geordi sonrió nervioso.

—Correcto, Data. Sólo espero que esa «fachada» esté haciéndonos algún bien, no sólo metiéndonos en problemas más serios. Y si quiere que le diga la verdad, estoy comenzando a dudarlo. —Miró hacia la puerta por la que se habían marchado Shar-Lon y los demás—. De hecho, creo que será mejor que tengamos preparadas las pistolas fásicas, sólo por si acaso.

—¿Qué sospecha?

—Ojalá lo supiera. Me escama ese aviso a Shar-Lon de que hay algún problema. —Geordi sacudió la cabeza con el ceño fruncido—. Ése es el problema de tocar de oído. Uno nunca sabe que ha hecho algo mal hasta que es ya demasiado tarde.

—¿Tocar de oído?

—Es otra antigua expresión, Data. Simplemente significa que yo... que yo he estado inventando las cosas sobre la marcha. Reaccionando a lo que sucede de la forma que «parece correcta». Pero ahora mismo las cosas decididamente no «parecen correctas».

Data contempló a Geordi en silencio durante más de un segundo. Luego asintió con aire pensativo y su voz volvió a adquirir una leve calidad melancólica cuando habló.

—¿Es otra forma de intuición humana..., similar a esa que le hizo a hacer la referencia de Kansas?

—Algo así. O tal vez sea un signo de desorden mental. —Geordi volvió a sacudir la cabeza, sintiéndose desanimado—. La verdad es que aquí nos vendría bien la consejera Troi. Ella podría decirnos al menos si nos están mintiendo. Y quizá si este personaje, Shar-Lon, y sus amigos, son sólo raros o están lisa y llanamente locos. Yo puedo obtener lecturas de todo tipo sondeándolos en la porción infrarroja del espectro, pero eso no es mucho más fiable que mis «corazonadas». Hay sólo un par de cosas de las que sí estoy seguro... o casi seguro, en cualquier caso. Para empezar, no me fío de nadie que suelta discursos en lugar de hablar, de la forma en que Shar-Lon lo hace durante la mayor parte del tiempo. Y no vamos a encontrar ninguna respuesta real aquí, en el hábitat. Nuestra única posibilidad de salir de aquí es regresar al llamado Santuario. ¿Está de acuerdo?

—Lo estoy, Geordi —contestó Data, un poco aliviado por hallarse de vuelta en un terreno en el que la lógica parecía ser aplicable—. El Santuario parece ser otro artefacto abandonado por el mismo grupo que abandonó la nave que encontramos en el espacio profundo. Por lo tanto, independientemente de lo que nuestro estudio inicial del artefacto haya revelado, es el único lugar en el que sería posible hallar el equipo necesario para contactar con la nave abandonada o regresar a ella.

—Correcto. La tecnología de quienquiera que haya construido esos ingenios tiene

que estar a la misma altura que la de la Federación..., o más avanzada, al menos en el campo de los transportadores. No hay forma alguna de que un transportador de la Federación pudiera habernos llevado hasta tan lejos como esto. Y lo que Shar-Lon estuvo describiendo, sus «señales», se parece mucho a lo que podría suceder si alguna clase de dispositivo de camuflaje estuviera desarticulándose.

—Sí. No sería sorprendente que un aparato de semejante antigüedad fallara.

Geordi dio un breve suspiro.

—La pregunta es, ¿qué más ha fallado? ¿Cuánto de lo que no pudimos encontrar allí no faltaba en realidad sino que simplemente no funcionaba? Los circuitos transmisores del transportador, en particular. ¿Y cuánto falta de verdad? Si pudiéramos averiguar qué estaba haciendo aquí el Santuario, en primer lugar, por qué estaba en órbita alrededor de este planeta, por no mencionar el porqué de que estuviera abandonado... o por qué fue abandonada la primera nave que encontramos, y qué estaba haciendo esa nave allí fuera en medio de ninguna parte...

Geordi sonrió con pesadumbre.

—Pero la única cosa importante es ir al interior del Santuario y conseguir encontrarle una utilidad a lo que haya allí dentro, sea lo que fuere. Y si Shar-Lon pudo aprender a manejar esos Regalos, al parecer con bastante rapidez, no hay razón para que nosotros no podamos hacer lo mismo.

—Si los controles de esos Regalos tienen alguna relación con el casco —dijo Data—, tendrá que ser usted quien aprenda a operarlos, Geordi. Se mostró decididamente inhospitalario cuando lo intenté yo.

—Lo sé. Eso debió de ser otra trampa. El casco sin duda tiene que analizar la configuración de las ondas cerebrales, o los parámetros metabólicos, o vaya uno a saber qué, y luego sólo acepta aquellos que encajan con las especificaciones que incluyó quienquiera que construyese estas cosas. E intenta matar a cualquiera que no se ajuste a ellas.

Geordi hizo una pausa, y movió la cabeza.

—Estaría dispuesto a apostar que los Constructores nunca pensaron en que alguien, excepto ellos, pudiera encajar con esos datos específicos, sean quienes fueren. Querían asegurarse de que nadie que no fuese ellos podría entrar jamás y hacerse con el mando de sus artefactos. Esa idea encajaría bien con el tipo de mente paranoica que se dedicaría a equipar un lugar con una bomba de antimateria que se puede disparar con sólo transportar a alguien a bordo.

—Sí —dijo Data cuando Geordi guardó silencio—. He estado considerando ese y otros aspectos tanto de ese objeto que Shar-Lon llama Santuario como de la nave abandonada desde la que fuimos transportados. Como resultado, he podido establecer algunas correlaciones provisionales a partir de cierta información de otras fuentes. Si...

—¿Tiene usted una teoría acerca de todo esto? —lo interrumpió Geordi, repentinamente entusiasmado—. ¿Algo que pueda sacarnos de aquí?

—No, Geordi, no veo nada en las correlaciones que pueda ayudarnos en ningún sentido. No obstante, tal vez puedan ser de utilidad para su intuición.

—¡En ese caso, oigámoslas!

—Como quiera. Como usted ya sabe, el sector del espacio por el que estaba viajando la *Enterprise* está ampliamente inexplorado por la Federación. No obstante, en el pasado, los ferengi han permutado información con la Federación, y una pequeña parte de esa información recibida podría estar relacionada con este sector.

—He oído hablar de esa permuta —comentó Geordi, mientras todo su entusiasmo de un momento antes se desvanecía ya—, aunque también oí decir que nos habían timado en el cambio. No sé qué les entregó la Federación a los ferengi, pero tengo entendido que lo que nosotros recibimos fue información de segunda y tercera mano, en rigor poco más que rumores y leyendas, sólo fábulas que habían recogido entre las varias razas con las que comerciaron a lo largo de los siglos. Cuentos fantásticos, incluso, casi tan fiables como... como *El mago de Oz*.

—Es verdad, Geordi. Sin embargo, existen elementos que son comunes en muchas de las historias, y uno de esos elementos está relacionado con una nave que podría decirse que se parece mucho al Santuario.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo se supone que existieron esas naves? ¿Y a quién pertenecían?

—Todas las noticias dicen que, en algún momento indeterminado del pasado, en varios sistemas solares muy dispersos, se cuenta que fueron encontradas naves similares al Santuario girando en órbita alrededor de varios planetas de clase M. No obstante, no se habló de ninguna que funcionara, ni de ninguna que contuviera seres vivos.

—¿Decían algo esas noticias respecto al propósito de las naves?

—Nada. De todas formas, hay relatos que hablan de planetas de clase M cuyos habitantes estaban a punto para un programa espacial de largo alcance, pero se evitó que lo llevaran a término, algunos a causa de un indefinido «suceso catastrófico», otros por «invasores alienígenas». Si existe alguna correlación...

—¡Así que eso son! —dijo Geordi, sacudiendo la cabeza—. ¡Puestos de guardia!

—¿Puestos de guardia?

—¡Sí! ¿No lo ve? ¡Todo encaja! La nave abandonada era..., bueno, no sé con exactitud qué era, pero se trataba de alguna clase de cuartel general o algo parecido de esos puestos de guardia. Apostaría a que cada uno de los transportadores de la nave abandonada conectaba con un puesto de guardia diferente, en órbita alrededor de un planeta distinto. Ése es el motivo de que los transportadores operen en una sola dirección, con el fin de que si uno de los planetas conseguía de hecho llevar una nave

al espacio y entrar en el puesto de guardia, nunca pudieran ir más allá. Jamás tendrían posibilidad ninguna de llegar al cuartel general o lo que fuese.

—Pero ¿por qué iban a tener puestos de guardia orbitando alrededor de estos planetas? Si fueran planetas prisión...

—No lo sé, no sobre seguro, pero apostaría a que su paranoia tuvo muchísimo que ver en el asunto. Apostaría... —Geordi se interrumpió, haciendo una mueca—. Desgraciadamente, nada de eso nos sirve para dilucidar cómo ponernos en contacto con la *Enterprise*. Si algo significa, es que nuestras probabilidades son peores que antes. Quiere decir que los transportadores fueron diseñados de forma específica para que sólo funcionaran en un sentido, diseñados para evitar que los intrusos, como nosotros, como Shar-Lon, pudieran acceder a la nave abandonada.

—¿Está usted diciendo, Geordi, que su intuición le indica que nunca regresaremos a la *Enterprise*?

Geordi negó con la cabeza.

—No, eso es lo que me dice la lógica. La intuición me dice que independientemente de lo que hallemos en el Santuario, todavía tenemos posibilidades de regresar, de una forma u otra. El capitán Picard no va a darse por vencido hasta que descubra cómo funcionan esos transportadores de la nave abandonada, y cuando lo haga buscará la manera de encontrarnos. El capitán no...

—Alguien se acerca —lo interrumpió Data, y Geordi se tensó, con los dedos de una mano casi tocando la pistola fásica mientras que la otra mano volvía a encender el traductor.

Pero era Shar-Lon, su entrecejo todavía más fruncido.

—¿Problemas? —preguntó Geordi.

—Sólo necedades —le espetó el anciano pero luego, como si de pronto se diera cuenta de con quién estaba hablando, su voz se suavizó—. Vengan —dijo al tiempo que hacía un gesto hacia el ascensor—. Los transportaré de inmediato al Santuario. Sólo puedo pedirles disculpas por la demora. Y por el imperdonable comportamiento de los Ancianos.

Geordi no hizo comentario alguno, y entonces él y Data entraron en el ascensor.

Las puertas se cerraron tras ellos y el ascensor comenzó a subir mientras Shar-Lon mantenía un silencio que irradiaba un deseo de disculparse. Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron, se hallaron prácticamente ingrátidos una vez más.

Shar-Lon los condujo a través de la misma serie de puertas que la vez anterior, y al cabo de minutos estaba una vez más pulsando el código que abría la misma lanzadera de antes.

De repente, una segunda puerta del hangar de las lanzaderas se abrió, y tres hombres que no portaban uniformes irrumpieron a través de la misma.

Los tres llevaban máscaras que les ocultaban la mitad inferior del rostro... y los

tres empuñaban pistolas con las que ya apuntaban hacia las proximidades de la lanzadera, como si los intrusos hubiesen sabido cuál sería el emplazamiento aproximado de sus objetivos antes de que se abriera la puerta.

Antes de que ni siquiera Data pudiese reaccionar, tres disparadores fueron pulsados.

Cuando Picard le comentó por primera vez a la consejera Deanna Troi lo que estaba planeando Riker, la noticia le causó una impresión más acentuada que las experimentadas ante los centenares de misiones que el primer oficial había llevado a cabo con éxito a lo largo de los años en esta y otras naves. Por una vez, permaneció en el puente, observando la pantalla frontal junto con Picard mientras continuaba la búsqueda, aguardando a que Riker informara de que había completado los preparativos. Al igual que Picard y todos los demás del puente, ella esperaba que de los cientos de lecturas que eran tomadas cada segundo, surgiría algún indicio de otra nave abandonada, camuflada o escondida. Abrigaba la esperanza de que Geordi LaForge y Data serían encontrados, sanos y salvos, antes de que llegara el momento de que Riker llevara a cabo su experimento posiblemente mortal.

Pero la esperanza, aunque sentida en el corazón y genuina, era racional y controlada y, como siempre durante las situaciones críticas, ella mantuvo abierta su red mental, en busca de signos de emoción extrema o inapropiada, de señales de pánico incipiente en cualquier punto de la nave.

Hasta ese momento, no había detectado ninguno. Como siempre, incluso en las circunstancias más difíciles, la tripulación estaba funcionando con eficiencia.

Pero luego, de forma inesperada, un helado serpenteo de desasosiego la recorrió, y ella lanzó una penetrante mirada en torno de sí, tratando de identificar la fuente de esa sensación. El teniente Worf continuaba en el terminal de navegación, controlando los instrumentos con aparente indiferencia mientras la *Enterprise* seguía su compleja aunque en el fondo repetitiva pauta de búsqueda. El capitán alternativamente ocupaba su sillón de mando junto a ella, o se paseaba entre el terminal de navegación y el científico, leyendo con impaciencia los instrumentos por encima de los hombros de los operadores. El teniente Brindle, que había reemplazado a la teniente Yar cuando ésta insistió en ofrecerse para acompañar a Riker, se había hecho cargo del terminal de seguridad.

Todos los que se hallaban en el puente, según podía sentir Troi, estaban inquietos, pero eran una inquietud y una tensión dominadas, típicas del estado en que se encontraban en los momentos de peligro, un dominio que los hacía más eficientes. Pero incluso si uno de ellos estaba más nervioso de lo habitual, se dijo, había razones más que suficientes para ello. Raras veces se habían enfrentado con tantas cosas desconocidas como las que presentaba esta misión de Riker. Había algo desconocido a cada paso: destino desconocido, posiblemente parsecs de distancia y transportadores desconocidos que no operaban a través del espacio normal sino del subespacio. Y sin duda había aguardándolos peligros desconocidos, no sólo en su punto de destino sino en el transporte propiamente dicho.

Así que el nerviosismo era comprensible dadas las circunstancias.

Pero sin embargo, por una razón que no discernía, en el lapso de un latido de corazón, la tensión había aumentado.

Y durante ese mismo latido se dio cuenta —o quizá simplemente admitió ante sí misma—, que esta vez era diferente. El desasosiego que había estado sintiendo no era el de Picard y los otros.

Era el suyo propio. Su propio y creciente desasosiego que quienes la rodeaban tan sólo estaban devolviéndole como un eco.

Y cuando adquirió conciencia de esto, ese eco de intranquilidad se vio transido por una alarmante sensación de urgencia. Y para su consternación, esa intranquilidad comenzó a derivar con rapidez hacia el miedo.

Durante otro minuto permaneció sentada y quieta, aferrada a los acolchados posabrazos de su sillón, con los ojos mirando sin ver la configuración de estrellas que iba cambiando en la pantalla, y la única imagen, en su frente, era la de Riker subiendo a la plataforma del transportador.

Con determinación, intentó apartar esa imagen de sí. Siempre era duro para ella cuando Riker conducía un grupo de expedición hacia un mundo desconocido, hacia peligros desconocidos, pero nunca había sido como esta vez.

Esto era más que una simple preocupación por su seguridad.

Bruscamente, se puso de pie y avanzó hacia el turboascensor. Nunca había sido del todo capaz de entender la extraña mezcla de poderes mentales betazoides e intuición humana, pero de vez en cuando parecían combinarse y gritar para que les prestara atención. Como ahora.

Los segundos que pasó en el turboascensor parecieron prolongarse de forma interminable, y cuando la puerta se abrió al corredor, a tan sólo unos metros de la sala del transportador, ella casi saltó. Corrió por el pasillo y sólo se paró para darle tiempo a la puerta de la sala del transportador de abrirse.

En el interior se detuvo en seco, mientras la urgencia que había hecho presa en ella iba en crescendo.

Sobre la plataforma estaban de pie Yar y Riker. Los dos tenían puestos trajes antirradiación y cada uno llevaba, además de los pertrechos normales de los grupos de expedición, una radio compacta subespacial, y un más ligero fusil fásico. Tenían puestos los cascos de los trajes, y sólo se les veían los ojos a través de las rendijas transparentes. Riker ya estaba levantando el brazo para hacerle un gesto al alférez Carpelli que se hallaba ante los controles.

Pero entonces se detuvo y giró la cabeza para mirar a Troi.

A través de la estrecha rendija del casco, los ojos de él se encontraron con los de Deanna, y vio la urgencia que la había llevado a la carrera hasta allí.

Y ella vio en los de él lo que había visto en tantas ocasiones anteriores: que su

deber respecto de la Flota Estelar, su nave y la tripulación estaba por encima de todo lo demás. Que lo que estaba haciendo ahora era cumplir con su deber, nada más.

Como lo había hecho en incontables ocasiones en el pasado, ella proyectó su mente para entrar en contacto con la de él, a pesar de que sabía que los sentidos humanos de Riker no podrían sentir el pleno impacto de ese contacto.

«*Imzadi* —susurró ella en silencio, aunque sabía que no habría respuesta—. *Imzadi*. Amado.»

Pero esta vez sí que hubo una respuesta. ¿O fue, al igual que su desasosiego y miedo, un mero eco de sus propios pensamientos?

«*Imzadi* —dijo esa respuesta—. Siempre estaré contigo.»

E incluso a través de la estrecha ranura del casco del traje antirradiación, ella creyó ver en los ojos de él que las palabras eran reales, que sus mentes estaban, en ese momento, estableciendo una comunicación que nunca antes habían conseguido. La propia fuerza de ella, la urgencia que la apesó de forma creciente y llegó a un vibrante clímax cuando entró en la sala del transportador, lo había hecho posible, por breve que hubiese resultado.

Y eso la aterrorizó todavía más, esta repentina comunicación de sus mentes, sin precedente.

Tenía que existir una razón para que se hubiera producido en ese momento.

En esta separación en particular.

Se habían separado cientos de veces antes, en circunstancias mucho más íntimas, y no se había producido.

Pero ahora, en medio de tanta tensión que lo distraía, había sucedido. Aunque luego el contacto desapareció, dejando sólo su recuerdo.

Y el terror que su breve existencia había inspirado.

Ella sólo pudo mirar, impotente, mientras Riker acababa el gesto, destinado a CarPELLI, que había comenzado hacía una eternidad. Un segundo más tarde, él y Yar habían desaparecido, tragados por las energías del transportador.

Al ser pulsados los disparadores, no se produjo la serie de ensordecedoras detonaciones que, en ese instante, Data había estado esperando. A pesar de que nunca se había encontrado con tales armas, sus bancos de memoria contenían la información de que dichas armas propulsaban sus proyectiles mediante explosiones químicas, y como es natural había supuesto que el doloroso sonido resultante retumbaría, en particular dentro de un recinto como el hangar, donde las propiedades acústicas de las paredes metálicas harían que el sonido resonara en lugar de ser absorbido. Pero no se produjo explosión ninguna. En cambio, se oyó sólo una serie de «pufs», poco más sonoros que una repentina exhalación de aliento.

Y él sintió, no el impacto sordo del mortal proyectil que también había estado

esperando, sino sólo la sensación de un agudo pinchazo en el hombro.

De forma automática, su mano salió disparada hacia el área afectada, y se retiró un instante después con un diminuto dardo, la punta de un centímetro y medio de largo, el cual había atravesado con facilidad su traje y la carne.

Se volvió rápidamente y vio que dardos similares se habían clavado en Geordi y Shar-Lon, pero ellos no estaban arrancándoselos como lo había hecho él. Sin vacilación, les arrebató los dardos del cuerpo.

Y al hacerlo, se dio cuenta de que ambos estaban cayendo en la inconsciencia.

Un instante más tarde, dos cosas sucedieron de forma prácticamente simultánea.

Un resplandor, similar al del transportador pero menos intenso, se derramó por un instante en torno a Shar-Lon.

Y se oyó otro «puf» y Data sintió un segundo pinchazo, esta vez en el brazo. Mientras se lo arrancaba se volvió hacia los tres atacantes, al tiempo que advertía por el rabillo del ojo que Shar-Lon había desaparecido. El resultado de uno de los Regalos, supuso. La desaparición, sin embargo, no pareció sorprender a los atacantes más que a Data. Todos tenían ahora sus ojos y armas centrados sobre Data, y la inquietud, el temor afloró a sus rostros.

Por un momento, pensó en sacar su pistola física y abatirlos a los tres en rápida sucesión, pero no lo hizo. Mientras que los dardos —sin duda drogados— tenían poco efecto sobre él, no había forma de conocer el efecto que le causarían a Geordi, especialmente si resultaba herido varias veces. Y por mucha velocidad con que Data desenfundara y disparase, al menos uno de los atacantes sería capaz de efectuar una cantidad indeterminada de disparos, alguno de los cuales podía darle a Geordi. Y de todos modos no quería desmayarlos a los tres, no hasta poder interrogar al menos a uno acerca no sólo de la droga sino de los motivos que tenían para atacarlos.

Los ojos de Data bajaron hasta Geordi una vez más, y vio que estaba del todo inconsciente pero que en apariencia aquellos dardos no surtían otro efecto. Su respiración continuaba siendo regular y profunda, tenía los músculos relajados, ni en tensión ni con espasmos.

«Le seguiré la corriente, Geordi», pensó, e intencionadamente dejó que sus propios músculos se aflojaran, dejando caer los dardos que tenía en la mano y permitiendo que su cuerpo se balancease muy levemente en la gravedad cero, de la misma forma que hacía el de Geordi.

Con sus dorados ojos apenas entreabiertos, observó que los tres se aproximaban. Se movían con lentitud y cautela, los ojos y las armas aún dirigidos hacia Data. A dos metros de él, se detuvieron y contemplaron a Data recelosos.

—Seguro que el primer dardo no traspasó la ropa —dijo uno de ellos. Sus palabras estaban un poco amortiguadas por la improvisada máscara que llevaban, y sus ojos salieron disparados hacia el traductor cuando éste pronunció la versión

inglesa de lo que acababa de decir.

—O su metabolismo es diferente —comentó otro—. Tienen aspecto de proceder de mundos totalmente distintos. Echémosles una mirada desde más cerca. No tenemos mucho tiempo antes de que comiencen a despertar.

Con el arma todavía en la mano, el que había hablado primero avanzó lentamente y atento a los ojos de Data, aparentemente en busca de algún indicio de consciencia.

Data aguardó; continuó balanceándose laxo pero dejando que sus brazos flotaran hacia arriba, en apariencia sin objeto pero en la dirección del que ahora se encontraba a menos de un metro de distancia. Los otros dos, al parecer menos suspicaces que impacientes, parecían estar relajando un poco la posición de sus dedos sobre los disparadores de sus armas y comenzaban a avanzar poco a poco.

De pronto, la mano derecha de Data salió disparada, apoderándose del arma mientras que la izquierda aferraba el brazo del hombre en una presa irresistible. Antes de que ninguno de los otros pudiera volver a apuntar con su arma y hacer fuego, Data hizo girar al hombre de forma que lo escudara contra los dos. Las botas magnéticas del hombre se desprendieron de la cubierta, al igual que las de Data; pero pese a estar girando en el aire Data encontró el disparador del arma y lo pulsó dos veces en rápida sucesión.

Los dardos dieron en el blanco, y uno de los hombres tuvo el tiempo suficiente como para mascullar algo intraducible, tal vez una imprecación, y luego ambos quedaron laxos como Geordi.

El tercero, aún sujeto por la férrea presa de Data mientras ambos daban vueltas por el aire, recobró de pronto la voz.

—¡No queremos hacerles ningún daño! —casi gritó—. ¡Los dardos sólo los desmayan durante unos minutos!

—Ya veo —dijo Data, haciendo una pausa para maniobrar su cuerpo de manera tal que sus botas entraran en contacto con la parte superior de una de las lanzaderas a las que se aproximaban en su girar—. ¿Por qué deseaban dejarnos inconscientes?

—¡Alguien quiere hablar con ustedes, eso es todo! —contestó el hombre, en apariencia demasiado asustado como para luchar.

—No podemos ni hablar ni escuchar si estamos inconscientes —señaló Data mientras sus botas tocaban la lanzadera y se adherían a ella. Rápidamente, se dispuso a bajar por la misma para regresar junto a Geordi y los otros—. ¿Puede explicarse un poco más?

El hombre parpadeó, mientras el miedo de su rostro era reemplazado por la perplejidad.

—Tenemos que... que llevarlos ante ese alguien.

Al llegar a donde estaban los demás, Data depositó al hombre cuyas botas se adhirieron al metálico suelo. Retrocediendo de espaldas y, manteniendo la pistola de

dardos apuntada hacia él, Data extendió un brazo y separó las armas de los dedos flojos de los compañeros de éste.

—¿Por qué pensaban que era necesario que estuviésemos inconscientes mientras nos transportaban hacia ese alguien? —inquirió Data.

—Teníamos que alejarlos de Shar-Lon —dijo el hombre.

—¿Pondría objeciones Shar-Lon a que nosotros habláramos con esta persona?

—No queríamos... —comenzó el hombre, pero luego se interrumpió en seco—. No puedo quedarme por más tiempo.

Data lo miró con curiosidad.

—¿Quiere decir que no puede? ¿O que no lo hará?

Pero el hombre se limitó a negar con la cabeza sin decir nada.

—Muy bien —dijo Data—, nos quedaremos aquí hasta que mi colega despierte.

—¡No! —De repente, el hombre se mostró agitado, como si acabara de recordar algo—. En cuanto Shar-Lon despierte, enviará a sus hombres a buscarnos.

—Ya veo —repuso Data—. Shar-Lon sí pondría objeciones a que nosotros hablásemos con esa persona.

Durante un largo momento el hombre guardó silencio, mientras sus ojos iban de Data a la puerta del ascensor, como si esperase que alguien irrumpiera a través de ella en cualquier momento.

—Sí —dijo—. Shar-Lon pondría objeciones.

Data miró a Geordi, intentando imaginar qué haría el otro. Geordi, por supuesto, «tocaría de oído», pero ¿qué le diría su oído que hiciese? Apresuradamente, Data repasó todo lo que Geordi había dicho desde que Shar-Lon apareció por primera vez.

Y al hacerlo, surgió una declaración: «No me fío de nadie que suelta discursos en lugar de hablar, del modo en que Shar-Lon lo hace durante la mayor parte del tiempo».

Por lo tanto, si estos tres representaban a un grupo que se oponía a Shar-Lon —e iban armados no con mortales armas de proyectiles sino con equivalentes mecánicos de pistolas fásicas programadas para desmayar—, no parecía haber peligro, y quién sabe si ayuda, en hablar con el líder de ese grupo que era, por lógica, el único que podría haber enviado a esa gente.

Durante otro momento, Data revisó su razonamiento y decidió que, a pesar de que había llegado a su decisión por lógica y no por intuición, sería aceptable a los ojos de Geordi cuando éste despertase.

—Muy bien —dijo—, llévenos ante esa persona que desea hablar con nosotros. No necesitaremos estas cosas —agregó, tomando las pistolas de dardos una por vez y doblándoles los cañones antes de arrojarlas a un lado.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par mientras lo observaba, y Data se dio cuenta de que, tanto si lo había intentado como si no, estaba continuando con la

«fachada» que Geordi había comenzado con Shar-Lon.

Tomando la pistola fásica en una mano, Data recogió a Geordi y se lo cargó bajo el brazo.

—Si quiere usted transportar a sus compañeros —dijo, señalando con la pistola fásica—, podemos ir a reunimos con su líder.

Con los ojos abriéndosele todavía más, el hombre cogió a sus compañeros por un brazo y, mirando temeroso a Data por encima del hombro, separó sus botas magnéticas del suelo y se puso a arrastrarlos ingrávidos hacia la puerta por la que los tres habían aparecido minutos antes.

Tras pasar por media docena de puertas y espacios desnudos y sin gente, entraron en lo que parecía ser el eje del cilindro, un tubo circular que recorría todo el largo del satélite. A esas alturas, Geordi empezaba a despertarse. Los otros dos tardaron un par de centenares de metros más, momento en el cual Geordi estaba lo bastante despierto como para preguntar qué había sucedido. Cuando Data hubo acabado de explicárselo, se encontraban al otro extremo del hábitat, los otros dos completamente despiertos. En un punto del camino los tres se quitaron las máscaras, un poco avergonzados.

—Yo mismo no podría haberlo hecho mejor —dijo Geordi con una contenida sonrisa cuando Data concluyó.

Ahora se hallaban más allá del cilindro principal, caminando a través del laberinto de tuberías y turbinas de vapor de la estación energética. Finalmente, salieron por el otro extremo de la estación y se acercaron a una cámara de descompresión que claramente indicaba que era el final del eje. No era distinta de la cámara falsa que conocían, y Geordi sondeó el área con disimulo en busca de indicios de circuitos de transportador.

Pero no había ninguno. Y la compuerta se abrió con apenas un débil chirrido. Los tres desconocidos les hicieron un gesto para que entraran, Geordi y Data los siguieron. Gracias a su visor LaForge descubrió que la compuerta que daba al exterior era practicable. Al cerrarse la primera compuerta tras ellos, las suaves luces rojas montadas encima de la puerta se encendieron. Adheridos a la pared había una docena de anticuados y abultados trajes espaciales.

—Éstos no son los mejores —dijo uno de los tres a modo de embarazosa disculpa, mientras él y sus compañeros empezaban cada uno a descolgar un traje y ponérselo—, pero sólo hay unos cincuenta metros hasta el lugar al que vamos.

Geordi sonrió levemente.

—Gracias, pero no será necesario —dijo, al tiempo que activaba a plena potencia su traje de efecto-campo. Los ojos de los hombres se abrieron perceptiblemente pero ellos no dijeron nada.

Luego, una vez que cada uno se hubo hecho revisar el traje por otro, el aire fue evacuado y la segunda compuerta abierta. En el exterior, un grupo de objetos de

variados tamaños y formas colgaban suspendidos de la estructura que anclaba el gigantesco espejo parabólico. En varios, Geordi pudo ver compuertas de cámara de descompresión abiertas, incluyendo un cilindro lleno de púas que le recordó una de las primeras residencias espaciales de larga presencia, los Skylab. Otros parecían tanques de combustible abandonados con cámaras de vacío acopladas en ellos, y aun otras eran estructuras más grandes y complejas, algunas con agujeros de los que al parecer se habían desgajado gigantescas cámaras de vacío. Finalmente se dio cuenta de que toda esta colección tenía que formar parte de las casetas que habían sido utilizadas por los primeros obreros que trabajaron en el hábitat.

Para entonces, el interlocutor de Data en el hangar estaba conduciéndolos hacia un cable fijado a un punto situado inmediatamente después de la cámara del hábitat. Iba directo al corazón del grupo de casetas abandonadas desde hacía mucho tiempo. Dos de los hombres empezaron a desplazarse con lentitud a lo largo del mismo, avanzando a través del espacio, mano tras mano.

Geordi, repentinamente incómodo, le hizo un gesto al tercer hombre para que fuera delante. Cuando se hubo alejado tres o cuatro metros, Geordi guardó su pistola fásica, se asió con un sentimiento de desazón y saltó sobre el vacío. La ingravidez dentro del hábitat o incluso dentro de la lanzadera no le había molestado, pero aquí comprendió con retraso que si perdía la sujeción no se limitaría a alejarse flotando y rebotar contra la pared más cercana. A menos que fuera lo bastante afortunado como para ir flotando en dirección al hábitat o una de las casetas, sencillamente continuaría flotando eternamente. Allí no había transportadores de la *Enterprise* para llevarlo de vuelta al interior, ni siquiera un rayo tractor. Sintiendo una punzada de pánico se dio cuenta de que incluso la deriva podía llevarle hasta el foco del espejo parabólico, cosa que tal vez haría pasar a su traje de efecto-campo por una prueba que los diseñadores probablemente no habían previsto.

Al girar la cabeza vio a Data justo detrás de él, y sus pálidos rasgos no reflejaban más que la habitual atenta curiosidad.

Tragando saliva, Geordi se volvió y siguió avanzando, con mucha más lentitud y cuidado que cualquiera de los hombres que se desplazaban por el cable delante de él. Se movían animados por una comodidad despreocupada que sugería que habían hecho estos mismos movimientos muchas veces antes, y su única intranquilidad parecía provocada por la presencia de Geordi y Data.

Por fin, tras los cincuenta metros más largos de su vida, Geordi llegó al otro extremo del cable. Estaba unido a uno de los objetos tipo Skylab, éste provisto de una cámara de descompresión de aspecto aún más primitivo que las del hábitat. El primer hombre que llegó hasta ella ya la tenía abierta, y Geordi esperó mientras entraban los tres.

Lenta, precavidamente, Geordi recorrió el camino que le faltaba desde el cable

hasta la cámara. Data lo siguió a mayor velocidad, y luego la compuerta fue cerrada y comenzó a bombear aire al interior.

La compuerta que se abría al interior se abrió.

Dentro, en un entorno espartano que concordaba con aquel exterior semejante a un Skylab, un anciano los aguardaba. Vestido con una camisa y unos pantalones anodinos no desemejantes de los que llevaban los hombres que los habían acompañado, tenía más o menos la misma edad que Shar-Lon pero era considerablemente más esbelto, sin más pelo que el capitán Picard. Sus ojos se agrandaron una pizca al advertir primero la falta de trajes espaciales en Geordi y Data, y luego el hecho de que ambos empuñaban sus pistolas fásicas mientras que sus propios hombres estaban desarmados. Observó interesado cómo se desvanecía el suave fulgor de los trajes de efecto-campo al desactivarlos Geordi y Data, pero manteniendo el campo magnético bajo las botas.

—¿Es usted quien deseaba hablar con nosotros? —preguntó Geordi mientras los otros tres se quitaban los cascos.

El anciano asintió con la cabeza.

—Lo soy. Y dado que han acudido aquí a pesar de que al parecer mis hombres hayan perdido sus armas, ¿puedo suponer que desean hablar conmigo?

—Eso es lo que parece, ¿verdad? —dijo Geordi, que todavía empuñaba la pistola fásica—. Pero podríamos estar un poco más seguros si supiéramos qué quiere usted... y quién es.

—Muy cierto, por supuesto. —El hombre esbozó una sonrisa—. Lo que quiero es sencillamente averiguar quiénes son en realidad ustedes... y con qué propósito han llegado hasta aquí. En cuanto a quién soy... si conozco a mi hermano tan bien como creo, puede que ya hayan oído hablar de mí. Me llamo Shar-Tel.

—¿Preparada, teniente Yar?

—Preparada, primer oficial.

Durante otro segundo, Riker y Yar, irreconocibles en sus trajes antirradiación, permanecieron de pie y en silencio, con sus botas magnetizadas adheridas al suelo de la nave abandonada, en el punto más aproximado al lugar en que Data y LaForge se habían encontrado cuando los transportadores se apoderaron de ellos.

—Preparados, capitán —dijo al fin, Riker.

—Muy bien, número uno. Argyle, haga bajar los escudos del núcleo.

Argyle, desde ingeniería, ejecutó la orden. Envío la señal de activación de las unidades de control remoto que, tan sólo horas antes, habían trabajado para reactivar los escudos.

—Teniente Worf —dijo Picard—, mantenga en todo momento informados al alférez CarPELLi y al grupo de expedición de los niveles de radiación. Alférez CarPELLi, esté preparado para sacarlos de la nave abandonada en el instante en que haya cualquier indicio de problemas.

—Preparado, señor.

En el terminal científico, Worf empezó a desgranar las lecturas de los niveles de radiación.

—¿Alguna actividad, número uno?

—Todavía nada, señor.

—Primer escudo quitado, capitán —informó Argyle.

—Comience a bajar el siguiente, jefe.

Durante casi un minuto sólo se oyó el constante anuncio de los niveles de radiación por parte de Worf.

—Una luz del panel de control acaba de comenzar a parpadear, señor —dijo la voz de Riker. Y un momento más tarde—: Y ahora hay un plano en la pantalla. Parece un plano de la nave abandonada. Sí, estoy seguro de que lo es. Y justo en el centro, donde tiene que estar la antimateria, hay un círculo verde que también parpadea. Obviamente, se trata de algún tipo de sistema de alarma, destinado a alertar a quienquiera que esté dirigiendo las cosas, cuando surge algo demasiado grande como para que la computadora lo arregle por sí sola.

—Y acaba de aparecer un mensaje en la parte inferior de la pantalla —intervino Yar—. No es ningún idioma que yo reconozca. Grabaré su imagen para futuros análisis.

—Excelente, teniente —dijo Picard—. ¿Algo más?

—El tricorder indica actividad en las unidades de hibernación, pero nada más.

—Los niveles de radiación se aproximan a la intensidad que provocó la operación

anterior del transportador —informó Worf.

—Ya lo han oído, número uno, teniente Yar —dijo Picard—. Cuídense.

—Sí, señor, eso planeamos.

—Comenzando a bajar el tercer escudo, señor —informó Argyle.

—Despacio, Argyle, despacio —le advirtió Picard—. El nivel de radiación ya casi está donde queremos...

—La emisión del núcleo de antimateria aumenta con rapidez, señor —interrumpió Worf—. El nivel de radiación también aumenta, ya ha superado la intensidad estimada para la activación del transportador. O bien los controles de energía de la nave abandonada han vuelto a fallar, o algo ha...

—¡Señor CarPELLi! —gritó Picard—. ¡Tráigalos de vuelta!

—Activado, señor —contestó al instante CarPELLi.

—Hay otro transportador que ya está operando en la nave abandonada, señor —anunció Worf.

—¡CarPELLi!

—¡Lo he oído, señor! Estoy intentándolo, pero la interferencia de ese otro transportador está...

—¡Nuevas coordenadas, señor CarPELLi! —tronó Worf, pulsando una tecla que las envió al instante a la sala de transportes—. Riker y Yar están ahora en estas coordenadas. El primer transportador...

—¡Enfocando sobre nuevas coordenadas, ahora! —dijo CarPELLi con voz tensa.

—¡Yar! ¡Número uno! —llamó Picard—. ¡Resistan! ¡Los traemos de vuelta!

Pero no hubo respuesta.

—¡Activado! —volvió a decir CarPELLi.

—¡Núcleo de antimateria en secuencia terminal de sobrecarga, señor! —exclamó Worf—. A esta distancia...

—¡Ya lo sé, teniente! ¡Brindle! ¡Preparado para levantar escudos en el instante en que CarPELLi confirme que el equipo de expedición ha regresado!

—Preparado, señor —respondió Brindle desde el terminal de seguridad.

—¡Los he perdido! —fue el mensaje que les llegó por el intercomunicador en la agónica voz de CarPELLi—. La interferencia de...

—¡No explique nada! ¡Simplemente, tráigalos de vuelta!

—Estoy intentándolo, pero...

—No hay tiempo, señor —interrumpió Worf—. ¡Sobrecarga terminal en cinco segundos!

—¡No puedo traerlos! —gritó CarPELLi—. La interferencia...

—Tres —dijo Worf, implacable—. Dos...

—¡Escudos, Brindle!

—¡Escudos levantados, señor! —contestó Brindle, cuyas palabras precedieron en

unos segundos al estallido cegador que llenó la pantalla. Un instante después, toda la nave se sacudió mientras los escudos absorbían al máximo de sus posibilidades la energía desplegada por la aniquiladora antimateria.

Y la consejera Deanna Troi, con los ojos muy abiertos de dolor, los nudillos blancos al aferrarse sus manos a los posabrazos del sillón, profirió un silencioso grito.

El vehemente «¡Tráigalos de vuelta!» proferido por Picard fueron las últimas palabras que oyó Riker antes de sentir que lo envolvían las energías del transportador. Un instante después las paredes de la nave alienígena se desvanecieron, y él esperó a que apareciera la sala del transportador principal de la *Enterprise*.

Pero no lo hizo.

En cambio, cuando sintió que el transportador lo dejaba en libertad, indicando que había llegado a destino, hubo sólo una absoluta oscuridad y un agresivo olor metálico. Pero la oscuridad y el olor apenas tuvieron tiempo de registrarse en sus sentidos antes de que la acción paralizante de un transportador volviera a dejarse sentir.

Y esta vez, para su sobresalto, un caleidoscopio de colores estalló en torno y dentro de él, evolucionando y revolviéndose en dibujos que retorcían la mente, y que él creyó que no podían existir. En la realidad conocida.

Justo entonces, Riker supo que no eran los transportadores de la *Enterprise* los que lo habían arrebatado de la nave abandonada que se desintegraba por efecto de la radiación.

Era el mismo transportador que se había llevado a Data y LaForge... y, como había sospechado Argyle, no operaba a través del espacio normal sino del subespacio.

De repente, en el mismo momento en que esos pensamientos corrían por su mente, los colores desaparecieron.

Todo desapareció, como si la totalidad de sus cinco sentidos hubiese sido borrada de forma instantánea.

De un modo aterrador, incluso sus recuerdos empezaron a desvanecerse, dándole sólo el tiempo suficiente para pensar: «El transportador de la nave abandonada fue destruido mientras estábamos aún en tránsito, y las energías que éramos Tasha y yo están comenzando a disiparse por el subespacio mismo».

Y luego incluso ese pensamiento se desvaneció, y él existió sólo en el simple instante que era el presente inmediato. No tenía pasado ni futuro. Simplemente, existía.

Transcurrido un lapso que no tenía forma de medir, sintió algo. Un tirón, suave, como ejercido desde la lejanía, que lo arrastraba de aquella nada que era lo único que él podía concebir en ese momento.

De forma repentina, los colores volvieron a resplandecer, y un instante después

fulgieron los recuerdos en su interior, y durante un momento el retorno de sus propios pensamientos y recuerdos fue tan caótico, tan atemorizador como su imposible entorno.

Pero después, como si le hubieran arrojado un cable salvavidas, un pensamiento surgió del caos y Riker se aferró a él.

Y su mente se aclaró.

El torbellino de imposibles colores se desvaneció.

Y al solidificarse el mundo en derredor de él, oyó un sonido, y con sobresalto se dio cuenta de que era su propia voz que susurraba una sola palabra una y otra vez: «*Imzadi, Imzadi, Imzadi...*».

Pero el cable salvavidas, el nexo que había evitado que su mente se dispersara de modo irrecuperable durante esos interminables momentos antes de que las energías del transportador subespacial se hubieran concentrado y reintegrado la conciencia y el físico de William Riker..., ese cable salvavidas había desaparecido.

Geordi evitó que la sorpresa se le reflejase en la cara. No sabía muy bien qué había estado esperando... pero el hermano muerto de Shar-Lon, Shar-Tel, definitivamente, no lo era.

—Su hermano dijo que estaba usted muerto —afirmó Geordi—. Justo después de que yo le preguntara si podía hablar con usted. Deduzco que tiene alguna razón para no querer que eso suceda.

—La tendría —respondió el hombre mientras su sonrisa se volvía desagradable—, si supiera que aún estoy con vida.

—¿No lo sabe?

—Estoy razonablemente seguro de que no. Pero ésa es una historia muy larga, y antes de que entremos en ella, me gustaría que respondieran ustedes a una pregunta.

—Si puedo hacerlo, y si usted responde algunas otras...

—Encantado —dijo Shar-Tel—. Ahora, mi pregunta. ¿Son ustedes de verdad la gente que dejó aquella cosa en órbita alrededor de nuestro planeta? Y si lo son, ¿qué es y por qué la dejaron?

—Su hermano cree que lo somos —contestó Geordi.

—Mi hermano, por desgracia, cree muchísimas cosas, la más irrelevante de las cuales no es que él fue deliberadamente elegido para salvar nuestro mundo, utilizando las cosas con las que se tropezó.

—¿Y usted no lo cree?

—¿Le parezco estúpido?

De repente, por razones que no podía explicarse a sí mismo, y mucho menos a Data si se le ocurría preguntar, Geordi se echó a reír. Tal vez no fue por nada más que el hecho de que el hombre de constitución esbelta y cráneo casi calvo, por no hablar

de su tono repentinamente brusco, le recordaba al capitán Picard —o, más bien, al capitán Picard cómo podría ser dentro de treinta años más—, y el recuerdo le hizo sentirse bien.

—No, nosotros no fuimos quienes lo dejaron aquí —admitió Geordi—. En cuanto a qué es, es algo que a nosotros mismos nos gustaría saber. Tenemos algunas conjeturas arriesgadas, pero eso es casi todo. Cualquier cosa que usted pueda decirnos nos serviría de gran ayuda.

Shar-Tel frunció el ceño durante un momento, pero luego sonrió y se volvió a mirar a los otros.

—Será mejor que regreséis, antes de que mi hermano os eche en falta y empiece a imaginar qué os traéis entre manos —dijo—. No os reconoció, ¿verdad?

—No, no nos vio la cara. Pero puede que Vol-Mir tenga que dar algunas explicaciones. Se vio obligado a improvisar con el fin de mantener ocupado a Shar-Lon el tiempo suficiente como para que llegáramos a nuestra posición, y dijo que Shar-Lon se puso más que un poco suspicaz cuando la emergencia resultó ser una falsa alarma.

Shar-Tel hizo una mueca.

—No deis más pie a sospechas. Regresad allí ahora mismo. Yo estaré bien.

Los hombres asintieron con la cabeza, aliviados cada cual en distinto grado, volvieron a ponerse los cascos y regresaron a la cámara de descompresión. Al cerrarse ésta tras ellos, Shar-Tel dijo:

—Sospecho que la historia de ustedes es tan larga como la mía, así que será mejor que nos pongamos a ello.

—Antes de que entremos en materia —dijo Geordi—, yo tengo una pregunta. ¿Puede usted o su gente llevarnos de vuelta al Santuario cuando hayamos acabado aquí?

La expresión ceñuda de Shar-Tel regresó, y sus ojos salieron disparados hacia la cámara de descompresión cerrada.

—¿Por qué?

—Para que podamos tratar de hallar la forma de volver a nuestro origen.

—Ah. ¿Significa eso que ustedes no acudieron aquí intencionadamente?

—Geordi —interrumpió Data al tiempo que apagaba su traductor.

LaForge vaciló, advirtiendo la expresión de suspicacia que se hacía aún más pronunciada en el rostro de Shar-Tel. Luego, dejando encendido su propio traductor, preguntó a su amigo:

—¿De qué se trata, Data?

El androide, con un logrado remedo de mirada intencionada, dirigió por un momento sus dorados ojos hacia el traductor de Geordi.

—Está todo bien, Data. Creo que podemos confiar en Shar-Tel.

Data consideró la situación.

—Ah. Creo que ya lo entiendo. ¿Significa esto que ya no estamos manteniendo una «fachada»?

Geordi negó con la cabeza, al tiempo que sonreía con una indefinible tristeza.

—Correcto —contestó—. Todavía estoy tocando de oído, y ahora mismo mi oído me dice que abandonemos la fachada.

Data meditó durante otro momento y luego volvió a encender su traductor.

—Eso es bueno. Mantener una «fachada» no resulta fácil.

—Por ese pequeño intercambio de palabras —comentó Shar-Tel—, ¿sería correcto suponer que no han sido ustedes del todo sinceros con mi hermano?

—No del todo. Pero no ha respondido usted a mi pregunta. ¿Puede llevamos al Santuario cuando hayamos concluido?

—Creo que algunos de los míos pueden llevarlos hasta allí, sí.

—¿Pero no está seguro?

—Veamos cómo reacciona mi hermano ante el hecho de que lo dejaran fuera de combate y ustedes dos hayan desaparecido. Creo que sería mejor si, cuando hayamos acabado de hablar y entiendan la situación, regresaran ustedes con mi hermano y dejaran que fuera él quien los llevara al Santuario. Sería menos peligroso para todos.

—¿Peligroso? ¿Como cuando alguien intentó dispararnos en la cámara de descompresión en el momento en que nos llevaban a ver a su hermano?

El rostro de Shar-Tel fue oscurecido por una expresión ceñuda, no dirigida contra ellos sino contra sí mismo.

—Lo lamento —dijo—. Puedo ver lo que deben haber pensado cuando mis hombres les dispararon esos dardos adormecedores. Si yo hubiese sabido... Considerando la aparente facilidad con que ustedes los desarmaron, ¿sería correcto suponer que tienen suerte de seguir vivos?

Geordi comenzó a encogerse de hombros, con la intención de dejar que Shar-Tel sacara sus propias conclusiones, pero luego se detuvo.

—No —explicó—. Nuestras pistolas fásicas están programadas para desmayar... lo que equivale a decir que habrían tenido más o menos el mismo efecto que causaron las pistolas de dardos de ustedes. Nosotros no utilizamos energías letales a menos que sea absolutamente necesario.

—¿Pistolas fásicas? ¿Son ésas sus armas? ¿Podría...? —Shar-Tel calló de golpe y sacudió la cabeza—. Estoy malgastando el tiempo con detalles —dijo—. Díganme una cosa, una vez que hicieron creer a mi hermano que eran sus míticos Constructores, ¿les pidió él que hablaran con su Consejo? ¿Dijo que quería que todo el mundo los viera y oyese, a fin de poder darles las gracias por haber librado a nuestro mundo de la destrucción segura?

—Más o menos.

—Y supongo que también les contó cómo le fue dada la señal y hallado digno de ser admitido por el Santuario. Y luego se le otorgó el privilegio de salvar al mundo. Con los Regalos que encontró allí dentro.

—Poco más o menos. ¿Está diciendo usted que no es verdad?

Shar-Tel suspiró.

—Por desgracia, lo que él ha dicho es en parte verdad.

—¿Y planea usted contarnos la versión sin distorsionar?

—Supongo que será mejor hacerlo, si lo único que han oído ustedes es la versión de mi hermano.

Inspirando profundamente, Shar-Tel comenzó.

—Como él les ha contado, fue hace cincuenta años que nos tropezamos con esa nave alienígena abandonada que orbitaba alrededor de nuestro planeta. No tengo ni idea de quién la dejó allí ni por qué, o qué causó las «visiones de sangre» o lo que fuesen. Yo había abrigado la esperanza de que tal vez ustedes lo supieran, dado que se dijo que habían aparecido, procedentes de la nada, en el interior de la nave, pero dicen que no lo saben, y yo sólo puedo dar su palabra por buena.

—Creemos que las «visiones de sangre», como usted las llama, fueron causadas por el fallo de un tipo de dispositivo de camuflaje con que estaba equipada la nave — explicó Geordi—. Cuando un dispositivo de camuflaje funciona de la forma adecuada, hace que una nave resulte invisible, pero cuando comienza a fallar, puede suceder cualquier cosa. Todas las ondas luminosas pueden verse afectadas por lo que llamamos el efecto Doppler, vamos que fueron «viradas» al rojo, que es probablemente lo que sucedió aquí; también ocurre a veces que algunas ondas luminosas pueden verse bloqueadas mientras que a otras se les permite pasar.

—¿Así que fue sólo una cuestión de suerte que el mundo se volviera rojo en lugar de azul o verde?

—Es probable —repuso Geordi, y Shar-Tel rió amargamente.

—¡Me pregunto qué clase de símbolo habría leído mi hermano en un mundo que se volviera amarillo o púrpura! —dijo el anciano, y luego los miró con renovado apasionamiento—. ¿Qué más pueden decirme?

—En rigor nada más —contestó Geordi al tiempo que se encogía de hombros—. Todo lo que sabemos sobre seguro es que la nave que órbita alrededor de su planeta parece estar conectada mediante transportadores de un solo sentido..., transmisores de materia..., con otra nave abandonada hace más de diez mil años que está en otro punto del espacio interestelar. Pensamos que en otra época hubo varios Santuarios más, como los designan ustedes, dispersos por toda la galaxia, orbitando alrededor de planetas similares al suyo.

—¿Y la razón para que estas naves se hallen donde están? —inquirió Shar-Tel.

—Todo lo que tenemos son conjeturas sin base real —respondió Geordi, haciendo

caso omiso de la sorprendida mirada de Data—. En cualquier caso, nosotros estábamos explorando esa otra nave cuando uno de sus transportadores fue activado por accidente, y nos envió aquí. Y lo único que los dos queremos en este preciso instante es hallar la forma de regresar a esa otra nave, o descubrir dónde estamos y dilucidar la manera de enviar un mensaje a nuestra propia nave para hacerles saber dónde nos encontramos con el fin de que puedan recogerlos.

Shar-Tel guardó silencio durante un momento, al tiempo que el apasionamiento de sus ojos evolucionaba hasta un intenso anhelo, una peculiaridad que Geordi había observado más de una vez en los ojos del capitán Picard cuando se aproximaban a un mundo desconocido. Era evidente que el anciano quería formular un millar de preguntas pero, con un esfuerzo igualmente evidente, obligó a su mente a concentrarse en asuntos más prácticos.

—Diez mil años —comentó por fin—. Después de todo ese tiempo, ¿es seguro suponer que quienquiera que abandonó estas naves no va a regresar?

—Es improbable —contestó Geordi—, pero hace mucho tiempo que he aprendido que no hay nada imposible.

Shar-Tel asintió con una débil sonrisa.

—Sí, también a mí me quedan pocas dudas a ese respecto. Pero estamos haciendo digresiones. Otra vez. Después de que Shar-Lon y yo encontráramos la nave, no hubo forma de detenerlo. Un descubrimiento como ése no era como para que ninguna persona entrara ciegamente a la carga, y yo insistí en que lo notificáramos a nuestro gobierno de inmediato para que pudieran enviarnos algunos científicos cualificados para investigar como era debido... o establecieran contacto, si había seres vivos dentro. En ese momento, ni siquiera sabíamos que estaba abandonada. Podría haber tenido una docena de alienígenas dentro, preparados para hacernos volar en cualquier momento.

»Pero mi hermano no quiso escucharme. No sé qué clase de adornos le habrá agregado recientemente a la historia para explicar sus acciones, pero hasta donde yo he podido saber, estaba sencillamente lleno de la misma loca impaciencia que lo impulsó a unirse a la organización de los Guardianes de la Paz cuando era estudiante, y luego a abandonarla dos años más tarde, cuando no avanzó en sus propósitos lo bastante deprisa o con la eficacia suficiente para él. Siempre que acometía un proyecto, quería hacer, no planificar. Y entonces, cuando uno de nuestros enemigos de la época interceptó mis comunicaciones y se enteró de que Shar-Lon estaba dentro de una nave espacial alienígena recién descubierta, presumiblemente poniéndole las manos encima a toda clase de avanzada tecnología alienígena, alguien fue presa del pánico y lanzó un misil contra el Santuario.

Shar-Tel calló, haciendo una mueca.

—O posiblemente esté siendo injusto. Después de cincuenta años, mi propia

memoria podría haberse vuelto un poco inexacta y selectiva. Pero dejando a un lado los motivos, mi hermano se las arregló para escabullirse de la lanzadera, de donde se llevó mi traje espacial, y de alguna forma entrar en la nave alienígena. —Una repentina luz afloró a los ojos de Shar-Tel—. Tiene que haber sido una de esas cosas que ustedes llaman transportadores... que también debe de ser lo que él utiliza para desaparecer siempre que se encuentra en una situación apurada, como cuando mis hombres utilizaron las pistolas de dardos contra él hace apenas un rato.

Geordi asintió con la cabeza.

—Tiene que tener alguna clase de conexión remota con el Santuario. Y está usted en lo correcto respecto a cómo la gente entra y sale del Santuario. Al parecer hay un «transportador» de corto alcance que desplaza las cosas dentro y fuera de la propia nave. La cámara de descompresión es falsa y sus circuitos paralelos a los del transportador. Supongo que la construyó su hermano para mantener en secreto el verdadero método de entrada.

—Lo hizo. Antes de permitir que nadie se aproximara. No sé cómo fue capaz de hacerlo más de lo que sé cómo consiguió encontrar todos los misiles nucleares de todo el planeta y luego hacerlos detonar a casi medio millón de millas. Lo único que él ha dicho es que sus «poderes provienen de los Regalos». Como esos transportadores de los que estaba hablando usted.

—Me temo que hace falta algo más que transportadores para hacer algunas de las cosas que él parece haber llevado a cabo. O al menos un tipo de transportadores más evolucionado que con el que nosotros estamos familiarizados.

Shar-Tel frunció el ceño.

—¿Está diciendo que quienquiera que haya construido estas naves es aún más avanzado que ustedes?

—En algunos sentidos, al parecer, sí.

Shar-Tel guardó silencio durante un momento, como si estuviera digiriendo esa desasosegante información, pero luego, de pronto, prosiguió con su interrumpida historia.

—Después de que los misiles quedaran todos destruidos, el mundo se volvió loco casi literalmente. Para muchísima gente, mi hermano era un salvador, casi un dios, en especial para unos pocos de los más fanáticos miembros de los Guardianes de la Paz. Y, a decir verdad, no puedo culpar realmente a nadie por sentirse de esa forma. El mundo había estado viviendo durante décadas con la amenaza de la guerra nuclear, y de pronto, sólo por lo que él hizo, la amenaza desapareció de la noche a la mañana.

—Él nos dijo que había unos pocos que estaban en contra —comentó Geordi—, unos pocos que estaban amargamente resentidos por no disponer ya de esas armas. Dijo que era gente como ese hombre que intentó matarnos. Y como el que lo mató a usted.

Shar-Tel sacudió la cabeza.

—No es ni con mucho tan sencillo. Como acabo de decir, muchísima gente pensó que mi hermano había salvado al mundo, y debo admitir que resulta concebible que nos hubiéramos arrasado nosotros mismos si nos hubieran dejado solos, pero lo dudo seriamente. Nos las habíamos arreglado para salir del paso sin saber cómo durante unos setenta años sin que nadie pulsara el botón incorrecto, y estábamos haciendo progresos. Una década antes habíamos alcanzado el máximo de cabezas explosivas y estábamos en el camino de ir reduciendo su número. Y eran menos las guerras convencionales que acababan cada año que las que estallaban, así que parecía que también en eso habíamos mejorado. Incluso se había hablado de un Consejo Mundial. Hasta que mi hermano se hizo cargo de la situación.

Shar-Tel hizo una pausa y volvió a sacudir la cabeza.

—Hubo muchísimas personas... y hay bastantes incluso ahora... que piensan que fue «poseído» por un espíritu alienígena cuando entró en el Santuario. Que era una... una «trampa» dejada allí por los alienígenas, los llamados Constructores, y que atrapó a mi hermano y se apoderó de él.

—Pero si lo único que hizo fue destruir los misiles nucleares de todos los bandos, por qué iba nadie a...

—¡Porque eso no fue lo único que hizo! —estalló Shar-Tel, cuya furia hizo repentina erupción—. ¡Convirtió nuestro mundo en un planeta prisión! ¡Y durante los últimos cincuenta años ha estado justificándolo mediante ese disparatado discurso de ser el «elegido»!

Con esfuerzo, Shar-Tel hizo una pausa y respiró profundamente para calmarse.

—Antes de entrar en el Santuario, puede que fuera en exceso impaciente e impulsivo en demasía, pero aparte de eso era tan normal como yo mismo. Sabía que estaba entrando en alguna clase de nave alienígena, no en algún objeto mágico colocado allí para su uso personal. Pero cuando salió, después de que los misiles hubieran sido todos destruidos, y no había manera de que nadie pudiera atacarlo, hablaba de la forma en que todavía habla hoy en día. Particularmente, pienso que fue demasiado para que su mente pudiera aceptarlo. De repente, tenía todo un poder que jamás hubiera soñado, y no supo manejarse con esa responsabilidad, captar su alcance y estar a su altura. Así que se inventó una autoridad superior para que cargara con el honor... o la culpa.

Los dorados ojos de Data se agrandaron ligeramente.

—¿Está diciéndonos usted que su hermano, que sostiene que sus enemigos sufren un desvarío, ha sido él mismo víctima de un desvarío?

Shar-Tel se encogió de hombros.

—O eso, o bien está realmente poseído. Lo único que yo sé es que ha cambiado. O fue cambiado. Y convirtió lo que había hecho en una religión, consigo mismo

como profeta. No permite que los científicos... ni nadie... entre en la nave con el fin de poder averiguar cómo funcionan los Regalos. Reunió a los Guardianes de la Paz de la línea más dura, y los «consagró» diciendo que eran sus «mensajeros de paz». Pero entonces mataron a uno de ellos, cosa que no sorprende si se considera lo que pensaba muchísima gente de Shar-Lon a esas alturas. Y cuando eso ocurrió, mi hermano expulsó a todo el mundo de las estaciones espaciales que una docena de naciones había estado ocupando durante décadas, y les «entregó» esas estaciones a miembros de su camarilla. De alguna manera... supongo que otra vez con esos transportadores... sacó a las tripulaciones regulares y metió en ellas a su círculo más íntimo de Guardianes de la Paz. Incluso sacó las estaciones de sus órbitas y las reunió todas aquí, en torno a su Santuario.

«Así que los Regalos incluyen rayos tractores —pensó Geordi—. ¿Y tal vez también armas fásicas?»

—El lugar en que nos hallamos es una sección de una de las primeras estaciones —comentó Shar-Lon, abarcando con un gesto la estructura en la que estaban—. Y después, cuando tuvo a todos los demás reunidos a su alrededor, por así decirlo, exigió que se construyera este llamado «Mundo de los Guardianes de la Paz». Se suponía que era sólo la primera de varias colonias espaciales, «escalones hacia las estrellas» las llamó él, así que un montón de gente que aún no se había dado cuenta de quién era mi hermano, estaba a favor del proyecto por las más variadas razones, al menos cuando comenzó. Se utilizó toda la flota de lanzaderas de todas las naciones y se construyó. Pero luego, justo cuando acababan de terminarlo, alguien puso una bomba en una de las lanzaderas... una bomba convencional, no una nuclear, que al parecer es la única clase que los Regalos son capaces de detectar... e intentó volar a mi hermano y todo su mundo.

»Así que él voló las lanzaderas, hasta la última de ellas, y desde entonces no se le ha permitido a nadie abandonar la superficie del planeta. Nadie lo ha intentado durante los últimos veinte años. Y él transfirió a todos los Guardianes de la Paz desde las estaciones espaciales a su recién construido mundo, y allí se han quedado desde entonces. Hay espacio para cinco o diez mil, pero hay menos de un millar de ellos, incluyendo las segundas y terceras generaciones, todos nacidos y criados aquí arriba. Durante un tiempo, él intentó traer otros guardianes de la paz, pero por esa época quedaban ya muy pocos en la superficie del planeta capaces de acceder a ser uno de ellos. Y cuando fueron enviados algunos que fingieron serlo, e intentaron sabotear las cosas, él abandonó el intento.

»Desde entonces, prácticamente todos los de ahí abajo nos rebanarían con gusto la garganta con que sólo pudieran llegar hasta nosotros. Las naciones han vuelto a luchar las unas contra las otras con una frecuencia todavía mayor que antes. Y si las cosas continúan así en el futuro, a nadie se le permitirá jamás abandonar la superficie

del planeta. Así que pueden ver por qué a veces casi tomo en serio la idea de la “posesión”. Si quienesquiera que dejaron el Santuario aquí querían simplemente mantenemos confinados en nuestro propio planeta, no podrían haber encontrado nada más efectivo que lo que mi hermano ha estado haciendo durante los últimos cincuenta años. A menos que nos redujeran con sus armas otra vez a la edad de piedra.

—¿Y usted y su grupo? —preguntó Geordi cuando Shar-Tel guardó silencio—. ¿Dónde encajan ustedes? Su hermano dijo que usted se había unido a él por propia voluntad.

Shar-Tel suspiró.

—Hasta mediado el proyecto, sí, pero fue sólo con la esperanza de poder meterle un poco de sensatez en la cabeza, o al menos evitar que se apartara de la realidad más de lo que ya lo había hecho. No hace falta decir que fracasé lamentablemente. En cuanto a mi «grupo», está formado por unas docenas de Guardianes de la Paz de segunda y tercera generación. Con mi ayuda, cada vez más y más están comenzando a formularse preguntas y darse cuenta de que, por mucho que mi hermano hiciera hace cincuenta años, las cosas han ido de mal en peor desde entonces. Ahora bien, estamos todos unidos..., los que nos encontramos aquí arriba y los que habitan el planeta..., en nuestro deseo de traer la paz al mundo. Una paz que no tenga que sernos impuesta por una tecnología alienígena y un demente. Una paz que, en lugar de eso, nacerá a partir de la eliminación de nacionalismos y militarismos rabiosos; una evolución que supere los calamitosos impulsos hostiles para con nuestros vecinos.

—Por lo que usted ha dicho, éstas son buenas razones para que la gente quiera matar a su hermano, pero ¿por qué a nosotros?

—Como ya les he comentado, aquí hay menos de un millar de personas, pero aún así hay casi tantos tipos diferentes como en el planeta. Existen unos pocos, por ejemplo, que viven con el constante temor de que los Constructores regresarán algún día y nos «castigarán» por haber entrado en su propiedad. No me sorprendería que el pretendido asesino de ustedes fuese uno de éstos. Puede que haya decidido disparar primero y formular las preguntas después. Y está Kel-Nar, a quien sólo le interesa una cosa: convertirse en heredero de mi hermano, lo que significa que tiene que convencer a mi hermano de que le enseñe cómo funcionan los Regalos. No consigo imaginar por qué iba a querer matarlos, pero cualquier cosa es posible. Y están los otros que mi hermano dice que están aquejados por el «desvarío», lo que significa que han cometido el error de permitirle saber que lo ven como lo que es, un dictador paranoico que en realidad está sojuzgando al planeta en lugar de salvarlo. Supongo que cualquiera de ellos puede haber tenido miedo de que ustedes le otorgaran aún más poder del que ya tiene.

—Entonces, ¿por qué no lo han matado a él?

—Lo han intentado, en más de una ocasión, pero por lo general es muy cauteloso, mucho más de lo que lo ha sido hoy. Me sorprendió oír que había salido de sus dependencias privadas para mostrarles su mundo, más aún que planeaba conducirlos al Santuario. Normalmente, excepto por la pantalla a través de la que pronuncia sus discursos, es casi del todo invisible. Supongo que la llegada de ustedes le ha afectado de modo considerable... en especial si lo convencieron de que eran los Constructores. Ha estado desesperado por conocerlos... durante cuarenta años, pero también es casi seguro que se siente aterrorizado por ello. A pesar de lo que dice en público, siempre he estado convencido de que hay un rincón de su mente que sabe que lo que hizo después de destruir los misiles fue un terrible error. De no haber pensado eso... y haber creído que tenía una oportunidad de convencerlo de alguna forma de ello... nunca me habría unido a él, para empezar. Creo que esa parte de él ha tenido siempre un miedo mortal a que si regresaban los Constructores, también ellos verían lo errado que estaba. Y ahora que han aparecido ustedes y representado a los Constructores...

—Excepto que nosotros le dijimos qué gran trabajo había realizado —comentó Geordi—. A pesar de que, si lo pensamos bien, no le dimos garantía ninguna de que nuestros «superiores» fueran a aprobarlo. Y le contamos que habíamos venido específicamente para comprobar el uso que había hecho de los Regalos. Pero es probable que tenga usted razón acerca de las dudas de él. Eso explicaría, al menos en parte, por qué parecía presa de un absoluto torbellino emocional desde el primer instante en que habló con nosotros.

Geordi dio cuenta de lo que sus observaciones infrarrojas le habían revelado de Shar-Lon.

Shar-Tel asintió con la cabeza.

—Por lo que me cuenta, parece estar más cerca que nunca de una grave crisis nerviosa, lo que convierte en todavía más apremiantes las razones que tenía para hablar con ustedes. A pesar de que, dado que no son ustedes los Constructores, después de todo, puede que no tengan posibilidad de ayudarnos.

—¿Pero qué es lo que quiere de nosotros? —inquirió Geordi.

En los infrarrojos, el propio Shar-Tel comenzaba a parecer muy tenso.

El anciano hizo una mueca.

—Será mejor que se lo diga sin rebozos —afirmó, haciendo una nueva pausa para inspirar en profundidad—. ¿Podrían ustedes... querrían ustedes... destruir el Santuario?

—¡Carpelli! ¿Los ha recogido? —dijo la voz de Picard, abriéndose paso entre el caos mientras la *Enterprise* continuaba zarandeándose a causa de los efectos de la gigantesca explosión de antimateria.

Por un momento, mientras disminuía el brillo cegador de los escudos casi sobrecargados y la nave recobraba la estabilidad, no hubo contestación alguna, sólo las insistentes alarmas y las propias respuestas de la nave, más rápidas y efectivas de lo que podía serlo cualquiera de origen humano.

Y luego, en vez de responder el alférez Carpelli desde la sala del transportador principal, la consejera Troi, liberando los dedos que había clavado en los posabrazos del sillón, dijo:

—Han desaparecido.

Picard se volvió a mirarla.

—¿Qué ha dicho, consejera?

—Han desaparecido —repitió ella—. Los sentí cómo desaparecían un instante antes de la explosión.

—¿Desaparecían? ¿Quiere decir cómo morían?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé, pero no lo creo así. Hubo algo más, ocurrió un instante después de la explosión. No puedo estar segura... las emociones de la tripulación casi me confundían... pero creo que sentí a Riker.

—Pero seguramente habría reconocido...

—Lo habría hecho y lo hice, pero había algo diferente, algo distorsionado. —Sacudió la cabeza—. No puedo describirlo mejor, capitán.

—¿Pero piensa que continuaban vivos después de la explosión?

—Sí —respondió la consejera.

—¡Alférez Carpelli! —gritó Picard con brusquedad, apartándose de la consejera—. ¡Responda!

—Lo lamento, señor —le llegó por fin la abatida voz de Carpelli—. No pude traerlos de vuelta después de que fueran transportados a esas nuevas coordenadas. Sencillamente no hubo tiempo. La interferencia...

Picard lo interrumpió.

—Teniente Worf, usted los tenía en los sensores. ¿Qué ha sucedido? ¿Fueron transmitidos fuera de allí antes de que se produjera la explosión?

—Revisando ahora las lecturas, señor —respondió Worf al tiempo que se inclinaba sobre el terminal científico—, es imposible estar seguro, señor. Las lecturas de formas de vida parecen haberse desvanecido casi medio segundo antes de la explosión, pero si aún estaban en tránsito cuando el transportador fue destruido...

—Lo sé, teniente. Podrían haber sido transmitidos pero no recibidos. —Picard fue incapaz de reprimir del todo un estremecimiento.

—Sí, señor —tronó Worf—. Es una posibilidad.

—Pero también es una posibilidad que hayan sido transportados con éxito al mismo lugar que los tenientes LaForge y Data. ¿Hay algo dentro del alcance de los sensores?

—Nada que no estuviera ya antes, señor, exceptuando las partículas de energía de la nave que ha estallado.

—Muy bien. —De inmediato, Picard se volvió hacia el terminal de seguridad—. Teniente Brindle, intente llegar hasta ellos a través de sus transmisores-receptores subespaciales.

—Ya lo estoy intentando, señor. Aún no hay respuesta.

—Continúe intentándolo. ¿Qué alcance...?

—Es imposible predecirlo con exactitud, señor. Con las irregularidades del subespacio...

—Una conjetura, entonces, teniente Brindle —le espetó Picard.

—Un centenar de parsecs como mínimo, señor, posiblemente más, dependiendo de la configuración del subespacio local.

—Gracias, Brindle —contestó Picard, y se volvió al instante hacia el terminal de navegación—. Alférez Gawelski, trace un curso que nos lleve a todos los sistemas solares dentro de un radio de cinco parsecs en el menor tiempo posible. Comenzamos otra búsqueda. Continuará hasta que los encontremos directamente o contactemos con ellos.

—Sí, señor. Trazando el rumbo.

—Consejera Troi, si percibe algo más, cualquier cosa, por vaga, insegura o distorsionada que sea, y que pueda estar conectada de alguna forma con Riker... o Yar, hágamelo saber al instante. ¿Comprendido?

—Comprendido, capitán.

—Curso trazado y entrado, señor —informó Gawelski.

—Entonces, póngase en camino, Gawelski. ¡Máxima velocidad hiperespacial, ahora!

Y la búsqueda dio comienzo.

—¡Mi primer oficial, yo no soy su *Imzadi*! —La voz de la teniente Tasha Yar, amortiguada por el casco del traje antirradiación, contenía una mezcla de irritación e incomodidad.

Parpadeando, Riker apretó los labios con fuerza al darse cuenta de que sus involuntarios susurros tenían que haber sido más audibles de lo que, en aquellos distorsionados minutos, había pensado.

Superando los coletazos de las náuseas y el mareo que le habían sobrevenido, se tomó un segundo para serenarse y adaptar su visión al entorno, aún ingrátido por lo que Yar y él estaban en... ¿dónde? ¿Otra nave abandonada? En la sala no había prácticamente nada excepto una enorme cámara de descompresión, algo que parecía un receptáculo de hibernación sobre un pedestal alto hasta la cintura, una pantalla que abarcaba la mitad superior de una pared, y una silla de aspecto incómodo atornillada a lo que en apariencia quería ser un suelo.

Yar, según vio, se había quitado el casco y estaba sondeando la sala con atención, el tricorder en una mano, el fusil fásico en la otra.

—Lo siento —comenzó a decir mientras se quitaba el casco, pero ella le hizo un rápido gesto con el tricorder para indicarle que guardara silencio.

Sin decir palabra, señaló el receptáculo de hibernación, y Riker miró su propio tricorder. Había una silueta humanoide detrás del pedestal.

Asintiendo con la cabeza, Riker levantó su fusil fásico y los dos se separaron con lentitud hacia posiciones opuestas para tener cubiertos los dos flancos del pedestal.

Pero antes de que hubieran recorrido más de un metro, un hombre viejo ataviado con un chillón uniforme amarillo brillante se puso en pie de golpe con las manos tendidas hacia los lados, las palmas abiertas y vacías.

Y comenzó a hablar, con nerviosismo pero cautela. Al cabo de un minuto, los traductores habían recogido lo suficiente de las palabras del viejo como para comenzar su trabajo.

—¿Dónde están los dos que llegaron antes aquí? —lo interrumpió Yar sin rodeos, haciendo caso omiso de la parcial traducción de las palabras del anciano.

El hombre, ya nervioso, dio la impresión de estar a punto de desmayarse ante estas palabras.

—¡No lo sé! ¡Lo juro! —contestó—. ¡A petición de ellos, iba a traerlos de regreso aquí, a su Santuario, para que pudieran hacer el informe preliminar para ustedes, cuando fuimos atacados!

—¡Atacados! —Yar blandió el fusil fásico con gesto significativo—. ¿Qué les sucedió?

El anciano se encogió de hombros.

—Sólo puedo suponer que fueron capturados, pero...

—¿Capturados? ¿Por quién? ¿Por qué?

—Por mis enemigos... ¡por los enemigos de ustedes!

—¡Nosotros no tenemos enemigos aquí! —le espetó Yar, imprimiéndole al fusil fásico otro amenazador movimiento—. O no los teníamos... ¡hasta que nuestros amigos fueron atacados y secuestrados! ¡Explíquese!

Temblando, el anciano, que dijo llamarse Shar-Lon, hizo todo lo posible, utilizando la pantalla para mostrarles el hábitat y el planeta. Yar lo urgía para que

retomara el curso lógico de sus explicaciones siempre que comenzaba a caer en la oratoria, y al cabo de pocos minutos ella y Riker tenían una idea aproximada de la situación. Por el momento no dijeron nada que contradijera la historia que Data y LaForge habían improvisado. De hecho, la forma agresiva y poco dada a contemplaciones con que lo abordó Yar, pareció reforzar esa historia, en particular la parte sobre los «superiores impacientes» que aguardaban en el espacio.

—Antes de que los dardos me dejaran a mí completamente inconsciente —acabó Shar-Lon—, fui capaz de activar mentalmente uno de los Regalos de ustedes que puede devolverme al instante a su Santuario. Recobré el conocimiento tan sólo segundos antes de que ustedes aparecieran. Sólo lamento no haber podido traer a sus colegas sanos y salvos conmigo.

—Teniente Yar —dijo Riker al tiempo que hacía un gesto hacia el traductor de ella y apagaba el suyo propio.

Rápidamente, ella lo imitó.

—Probablemente pueda localizar sus comunicadores con mi tricorder si están al alcance —comentó Yar.

—Pruébalo, entonces, teniente —dijo él, a la vez que abría la funcional bolsa del traje antirradiación y sacaba de ella el transmisor subespacial—. Mientras lo hace, yo contactaré con la *Enterprise* y espero que puedan utilizar nuestra señal para dirigirse hacia aquí.

—Sí, señor —contestó Yar con tono enérgico a la par que realizaba los ajustes necesarios en su tricorder.

Entretanto, Riker encendía el transmisor que tenía preseleccionada la frecuencia que la *Enterprise* estaría escuchando.

—*Enterprise*, aquí el primer oficial Riker.

Pero no hubo respuesta.

—Teniente —dijo tras el cuarto intento infructuoso—, pruebe con su transmisor.

Pero ella no tuvo mejor suerte que Riker.

Mientras Yar adoptaba una expresión ceñuda y lo intentaba una segunda vez, y una tercera, Riker sacaba su tricorder, ajustaba una serie de controles, y lo dirigía primero hacia su transmisor y luego hacia el de Yar.

Yar levantó rápidamente los ojos hacia él.

—¿Qué sucede?

Volviendo el tricorder de manera que ella pudiese ver la pantalla, Riker negó con la cabeza.

—Ninguno de los dos funciona. El circuito subespacial está quemado. Estamos tan incomunicados con la *Enterprise* como Data y LaForge.

—¿Destruir el Santuario? —Geordi frunció el entrecejo mientras miraba a Shar-

Tel.

—Ya han visto a mi hermano. Saben qué ha hecho —dijo Shar-Tel—. Cuál ha sido el efecto de la tecnología de los Constructores. —Shar-Tel le dirigió a Geordi una mirada suplicante—. ¡Ayúdenos a salvar nuestro mundo! —imploró.

Geordi rechazó la idea con un movimiento de su cabeza. Sus instintos —y su observación infrarroja del hombre— lo llevaban a pensar que Shar-Tel estaba contándoles una verdad, pero ¿cuán completa era esa verdad? También Shar-Lon les había contado la verdad, como él la veía, pero había sido lamentablemente incompleta y gravemente distorsionada.

Geordi arrugó el ceño.

—Puedo entender su punto de vista, pero ¿está seguro de que quiere destruir el Santuario? Allí hay una gran cantidad de información, si pudiera usted arrebatárselo el control de la misma a su hermano y hacer que lo estudiaran algunos científicos.

Shar-Tel negó con la cabeza.

—Si fuera posible arrebatárselo el control a mi hermano, su delegado Kel-Nar lo habría hecho hace mucho tiempo, claro que eso habría empeorado aún más la situación.

—Me da la impresión de que no es usted un admirador de Kel-Nar.

—Mi hermano al menos tiene una conciencia. Estoy casi seguro de que fue Kel-Nar quien intentó matarme hace diez años, cuando pensó que yo podría estar adquiriendo demasiada influencia sobre mi hermano. Colocó un artefacto explosivo en la lanzadera que sabía que yo iba a utilizar cuando por fin decidí aceptar la invitación de mi hermano para ver el interior del Santuario. Pero falló y yo lo encontré. También me di finalmente cuenta de lo despiadado... y persuasivo... que en realidad es Kel-Nar, y de que no tenía posibilidad de convencer a mi hermano de la verdad. Estoy prácticamente convencido de que Kel-Nar ha matado ya a media docena de personas, incluyendo a algún miembro de la plana mayor que se interpuso en su camino.

—¿Así que dejó que Kel-Nar pensara que había tenido éxito en deshacerse de usted?

—Sabía que mi hermano no iba a creerme si le hablaba de Kel-Nar... y sabía que Kel-Nar volvería a intentarlo. El dejar que creyera que lo había conseguido la primera vez parecía la única forma de salvar mi vida. Y para entonces ya tenía los bastantes amigos que veían las cosas como yo y estaban dispuestos a ocultarme.

—¿No tiene miedo de que vayamos a contarle todo esto a su hermano cuando regresemos?

Él se encogió de hombros.

—Si deciden contárselo... Después de oírlo a él y oírme a mí, tengo que suponer que ustedes...

—Geordi —interrumpió Data—, alguien se acerca. —Estaba observando con atención su tricorder—. Una sola forma de vida, y parece estar siguiendo la misma ruta que recorrimos nosotros para llegar hasta aquí.

—¿Estaba esperando a alguien, Shar-Tel? —preguntó Geordi.

—A nadie —contestó el anciano, que arrugó el gesto con preocupación—. ¿Les dio mi hermano algo para que lo llevaran encima? ¿Algo que pudiera utilizar para seguirlos?

—No que yo sepa —dijo Geordi, pero un segundo más tarde Data llevó a cabo una serie de rápidos ajustes en el tricorder y lo volvió primero hacia sí y luego hacia Geordi.

Sus dorados ojos se entrecerraron. Se inclinó hacia delante y arrancó un diminuto disco, de apenas medio centímetro de diámetro, de la espalda del uniforme de Geordi.

—Esto ha estado emitiendo una señal electromagnética modulada de potencia extremadamente baja —dijo—. Por la configuración de las modulaciones, sospecho que está transmitiéndole nuestras palabras a quienquiera que tenga el...

Lanzando las más desaforadas maldiciones, Shar-Tel le arrebató el diminuto disco a Data, lo tiró al suelo y sujetándose a una agarradera instalada en una pared lo aplastó con un vigoroso golpe de tacón.

Y entonces, Geordi recordó. En el momento en que entraron en la cámara de descompresión del Santuario con los primeros tres hombres que fueron a recibirlos, en la oscuridad y justo antes de que el atacante sacara la pistola, una mano le rozó. En aquel instante achacó la impresión al mareo o la desorientación causados por la total oscuridad e ingravidez, pero ahora estaba claro que se había tratado de algo más que eso.

—La cámara de descompresión exterior... —comenzó a decir Geordi, pero en el punto en que las palabras brotaban de sus labios, oyó el característico sonido de la cámara de descompresión cuando se activa la función que produce el vacío.

Shar-Tel, lanzándose con rapidez y pericia a través de la gravedad cero a pesar de su edad, llegó a la cámara antes que Geordi o Data, pero era demasiado tarde para detener el proceso. Una vez comenzado, continuaba de forma automática hasta acabar. Quienquiera que estuviese ahí fuera, se encontraría en el interior de la cámara de descompresión dentro de un minuto o menos.

—¿Quién es? —preguntó Geordi.

Shar-Tel arrugó la nariz.

—Alguien que trabaja para Kel-Nar, por supuesto. O posiblemente el propio Kel-Nar. Ahora que sabe que falló la última vez, va a terminar el trabajo.

Geordi y Data sacaron las pistolas fásicas y retrocedieron, anclando sus botas a la cubierta metálica. Data, con el tricorder aún sujeto en la otra mano, observaba la pantalla de datos mientras aguardaban.

Pero no se produjo el silbido del aire que volvía a llenar la cámara de descompresión.

—Están colocando un dispositivo electrónico en la parte de fuera de la compuerta interior —informó Data al tiempo que alzaba la mirada del tricorder—. Parece ser un temporizador.

Una pausa y luego:

—La forma de vida se marcha.

Pero la puerta exterior no se cerró. El entrechocar metálico que habría sido transmitido a través del metal de la cámara no llegó. Y cuando Shar-Tel intentó volver a llenarla de aire, los controles se negaron a responder. La compuerta exterior continuaba abierta.

—¡Explosivos! —dijo Shar-Tel—. Para eso es el temporizador. ¡Kel-Nar va a hacernos volar, de la misma forma que intentó hacerme volar a mí hace diez años!

—¿Quemados? —Yar les frunció el ceño, furiosa, a los transmisores—. Se encontraban en perfectas condiciones de funcionamiento en la *Enterprise*, Yo misma los comprobé personalmente.

—No lo dudo, teniente —repuso Riker—, pero ahora no funcionan. Es probable que se hayan quemado cuando nos transportaron. El ingeniero en jefe Argyle nos advirtió que el transporte podía operarse a través del subespacio, no del espacio normal.

Y, por desgracia, tenía razón, pensó Yar con rabia. La distancia que era obvio habían recorrido lo demostraba. Y las energías desarrolladas por un transportador tal tendrían que ser descomunamente mayores que las que en condiciones normales soporta un transmisor. La sola presencia de esas energías tenía que haber sobrecargado los circuitos, de la misma forma que un rayo que cayera cerca podría sobrecargar y quemar un circuito electrónico primitivo.

Estaban aislados de la *Enterprise*.

Ella sacudió la cabeza. Le pasó a toda velocidad por la mente la idea de que no era posible, de que algo como eso simplemente no podía sucederle a la tripulación de una nave estelar de la Federación.

Pero la inutilidad de dicho pensamiento se le hizo evidente casi al instante. Por mucho que ella deseara a veces que la Federación y sus oficiales fueran infalibles, sabía que eso no podía ser. No existía organización ni persona alguna que pudiera estar preparada para todas las eventualidades. Se cometían errores y descuidos o, como ahora, algo completamente imprevisto..., completamente fuera de la experiencia de la Federación..., derrumbaba un plan en teoría impecable.

Y mientras aún trataba de deshacerse de esos pensamientos, reemprendió su búsqueda con el tricorder. Y esta vez, casi al segundo, localizó los comunicadores.

Manipulando los controles con destreza, descubrió que Data y LaForge —o quienesquiera que llevaran puestos sus comunicadores— estaban con una tercera forma de vida humanoide. Centenares de otras formas de vida similares poblaban un ingenio cilíndrico cercano, el hábitat que Shar-Lon les había mostrado en la pantalla, supuso.

—Los tengo, comandante —dijo Yar, estudiando la pantalla de su tricorder.

—Excelente, teniente.

Tras encender Riker su propio traductor, estudió el tricorder de ella y reparó en la posición de los controles.

—Shar-Lon —comenzó a decir, volviéndose hacia el anciano que había estado de pie y prácticamente inmóvil desde que los traductores fueron apagados. Shar-Lon dio un respingo al oír el sonido de su nombre, pero no dijo nada; sólo miró con aire penitente hacia Riker.

—Vuelva a mostrarnos el hábitat... el mundo de los Guardianes de la Paz —pidió Riker, haciendo un ademán hacia la pantalla.

Bajando la cabeza en un gesto que fue menos una reverencia que una contracción nerviosa, Shar-Lon se dio la vuelta y con prisas volvió a ponerse el casco en la cabeza. Al cabo de segundos, el hábitat reapareció.

—Allí —dijo Yar al tiempo que señalaba el área en torno a la estación energética emplazada en el foco del espejo de un kilómetro de diámetro—. ¿Puede mostrarnos ese área con mayor detalle?

Sin pronunciar palabra, Shar-Lon obedeció y la estación energética, junto con un grupo de lo que parecían piezas de satélite de desecho e incluso estaciones espaciales completas, se amplió hasta ocupar toda la pantalla.

—Están en algún punto de allí acompañados por una tercera forma de vida humanoide, presumiblemente uno de los secuestradores.

—Shar-Lon —dijo Riker—, ¿tiene algún significado para usted esa zona? ¿Sabe por qué los secuestradores llevarían a nuestros hombres a ese lugar en concreto?

El anciano sacudió la cabeza casi con violencia.

—¡No entiendo nada de esto!

—¿Puede esta máquina —inquirió Yar abarcando con un gesto la pantalla—, enseñarnos el interior de esas estructuras?

—No, como sin duda ya saben ustedes...

De pronto, sin sonido, un estallido hizo eclosión en la pantalla.

Un increíble y repentino golpe de miedo, no por sí misma sino por sus dos compañeros de tripulación, retorció el estómago de Yar.

—¿Tiene aquí un traje espacial? —preguntó Geordi de pronto mientras ajustaba su pistola física para máxima intensidad y mínima dispersión.

Shar-Tel negó con la cabeza.

—El único que tengo está en la cámara de descompresión. Si lo han dejado allí.

—¡Maldición! Nuestros trajes de campo nos protegerán a nosotros cuando cortemos la compuerta, pero usted...

—¿Pueden ustedes cortar el acero macizo? ¿Aquí, sin el material adecuado?

—Probablemente, sí —dijo Geordi—, pero el vacío...

—Sálvense ustedes, entonces —dijo Shar-Tel sin vacilación—. No tiene sentido que muramos todos... si ustedes dos pueden vivir.

Geordi miró al anciano, con un repentino nudo formándosele en la garganta. Una vez más, Shar-Tel le recordó de forma extraordinaria al capitán Picard, y la idea de dejarlo morir...

—Geordi —dijo de inmediato Data—, creo que tengo una solución. —Mientras hablaba, se quitó la unidad proyectora de campo del cinturón y se la ofreció a Shar-Tel—. Yo puedo sobrevivir y funcionar en el vacío durante un tiempo considerablemente más largo que un ser humano, y sin duda durante el suficiente como para llegar a la cámara de descompresión del hábitat.

El anciano le dirigió una mirada interrogativa a Geordi.

—¿Es verdad eso?

Geordi asintió, enfadado por no haberlo pensado antes él mismo.

—Lo es. Cójalo.

Tras activar su propio traje, Geordi se volvió hacia la compuerta. Con el tricorder, localizó el temporizador electrónico, muy cercano al centro de la compuerta. Detrás de él, Data le enseñaba a Shar-Tel a manejarse con el traje de efecto-campo.

—Pero usted... —comenzó a objetar otra vez el anciano.

—Yo sobreviviré con toda seguridad sin sufrir daños importantes —volvió a asegurarle Data—. Mi cuerpo no es del todo orgánico, como lo son el suyo y el de Geordi. Por lo tanto, puedo soportar un mayor esfuerzo durante un período de tiempo mucho mayor.

—Pero si el traje está todavía en la cámara cuando llegemos allí, Data —intervino Geordi—, póngaselo. No tiene sentido el correr más riesgos de los absolutamente necesarios.

—Por supuesto, Geordi —asintió Data, y luego se retiró al quedar Shar-Tel de pronto envuelto del traje de campo.

—¿Dice usted que me protegerá tan bien como mi propio traje? —preguntó el anciano con la voz algo amortiguada por el halo de energía y el tono aún algo

escéptico.

—Tal vez mejor, al menos a corto plazo —aseguró Data, y luego se volvió para reunirse con Geordi junto a la compuerta de la cámara.

Utilizando su visor para localizar los pernos que trababan la compuerta, Geordi le señaló uno a Data y apuntó su pistola fásica hacia el otro. Sosteniendo las armas a menos de treinta centímetros de la superficie de la compuerta, pulsaron los disparadores.

Durante medio minuto, luego un minuto entero, se oyó sólo el crepitar de los rayos fásicos al penetrar en el metal. Luego, de pronto, el aire comenzó a escapar con un silbido.

Pero las pistolas fásicas continuaron con su labor, y para cuando los pernos y sus tuercas quedaron escindidos el vacío en el interior era casi tan completo como en el exterior.

Data, que en apariencia no estaba afectado excepto por la ligera hinchazón de sus facciones, cogió la puerta por la agarradera y la abrió en un silencio sobrenatural.

Geordi tocó a Data en un brazo, y le indicó mediante gestos y con determinación el traje espacial que aún colgaba en la cámara abierta. Una vez pasó Data flotando a través de la puerta, Geordi volvió su atención hacia el temporizador y los explosivos. Haciendo caso omiso de los incomprensibles símbolos entre verdes y azules que cambiaban en la pantalla del temporizador, localizó sin tardanza los cables que, cuando se acabara el tiempo, transmitirían la corriente detonadora hasta la pastilla explosiva, pero antes de que pudiera arrancarlos, Shar-Tel estaba junto a él aferrándole el brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Geordi desconcertado, y el sonido de su voz fue transmitido débilmente a través de la conexión entre ambos trajes de campo.

Señalando los cambiantes números, Shar-Tel respondió:

—Quedan casi diez minutos. Tendremos tiempo más que suficiente para llegar hasta la cámara y...

—¿Quiere dejarlo explotar?

—Puede que sea más seguro si quienquiera que haya hecho esto piensa que ha tenido éxito.

Geordi miró hacia el atestado interior.

—¿Y qué hay de todo lo que tiene aquí? Quedará destruido.

—No tengo nada aquí. Esto es un lugar para reuniones.

—Entonces dónde...

—Los llevaré allí, si nos dejamos de tanto hablar. De otro modo acabaremos explotando.

Apartando la mano del brazo de Geordi, Shar-Tel cortó la conexión y pasó junto a él hacia Data, que acababa de ponerse el traje espacial. Tras lanzar una última mirada

recelosa a los cambiantes símbolos verdes y al explosivo, Geordi lo siguió.

En este viaje de regreso, Geordi avanzó con mayor rapidez por el cable de lo que lo había hecho en el de ida, y los tres hombres se hallaron dentro de la cámara de descompresión con tiempo de sobra. Data se quitó rápidamente el traje espacial y lo colgó con los otros que se alineaban en la cámara. La visión infrarroja de Geordi le dijo que uno de los trajes había sido utilizado hacía poco, pero no tenía forma de saber quién se lo había puesto. Luego, una vez dentro del eje, Data sacó su tricorder.

—Forma de vida humanoide en el otro extremo —anunció.

—Ése es —dijo Geordi—. Intenta llegar allí para que puedan verlo testigos cuando tenga lugar la explosión. Vamos.

Los tres estaban recorriendo el camino entre los tubos y turbinas de la estación energética cuando se produjo, una conmoción breve y amortiguada, como un silencioso terremoto. Reinó el silencio mientras los tres se volvían a mirar en dirección a la cámara.

De forma repentina, tanto el comunicador de Geordi como el de Data despertaron a la vida.

—Teniente Data, teniente LaForge —les llegó la enérgica voz de barítono de Riker, terminante, apremiante—. Respondan de inmediato.

—¡Sabía que el capitán no iba a renunciar! —casi gritó Geordi, y luego le dio una palmada a su insignia—. Aquí el teniente LaForge, señor. Data y yo...

—¿Se encuentran ustedes bien, Geordi? ¿Data? Hemos visto la explosión.

—¿Dónde están? —interrumpió la voz de la teniente Yar.

—Data y yo estamos de vuelta dentro de lo que parece un hábitat, en su estación energética —contestó Geordi—, y estamos bien... ahora que ustedes se encuentran cerca. Pero antes de que nos transporten a bordo...

—Lo siento, teniente —lo interrumpió Riker—, pero no podemos transportar a bordo a nadie. La *Enterprise* no está aquí, sólo la teniente Yar y yo.

—¿No está aquí? ¿Entonces cómo...? —Geordi se interrumpió—. La nave abandonada —dijo tras unos segundos, el entusiasmo de un momento antes reemplazado por el recurrente recelo—. ¿También se apoderó de ustedes?

—Así es —repuso Riker, y luego continuó explicando el plan que los había llevado allí y cómo había transcurrido, incluida su captura por los transportadores de la nave abandonada—. No podemos estar seguros —concluyó Riker—, pero es probable que la nave abandonada fuera destruida.

Un plúmbeo peso chafó las esperanzas que había acariciado Geordi.

—Entonces, incluso si tuviéramos la posibilidad de invertir el transportador, continuaríamos sin poder regresar.

—Probablemente, pero no hay razón alguna para no probarlo. Con la ayuda de Shar-Lon podríamos...

—¿Han conocido a Shar-Lon? Él estaba con nosotros cuando...

—Cuando fueron atacados —lo interrumpió Riker—. Nos ha contado lo sucedido. Está aquí en el... el Santuario. Se encontraba aquí cuando llegamos. Pero ¿quién los atacó? Y, ¿son los mismos que provocaron la explosión?

—No, eso lo hizo otra persona. No podemos estar seguros pero... —Las palabras de Geordi llegaron a un seco pero momentáneo alto—. Puede que no fuera una mala idea el apagar sus traductores —dijo, manipulando rápidamente su comunicador para asegurarse de que captaría sólo su voz pero nada de su propio traductor o de lo que dijera Shar-Tel. Data, que advirtió las acciones de Geordi, imitó su ejemplo.

—Han estado apagados desde que contactamos con ustedes, teniente —contestó Riker—. Por lo que nos han dicho, resultaba obvio que habían estado ustedes siguiéndole la corriente de la suposición de que eran los llamados Constructores. Pareció lo mejor el dejar que continuara pensando así, al menos hasta que tuviéramos la oportunidad de hablar con ustedes con el fin de que las historias coincidieran. Ahora bien, estaba a punto de decirme quién los atacó. Y por qué.

—No fue un ataque, sólo un..., una especie de secuestro. El hermano de Shar-Lon, Shar-Tel, quería hablar con nosotros, pero Shar-Lon no sabe que Shar-Tel está vivo. Cree que...

—Ya es hora de que lo sepa —interrumpió Shar-Tel—. Los acontecimientos están precipitándose, y he decidido que ha llegado el momento de que hablemos, en particular ahora que han llegado ustedes. Nunca me escuchó en el pasado, ni a mi gente después de mi «muerte», pero tal vez los escuche a ustedes, al menos mientras continúe pensando que son los Constructores.

—Puede que él tenga razón —dijo Geordi luego de repetir las palabras de Shar-Tel—, pero hay algunas cosas que será mejor que Data y yo les expliquemos antes de dejar que Shar-Lon vuelva a entrar en el juego.

—Ustedes dos están obviamente más familiarizados con la situación que la teniente Yar o yo. Obedeceremos su juicio.

A toda prisa, Geordi, con sólo alguna ocasional corrección de detalles por parte de Data, contó a Riker y Yar lo que había averiguado por Shar-Tel.

—Él y su grupo creen que la única forma en la que verán cumplido su sueño de un gobierno mundial es destruyendo el Santuario —concluyó Geordi—. Y quieren nuestra ayuda para llevarlo a cabo.

Riker hizo una mueca.

—Puedo entender por qué piensa de ese modo. Y si de verdad no existe ninguna otra solución, incluso puedo ver algunas justificaciones para ayudarlo, basadas en ciertas interpretaciones de la Primera Directriz. Después de todo, la Primera Directriz está destinada a permitir que las nuevas civilizaciones se desarrollen sin interferencia ni explotación por parte de civilizaciones más avanzadas, y durante los últimos

cincuenta años esta civilización ha sido objeto de una interferencia extrema, en especial si hay algo de verdad en la sospecha de que Shar-Lon fue influido por algo o alguien en el interior de la nave alienígena; y si la versión de los acontecimientos dada por Shar-Tel es la verídica. Pero nosotros también estamos más avanzados tecnológicamente que la civilización de Shar-Tel, y no cabe duda de que la Primera Directriz es también aplicable a nuestra propia influencia. Así que quizá nuestra principal responsabilidad aquí sea la de neutralizar cualquier problema que nuestra presencia haya causado.

—Cualquier debate sobre ese tema sería académico, señor —sugirió Data—. Sin la ayuda de la *Enterprise*, dudo de que la nave pueda ser destruida. Cualquier intento de utilizar la propia pistola física dentro de la nave o en sus proximidades provocaría, con casi total seguridad, que uno fuese reducido a la inconsciencia por alguno de los mecanismos de defensa de la propia nave. Geordi y yo ya hemos pasado por la experiencia, y es muy eficaz.

—Y si el propio Shar-Tel fuera capaz de destruirla —agregó Geordi—, existe el peligro de que el núcleo de antimateria quedara fuera de control y detonara. El hábitat está demasiado cerca como para correr ese riesgo. Sería destruido o al menos resultaría lo bastante gravemente dañado como para matar a todos los de a bordo.

—En cualquier caso —dijo Riker—, nuestra principal preocupación en este momento es hallar el camino de regreso a la *Enterprise*. Y a menos que haya más cosas que ustedes no me han contado, me parece que tendremos más posibilidades de encontrar una solución si trabajamos todos juntos, aquí, en el Santuario.

—Hay un par de cosas con las que tendremos que tener cuidado, señor —comentó Geordi—. Primera, Shar-Lon ha estado controlando el Santuario durante cincuenta años, así que conoce más sobre los ingenios de que está dotado y cómo utilizarlos, de lo que es probable que cualquiera de nosotros pueda aprender por su cuenta en poco tiempo.

—Pero si él piensa que somos los Constructores —intervino Yar—, comenzará a sospechar si tenemos que preguntarle cómo hacerlo funcionar.

—Exacto —contestó Geordi—. Todo lo que sabemos es que se hace funcionar a través del casco, de alguna forma.

—Hemos visto a Shar-Lon utilizarlo —dijo Yar—. Sin duda, si él puede hacerlo...

—Podría haber algún truco que no esperamos —la interrumpió Geordi al recordar lo que el casco había estado a punto de hacer con Data—. El conseguir que él nos lo explique hará que sea mucho más seguro. Pero tiene usted razón. Si le hacemos demasiadas preguntas, es probable que comience a sospechar. Y si decide que no somos los Constructores, no tengo ni idea de cómo va a reaccionar. Su hermano piensa que está desequilibrado, y por lo que yo he visto de él, estoy de acuerdo. Trata

de presentar una fachada de valentía, pero presentaba un estado bastante intranquilo durante la mayor parte del tiempo que Data y yo pasamos con él. Además, es evidente que tiene al menos un cierto control sobre el Santuario, incluso cuando no lleva puesto el casco. En caso contrario, no habría sido capaz de hacer que lo transportara hasta allí cuando le dispararon el dardo, antes de quedar inconsciente.

—Así que está diciendo que tenemos que tener cuidado al tratar con él —concluyó Riker.

—Mucho cuidado, señor.

Riker guardó silencio por un momento.

—Muy bien, teniente —contestó—. ¿Pueden ustedes tres llegar hasta el Santuario?

Geordi hizo una pausa y miró hacia el fondo del eje en dirección al extremo del cilindro orientado hacia el Sol. Habían continuado avanzando mientras hablaban, y ahora estaban fuera de la estación energética, cerca del propio hábitat.

—Shar-Tel, ¿puede usted pilotar una de esas lanzaderas para llevarnos hasta el Santuario? —inquirió.

—Estoy seguro de que hay lanzaderas a las que podría tener acceso.

—En ese caso, pongámonos en marcha —le contestó Geordi, y luego le dijo a Riker—: Vamos de camino, señor.

A partir de ese punto, el eje, de apenas tres metros de diámetro, estaba libre de obstáculos..., un cilindro vacío e ingrávigo con un anillo a modo de asideros cada pocos metros. Por sugerencia de Shar-Tel, los tres se aprestaron a avanzar aprovechando la ingravidez.

—Será mucho más rápido que «caminar» —señaló Shar-Tel mientras avanzaban flotando, él y Geordi tocando la pared e impulsándose cada tres o cuatro anillas, mientras Data se desplazaba en una línea perfectamente recta y empleaba las anillas sólo para mantener constante su velocidad y vencer la resistencia del aire—, y me temo que no tenemos mucho tiempo que perder. Mi hermano debe de estar poniéndose impaciente o algo peor, no se le ha permitido entender lo que usted y sus colegas estaban hablando durante estos últimos minutos.

Durante un minuto, luego dos, los tres continuaron adelante, Geordi ganando velocidad a medida que adquiría confianza y destreza.

Pero a medio camino, llegaron a la más larga de la docena de secciones transparentes, a través de la cual podían ver los tres valles que recorrían todo el largo del hábitat. Las anteriores habían tenido sólo un metro poco más o menos de largo, y ellos habían pasado a toda velocidad casi antes de que las distantes imágenes pudieran ser registradas por sus sentidos, pero ésta tenía casi diez metros de largo, y las imágenes...

—¡Data! ¡Shar-Tel!

Girando en el aire, Geordi consiguió aferrarse a una anilla situada en el centro de la sección transparente.

—¿Qué sucede, Geordi? —gritó Data, a la vez que se sujetaba a la anilla.

Más allá de él, Shar-Tel se asió a la siguiente anilla y volvió el rostro con expresión preocupada.

—Ahí abajo está sucediendo algo —dijo Geordi, centrando su atención en uno de los valles del hábitat.

Vio que veinte o más de los miembros uniformados de azul de la «plana mayor» de Shar-Lon estaban saliendo en forma de abanico por una gran puerta pintada de amarillo, practicada en un extremo del cilindro. Aquí y allá, algunos de los habitantes del valle —un hombre y una mujer que trabajaban en los huertos a un centenar de metros del extremo de ese cilindro; una media docena de adolescentes que jugaban a lo que podría haber sido alguna forma de balonvolea; un hombre mayor que salía de un gran edificio sin distintivos a medio camino del valle, emplazado en lo que al parecer era un área de manufactura o procesamiento de alimentos— interrumpían lo que estaban haciendo y miraban hacia el fondo del cilindro.

Frunciendo la nariz, Geordi cambió a visión telescópica. Cuando la superficie del valle se le mostró con más detalle, vio que cada uno de los uniformes incluía una de las primitivas pero mortales armas de proyectiles que llevaban los tres individuos que habían acudido a recibirlos en el Santuario.

Y de pie en el fondo, cerca de la misma puerta, observando torvamente el avance del grupo y mirando ocasionalmente las imágenes reflejadas de los otros dos valles, estaba el delegado de Shar-Lon, Kel-Nar. Geordi lo había visto sólo una vez, cuando había escoltado a los ancianos al exterior de la habitación, pero su rostro aquilino no era de los que resultaban fácil olvidar.

—Shar-Tel —llamó Geordi—, parece que Kel-Nar ha sacado fuera a la mayor parte de la «plana mayor» de su hermano, está llevando a cabo una serie de despliegues con aparentes intenciones hostiles. Supongo que eso borra cualquier duda respecto a que él es quien está detrás de la colocación de la bomba. Y de la escucha.

Haciendo una mueca, Shar-Tel se lanzó de vuelta hacia la ranura transparente y al cabo de segundos estaba asomándose a los valles. Palideció al mirar y, en los infrarrojos, su reacción fue todavía más pronunciada.

—Así es —dijo Shar-Tel, casi estremeciéndose al apartar los ojos de la escena de abajo y volver a orientarse hacia el extremo del cilindro de donde provenía—. También significa que está actuando con una rapidez aún mayor de la que yo había temido. Ahora que sabe que estoy vivo... y que no sólo quiero destruir el Santuario, sino que cuento con un apoyo bastante amplio. Seguro que también está buscando a la gente que me ocultó durante los últimos diez años. Sabe Dios lo que hará si los descubre...

—¿Les haría daño? —preguntó Data con inocencia mientras él y Geordi se lanzaban tras Shar-Tel.

—Espero con todas mis fuerzas estar equivocado —contestó Shar-Tel por encima del hombro—, pero me temo que hará prácticamente cualquier cosa.

—Pero su hermano... sin duda él sí puede controlarlo —dijo Geordi—. Puedo contactar ahora mismo con el Santuario, mientras aún estamos de camino, e informar a Shar-Lon de lo que está haciendo Kel-Nar.

Shar-Tel hizo otra mueca.

—Pero eso significaría hablarle de mí, acerca de mi oposición ante la forma en que él ha estado utilizando los Regalos. Aunque yo estuviera cara a cara con él cuando se lo cuente... —Sacudió la cabeza—. En su estado actual, no hay forma de saber cómo va a reaccionar, aun en el caso de que nos creyera. Y con el poder que posee a través del Santuario, podría ser mucho más peligroso que Kel-Nar.

Geordi, mientras se daba impulso gracias a otra anilla de las que jalonaban el trayecto, no pudo estar en desacuerdo. Recordó el constante torbellino emocional que parecía poseer a Shar-Lon durante prácticamente todo el tiempo que él y Data habían pasado con él.

Y luego se encontraron en el extremo del eje orientado hacia el sol y pasaron por la puerta que conducía al hangar de las lanzaderas. Sin los convenientes asideros, volvieron a «caminar» y Shar-Tel recorrió las lanzaderas con la mirada.

—Aquélla —dijo, señalando una que se hallaba junto a la utilizada por Shar-Lon. A diferencia de la mayor parte de las otras, ésta estaba equipada de un mecanismo que le permitiría acoplarse con otra nave—. Si no han cambiado el código...

De pronto, otra puerta del hangar se abrió de golpe y aparecieron un par de uniformes azules.

—Completado el sondeo de sensores de todo el sistema, señor —tronó Worf—. Formas de vida humanoides en el cuarto planeta, pero no hay indicios de tecnología avanzada. Todos los satélites parecen naturales.

—No hay respuesta en la frecuencia subespacial de transmisor, señor, ni en ninguna de las frecuencias de llamada, ni subespaciales ni estándares —informó el teniente Brindle desde el terminal de seguridad.

—¿Consejera?

Picard miró hacia donde estaba Troi, pero ella se limitó a negar con la cabeza.

—No detecto nada —repuso en voz baja.

Picard asintió con la cabeza y dejó que sus ojos se cerraran durante un momento.

—Muy bien. Gawelski, siguiente sistema, máxima velocidad hiperespacial.

Durante un instante, todos se quedaron inmóviles. Luego, de forma casi simultánea, los dos de uniforme llevaron las manos hacia sus armas de proyectiles.

Pero antes de que pudieran finalizar el movimiento, Data estaba pulsando su arma fásica. Una de las armas de proyectiles no fue tocada mientras que la otra, al haber sido levantada por su dueño cuando hizo blanco el segundo disparo de Data, salió girando por el aire. Geordi, estirándose tan alto como podía, la atrapó cuando pasaba flotando por encima de su cabeza.

Data avanzó rápidamente y recogió la otra; su cuerpo se tensó al doblar el cañón. Los ojos de Shar-Tel se agrandaron un poco al ver aquello, pero luego una débil sonrisa le afloró a los labios.

—No es de extrañar que mi hermano haya creído que eran ustedes los Constructores —dijo, observando a Geordi cuando éste le lanzaba la otra arma de proyectiles a Data para que la sometiera al mismo tratamiento.

Entonces, tras una última mirada a los inconscientes hombres de uniforme, entraron en la lanzadera.

Una vez hubieron pasado por la cámara de presión y salido al espacio, transcurrieron sólo unos minutos antes de que estuvieran aproximándose al Santuario. Aunque carecía completamente de características especiales aparte de la falsa cámara, la visión espectrográfica de Geordi detectó puntos que podrían haber sido salidas disimuladas de rayos fásicos y tractores.

—Sea cual fuere el material de esos puntos —dijo—, su configuración parece haber sido tratada de alguna forma que lo hace transparente para la mayor parte de formas de energía... excepto por lo que respecta a ciertas zonas del espectro electromagnético, incluyendo desde los infrarrojos medios a los ultravioletas, lo que abarca la gama de luz visible de la mayor parte de las formas nativas de planetas de

clase M.

Para Data, no parecía nada más que una versión de un cuarto del tamaño de la nave abandonada original. Por las dimensiones exteriores, resultaba obvio que la habitación en que él y Geordi habían estado antes ocupaba menos de una décima parte del espacio total. Además del núcleo de antimateria y un leve indicio de circuitos de transportador en las proximidades de la cámara de descompresión falsa, el tricorder mostraba pocas cosas. Era evidente que aún funcionaba alguna clase de escudo. Puede que los sensores de la *Enterprise* fueran capaces de traspasarlo, pero no los tricorders.

—Estamos al lado —informó Geordi, pulsando su insignia—, a punto de acoplarnos a la cámara exterior.

—Estamos preparados —respondió la voz de Riker—. Hemos estado intentando preparar a Shar-Lon todo lo que hemos podido..., sin ser demasiado explícitos para no correr el riesgo de dar un tropiezo.

Geordi pensó brevemente en preguntar si Shar-Lon podía hacer que el Santuario los transportara al interior sin que tuvieran que pasar por el engorro de acoplarse y entrar en la cámara exterior, pero descartó la idea. Sin saber cómo iba a reaccionar Shar-Lon a lo que estaban a punto de decirle, Geordi se sentía más seguro teniendo la lanzadera firmemente anclada. Si las cosas se torcían y Shar-Lon reaccionaba sellando el Santuario, dejándolos atrapados a todos en su interior, habría al menos una oportunidad de que sus pistolas fásicas escindieran los pernos de las tuercas de la compuerta que mediaba entre las dos cámaras. A pesar de que, temió por la perspectiva que se le planteaba, regresar a la lanzadera y verse obligados a dirigirse al hábitat, podría ser todavía más problemático dado el curso de los acontecimientos. Pero al menos era una opción.

Finalmente la maniobra de acoplamiento fue concluida y se hallaron en la oscuridad de la cámara.

Una vez más, Geordi sintió la acción del transportador de corto alcance y vio el mortecino resplandor de las energías de éste.

En la cámara interior, al comenzar Data a abrir la compuerta, Geordi cogió a Shar-Tel por un brazo y lo colocó en un rincón, a un lado de la compuerta, de forma que no fuera visible de inmediato al abrirse ésta. Con un chirrido, la compuerta interior giró sobre sus goznes.

Shar-Lon se hallaba de pie, con actitud humilde, balanceándose levemente en la gravedad cero, y su rostro reflejó un perceptible alivio ante su aparición. Riker y Yar, aún con sus trajes antirradiación, las cabezas descubiertas, los aguardaban a un par de metros de la compuerta, enfrente del receptáculo de hibernación vacío y su plataforma.

Reprimiendo un poco el marcial impulso de abrazarlos, Geordi se volvió para

encararse con Shar-Lon, poniendo una particular atención al perfil infrarrojo del anciano. De momento, parecía casi normal.

—Shar-Lon —comenzó a decir con tiento—, es bueno ver que no ha resultado usted más dañado que nosotros. Supongo que fue uno de nuestros Regalos lo que lo trajo aquí con tanta prontitud.

—Lo fue —contestó el hombre al punto y vehementemente—. Lamento profundamente no haber sido capaz de traerlos a ustedes hasta aquí de la misma forma.

—Puede que haya sido mejor que no pudiera —dijo Geordi—. Según resultó... la gente que nos atacó... bueno, no estaban realmente atacándonos. Sólo querían hablar con nosotros.

Los ojos de Shar-Lon se agrandaron un poco.

—¡Pero la explosión! Yo la vi, y sus superiores me dijeron que ustedes estaban casi...

—Escapamos sin sufrir daños —lo interrumpió Geordi—, pero la explosión fue provocada por un grupo diferente, no por los que querían hablar con nosotros.

Shar-Lon se puso rígido.

—¿Saben entonces quién fue el responsable? Si es así díganmelo, y trataré a ese grupo con toda la dureza que ustedes deseen.

—Puede que tenga que hacer precisamente eso —contestó Geordi, ganándose una mirada interrogativa de Riker y un perplejo fruncimiento de ceño por parte de Yar—. Pero antes, hay algo más que queremos contarle. Los que deseaban hablar con nosotros... —Geordi hizo una pausa e inspiró—. Ellos... su líder... deseaba hablar sobre el uso que usted ha hecho de los Regalos.

De improviso, Shar-Lon palideció, y la reacción infrarroja fue aún mayor. Pero luego, casi sin transición, casi antes de que pudiera ser registrada la primera reacción de temor, las facciones del anciano se tensaron en una expresión desafiante.

—¿Quién es ese llamado líder? —preguntó—. ¿Y qué disparates deseaba contarles?

—¿Conoce usted a este grupo, entonces, Shar-Lon?

—Ya les dije que había algunos individuos víctimas de un desvarío que se me han opuesto..., los mismos que intentaron causarles daño a ustedes cuando llegaron, y que mataron a mi propio hermano.

De forma repentina, antes de que Geordi pudiera detenerlo, Shar-Tel asomó por la compuerta de la cámara.

—¡Nosotros no padecemos ningún desvarío —dijo Shar-Tel—, y no hemos intentado matar a nadie, ni ahora ni nunca, y menos aún a mí mismo! ¡Fue tu propio delegado, Kel-Nar, quien lo intentó... y falló!

Pasmado, Shar-Lon dio la impresión de estar a punto de desmayarse.

—¿Shar-Tel? Esto es imposible. Tú... —De pronto, Shar-Lon, ahora pálido como la cera, se volvió hacia Riker y Yar—. ¡Esto es una prueba! ¡Sé que sus Regalos pueden producir ilusiones, y ésta es una de ellas! Pero ¿por qué? Ustedes ya me han dicho que yo había hecho un uso correcto de sus Regalos...

—No soy ninguna ilusión —replicó Shar-Tel, avanzando hasta que pudo coger los brazos de su hermano y obligarlo a encararse con él—. Soy tan real como tú.

—¡No! —Shar-Lon se apartó de tal tirón que chocó contra Riker—. ¡Ellos son capaces de utilizar sus Regalos con mayor destreza que yo y conferirles solidez a sus ilusiones, eso es todo!

Shar-Tel sacudió la cabeza y miró a Geordi y Data.

—¡Díganselo! ¡Díganle que soy real! ¡Díganle la verdad de lo que él ha estado haciendo!

—¿La verdad? —casi gritó Shar-Lon—. ¿Qué verdad? ¡La verdad es que yo he utilizado los Regalos para salvar nuestro mundo de una destrucción inevitable! ¡Ésa es la verdad!

—¡Ésa es tu verdad, no la nuestra! ¡E independientemente de lo que hayas hecho hace cincuenta años, lo que hiciste desde entonces ha sido desastroso! Has traicionado...

—¡No! ¡No escucharé a este fantasma mentiroso! —Los ojos de Shar-Lon se clavaron implorantes en el rostro de Geordi—. ¡Si desean ponerme a prueba, estoy dispuesto a someterme a cualquier cosa que deseen, pero no a este truco cruel! ¡Yo les he mostrado los usos que he dado a sus Regalos! Si desean ver más...

—No es un truco, Shar-Lon —replicó Geordi, sintiendo el dolor del anciano en su propio corazón—. Lo lamento, pero su hermano es real. No lo mataron hace diez años. Escapó de la explosión, de la misma forma en que los tres escapamos de otra hace unos minutos. Y hay algo de verdad en lo que él dice. Por muy bien que usted haya utilizado los Regalos al principio...

—Pero ustedes me dijeron...

—No sabíamos cómo había estado usted utilizando los Regalos después de la primera vez —contestó Geordi, que se daba cuenta de que estaba manejando mal el asunto pero era incapaz de inventar nada mejor ahora que Shar-Tel se había lanzado a una exaltada defensa—, pero ahora...

—¡Entonces he fallado! ¡Yo fui el elegido pero he fallado! ¡Ahora nada puedo hacer sino devolverles los Regalos y Santuario!

Shar-Lon enmudeció, y cerró los ojos con mucha fuerza, su frente se surcó de profundas arrugas; estaba concentrándose.

Un momento más tarde, una envoltura de energías de transportador destelló en torno al anciano, y éste desapareció.

Con el corazón latiéndole violentamente, la totalidad de su mente y cuerpo transidos por la vergüenza, Shar-Lon activó el Regalo... el último Regalo que jamás utilizaría. Sintió que éste lo envolvía, vio el suave fulgor que lo rodeaba para llevárselo. Por última vez, lo sabía, el Santuario desapareció de su vista.

De repente, notó que lo envolvía la imitación de gravedad del hábitat y, ya debilitado y tembloroso a causa de la impresión que le habían causado las palabras de los Constructores, salió dando traspiés y finalmente tropezó, cayendo sobre la cama aún revuelta de sus habitaciones privadas.

No hizo esfuerzo alguno por sentarse, ningún esfuerzo para moverse en lo más mínimo.

Con lentitud, la vergüenza que le revolvía el estómago se desvaneció, dejando un vacío que le resultaba aún más doloroso. Había fallado.

Había sido elegido y había fallado.

Y permaneció tendido en la revuelta ropa de su cama, intentando sobrellevar la carga del abrumador desastre en que su vida se había transformado de pronto, y los fragmentos de recuerdos, en apariencia suprimidos y casi olvidados..., o simplemente distorsionados hasta ser irreconocibles..., durante cincuenta años, comenzaron a abrirse dolorosamente paso hasta su conciencia.

Eran recuerdos de su primer encuentro con el Santuario, pero recuerdos de sensaciones, no de acontecimientos. Los hechos fundamentales nunca se habían debilitado, sólo las sensaciones y sentimientos que los habían acompañado, los motivos que él se había atribuido a sí mismo, los detalles con los que, a lo largo de las décadas, había embellecido el encuentro de una forma cada vez más elaborada.

A pesar de lo que siempre había afirmado, pese a lo que él mismo había llegado prácticamente a creer a lo largo de los años, ahora se permitía recordar, que se había sentido asustado desde el momento mismo en que el Santuario apareció flotando ante su vista. Pero su impaciencia, su ansiedad por ver qué era en realidad el misterioso objeto, ahogó al miedo y él había actuado. Sin embargo, se desplazaba con lentitud desde la lanzadera al Santuario, al tener tiempo su mente de considerar de modo racional lo que estaba haciendo, el miedo había aumentado hasta transformarse en terror, sobreponiéndose a la impaciencia y la curiosidad.

Pero no había dado media vuelta y retrocedido. Sus emociones estaban por entonces virtualmente paralizadas, no dio media vuelta, y en su mente comenzó a formarse la idea de que no era capaz de retroceder. Algo lo estaba obligando a continuar adelante, algo que había en el Santuario mismo, se había dicho en aquel momento, a pesar de que a partir de entonces siempre había insistido en que la única razón por la que había acudido al Santuario era que adquirió el conocimiento de lo por venir, una presciencia inspirada por las revelaciones de las señales.

Y cuando, inexplicablemente, había sido arrebatado del espacio y se había

corporeizado en el espartano interior del Santuario, casi se desmayó de puro terror.

Sólo cuando se había encontrado allí y se quitó el casco de su traje espacial para ponerse aquel armazón de casco, regresó a él algo parecido a la calma. Todo su cuerpo había comenzado a hormiguesar pero, de alguna forma, al desvanecerse el hormigueso, lo mismo sucedió con el miedo.

Pero entonces, cosa imposible, empezó a «recordar» cosas que nunca había sabido, y el terror regresó.

Poco a poco y dolorosamente, había «recordado» cómo utilizar los Regalos. Y a medida que lo hacía, era como si los Regalos se convirtieran en una extensión de su propio cuerpo, como si a éste le brotaran nuevos órganos y nuevas extremidades.

Y cuando esto hubo concluido, cuando esa primera inmersión en los Regalos se detuvo con un estremecimiento y ganó de nuevo una cierta calma, él supo que se le había otorgado no sólo la capacidad sino también la responsabilidad, el deber, de utilizar esos Regalos para destruir las armas que amenazaban a su planeta con la total aniquilación.

Y fue entonces que se dio cuenta de lo que habían presagiado las señales y no cuando, minutos u horas antes, su mundo se había vuelto rojo sangre ante sus ojos. Independientemente de lo que les dijera a los demás a lo largo de los años, de lo que incluso les contó a los Constructores mismos hacía unas pocas horas, de lo que él mismo había llegado a creer durante los pasados años; fue en ese punto, y no cuando apareció el Santuario por vez primera, que comprendió que había sido elegido, que habían depositado en sus manos el destino de su mundo.

Pero no había tenido tiempo de pensar, de considerar cuáles serían sus acciones. Apenas acababa de salir de su primera inmersión en los secretos del Santuario cuando un misil se precipitó hacia él desde uno de los satélites enemigos de su país. Fue como si los mismos Regalos hubiesen detectado que se aproximaba y lo despertaran para que se enfrentase con él.

Y así lo hizo. Se había proyectado hacia el exterior mediante aquel extraño e imposible sentido que nunca antes había poseído ni imaginado siquiera, y localizado el corazón nuclear del misil.

Y lo destruyó.

Y destruyó el siguiente.

Había destruido todos los misiles que durante esas primeras horas fueron lanzados contra él.

Al final, cuando pudo volver a sumergirse en los Regalos, había recordado cómo utilizarlos no sólo para destruir los misiles atacantes sino para buscar y destruir todos los misiles nucleares en el planeta o su órbita.

Cuando eso hubo concluido, cuando supo que estaba destruido hasta el último artefacto nuclear, no consiguió recordar si la destrucción había sido una idea suya o

una que le habían impuesto los Constructores.

Pero no había tenido importancia.

Con esos Regalos, había salvado al mundo de sí mismo.

¡Y durante cincuenta años lo había mantenido a salvo!

¡Dijera lo que dijese su hermano, dijeran lo que dijese los propios Constructores, él había salvado al mundo!

De pronto, tomó asiento sobre su cama mientras su vergüenza luchaba por transformarse en desafío.

Por primera vez en décadas, vio de verdad la habitación: la lujosa moqueta, los muebles, soberbios hasta ser insultantes, los cuadros ostentosamente únicos, y se sintió espantado por el descarado exceso, la inmoderación que revelaban.

Y al bajar la mirada se estremeció ante el amarillo de su uniforme. Por primera vez pudo ver lo llamativo que era, lo estúpido y humillantemente vano.

Y, pese a que en esta habitación no había nadie, su imaginación se vio asaltada por centenares, quizá millares de representaciones de su propio rostro, pomposamente benigno, que lo contemplaban desde las puertas, paredes y ventanas de todas partes del mundo de los Guardianes de la Paz, incluso desde los uniformes de su propia plana mayor.

Se acordó de cómo se habían desarrollado las cosas en aquellos eufóricos primeros tiempos: el «simbolismo unificador» del color de la paz, el «inspirador simbolismo» de su propia imagen, la imagen del hombre —el Guardián de la Paz—, todo lo que, en cuestión de días, había puesto fin a la amenaza de la autodestrucción.

Y, según recordó con una nueva ola de vergüenza, él había disfrutado de cada instante: de la adulación y la envidia de los otros Guardianes de la Paz, del poder, la satisfacción de ver que él, de entre todos los hombres, había sido el elegido.

Y, en las décadas que siguieron, él se había limitado a perpetuar la situación, aceptándola sin pensar, hasta que ya no fue ni siquiera consciente de lo que estaba haciendo, mucho menos de cómo y por qué había empezado todo.

Sin darse cuenta —hasta ahora—, de que por muchos que fueran sus logros, había estado poniéndose en ridículo de una forma absoluta.

Y si había estado así de ciego ante cosas tan palmarias como la ubicua y vana exposición de su propio semblante, se preguntó con amargura, ¿cuán bueno había podido ser su juicio en otros asuntos de mayor importancia?

¿Había estado justificada la destrucción de la flota de lanzaderas espaciales? ¿O sólo había sido un capricho hijo de la cólera momentánea?

¿Su negativa a que los científicos estudiaran el Santuario se debió al temor de que pudieran dañar los Regalos de forma irreparable? ¿O a que aprendieran a utilizar los Regalos y aprendieran a reproducirlos, diluyendo así su propio poder y neutralizándolo finalmente?

¿Altruismo? ¿O venganza y paranoia?

No era de extrañar que los Constructores lo hubieran condenado.

Pero al menos él tendría que haberse mantenido firme, encarado con ellos, aceptado cualquier castigo que hubiesen considerado adecuado. Era el único acto honorable que le quedaba.

Pero también había fallado en esa prueba.

Se había retirado, un acto de absoluta cobardía, y ahora sólo podía esperar, impotente, a que los Constructores le impusieran su castigo. No se hacía ilusiones de que, mediante su infantil retirada, pudiese evitarlo.

Pero entonces, de repente, se dio cuenta de que aún quedaba algo que tenía que hacer.

Dado que era responsable de su propio fallo, era también responsable de hacer que el mundo —el mundo de los Guardianes de la Paz que él había hecho crear— conociera su fallo. Era responsable de hacer que los Guardianes de la Paz supieran que el fallo no era de ellos, sino suyo y sólo suyo.

Al levantarse de la cama, Shar-Lon sintió que el peso de la edad —la rigidez y debilidad de su cuerpo— se cernía sobre él por primera vez en la vida. Tecleó el código de acceso al ascensor, y apartó los ojos de la cara estilizada, ahora de apariencia grotesca, que lo miraba desde la pared del fondo cuando se abrieron sus puertas. Más tarde entró en la cámara donde se reunía el Consejo de Ancianos. Ahora vacía. Era el lugar al que los Constructores habían sido llevados cuando él los recibió por primera vez después de la hostil «recepción» ya dispensada en el Santuario por parte de Ko-Ti. Desde allí había esperado que le hablaran al mundo, a los Guardianes de la Paz que una vez habían sido colegas suyos.

Pero ahora...

Con un esfuerzo que le hizo temblar la mano, pulsó el botón que lo pondría en contacto con su delegado Kel-Nar.

Aguardó, elaborando en su mente la dolorosa confesión que tendría que hacer.

Luego la voz de Kel-Nar, timbrada de urgencia, retumbó por los altavoces.

—¡Shar-Lon! —dijo el delegado, y prosiguió precipitadamente antes de que el anciano pudiera hablar—. ¿Dónde has estado? ¡Tenemos que hablar, ahora! ¡Esas criaturas que se llaman a sí mismas los Constructores... son unos impostores!

Durante varios segundos, Shar-Lon se quedó pasmado, sus pensamientos arremolinándose enloquecidos, pero después, de súbito, una descomunal sensación de alivio lo recorrió y su mente rememoró la última media docena de horas y se dio cuenta de que lo que Kel-Nar acababa de decir era sin lugar a dudas cierto.

¡Eran unos impostores!

¿Habrían permitido los verdaderos Constructores que sus propios Regalos los dejaran inconscientes?

¿Los verdaderos Constructores no habrían sido capaces de trasladarse desde dentro y fuera del Santuario sin necesitar la ayuda de las primitivas lanzaderas de los Guardianes de la Paz?

¿Habrían permitido los verdaderos Constructores que los capturaran con tanta facilidad en el hangar de las lanzaderas?

¿No se habrían limitado los verdaderos Constructores a desplazarse hasta el Santuario, de la misma forma que lo hizo él?

—¿Me has oído, Shar-Lon? —gritó Kel-Nar cuando la mente del anciano volvía a conectarse con el mundo que lo rodeaba—. ¡Son unos impostores!

—Te he oído —respondió Shar-Lon conteniendo la rabia, mientras todos los pensamientos de vergüenza y fracaso eran expulsados de su mente por la revelación de Kel-Nar.

—Tenemos que trazar planes de inmediato —dijo Kel-Nar en tono apremiante—. Sin duda estarás de acuerdo. Tenemos que estar preparados por si llegan más.

—No hay nada de qué preocuparse —replicó Shar-Lon con severidad—. Yo puedo enfrentarme con ellos.

—A pesar de eso, tengo que hablar contigo antes de que regreses al Santuario. Aunque son impostores, tienen poderes que superan a los nuestros. Existen cosas de las que me he enterado que debemos tomar en consideración.

—¿Qué cosas, Kel-Nar?

—¡Cosas que sólo pueden hablarse cara a cara, en secreto! —contestó Kel-Nar la desesperación perceptible en la voz.

Shar-Lon hizo una mueca.

—Como quieras. Estoy en la cámara del Consejo de Ancianos.

Tras cortar la comunicación con Kel-Nar, se volvió y descorrió las cortinas. La vista del mundo de los Guardianes de la Paz, siempre inspiradora para él, lo ayudó ahora a lavar las consecuencias emocionales del cataclismo interno al que había estado sometido. Con lentitud, recobró una vez más el pleno control de sus pensamientos.

Después, con inquietante satisfacción y una concentración que ahogó el sonido de los fuertes pasos que se aproximaban a la habitación por el corredor, restableció su vínculo con los Regalos e inició la serie de órdenes mentales que lo librarían de esos impostores y sus blasfemas condenas de una vez y para siempre.

—¡Shar-Lon! ¡No! —gritó Geordi cuando el campo del transportador relumbró alrededor del hombre—. ¡Necesitamos su ayuda!

Pero era demasiado tarde. Shar-Lon había desaparecido.

—¿Dónde está? —preguntó Riker de inmediato—. Shar-Tel, ¿puede ponerse en contacto con él? ¿Puede traerlo de vuelta?

Shar-Tel negó con la cabeza, pero de momento no dijo nada; sólo respiró profundamente, como si se preparara.

—Tengo la esperanza de que se encuentre en sus dependencias privadas, donde estará a salvo al menos por ahora —dijo al fin—. Dudo de que podamos hablar con él, pero de todos modos yo no lo traería de vuelta aunque pudiera.

—Pero él es el único que sabe cómo controlar... —empezó a decir Riker, pero luego se interrumpió al tiempo que su ya profundo ceño delataba una sospecha—. ¡A menos que usted sepa cómo!

Antes incluso de que las palabras abandonaran sus labios, el fásico de Yar estaba apuntando al anciano.

—Manténgase apartado del casco —le espetó.

Shar-Tel, tal vez recordando que las pistolas fásicas de Geordi y Data habían cortado el metal de la compuerta de la cámara de descompresión, se acobardó, pero se recobró casi al instante.

—¡Espere! Cualquier uso de armas... Ustedes podrían matarme a mí, pero un instante después serían reducidos a la inconsciencia. Para cuando despertasen...

—Tiene razón, teniente —intervino Geordi, hablando con rapidez para dar cuenta del primer atentado contra las vidas de Data y suya—. Yo conseguí disparar mi pistola fásica una vez, programada para desmayar, pero quedé inconsciente, e incluso Data quedó inconsciente, antes de que pudiera disparar una segunda vez. Imagino que se trata de algún sistema automático de defensa.

—Supongo que tuvieron suerte de que toda la nave no se volatilizara —le espetó Riker, y volvió su ceñudo rostro hacia Shar-Tel—. ¿Sabe usted cómo operar los aparatos que tenemos aquí?

—¡No! Sólo mi hermano... ¡Por favor, déjenme que les explique! ¡Hay algo que tengo que hacer antes de que sea demasiado tarde!

—¿Qué? ¿Qué tiene que hacer?

—Hay una docena de naves en la superficie del planeta, a las que se mantiene constantemente preparadas para el lanzamiento —respondió Shar-Tel—. Ahora que mi hermano se siente ajeno al Santuario, al menos de forma temporal, pueden ser lanzadas sin peligro.

—¿Qué naves son ésas? —preguntó Riker con aspereza—. ¿Tienen algo que ver

con su deseo de destruir el Santuario?

Shar-Tel asintió con determinación.

—Sí, tienen que ver con eso, pero no es la razón inmediata para llamarlas.

—Entonces, ¿cuál es?

—El detener a Kel-Nar y sus fuerzas mientras aún tenemos posibilidad de hacerlo —contestó Shar-Tel, y luego describió con brevedad lo que Geordi, Data y él habían visto en el hábitat—. Estará maquinando cómo hacerse con la situación, no me cabe duda. Tiene que haber oído prácticamente todo lo que sus hombres y yo dijimos antes de encontrar el dispositivo de escucha. Y lo más importante es que con toda seguridad ahora cree que lo único que tiene que hacer para controlar los Regalos es entrar en el Santuario y ponerse el casco. Hasta ahora, la única razón por la que no ha matado a mi hermano es porque tenía que conseguir que Shar-Lon le entregara voluntariamente el control del Santuario.

—¡Entonces ha arrojado a su hermano en las manos de él!

—¡Sólo si nos demoramos! ¡Las naves se mantienen listas para despegar constantemente, y pueden llegar al mundo de los Guardianes de la Paz en dos horas! Dudo de que Shar-Lon, en el estado en que se hallaba, vaya a aventurarse fuera de sus habitaciones durante ese tiempo. Kel-Nar dará por supuesto que Shar-Lon todavía está aquí, en el Santuario, y se concentrará en detener a mis seguidores. Para cuando haya terminado con eso, las naves estarán aquí.

—Pero si usted no hubiera hecho que su hermano se marchara —protestó Riker—, si se hubiera quedado aquí, seguro que habríamos podido convencerle...

—¿De que permitiera que las naves fuesen lanzadas y se acercaran sin sufrir daños? —Shar-Tel rechazó la idea con un movimiento de cabeza—. Es una posibilidad, pero una remota. En el estado paranoico en que se encuentra, es más probable que hubiese decidido que ustedes no eran los Constructores sino parte de una conspiración para robarle los Regalos. De hecho, es posible que llegue a esa conclusión de todas formas, cuando haya tenido tiempo de reflexionar sobre lo ocurrido. Puede que incluso intente regresar, lo que nos da más razones aún para movernos sin pérdida de tiempo.

»Recuerden que puede controlar al menos algunos de los Regalos sin tener puesto el casco. Ustedes se verán obligados a desmayarlo en cuanto aparezca, pero el resultado de eso será que todos nos veamos reducidos a la inconsciencia por el Santuario. Y eso lo dejará indefenso ante Kel-Nar, que es uno de los pocos que el Santuario quizá deje entrar sin autorización de mi hermano. Para cuando despertáramos..., si Kel-Nar nos permite que despertemos..., él ya estará muy adentrado en el conocimiento del uso de los Regalos. Y en sus manos...

Shar-Tel sacudió la cabeza.

—A diferencia de mi hermano, Kel-Nar está interesado en una sola cosa: el poder.

Hasta ahora, excepto ante dos o tres de sus aliados más íntimos, ha mantenido la ficción de su lealtad para con mi hermano. Se ha visto limitado en lo que podía hacer, pero una vez que adquiriera el control de los Regalos, no podrá...

—Parece tenerlo todo muy bien calculado —interrumpió Riker—. Pero ¿por qué su hermano llegó a permitir que esas naves fuesen construidas?

—No sabe de su existencia.

—Pero si fue capaz de localizar y destruir todos los misiles hace cincuenta años, incluso los que estaban en tierra...

—Ésos eran misiles nucleares. A menos que Shar-Lon haya estado engañándonos a todos durante los últimos ocho años y esté en verdad enterado de la existencia de esas naves, los Regalos tienen limitaciones. Siempre que un misil, o cualquier otra cosa, permanezca en la superficie del planeta, o debajo de ésta, o bajo el agua, puede ser detectada sólo si contiene una cabeza nuclear o un motor atómico. Sin embargo, toda vez que un misil es lanzado, cuando abandona la atmósfera y se acerca a la órbita, puede ser detectado cualquiera que sea su composición.

Riker estudió al anciano durante un largo momento, y luego se volvió a mirar a Geordi.

—Teniente LaForge, ¿cuál es su opinión? ¿Está diciéndonos la verdad?

—No he visto nada que indique que no lo esté haciendo, señor. Pero por otra parte, tampoco capté sus planes hasta que los refirió.

—Aunque aceptásemos que está diciendo la verdad —dijo Yar—, ¿qué hay de la gente que subirá en las lanzaderas? —Sus ojos azules se entrecerraron al mirar a Shar-Tel—. ¿Quiénes son? ¿Y por qué confía en ellos?

Shar-Tel pareció desconcertado por las preguntas directas de Yar.

—Son gente con la que nuestro grupo estableció contacto hace más de veinte años. Piensan como nosotros, que...

—¿Cómo puede estar seguro?

—Hemos trabajado con ellos durante años —respondió el anciano—. Nuestras metas son las mismas..., inutilizar el Santuario si existe alguna posibilidad de ello o, en caso de que no se pueda, evitar que los Regalos vuelvan a ser utilizados.

—¿Y las personas del hábitat..., de ese llamado mundo de los Guardianes de la Paz que tienen ustedes? ¿Qué harán con ellos sus aliados?

—Exceptuando a Kel-Nar y dos o tres estrechos colaboradores, nada.

Yar sacudió la cabeza con evidente enfado.

—¡Usted hace que esto suene como un simple juego, Shar-Tel! ¡Donde todos hemos de acabar siguiendo sus reglas! Su hermano ha sido un dictador... y hay que decir que uno implacable. Ha estado gobernando a todo el planeta durante al menos cincuenta años. Para decirlo con delicadeza, a la gente de ahí abajo no le cae bien... ni él ni ninguno de ustedes. ¿Qué le hace pensar que cuando entren en el mundo de

ustedes, no van a acabar con todos los que viven allí?

Durante un largo momento sólo hubo silencio. Shar-Tel pareció cansado de repente, pero luego se irguió, y el parecido con Picard volvió a sorprender a Geordi.

—No —dijo el anciano—. No soy tan cándido como para no haber considerado esa posibilidad. No obstante, cuando pienso en la alternativa..., que esta clase de poder continúe siendo manipulada por mi hermano o, mucho peor, por Kel-Nar..., no veo que nos quede otra opción. Hay que aprovechar la oportunidad. Y si perdemos, si todos los Guardianes de la Paz resultan muertos, ese precio será bajo.

Yar continuó mirando a Shar-Tel con el entrecejo fruncido durante un segundo más, pero luego manifestó su acuerdo mediante un ademán.

—Es cierto —dijo—, si la dictadura acaba de verdad, si uno de sus amigos de la superficie no toma el relevo de su hermano.

Shar-Tel negó enérgicamente con la cabeza.

—Todos..., mis amigos de aquí y los que están en el planeta..., hemos visto la bastante violencia como para proscribirla de nuestras vidas. Ahora deseamos construir, no destruir... sin ayuda de esta tecnología alienígena. Podemos tener y tendremos paz aprendiendo a confiar los unos en los otros y aprender de nuestras diferencias porque, en verdad, no hay ninguna otra manera de vivir. —Miró el casco—. Destruiría los Regalos en este mismo momento si creyera que puedo hacerlo, pero no imagino que pueda ser tan fácil como estrellar esa maldita cosa contra el suelo.

—También yo lo dudo —dijo Yar—. De todas formas —agregó, dándole unas palmaditas al fusil fásico—, si las cosas no salen del todo como usted espera, valdrá la pena un disparo como último recurso. Este arma pueden hacer mucho daño en muy poco tiempo.

Y al punto, se volvió a mirar a Riker.

—Señor, recomiendo que le permitamos a Shar-Tel enviar el mensaje.

—De acuerdo —asintió Riker ceñudo.

El anciano dejó que sus ojos se cerraran durante apenas un instante.

—Gracias. Tendré que regresar a la lanzadera, para utilizar la radio.

—Muy bien. Teniente LaForge, permanezca a su lado.

—Sí, señor.

Los dos hombres entraron otra vez en la cámara, y Data la cerró a sus espaldas. Un momento después, las energías del transportador se proyectaron sobre ambos, y se encontraron en la cámara exterior.

Shar-Tel hizo girar el cierre, y entraron en la lanzadera.

Le llevó casi cinco minutos a Shar-Tel el establecer contacto con uno de sus hombres.

—¡Shar-Tel! —profirió una voz por la radio de la lanzadera—. ¿Qué ha sucedido? Kel-Nar nos tendrá a todos encerrados si...

—Fue culpa mía, Le-Dron —lo interrumpió Shar-Tel al punto—. Fui descuidado, luego entraré en detalles. Ahora, envíales un mensaje a las naves. Diles que despeguen de inmediato.

—Pero el Santuario...

—Está bajo nuestro control, al menos por el momento. Date prisa. Ésta podría ser nuestra única y última oportunidad de conseguir la verdadera paz.

Se produjo un instante de silencio y luego:

—Se lo notificaré de inmediato.

Y la radio enmudeció.

—Y ahora, caballeros —dijo la voz de Yar a través del comunicador de Geordi—, sugiero que comencemos a averiguar qué podemos hacer nosotros mismos respecto a estos Regalos. Sería agradable si, antes de que se produzca el ataque, consiguiéramos hallar algo que nos devuelva a la *Enterprise*.

—Estoy de acuerdo —dijo Riker—. Teniente LaForge, creo recordar que usted dijo que ya lo había intentado una vez con el casco.

—Así es, señor —contestó Geordi mientras él y Shar-Tel regresaban de la cámara exterior—, por lo que supongo que soy el candidato más lógico para volver a intentarlo. Cuando se lo puso Data, estuvo a punto de matarlo.

Geordi continuó explicando su teoría respecto a que el casco analizaba algunos aspectos físicos o mentales de quien se lo ponía y, si esos aspectos no coincidían con las especificaciones registradas en el casco por los llamados Constructores, intentaba matarlo.

—Al parecer, Shar-Lon y yo entramos dentro de esas especificaciones —concluyó mientras aparecían por la compuerta de la cámara interior—, puesto que parece habernos aceptado a ambos. De todas maneras, apreciaría que uno de ustedes permaneciera muy cerca y estuviera preparado para quitarme esa cosa de la cabeza en caso de que cambie de opinión sin previo aviso.

—Por supuesto —repuso Riker—. Los controlaremos a usted y al casco con los tricorders.

Geordi sonrió levemente y cogió el casco. La última ocasión en que lo había visto o tocado fue cuando se lo arrebató de la cabeza a Data y lo arrojó al otro lado de la sala. Shar-Lon, suponía, había vuelto a colocarlo en su lugar. O lo había hecho el casco por sí solo.

Con lentitud, dando tiempo a que Riker y Yar acabaran de ajustar los tricorders, Geordi se deslizó el casco sobre la cabeza.

De súbito, el planeta ocupó la pantalla una vez más y, de forma inexplicable, el recelo más cercano al miedo que había experimentado recorrió a Geordi y éste no pudo evitar recordar lo dicho por Shar-Tel respecto a que algo se había «apoderado» de Shar-Lon cuando se puso el casco por primera vez.

—En esta ocasión, no hay efectos preliminares —dijo Geordi, reprimiendo lo mejor posible sus emociones—. La primera vez sentí... bueno, fue una especie de hormigqueo. Pude sentir algo en la mente y el cuerpo.

—Sospecho que se trataba de la «comprobación» sobre la que usted ha elaborado su hipótesis, Geordi —comentó Data—. Yo experimenté sensaciones similares, pero sólo durante los momentos anteriores al intento de desactivarme. Pero ahora que usted ya ha sido aceptado, el aparato lo reconoce y no tiene que repetir la comprobación.

—Pero ¿puede controlar algo? —preguntó Yar, pragmática—. Cuando Shar-Lon se puso el casco, era capaz de controlar lo que veíamos en esta pantalla.

Mientras ella hablaba, algo sucedió dentro de la mente de Geordi.

De golpe, era como si tuviese ojos que podían abrirse o cerrarse, que podía mover de un lado a otro. Las sensaciones eran similares a las que había experimentado durante los breves segundos en los cuales Riker, en aquella ocasión en que había recibido unos poderes casi divinos de parte de la entidad que se denominaba a sí misma Q, le había devuelto los ojos y con ellos una visión humana normal.

Y, al igual que entonces, supo cómo utilizar esos ojos sin que se lo dijeran. Simplemente «recordaba» todo lo necesario, como si una vez lo hubiese sabido pero lo hubiera apartado de su mente.

Pero ahora, su visión a través del visor había recuperado su peculiar normalidad, descifraba el caos de ondas luminosas de las que su mente extraía automáticamente significado y orden. El otro sentido, el sentido interior, mental, de tener ojos que podían ser dirigidos y controlados, era algo adicional, no un sustituto.

Y al mover esos ojos, cambiaba la visión de la pantalla.

Al aparecer ante su vista el hábitat, estaba borroso hasta resultar casi irreconocible a causa de la proximidad relativa pero, un instante más tarde, Geordi «recordó» cómo enfocar sus ojos mentales; y la imagen de la pantalla tremoló y se hizo clara como el cristal.

Luego la imagen creció de forma sorprendente, y los impulsos que por lo general controlaba mediante el visor, y los impulsos en que residían sus capacidades telescópicas y microscópicas, parecieron mezclarse con los que dirigían sus recientemente descubiertos ojos mentales.

—¡Teniente —gritó Yar sin previo aviso mientras sus ojos, trasluciendo un temor repentino, iban con rapidez de la pantalla de su tricorder a Geordi y regresaban al punto de origen—, tenga cuidado! Están entrando en actividad nuevos circuitos, similares a los circuitos sensores de la *Enterprise*, pero éstos operan dentro del espectro electromagnético estándar.

Y Geordi «recordó» más. En la pantalla, la imagen del hábitat volvió a crecerse una vez más, como si el Santuario se cerniera hacia él mismo como una nave

atacante.

De improviso, en apariencia a sólo unos metros de la superficie externa del hábitat, la imagen estalló en un caos informe pero, una fracción de segundo después, volvió a recomponerse una imagen.

Aunque ahora era una imagen borrosa del interior del hábitat, los colores eran opacos y difuminados, toda ella como vista a través de un delgado filtro.

—Circuitos sensores muy activos, teniente —advirtió Yar—. Tienen que estar proporcionándole la imagen que está obteniendo usted en la pantalla.

—Parece que ha entrado usted en algo que Shar-Lon nunca ha sido capaz de utilizar —comentó Riker—. Él no creía que fuese posible ver el interior de las estructuras con los Regalos.

—Podría estar relacionado con el hecho de que he utilizado el visor durante toda mi vida, y estoy acostumbrado a hacerle hacer cosas en las que alguien con ojos normales nunca pensaría. Es... es como si esta pantalla fuera físicamente parte de mí, y puedo controlarla de la misma forma que mi cuerpo. —Hizo una pausa, al tiempo que sacudía la cabeza y sonreía de forma involuntaria—. ¡Es divertido!

—¿Puede encontrar a Shar-Lon? —preguntó Riker.

—Puedo intentarlo —contestó Geordi, poniéndose serio.

Tras volver a concentrarse, se centró en la imagen de la pantalla, y al hacerlo se dio cuenta de que tenía un «doble poder» fantasmagórico, como si estuviera viendo la imagen a la vez en la pantalla y en su mente, la imagen de la primera algo menos nítida que la segunda. Volviendo con lentitud sus ojos mentales, se orientó. Su «punto de vista» del interior del hábitat estaba a medio camino entre el eje y uno de los valles, y al registrar los detalles, la momentánea euforia provocada por el uso de sus recién descubiertos sentidos se transformó en ansiedad. En el valle, los hombres de Kel-Nar continuaban yendo de un lado para otro. Vio que uno de esos hombres tenía la pistola de proyectiles desenfundada y conducía a un hombre y una mujer hacia el extremo orientado hacia el sol.

—¡Ése es Le-Dron! —exclamó Shar-Tel rompiendo el silencio—. Si no ha tenido tiempo de notificar a las naves...

Shar-Tel calló cuando, en apariencia sin que mediara una orden consciente por parte de Geordi, el punto de vista se aproximó a toda velocidad al trío.

Pero al agrandarse las figuras en la pantalla, también se hicieron menos claras, como si aumentara la niebla en torno a ellos, como si el efecto del filtro transparente se espesara al acercarse Geordi. Hasta que, a una docena de metros, sus facciones no resultaron más claras que cuando estaban a un centenar.

—¿No hay nada que pueda hacer? —preguntó Shar-Tel con la voz cargada de tensión mientras observaba a las figuras indefinidas que se dirigían hacia el fondo del cilindro.

—No lo sé —replicó Geordi—. Lo único que puedo hacer es...

De pronto, Geordi tuvo una tercera mano.

No se trataba de algo físico que le saliera del hombro o el pecho sino, al igual que sus «ojos», de algo mental.

Existía en su mente.

Y, al igual que sus ojos, «recordó» cómo utilizarla.

La alargó y se apoderó del hombre que conducía Kel-Nar.

—Teniente —exclamó Yar, con los ojos abiertos de par en par contemplando la pantalla del tricorder—, unos circuitos de transportador, de muy alta potencia, acaban de ser activados.

—Creo que sé por qué —dijo Geordi mientras tomaba al hombre en su mano invisible.

El hombre desapareció en un mortecino destello de energías de transportador. Le-Dron se giró de inmediato. Sus ojos se agrandaron. Su boca se abrió en el comienzo de una exclamación ahogada, y sus labios se sellaron. Al tiempo que lanzaba miradas en todas direcciones, aferró el brazo de su compañera y ambos echaron a correr por donde habían llegado.

Geordi desplazó su mano invisible.

Siguió su movimiento con los ojos mentales, y la imagen se precipitó hacia la zona del cilindro orientada hacia el sol.

Abrió la mano. Con otro destello de energías de transportador, el hombre reapareció a un metro por encima de la superficie de un corredor que conducía a la puerta amarilla del fondo del cilindro. Con los brazos y las piernas debatiéndose en el aire, el arma de proyectiles suspendida, cayó.

Se oyó un silbido apagado, y Geordi se dio cuenta de que provenía de Yar.

—¿Usted ha hecho eso?

—Creo que sí.

Sin perder un segundo de más, Geordi se retiró hasta que todo el fondo del cilindro quedó visible en la pantalla.

—¿Dónde es probable que se encuentre su hermano, Shar-Tel?

Como si saliera de un trance, Shar-Tel se irguió de forma brusca, casi despegando sus botas magnéticas de la cubierta del Santuario.

—Allí —dijo al tiempo que señalaba— está la ventana de la sala a donde los llevaron a ustedes por primera vez. Las habitaciones de él están justo encima.

Rápidamente, el área que Shar-Tel había señalado se agrandó en la pantalla, haciéndose más brumosa e indistinta con la misma rapidez con que se ampliaba, pero un momento antes de que la visión quedara del todo borrosa, las cortinas que cubrían la ventana que ocupaba toda la pared de la sala del Consejo de Ancianos fueron descorridas.

En este punto, Geordi se retiró y agachó, hasta quedar la ventana en el centro de la pantalla.

Detrás de la ventana, como difuminado pero reconocible, se encontraba Shar-Lon. Parecía estar esforzándose por concentrarse, con los ojos semicerrados.

De improviso la puerta de la sala se abrió con violencia y Kel-Nar, respirando agitadamente, irrumpió en el interior con el arma de proyectiles desenfundada.

—Es Kel-Nar —casi gritó Shar-Tel—. ¡Ha descubierto que mi hermano está allí! ¡Lo va a matar!

Sin pensarlo, Geordi tendió una vez más su mano invisible, la cual se cerró de forma sorprendentemente brusca sobre Kel-Nar.

Pero ya era demasiado tarde. Incluso mientras las energías del transportador relumbraban en torno a Kel-Nar, éste apretó el gatillo del arma de proyectiles.

Y Shar-Lon, que ya se había vuelto a medias, y cuyos ojos se abrían de par en par al ver a Kel-Nar y la pistola, cayó hacia atrás segundos después de que reventara un agujero sobre el lado izquierdo de su uniforme amarillo, a la altura del pecho.

Maldiciendo en silencio, Geordi retiró la mano a través de la ventana y al interior del cuerpo principal del hábitat, pero antes de que pudiera ir más allá, sintió un estremecimiento por todo su cuerpo, su presa se aflojaba.

Y la voz de Yar estaba gritándole al oído:

—Teniente, ¿qué está haciendo? Un segundo transportador, uno que implica varios circuitos subespaciales, está poniéndose en funcionamiento. ¡Y se está centrando sobre nosotros, aquí!

—¡Yo no estoy haciéndolo! —dijo Geordi, pero ya mientras lo decía se dio cuenta de quién estaba haciéndolo—. ¡Es Shar-Lon! —casi gritó, mientras su mente corría a toda velocidad al tiempo que soltaba a Kel-Nar, el cual cayó con un golpe sordo sobre el suelo, tres metros más abajo.

Shar-Lon era el único que podía estar haciéndolo, el único que podía estar manejando un Regalo a distancia. Antes de que Kel-Nar le disparase, Shar-Lon tenía que haber puesto en funcionamiento uno de los Regalos.

Con desesperación, Geordi volvió a extender su mano invisible al interior del hábitat y se apoderó de Shar-Lon, que se hallaba tendido sobre la moqueta, delante de la ventana, mientras la sangre se esparcía por la parte frontal de su uniforme.

Pero no podía. Algo estaba bloqueándolo.

Y sintió la presa del transportador que lo aferraba cada vez con más fuerza.

—Sea lo que fuere que ha hecho —declaró Geordi con voz sarmentosa mientras acercaba una mano hacia la unidad proyectiva de campo—, no puedo detenerlo. O está aún despierto y me bloquea, o bien lo ha puesto en automático, no sé cómo. En cualquiera de los dos casos, da la impresión de que todos vamos camino de alguna parte.

Casi simultáneamente, Riker y Yar volvieron a colocarse los cascos de sus trajes antirradiación y Data alargó el brazo y atrajo a Shar-Tel hacia sí, al tiempo que activaba su propio traje de efecto-campo y obligaba al anciano a coger la unidad.

Fue mientras Data se volvía hacia Riker y Yar, cuando el transportador se apoderó completamente de ellos.

Las energías aumentaron en torno al grupo.

Y el Santuario desapareció.

Shar-Lon no sintió dolor cuando la bala lo atravesó, sólo sorpresa y una repentina insensibilidad que le hizo preguntarse si su lado izquierdo aún existía.

Y luego estaba cayendo, con la imagen del contorsionado rostro de Kel-Nar aún fijada en su retina pero ya desvaneciéndose. Y al caer, cuando sintió que la superficie enmoquetada le golpeaba la espalda produciendo un sonido sordo, se dio cuenta de la magnitud del horrible error que había cometido.

Desesperadamente, intentó remediarlo, invertir la acción que había iniciado con los Regalos, trató de devolver a los Constructores al lugar del que los había expulsado.

Pero ya era demasiado tarde.

El proceso estaba en marcha, y él no tenía el poder mental, no conseguía obtener la claridad mental necesaria para cancelarlo o invertirlo.

Sólo podía maldecirse por ser un estúpido ingenuo.

Durante años, Kel-Nar había sido su delegado, y durante cada uno de esos años intentó sonsacarle a Shar-Lon los secretos del Santuario, diciendo una y otra vez que era prudente y necesario que Shar-Lon diera a conocer aquellos secretos a otro.

—Si tú mueres, no quedará nadie que pueda continuar —había dicho una y otra vez.

Y Shar-Lon había creído —se había convencido— que Kel-Nar estaba diciendo la verdad cuando afirmaba que su único interés era el continuar la obra de los Guardianes de la Paz cuando Shar-Lon hubiese desaparecido. Incluso cuando su propio hermano había acudido a él y le había dicho que Kel-Nar era peligroso, que nunca podría confiársele el poder de los Regalos, el ego de Shar-Lon no le había permitido creer una sola palabra de todo eso. Pero ahora, cuando ya era demasiado tarde, comprendía que Shar-Tel y los otros habían tenido razón. El único interés de Kel-Nar era, y siempre había sido, el poder que los Regalos podían otorgarle, no el bien que pudiese hacer por el mundo.

Y durante estos últimos momentos le había hecho el juego a Kel-Nar. Había creído —había querido creer— en la acusación de Kel-Nar respecto a que los Constructores eran unos impostores. Pero quienesquiera o lo que quiera que fuesen, ahora sabía que difícilmente podían ser peores que el propio Kel-Nar. Al utilizar los Regalos para expulsarlos del Santuario, había quitado todo obstáculo del camino de Kel-Nar. El Santuario estaba ahora indefenso, y los regalos aceptarían sin problemas a Kel-Nar.

Y la obra de los Guardianes de la Paz sería destruida.

Con un último hilo de conciencia, Shar-Lon luchó para activar el Regalo que pondría fin al Santuario mismo. Aun eso era preferible a permitir que cayese en las

manos de alguien como Kel-Nar.

Pero incluso para eso era demasiado tarde.

Antes de que pudiera conseguir ni la breve concentración que haría falta, perdió el conocimiento.

Incluso mientras estaba poniéndose el casco de su traje antirradiación, Riker no pudo evitar la esperanza de que, a pesar de la advertencia de LaForge, las energías de transportador que sentía aumentar en torno de sí resultaran pertenecer a la *Enterprise*. Pero cuando ejercieron su intensa acción, lo rodearon las mismas configuraciones trastomadoras de la mente que lo habían envuelto al ser él y Yar arrebatados del interior de la nave abandonada, y supo que, como entonces, el transportador estaba operando a través del subespacio.

Tuvo tiempo para preguntarse si, de algún modo, el transportador original había sido invertido y estaban siendo devueltos a la nave abandonada..., al hervidero de radiación que era el punto en el que había estado la nave abandonada.

Y en ese momento, cuando aquel remolino de energías caleidoscópicas culebreaba frenéticamente a su alrededor y una imagen de la nave abandonada y luego de la lejana *Enterprise* pasaron fugazmente por su cabeza, sintió el mismo débil tirón en su cerebro que había sentido durante la primera transmisión cuando, en un breve intervalo, pareció que estaba perdido en la zona intermedia entre transmisor y receptor.

No hubo imagen ni mensaje alguno, sólo una sensación, fugaz e insegura en medio del caos. Y luego desapareció.

Y el caos de las energías subespaciales desapareció.

El mundo real volvió a formarse a su alrededor.

Y resonando en el casco de ese traje estaba la misma palabra susurrada que había brotado de sus labios en la transmisión anterior: *Imzadi...*

El tercer sistema solar quedó atrás, tan desierto como el anterior.

Picard se hallaba de pie, inmóvil ante la pantalla, observando la siguiente estrella en la pauta de búsqueda que ya comenzaba a ampliarse. Detrás de él, sentada, la consejera Troi contemplaba también la pantalla, y sus líquidos ojos parecían querer salir de sus cuencas y asir las imágenes.

Desde el momento en que había comenzado la búsqueda, ella permaneció delante de la pantalla, inmóvil excepto por las inspiraciones y expiraciones de su pecho al entrar y salir el aliento con metronómica regularidad. Pero ¿qué estaba esperando, se preguntaba con desolación? Por mucho tiempo que continuara sentada aquí, los resultados serían los mismos.

En lugar del único contacto que ansiaba, se veía continuamente abrumada por las emociones de los de a bordo de la *Enterprise*. La firmemente controlada mezcla de determinación y ansiedad del capitán, tan aguda y tensa, que recordaba el físico de Picard, la golpeaba con una fuerza sin precedentes. Y las pautas bárbaras y turbulentas de Worf, aunque profundamente sumergidas en la apariencia impuesta por la Federación, le resultaban más claras que nunca.

¿Cómo podía ni abrigar la esperanza de detectar algo, a una distancia de parsecs, en aquella sofocante masa de emociones? No importaba la intensidad que pusiera para contactar, ni lo profundo que fuera su vínculo con el receptor. Dicho contacto era, según temía ella, imposible.

Y sin embargo no podía olvidar que en aquel único momento...

La *Enterprise* se estremeció durante un largo lapso a consecuencia de la violenta destrucción de la nave abandonada. La tensión de todos los del puente, el estallido de las emociones de centenares de seres por toda la nave, habían estado fluyendo a través de ella, en una inundación caótica en la que sólo las emociones más cercanas y poderosas se destacaban de manera individual.

Y durante un fugaz instante, la mente de Will Riker había entrado en contacto con la suya. Dondequiera que estuviera, dondequiera que el transportador lo hubiera enviado antes de que sus circuitos completaran su acción, había existido durante el suficiente tiempo como para que las mentes de ambos contactaran durante aquel brevísimo instante.

No conseguía convencerse, a pesar de las pruebas que había, de que esa mente no continuaba existiendo en alguna parte.

—Llegada a las proximidades de la siguiente estrella en diez minutos —anunció el alférez Gawelski.

—Lo sensores indican un sistema planetario —dijo Worf, mientras continuaba estudiando los datos suministrados por el terminal científico—. No pueden distinguirse detalles a esta distancia.

Picard acusó recibo de los informes en el acto, sin apartar los ojos de la pantalla donde, en máximo aumento, la estrella en cuestión comenzaba a presentar un disco.

De pronto se volvió y ocupó el asiento reservado al capitán, sin que su columna se doblara o venciera ni una mínima fracción.

Junto a él, Troi apartó los ojos de la pantalla cuando, por un momento, la coraza de acero que mantenía bajo control las emociones de Picard pareció una realidad tan física como el hombre mismo.

—Capitán —empezó a decir ella en voz baja al tiempo que sus delgados dedos se extendían y tocaban el rígido reverso de la mano de él apoyada sobre el posabrazos que mediaba entre ambos—, está usted haciendo todo lo que...

De súbito, ella guardó silencio, con los labios y los dedos tan inmóviles como si

fueran de piedra al sentir el suave aliento de un contacto.

En su mente se formó de modo involuntario la palabra: *Imzadi*.

De alguna forma, a pesar de las dolorosas ondas emotivas con que aún la bombardeaba la tripulación de la *Enterprise*, tuvo la seguridad de que, durante un breve momento, había sentido que la mente de Will Riker se comunicaba con la suya propia una vez más.

Y, en ese mismo instante, en un destello de intuición, se dio cuenta de por qué habían sido posibles los contactos. Realmente se dio cuenta de cuáles eran las condiciones que permitieron el primer contacto y este nuevo, aún más débil.

En el primer contacto, aunque la mente era sin error posible la de Will Riker, había existido una diferencia, como si esa mente estuviera siendo vista a través de una lente distorsionante. Y se había producido sólo momentos después de que él fuera enviado, a alguna parte, por el transportador de la nave abandonada, un transportador que el ingeniero en jefe Argyle creía que funcionaba a través del subespacio y no del espacio normal.

La propia mente de Riker, en esos momentos, había estado en el subespacio, donde la materia y la energía estaban distorsionadas de formas que nunca podían ser visualizadas, ni imaginadas, sólo descritas mediante abstracciones matemáticas, y donde las distancias carecían de sentido en términos de espacio normal.

Y ahora, durante este segundo instante de breve contacto que se desvanecía, ella había percibido una vez más ese mismo elemento de distorsión.

Comprendió que, una vez más, él se había encontrado en el subespacio, y que la distancia entre sus mentes había sido virtualmente borrada.

De forma brusca, se puso de pie y se volvió hacia los terminales de popa.

—Teniente Worf —dijo, con su voz de contralto que solía ser suave, ahora sorprendentemente fuerte y apremiante—, sondee en busca de cualquier actividad subespacial, cualquier trastorno, en cualquier lugar al que lleguen sus sensores.

—De inmediato, consejera —respondió Worf sin vacilación al reconocer la urgencia de la voz de ella. Sus dedos se movieron ágiles por los controles.

Picard, que ya estaba de pie, observaba a Troi atento.

—Ha sentido usted algo, consejera —dijo. Era una aseveración, no una pregunta.

—Sí, pero a menos que los sensores...

—Tengo algo, consejera —tronó Worf—. Dirección uno-dos-siete, situación cinco-ocho.

—¡Entre esa dirección, señor Gawelski, ahora! —le espetó Picard—. ¿Distancia, teniente Worf?

—Casi fuera del alcance de los sensores, señor. Al menos a un parsec coma cinco.

—Llévenos hasta allí, alférez Gawelski, máxima velocidad hiperespacial. Teniente Brindle, vuelva a intentar el contacto con el primer oficial Riker y la

teniente Yar a través de sus transmisores subespaciales.

Y luego, con la grandiosa nave en camino hacia su nuevo destino, Picard se volvió hacia Troi.

—Supongo, consejera —dijo con los primeros asomos de sonrisa que se veían en el puente desde que Riker y Yar habían desaparecido—, que existe una buena razón para su repentino interés en la actividad subespacial.

Devolviéndole la sonrisa con una aún más débil, ella asintió con la cabeza y comenzó a explicárselo.

La primera cosa que advirtió Geordi al aumentar las energías del transportador en tomo a él fue que, a pesar de que éstas pasaban por las mismas configuraciones enloquecedoras de las que los habían enviado a través del subespacio, no eran ni con mucho igual de brillantes ni tan potentes.

Tuvo tiempo para decidir que una vez más lo estaban transportando a través del subespacio, aunque probablemente no a tanta distancia como la vez anterior. Luego el universo volvió a formarse a su alrededor, y vio que tenía razón.

Estaba flotando en el vacío del espacio. El mismo planeta semejante a la Tierra orbitaba debajo de él, pero ahora parecía mucho más pequeño. En el Santuario se habían encontrado a menos de treinta mil millas de la superficie. Allí, él estaba como mínimo a un centenar de miles de millas, tal vez más. Una distancia muchísimo mayor de la que era capaz de abarcar un transportador de la Federación, pero nada comparado con los parsecs que habían recorrido él y los otros cuando habían sido transportados la primera vez.

¿Dónde estaban los otros?, se preguntó de pronto, mientras una sensación plúmbea se apoderaba de su estómago. En especial Data. Geordi había visto que Data entregaba su propia unidad proyectora de campo a Shar-Tel, literalmente por la fuerza. Era casi seguro que había contado con que Riker y Yar llevaban consigo las suyas propias. Y uno de ellos tendría la posibilidad de entregarle a Data su traje antirradiación o bien una unidad de campo.

Pero si habían sido separados...

Dándole una palmada a su insignia-comunicador, bien resguardada dentro del halo de aire contenido dentro de la relumbrante aura del traje, llamó:

—¡Primer oficial Riker! ¡Teniente Yar!

Un momento después le respondió la voz de Riker, seguida casi de inmediato por la de Yar.

—¿Está Data con alguno de ustedes? —preguntó Geordi.

—Yo estoy sola —contestó Yar.

—También yo.

—Data le ha dado su traje de efecto campo a Shar-Tel —dijo Geordi—. Ya sé que

puede sobrevivir sin protección en el espacio durante mucho más tiempo que nosotros, pero...

—Los tengo a todos en mi tricorder —interrumpió Yar—. Estamos todos dentro de un círculo de unas dos o tres millas.

Enojado consigo mismo por no haberlo pensado antes, Geordi activó su propio tricorder. Poniendo buen cuidado de no realizar ningún movimiento brusco que pudiera hacerlo comenzar a girar en el vacío, impotente, sondeó el espacio que lo rodeaba.

Localizó a Data casi al instante, pues sus lecturas de androide se destacaban entre las demás. Estaba a una distancia aproximada de una milla, más o menos entre Geordi y el planeta. Shar-Tel, cuyas lecturas diferían algo de las de Yar y Riker, era el más cercano a Data, a menos de un tercio de milla de distancia.

Pero Yar y Riker, sus lecturas indistinguibles la una de la otra, cada uno con un comunicador, se hallaban a casi una milla y media más alejados respecto del planeta, más allá de Geordi, y separados entre sí por más de unos dos tercios de milla. Los dos que tenían los trajes que podían salvar a Data eran los que estaban más lejos de él.

Y no había forma alguna de comunicarse con Data. Sin su traje de campo, no habría envoltura de aire que transmitiese el sonido desde el comunicador hasta sus oídos. Si lograban comunicarse y coordinarse, tendrían al menos una posibilidad remota, una entre un millar de que, si desajustaban las armas físicas pero programándolas a máxima potencia con el fin de que les imprimiesen un retroceso, de otra forma casi inexistente, pudieran utilizar éste para coincidir hasta un punto de encuentro.

Pero sin comunicaciones...

Dirigiendo su visor hacia el lugar en que su tricorder había localizado a Data, distinguió al androide, una diminuta mota contra el telón de fondo del planeta que se hallaba a cien mil millas más abajo. Activando su visión telescópica, vio que Data tenía el mismo aspecto que había presentado anteriormente en la cámara de descompresión. El vacío le hinchaba un poco las facciones, aunque por lo demás no parecía experimentar otro cambio.

Pero mientras Geordi lo observaba, los dorados ojos se cerraron, y su semblante, por lo corriente sin expresión, pareció volverse aún más inexpresivo.

Era como si, pensó Geordi con el estómago revuelto, el androide estuviera desactivándose.

Cosa que, según comprendió Geordi, era lógica. No sabía durante cuánto tiempo podía Data funcionar de forma activa en el vacío, pero sospechaba que, desactivado, podía durar más tiempo. Tal vez aun más tiempo que Shar-Tel y el propio Geordi en sus limitados trajes de campo. El aire podía ser reciclado sólo una cantidad determinada de veces, e incluso si pudiera ser reciclado de forma infinita, quedaba el

problema del agua y la comida. Los trajes de efecto campo estaban diseñados sólo para cortos períodos de uso, unos pocos días como máximo. E inclusive los trajes antirradiación que llevaban Riker y Yar, a menos que hubiesen incluido provisiones...

—¡Tenemos que salir de aquí! —se oyó decir Geordi, y luego, desde el comunicador, le llegó una débil risa con un deje de amargura.

—No seré yo quien le discuta eso, teniente —dijo la voz de Riker—. ¿Tiene alguna idea?

—¿Tiene algún tipo de control sobre el Santuario a esta distancia? —preguntó Yar—. Usted y Shar-Tel dijeron que Shar-Lon podía controlarlo desde varias millas de distancia.

—No pude evitar que nos hiciera esto, ni siquiera cuando tenía puesto el casco —contestó Geordi.

—Pero él ya no está utilizándolo —dijo Yar—, si el disparo de Kel-Nar lo mató o lo dejó inconsciente...

—Tiene razón —la interrumpió Geordi al tiempo que intentaba enterrar en su mente el sentimiento de culpabilidad que no podía evitar sentir mientras la imagen del cuerpo ensangrentado del anciano le ocupaba la mente.

Enfocando su visión telescópica en el espacio inmediato que rodeaba al planeta, buscó el hábitat. Al mismo tiempo, intentó captar de nuevo la sensación que había experimentado cuando tenía puesto el casco. La órbita del Santuario podría haberlo llevado al otro lado del planeta, en cuyo caso...

Pero entonces localizó el hábitat. En efecto, había estado oculto por el planeta y justo entonces emergía de su desaparición transitoria, pero vio que la inclinación del plano de su órbita era tal que permanecía oculto durante sólo un pequeño lapso. Estaría al alcance de su vista durante al menos dos horas antes de volver a ocultarse tras el planeta.

Sondeando el espacio cercano, localizó el Santuario, poco más que una mota gris mortecina desde esta distancia.

—Puedo ver el Santuario —dijo Geordi aumentando al máximo poder su visión telescópica, y luego disminuyéndolo al darse cuenta de que incluso el levísimo movimiento rotativo que su cuerpo había adquirido dificultaría el evitar que el Santuario entrara y saliera del estrecho foco de su visión.

—¿Ha establecido contacto con el Santuario? —preguntó Riker—. ¿Con el casco?

—Todavía no.

—Sugiero respetuosamente, señor —intervino Yar, con una nota de ironía no del todo reprimida—, que lo dejemos en sus manos, sin la distracción de tener que darnos un informe cada treinta segundos.

Y entonces se hizo el silencio.

Geordi, que no sabía de qué otra forma comenzar, imaginó el casco, y a sí mismo poniéndoselo sobre la cabeza, al tiempo que intentaba evocar las exactas sensaciones que había experimentado.

Comenzó con la sensación física del casco cuando le tocaba la cabeza, la presión de las púas dactiloformes.

Y luego la misteriosa impresión de tener unos ojos de los que carecía, y de «recordar» cosas que jamás había sabido.

Y, sin que lo invocara, el leve estremecimiento de temor al pensar en la «posesión» de Shar-Lon.

Pero al desvanecerse el estremecimiento, se dio cuenta de que sus fantasmales ojos comenzaban a formarse.

Aunque no veían nada. Tenía conciencia de la existencia de ellos, pero eso era todo.

Y luego pudo sentir el brazo invisible que era la encarnación mental de los transportadores del Santuario, pero resultaba tan inconcreto como los ojos. El más leve esfuerzo por moverlo hacía que se desvaneciera, como la niebla ante el viento.

Mientras deseaba una vez más el tener la sencilla capacidad de cerrar los ojos, hizo todo lo posible por cegar su mente ante el caos de energías que le asaltaban a través del visor; pero aquí, en el espacio, sin el escudo de la atmósfera o el casco protector de una nave, el espectro que podía captar más allá de los ultravioletas, abarcando tanto los rayos X como los cósmicos, se veía centuplicado en intensidad y violentaba su atención a cada instante.

Sin embargo, a pesar de esa vibrante distracción, no fracasó del todo.

Con lentitud, con muchísima lentitud, sintió que esas imaginadas extensiones de sí mismo aumentaban en concreción.

Y no notó resistencia alguna como la experimentada cuando había intentado apoderarse de Shar-Lon.

Pero los ojos fantasma continuaban ciegos.

Hasta que...

De pronto, tuvo visión, tan débil como para aparecer casi anulada en el caos suministrado por su visor.

En la distancia, un borroso fantasma del hábitat flotaba ante él.

Y más allá de éste, mucho más allá, había una mota de luz, poco más grande que una estrella pero de sorprendente intensidad. Supo de forma instintiva que se trataba de él mismo.

Con repentina esperanza, extendió su mano mental, pero su brazo imaginario se deshizo en una impotente bruma.

Entonces, cuando su frustración se agudizó con una intensidad nunca antes conocida, sintió otra cosa, algo más definido. Aquello no estaba «vivo» de la forma

en que lo había estado el brazo imaginario, pero existía. Y él podía controlarlo del mismo modo como habría podido controlar un palo que tuviese en las manos. Pudo sentir su ligera masa, la resistencia inercial frente a sus esfuerzos, pero no formaba parte de él.

No obstante, sin saber muy bien cómo, pudo obligar a aquello a desarrollarse, a proyectarse hacia la mota de luz que el instinto le decía que era él mismo.

Y lo tocó.

Y en ese instante, su control fue completo. Por primera vez comenzó a preguntarse si tendrían alguna posibilidad de sobrevivir, a pesar de todo.

Comenzó a ejercer su fuerza, al principio con cuidado, por miedo de que una tensión excesiva pudiese hacer que el fenómeno, cualquiera que fuese, se convirtiera de pronto en algo tan neblinoso como se había vuelto el otro.

—Los tricorders indican la presencia de un rayo tractor —dijo la voz de Yar, penetrando a través de la barrera que Riker había levantado en tomo de sí.

Al oír las palabras, al darse cuenta de su significado, Geordi se sintió de pronto exaltado.

—¡Soy yo! —respondió—. No he podido controlar el transportador, pero me he tropezado con otra cosa que parece que sí puedo controlar. Creo que nos estoy arrastrando a todos hacia el Santuario. Pero aunque sólo lo estuviera haciendo conmigo, una vez que llegue allí puedo ponerme el casco y obtener el pleno control y transportarlos a todos ustedes de vuelta.

Y de pronto sintió que tiraban de él. Podía sentir la aceleración del rayo tractor.

—¿Pueden sentirlo? —llamó.

—Puedo —contestó Yar, cuyas palabras se solaparon con el «Sí, teniente» de Riker.

Durante un minuto, luego dos, reinó el silencio mientras el arrastre del rayo tractor continuaba haciéndose sentir.

Con lentitud y cautela, Geordi volvió una parte de su atención a los datos que le entraban por el visor. A pesar de su atención dividida, el arrastre del rayo tractor fue constante.

Tras enfocar nuevamente su visión telescópica para corto alcance, miró otra vez a Data. Los ojos del androide continuaban cerrados, como si aún estuviera en la suspensión para la que se había programado minutos antes. A un tercio de milla de distancia, Shar-Tel había empezado a girar lentamente pero sin cesar. Geordi, que no deseaba acabar en la misma situación, resistió el impulso de intentar volverse para abarcar a Riker y Yar con su campo de visión.

Tras volver a enfocar el hábitat y luego el Santuario, se preguntó qué sucedería cuando éste se ocultara detrás del planeta, siguiendo su órbita.

¿Los soltaría el rayo tractor? ¿Quedaría interrumpido su contacto con el

Santuario? ¿Tendría que restablecer el contacto cuando el satélite volviera a surgir de la sombra proyectada por el planeta? Y si el rayo tractor los soltaba, se preguntó con un estremecimiento, si los soltaba en el momento equivocado, cuando estuvieran a unos millares de millas por encima de la superficie del planeta, ¿caerían a la atmósfera y arderían como meteoritos antes de que el Santuario reapareciera por el horizonte opuesto?

Repentinamente, Geordi percibió algo. Durante un largo lapso no consiguió imaginar qué era. Al igual que un recuerdo solitario que queda después de un sueño por lo demás olvidado, no parecía tener conexión alguna con la realidad que lo rodeaba.

Luego se dio cuenta de que no era un recuerdo. Se trataba de algo que estaba sucediendo en ese preciso momento.

La cámara de descompresión estaba funcionando. Alguien entraba en el Santuario.

No sabiendo qué otra cosa hacer, él «quiso» que el transportador se detuviera. Quienquiera que estuviera intentando entrar, tanto si se trataba de Shar-Lon como de Kel-Nar o uno de sus hombres, sólo podía significar problemas, probablemente desastrosos, para Shar-Tel y los cuatro tripulantes de la *Enterprise*.

Pero los esfuerzos de Geordi no surtieron ningún efecto. Luego, por propia decisión, el transportador se detuvo.

Tratando una vez más de bloquear las entradas de su visor, se concentró en sus «ojos». Si no podía detener a quienquiera que hubiese entrado en la cámara de descompresión, al menos podría averiguar quién era.

Pero la imagen que estaba recibiendo, débil e indistinta excepto por la brillante mota que parecía ser él mismo en la distancia, era la del hábitat.

Concentrándose como nunca antes, Geordi volvió sus intangibles ojos hacia la caja lisa de color gris que era el Santuario. Había una lanzadera acoplada a la cámara de descompresión, pero no la misma en la que habían llegado Data, Shar-Tel y él mismo. Ésa se hallaba flotando a poca distancia, alejándose perezosamente, a la deriva.

Acercándose mediante el único medio de su voluntad, los irreales ojos de Geordi se aproximaron al Santuario.

De forma brusca atravesaron la pared y el interior, borroso y translúcido, se abrió ante él.

Al instante advirtió que el mecanismo de cierre de la cámara interior estaba girando. ¡En un minuto más, quienquiera que estuviese en la cámara se encontraría en el interior del Santuario! ¡Y al cabo de pocos segundos después, estaría poniéndose el casco!

Apartándolos de la cámara de descompresión, Geordi obligó a sus irreales ojos a

enfocar el casco, forzó a su mente a hacer abstracción de todo lo demás, no sólo lo que se hallaba dentro del Santuario, sino también de su distante cuerpo, a cien mil millas.

Al hacerlo, la esperanza aumentó en su interior.

El casco, a diferencia del resto de lo contenido en el Santuario, y el Santuario mismo, ya no era vago e indistinto. Ahora... ahora que Geordi se concentraba en el casco y sólo en él, vio que estaba adquiriendo una solidez que no poseía apenas unos segundos antes. Y mientras lo contemplaba, luchando por retener la intensidad de su concentración, pareció solidificarse aún más, como una imagen holográfica a la que se enfocara con mayor y mayor precisión.

Con su lejano corazón latiendo con fuerza, Geordi avanzó. El casco era ahora tan real que le parecía poder tocarlo.

Y lo hizo.

Sus ojos mentales se deslizaron por entre las púas y hacia arriba, en dirección al tope superior del casco y se unieron a él bajo la luz plateada que relumbraba suavemente.

De forma repentina, todo el Santuario adquirió perfiles nítidos, transformándose en algo de apariencia tan sólida y real como el casco.

Y tuvo el control.

Pero aún no era un control absoluto.

Por instinto supo que no tenía, desde esta distancia, la fuerza para apresar mentalmente al hombre de la cámara de descompresión y transportarlo a otra parte. Pero él mismo, su propio y lejano cuerpo...

Siguiendo la invisible solidez del rayo tractor, cogió a ciegas lo que encontró en el extremo.

En su cuerpo, sus sentidos despertaron al empezar las energías del transportador a aumentar en tomo a él, y la sensación... la realidad... de hallarse en dos lugares de forma simultánea le retorcieron la mente casi con la misma fuerza que las distorsionales energías subespaciales que se arremolinaban de forma caótica a su alrededor.

En un instante, con una rapidez mayor que la de cualquier transportador que hubiera conocido en su vida, se encontró dentro del Santuario, con el casco en la cabeza. Pero en ese mismo instante advirtió que llegaba demasiado tarde.

La cámara de descompresión estaba abierta. Kel-Nar salía por ella, con una pistola de proyectiles en la mano que ya dirigía hacia él.

Lanzándose hacia un lado, el casco volando de su cabeza, Geordi sacó la pistola fásica y disparó.

Una fracción de segundo después, sintió que el mecanismo de defensa del Santuario descendía sobre él una vez más.

Luego no sintió nada.

Y a cien mil millas en el espacio exterior, el rayo tractor cesó de existir, dejando a Riker y Yar en lo que ahora era una trayectoria de meteorito en dirección al planeta que había abajo.

Acercándose al sistema casi directamente por encima del plano eclíptico, los sensores de la *Enterprise* sondearon el espacio.

—Masas solares de uno coma cero cuatro, señor —anunció Worf—. Seis planetas; el segundo, exterior, se inscribe a la perfección en la clase M. No hay satélites naturales, sino uno artificial de una masa varias veces superior a la de la *Enterprise*. Ningún otro detectable a esta distancia.

Picard, que había estado conteniendo la respiración mientras Worf leía los datos que suministraba su terminal científico, dejó escapar los comienzos de un sonoro suspiro de alivio antes de sorprenderse y retener el resto de la exhalación.

—Acerquémonos a velocidad de impulso, alférez Gawelski, escudos levantados —dijo Picard—. Teniente Brindle, teniente Worf, permanezcan alerta ante... ante cualquier cosa que indique una tecnología de un nivel parecido o superior al que tiene la Federación. Este planeta podría ser el origen de los dueños de la nave abandonada. O de los seres causantes de que fuera abandonada.

Pero al aproximarse al planeta, las probabilidades en favor de cualquiera de las posibilidades disminuyeron con rapidez. No había comunicaciones subespaciales de ningún tipo, sólo la mezcla de frecuencias electromagnéticas estándares típicas de una civilización en las primeras etapas del viaje espacial.

A diez millones de millas, Worf alzó la mirada de su teclado.

—Detectado un segundo satélite artificial, señor —tronó—. Parece tener menos de un diez por ciento de la masa del primero, pero contiene una fuente energética de antimateria, esencialmente idéntica a la que había en la nave abandonada pero con una protección más lograda.

Picard arrugó el gesto.

—¿Y la fuente energética del satélite de mayor tamaño?

—Desconocida, señor, pero no hay indicios de antimateria ni de reacciones atómicas de ninguna clase; ni allí ni en ningún punto de la superficie del planeta.

—¿Otros satélites?

—No se detecta ninguno, señor.

—¿Está diciendo que ésas son las únicas dos estructuras espaciales del sistema?

—Las únicas que tienen masa en las proximidades del planeta de clase M. Para sondear los alrededores de los planetas no habitables...

—No, continúe con éste. —Picard se volvió hacia el terminal de seguridad—. ¿Sigue sin haber actividad subespacial, teniente Brindle?

—Todavía nada, señor.

—Pase esos satélites a la pantalla, alférez Gawelski, máximo aumento.

Mientras Gawelski ejecutaba la orden, la imagen del planeta apareció, la pantalla

se centró en un punto que se encontraba más a menos a una distancia de dos diámetros planetarios por encima de su borde superior. Los ojos de Picard se abrieron de par en par al crecer la imagen con rapidez y reconocer él la característica forma del satélite más grande. El de menor tamaño aún era poco más que una mota.

—Más actividad subespacial —anunció Worf—, alguna clase de transportador. Parece originarse en el satélite más pequeño.

Picard se volvió de inmediato hacia la consejera Troi, pero ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No he sentido nada, Jean-Luc.

—¿Alguna otra lectura relacionada con el satélite, señor Worf?

—Un leve incremento en la actividad de la fuente energética de antimateria, señor, pero...

—¡Capitán! —interrumpió bruscamente el teniente Brindle desde el terminal de seguridad—. ¡Estamos registrando tres comunicadores de la Flota Estelar!

—¿Dónde?

Una mezcla de alivio y nuevo temor acometió a Picard mientras se volvía para encararse con Brindle. Tres comunicadores, no cuatro.

—A cien mil millas por encima del planeta, señor. Aproximadamente... allí. —Al pronunciar estas palabras, la imagen planetaria de la pantalla se encogió y apareció un débil círculo a varios diámetros planetarios de distancia.

—Llévenos dentro del alcance de los transportadores, alférez Gawelski, plena potencia de impulso —ordenó Picard sin aguardar el acuse de recibo—. Baje los escudos sólo cuando yo dé la orden, teniente Brindle, y mantenga la sala del transportador continuamente operativa a medida que defina las coordenadas de esos comunicadores. Señor CarPELLI, preparado para fijación de campo del transportador.

Haciendo una pausa, Picard miró hacia la pantalla y el círculo de pálido brillo. Los comunicadores estaban allí, pero todavía no había forma de saber a qué estaban sujetos.

—¡Seguridad! —exclamó—. ¡Un destacamento completo a la sala del transportador, ahora! ¡Doctora Crusher, también un equipo médico, que incluya a alguien que pueda cuidar del teniente Data!

Y esperaron.

—Las lecturas de los sensores concuerdan con la presencia del teniente Data y dos seres humanos, señor —anunció Worf al aproximarse al radio de alcance de los transportadores—. Parecen estar dispersos, más o menos a una milla y media unos de otros. Una cuarta forma de vida, claramente humanoide y posiblemente humana, se halla en la misma área.

—¿El cuarto miembro de la tripulación? —preguntó Picard al punto.

—Lo dudo, señor —respondió Worf, y luego agregó, adoptando una expresión

ceñuda que hizo que las facciones del klingon pareciesen aún más amenazadoras de lo normal—: De hecho, esta forma de vida parece estar recubierta por algo semejante a un traje de campo, mientras que el teniente Data está en apariencia desprotegido. Sus lecturas vitales son estables pero bajas, sólo apenas más fuertes que las de un humano en estado de hibernación.

—¿Lo ha oído, doctora Crusher?

—Lo he oído, capitán. Estaremos preparados.

—Fijando la posición de los comunicadores, capitán —se oyó decir a la voz de CarPELLI desde la sala del transportador principal—. Preparado para activar en cuanto nos encontremos dentro del alcance del transportador y los escudos estén bajos.

—Manténgase a la espera, alférez.

—Están levantándose nuevos escudos alrededor del satélite de menor tamaño, señor —tronó Worf mientras miraba con el entrecejo contraído el terminal científico—. Ahora está completamente rodeado. La emisión de la fuente energética de antimateria se incrementó enormemente antes de que nuestros sensores quedaran bloqueados por los escudos.

—¿No estará a punto de autodestruirse como la nave abandonada?

—Es posible, señor.

—Si lo hiciera, ¿podría dañar a Data y los otros?

—Si la cantidad de antimateria es igual o superior a la consumida en la explosión de la nave abandonada, existe la posibilidad.

—Estamos dentro del radio de alcance de transportador, señor —informó Gawelski.

—¡Acérquenos, señor Gawelski, plena potencia de impulso, ahora! —ordenó Picard con brusquedad—. Señor Brindle, quiero a esos cuatro, quienesquiera que sean, dentro de los escudos deflectores de la *Enterprise*.

Como Picard sabía que sucedería, las últimas mil millas fueron cubiertas en menos tiempo del que habría hecho falta para fijar los transportadores sobre los comunicadores.

—Formas de vida al alcance de la *Enterprise*, capitán —informó Brindle casi al instante.

—Excelente, señor Brindle. Alférez CarPELLI, traiga a los tres a bordo. —Tras volverse hacia uno de los ubicuos paneles negros, Picard solicitó—: Computadora, muéstreme la sala del transportador principal.

Obedientemente, una imagen de la sala del transportador, con el alférez CarPELLI al fondo, ante los controles, apareció en pantalla.

En tensión, Picard y la consejera Troi, junto con el resto de la tripulación del puente, esperaron ver quién aparecería sobre la plataforma del transportador.

El rayo tractor continuó arrastrándolos hacia el Santuario cuando los tricorders de Riker y Yar registraron la concentración de energías de transportador. Un momento más tarde, tanto Geordi como las energías de transportador habían desaparecido de las pantallas de los tricorders.

Luego el rayo tractor desapareció, y quedaron una vez más flotando a la deriva.

—¡Teniente LaForge! —dijo Riker—. ¡Geordi!

Pero no hubo respuesta.

—Teniente Yar... —comenzó, pero cayó de golpe al sentir que el transportador lo apresaba—. Podría ser Kel-Nar —exclamó, apresurándose a pronunciar las palabras antes de que el sondeo lo inmovilizara—. Podría haberse hecho con el control del Santuario.

—¡Estoy preparada! —contestó Yar, sujetando con fuerza su fusil fásico, con el dedo en el disparador—. ¡Por lo que dijo Geordi, sólo se tiene una oportunidad ahí dentro, y yo voy a valerme de ella!

Y las energías se cerraron sobre ambos.

Pero al apoderarse de ellos el transportador, Riker sintió de pronto el mismo contacto que había experimentado en dos ocasiones anteriores, durante las transmisiones subespaciales, aunque esta vez no estaban presentes las distorsiones, y sintió la mente de Troi, no remota y angustiada, sino cercana y llena de una sensación de alivio e igual de poderosa. ¡Y luego, por el extremo de la estrecha rendija visora de su traje antirradiación, vio el borde frontal del platillo de la *Enterprise*!

«¡Tasha!», intentó gritar a modo de advertencia, pero ya era demasiado tarde. El proceso había comenzado, y un momento después las líneas de la sala del transportador principal de la *Enterprise* comenzaron a adquirir forma en torno a él.

Y allí, como si su presencia pudiera acelerar el proceso de materialización, se hallaba de pie la consejera Troi, a sólo unos metros delante de él, justo donde apuntaría el fusil fásico de Yar.

—¡Tasha! —El nombre, congelado en su garganta durante el momento de la transmisión, estalló en el instante en que los soltó la matriz del transportador—. ¡No dispare! ¡Es la *Enterprise*!

En el mismo momento, el repentino regreso de la gravedad fue como un martillazo, y él se lanzó hacia delante, interponiéndose ante Troi. Durante una pequeñísima fracción de segundo, el dedo de Yar se tensó de manera refleja sobre el disparador del fusil fásico, pero ella lo retiró de inmediato cuando las palabras gritadas por Riker y el entorno que le era familiar penetraron en su mente.

Data, aún «apagado», se desplomó sobre la plataforma del transportador como un saco.

Al echarse Riker hacia atrás el casco del traje antirradiación, sus ojos se encontraron con los de Troi en un destello de entendimiento, pero un instante después

estaban mirando más allá de ella, a la doctora Crusher con su equipo médico, y al destacamento de seguridad.

—Doctora —dijo con tono apremiante—, Data ha estado en el vacío sin protección durante varios minutos. La teniente Yar y yo nos encontramos bien.

—¿Dónde está el teniente LaForge? —intervino Yar al tiempo que se echaba hacia atrás el casco y fijaba la mirada en el alférez CarPELLi que se encontraba ante los controles del transportador—. ¿No lo trajo usted a bordo hace algunos segundos?

—Ustedes son los únicos tres que hemos traído a bordo hasta el momento, teniente Yar —repuso desde el puente la incorpórea voz de Picard—. ¿Quién es la cuarta forma de vida que lleva lo que supongo que es el traje de campo de Data? A pesar de las lecturas de los sensores, yo tenía la esperanza de que pudiera ser el señor LaForge.

—No, no lo es, en efecto, pero tráiganlo a bordo de todas formas —dijo Riker—. Se llama Shar-Tel, y es una larga historia.

—Tráigalo a la nave, señor CarPELLi —confirmó Picard.

—¿En qué círculo, señor CarPELLi? —se apresuró a preguntar Riker.

—Número dos, comandante, pero ¿qué...?

—Teniente Yar —exclamó Riker—, ayúdeme a sujetarlo cuando llegue. No se espera encontrarse con gravedad, y a su edad...

—Activando, comandante —dijo CarPELLi, y Riker con Yar se apostaron a ambos lados del círculo número dos.

Un momento después, Shar-Tel, envuelto en el suave fulgor del traje de campo, se materializó. Riker y Yar lo sujetaron cada uno por un brazo antes de que pudiera caer.

—Todo está bien, Shar-Tel —dijo Riker con presteza—. Ahora estamos a salvo. Ésta es la nave de la que le hablaron los otros. Nuestra nave.

Los ojos de Shar-Tel se agrandaron y se movieron nerviosos, pero en su expresión no había miedo, sólo alivio y, al cabo de un instante, un aire de repentina e intensa curiosidad, cosa que a Riker, por un momento, le recordó al capitán Picard.

—¿Qué ha sucedido? —les preguntó el hombre con ansiedad—. ¿Ha muerto mi hermano? ¿Se ha apoderado Kel-Nar del Santuario?

—No lo sabemos —respondió Riker—, pero si...

—Tengo que hablar con Le-Dron. ¡Si mi hermano está aún con vida, hay que encontrarlo! ¡Puede que estemos a tiempo de salvarlo!

—Aquí no podemos hacer nada —contestó Riker, al tiempo que bajaba de la plataforma y se quitaba el traje antirradiación—. Todos al puente, y tal vez podamos averiguar cuál es la verdadera situación.

—Sí, número uno —le oyó decir a la voz de Picard desde el panel de comunicaciones—, suban al puente. Hay bastantes cosas que a mí me gustaría averiguar.

—Vamos de camino, señor. Entretanto, examinen el Santuario... el más pequeño de los dos satélites. Es posible que el teniente LaForge esté en él, y es probable que tenga problemas.

—Ya lo ha oído, teniente Worf —dijo Picard—. Haga todo lo posible. Número uno, ¿qué es ese satélite? Parece poseer la única fuente energética de antimateria de todo el sistema.

Hablando mientras caminaba, seguido por Yar, la cual escoltaba a Shar-Tel que avanzaba con lentitud, Riker le explicó a Picard la situación con toda la rapidez posible.

En la sala del transportador, Data abrió los ojos y se sentó bruscamente, casi topando con la doctora Crusher y el tricorder médico con que lo había estado sondeando. Durante un momento guardó silencio, como si un último interruptor de circuito estuviera por pulsar mientras él registraba el escenario que lo rodeaba.

—Veo que Geordi tenía razón —dijo—. El capitán no se dio por vencido.

—Data... —comenzó a decir Crusher, pero él ya estaba poniéndose de pie con movimientos fluidos.

—Ya he realizado un autochequeo, doctora —declaró—, y vuelvo a estar en pleno funcionamiento. ¿Dónde están los demás?

—De camino hacia el puente, pero...

—En ese caso, me reuniré con ellos. Hay información que debo obtener de la computadora.

Bajo la mirada preocupada —y algo suspicaz— de la doctora Crusher, Data salió a buen paso.

Shar-Tel, cuya camisa y pantalones casuales llamaban la atención entre los uniformes de los tripulantes de la nave, se hallaba de pie junto al teniente Brindle, ante el terminal de seguridad. Picard, por recomendación de Riker y Yar, ya había autorizado la solicitud de Shar-Tel para comunicarse con Le-Dron. Justo detrás del terminal de navegación, Riker y Yar estaban resumiéndole a Picard un apresurado relato de lo sucedido desde que Geordi y Data habían sido transportados de la nave abandonada.

—¡Los Regalos me permitieron ver a Kel-Nar cuando le disparaba a mi hermano, pero no me dieron la posibilidad de intervenir! —Estaba diciéndole Shar-Tel a Le-Dron, casi a gritos—. ¡No hay tiempo para explicar nada más! ¡Puede que aún estemos a tiempo de salvarlo si te das prisa! ¡Si Kel-Nar se ha hecho de verdad con el control del Santuario, mi hermano podría ser nuestra única esperanza!

Ante la urgencia del tono de Shar-Tel, Le-Dron dudó, pero al fin dijo:

—Muy bien. Al menos no vamos a estar peor que antes.

Shar-Tel dejó escapar un tembloroso suspiro de alivio al cortarse la comunicación.

Data salió del turboascensor de proa sin que nadie lo advirtiera y avanzó directamente hacia el terminal científico secundario. Entretanto, Riker y Yar habían concluido al menos un primer resumen para el impaciente Picard.

—Teniente Worf —pidió Picard con apremio—, informe de situación.

—A esta distancia, los escudos del satélite son impermeables a los sondeos de nuestros sensores. Sus escudos son al menos tan eficaces como los de la nave abandonada.

El retumbar bajo de la voz de Worf, a sólo dos o tres metros detrás de Shar-Tel, hizo que el anciano se girara y le echase la primera mirada directa a Worf, el cual acababa de volverse para informar al capitán.

Los ojos de Shar-Tel se agrandaron, e instintivamente retrocedió ante las impresionantes facciones amenazadoras del klingon.

Pero la reacción de Shar-Tel fue sólo momentánea. Tras parpadear, miró otra vez a Picard.

—¿Puede su nave destruir el Santuario? —preguntó Shar-Tel, sin rodeos.

—Tenemos la esperanza de evitar que se destruya a sí mismo —explicó Picard—, al menos hasta que hayamos encontrado la forma de sacar al teniente LaForge sano y salvo. Si en verdad está allí. ¡Después de que hayamos conseguido eso, trataremos el asunto! Señor Gawelski, acérquenos hasta cinco mil millas. Teniente Worf, continúe el sondeo de sensores.

—Capitán —intervino Brindle desde el terminal de seguridad—, seis naves, alimentación química, han abandonado la atmósfera del planeta y están entrando en órbita.

—Controle y grabe todas las transmisiones que realicen esas naves —ordenó Picard, echándole a Shar-Tel una mirada de desconfianza al tiempo que se volvía hacia Riker—. ¿A quién pertenecen éstas, número uno?

Con la mayor brevedad posible, Riker lo explicó. Shar-Tel permanecía alerta; era obvio que se sentía más nerviosamente impaciente que antes del anuncio de Brindle.

—Llámelos usted, Shar-Tel —dijo Picard, al tiempo que giraba para encararse con el anciano—. ¿Puede persuadirlos de que se mantengan a distancia? ¿Convencerlos de que se queden en una órbita baja, lejos de su Santuario, hasta que hayamos tenido tiempo de aclarar la situación?

—Eso es lo que yo quiero hacer, capitán —contestó Shar-Tel de inmediato—. Si Kel-Nar tiene el control del Santuario...

—No se moleste en darme explicaciones, sólo dígalos que se mantengan alejados. Teniente Brindle, intente establecer contacto. Shar-Tel, no deje que sepan dónde se

encuentra usted. Haga que piensen que está donde estaría en situación normal.

Asintiendo para expresar su acuerdo, Shar-Tel le proporcionó sin tardanza a Brindle las frecuencias necesarias para contactar con las naves.

—Cinco mil millas, señor —informó Gawelski.

—¿Teniente Worf?

—A máxima potencia, los sensores son capaces de penetrar hasta un grado limitado a esta distancia, señor. Sin embargo...

—Un millar, Gawelski —ordenó Picard.

—No hay respuesta de las naves, capitán —informó Brindle—. Nos están recibiendo, pero no contestan.

—¿Shar-Tel? —El capitán volvió a mirar al anciano con desconfianza—. ¿Por qué?

—No lo sé, capitán.

—Continúe intentándolo, Brindle. Y, Shar-Tel..., a pesar de que las naves no estén respondiendo, transmita su mensaje.

—Los sensores operan mejor a esta distancia, señor —dijo Worf segundos más tarde, cuando la *Enterprise* se estabilizó a mil millas—. No cabe duda de que hay dos formas de vida a bordo, ambas humanoides, una definitivamente humana, posiblemente con un comunicador.

—Es LaForge —comentó Riker con alivio.

—Señor —contestó Worf sin comprometerse—, si es así, está inconsciente, al igual que la otra forma de vida. Las otras dos formas de vida humanoides del interior de la nave acoplada, más pequeña, también están inconscientes.

—¿Inconscientes? —A Picard se le dibujó una acentuada arruga en el puente de la nariz—. ¿Todas?

—Es probable que sea debido al sistema defensivo del Santuario —dijo Riker, y relató en breve lo que Geordi les había contado sobre la primera experiencia que él y Data habían tenido con el fenómeno—. LaForge tiene que haber disparado su pistola fásica.

—¿Durante cuánto tiempo estarán sin conocimiento?

—No tengo forma de saberlo —repuso Riker—. Cuando LaForge y Data fueron llevados fuera de las inmediaciones de la nave, recobraron el conocimiento en menos de media hora. Pero si permanecen dentro... —Riker frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Un sistema diseñado para defender a la nave contra cualquiera que dispare un arma fásica, dentro o cerca de ella, no sería muy efectivo si dejara que el atacante se despertase y volviera a comenzar.

El fruncimiento del entrecejo de Picard se hizo aún más profundo.

—¿Está diciéndome que los mantendrá inconscientes..., o incluso acabará por matarlos..., a menos que los saquemos de ahí dentro?

—Es una posibilidad, capitán —le contestó Riker—, y puede que sea lo mejor. El que continúen sin conocimiento, quiero decir, no el que los mate. Si Kel-Nar despertara primero...

—Entiendo a qué se refiere, número uno. Será mejor que encontremos una forma de sacar de allí al teniente LaForge, y pronto. —Picard recorrió el puente con la mirada—. Estoy abierto a sugerencias.

Data, que había estado absorto y en silencio ante el terminal científico secundario desde el momento en que llegó al puente, se volvió a mirar a Picard.

—No tengo sugerencia ninguna de momento, señor, pero sí dispongo de cierta información que el teniente LaForge pensaba que podía ser significativa.

—Oigámosla, entonces, señor Data.

—Muy bien, señor. Durante los últimos minutos, me he puesto al corriente de todos los detalles de la información suministrada por los ferengi sobre este sector del espacio, y...

—¿La información suministrada por los ferengi? —El entrecejo de Picard comenzó a fruncirse de nuevo.

—Sí, señor —continuó Data—. La información que recibió la Federación a cambio de otra igualmente no verificada recogida en otros sectores por las naves exploradoras de la Federación.

Picard asintió con la cabeza.

—Ah, sí, el «canje de rumores». Y lo recuerdo. Según mi memoria, ni los ferengi ni los funcionarios de la Federación se sintieron muy satisfechos una vez que tuvieron la oportunidad de analizar esa información. Todo era de segunda y tercera mano, y relacionado con acontecimientos que habían tenido lugar —si es que lo habían tenido — hace miles de años.

—Sí, señor, ésa es la información a la que me refería.

—¿Y ha extraído de ella algo útil?

—Así lo creo, señor. La información que acabo de recuperar parece arrojar una cierta luz sobre el origen y la función de las dos naves con las que nos hemos encontrado.

—Adelante —dijo Picard cuando el androide hizo una pausa interrogativa.

—Sí, señor —contestó Data, y continuó, haciendo un esbozo de lo que le había contado a Geordi, tanto acerca de las naves similares al Santuario que, según los informes, habían sido halladas en órbita alrededor de varios mundos de clase M en algún momento del pasado, como acerca de las historias concernientes a planetas de clase M que habían hallado impedimentos para llevar a cabo un programa espacial, ya fuera a causa de «invasores alienígenas» o de «acontecimientos catastróficos» indefinidos.

—En ese punto —prosiguió Data—, se le ocurrió a Geordi que los satélites eran

lo que él denominó como «puestos de guardia», y que la nave abandonada vendría a ser un cuartel general desde el que todos habían sido controlados y alimentados en otra época.

—Eso tiene sentido, señor —asintió Riker—, o lo tendría para las mentes paranoicas que construyeron estas cosas. Fíjese en los transportadores de un solo sentido, los dispositivos de autodestrucción y todos los otros mecanismos de «seguridad». Para una civilización que pensaba de la forma que al parecer pensaba ésta, la idea de encontrarse con otra civilización con un grado de desarrollo tecnológico similar o superior habrá sido aterrorizadora.

Picard arrugó el gesto como si rechazara la sola idea.

—Así que cuando empezaron a descubrir mundos con una población potencialmente «peligrosa», en lugar de ayudarlos o hacer caso omiso de ellos, se dispusieron a asegurarse de que esos mundos nunca tuvieran oportunidad de avanzar hasta el punto en el que pudieran realizar un viaje espacial. En efecto, convirtieron en prisioneras a poblaciones enteras con estaciones orbitales como ésta. Centenares, tal vez millares de ellas.

Riker asintió con la cabeza.

—Colocaron esas estaciones orbitales alrededor de todos los planetas en los que descubrieron una población capaz de llegar al espacio y desafiarlos a ellos. Supongo que tenemos que dar gracias porque no hayan esterilizado esos mundos. Es probable que tuvieran el poder para hacerlo.

—¿Y las unidades de hibernación? —meditó Picard—. Las computadoras realizarían el trabajo cotidiano, y despertarían a alguien sólo cuando detectaran algo que las habían programado para considerar amenazador... El primer satélite artificial, la primera explosión nuclear, la primera cosa que indicara que una civilización estaba desarrollando una tecnología que la llevaría al espacio.

—Sí —dijo Data—. Dichas actividades explicarían las historias de «invasores alienígenas» que evitaron que planetas enteros llegaran a desarrollar un programa espacial. También es posible que los dispositivos de autodestrucción puedan explicar los «acontecimientos catastróficos» que, según la información suministrada por los ferengi, eran con frecuencia poderosas explosiones de objetos no vistos anteriormente pero que orbitaban alrededor de los planetas. En esos y otros casos, aparece también la mención de «grandes enfermedades» que siguieron a los acontecimientos..., el resultado de la radiación procedente de las explosiones, con toda probabilidad.

Riker hizo una mueca.

—Y después, en algún punto del pasado, se encontraron con una civilización que ya había desarrollado un programa espacial, una civilización que incluso haya sido superior tecnológicamente. Y en lugar de encontrarse con los recién llegados y hacerse amigos, fueron presas del pánico. Se retiraron de vuelta a su planeta de

origen, dondequiera que esté, poniendo en funcionamiento los dispositivos de autodestrucción al marcharse, haciendo todo lo posible para borrar todo rastro de su existencia. Pero en unos pocos casos raros... como esa estación orbital y la nave abandonada que hemos encontrado... algo salió mal y no quedaron destruidas.

Picard expresó su acuerdo con lo propuesto por Data.

—Suenan todo bastante plausible, considerando las evidencias. Y cuando nos tropezamos con la nave abandonada, aún funcionaba lo bastante de su sistema de evacuación como para transportarlos a los cuatro hasta aquí, al llamado Santuario, probablemente la única estación orbital que aún funciona.

Picard hizo una pausa para inspirar.

—Nada de lo cual, por desgracia, nos ayuda mucho en nuestra presente situación —continuó con acento inquietante—. Nuestra actual prioridad es hallar la forma de sacar al teniente LaForge sano y salvo de allí y traerlo de vuelta...

—Señor —interrumpió Worf—, la emisión energética de la estación orbital está aumentando otra vez.

Picard se volvió con presteza hacia la pantalla.

—Brindle —ordenó—, mantenga máxima energía en nuestros escudos. Worf, ¿qué está haciendo con la energía?

—Desconocido, señor. Hay indicios de que la mayor parte está alimentando los escudos, pero... Otro incremento energético, señor, derivado hacia los escudos.

—¿Hacia los escudos? ¿Están siendo reforzados?

—No, señor, eso es lo que resulta desconcertante. La energía parece estar yendo a parar a los escudos, pero hasta ahora no está teniendo ningún efecto discernible.

—¿Un problema de funcionamiento?

—Es posible, señor. Esta nave es aproximadamente tan antigua como la primera.

Picard comenzó a volverse hacia el terminal táctico para interrogar a Shar-Tel, pero antes de que sus ojos se apartaran de la pantalla, el satélite más pequeño, el llamado Santuario, fluctuó en la pantalla y desapareció.

—¡Señor Worf! ¿Qué ha sucedido?

—Una parte de la energía está ahora siendo radiada por los escudos de la nave, pero ése es el único cambio.

—¿Continúa estando allí el satélite? ¿Lo registran los sensores?

—Sí, señor. Todo está como antes. Las lecturas de las formas de vida continúan sin cambios.

—Entonces, ¿qué diablos...

De repente, Picard enmudeció; su mandíbula inferior descendió al tiempo que, entre un latido de corazón y el siguiente, la más gigantesca nave estelar que él o cualquiera de los del puente había visto en toda su vida, apareció en lugar de la desaparecida estación orbital.

Con lentitud, de forma inexorable, Shar-Lon fue arrastrado de vuelta a la conciencia.

Al principio se resistió, su ofuscada mente no lo aceptaba, temía el dolor que se hacía más intenso con cada paso que avanzaba hacia la vigilia, incapaz de enfrentarse con el absoluto agotamiento físico que convertía en una tortura el solo pensar en el más leve movimiento físico.

Pero entonces, al comenzar a aclarársele la mente, se dio cuenta: «Los Regalos están haciendo esto. Los Regalos están despertándome».

Entonces, de una forma inmediata, repentina, despertó. Más allá del agotamiento y el dolor que parecía ser todo lo que quedaba de la mitad izquierda de su cuerpo, sintió una presión contra la espalda, un dolor punzante en la otra pierna. La cámara del Consejo de los Ancianos adquirió perfiles nítidos en torno a él.

Y al suceder esto, advirtió que yacía, no en uno de los sofás en los que solía descansar con frecuencia antes de una reunión del Consejo, sino sobre el suelo, con una pierna dolorosamente doblada debajo del cuerpo.

De forma brusca, el atroz recuerdo de aquellos últimos segundos, de la traición de Kel-Nar, de su propio fallo, regresó a su mente.

Y con ese recuerdo cobró conciencia de que, de alguna forma que no podía entender, estaban dándole una segunda oportunidad.

A todos ellos —a su hermano, a los de su planeta y, más que ninguno, a los Guardianes de la Paz—, se les estaba dando una segunda oportunidad. Una oportunidad para escoger el camino correcto..., el camino de la verdadera paz.

Los Regalos estaban dándole..., obligándolo a aceptar..., esa segunda oportunidad.

Si él tenía la fortaleza... la voluntad... de utilizarla.

Sin atreverse a cerrar los ojos por temor a no tener la fuerza suficiente como para volver a abrirlos, se obligó a concentrarse, a pensar. No había forma de que pudiera arrebatarse el control de los Regalos a Kel-Nar, que sin duda tenía que hallarse ahora dentro del Santuario.

Existía sólo una acción que aún quedaba, si bien remota, dentro de sus capacidades. La misma acción que ya había intentado —y en la que había fracasado— en el momento en que su conciencia oscilaba y moría.

Pero ahora que los Regalos atravesaban el espacio para darle una segunda y última oportunidad...

Reuniendo las últimas gotas de la fuerza que le conferían los Regalos, Shar-Lon se concentró en los mismos y sintió que el vínculo se fortalecía. Incluso tuvo la ilusión, durante un breve momento, de que su cuerpo, hacía un rato moribundo,

estaba haciéndose más fuerte.

Con una mezcla de triunfo y pesar, dio la serie de órdenes que les acarrearían la destrucción de los Regalos.

Al desvanecerse su consciencia por última vez, captó la respuesta confirmatoria por parte de los Regalos. Paradójicamente, sus últimos momentos fueron los primeros de verdadera y total paz que había experimentado en cinco décadas.

Todos los del puente, incluso Data y Worf, quedaron de momento congelados por la imagen que había aparecido sin previo aviso, sin ni siquiera las distorsiones espaciales que normalmente presagiaban el emerger de una nave estelar del hiperespacio.

De un destellante azul metálico, la nave alienígena empequeñecía a la *Enterprise*. Cualquiera de sus tres segmentos redondeados parecidos a fortalezas podría haber contenido a la *Enterprise*. Alas cortas y anchas se extendían a ambos lados del segmento delantero, rematadas con lo que podrían haber sido unidades de motores o armas, cada una tan grande como una nave estelar de clase mediana. Como una montaña que viajara por el espacio, transmitía una impresión de energía descomunal. Data fue el primero en recobrase.

—Capitán —dijo al punto—, la aparición de una nave similar a ésta es otro de los fenómenos que figuran con frecuencia en la información suministrada por los ferengi; en particular, en las historias que supuestamente se originaron entre las civilizaciones viajeras del espacio más que entre las que no habían abandonado sus planetas. En todos los casos, se dice que este fenómeno fue seguido, al cabo de un período sin especificar pero no largo, por explosiones del tipo de las que ya hemos comentado.

—¿Esto es lo que destruyó los otros puestos de guardia? —exclamó Picard—. Tal vez esos Constructores de ustedes tenían justificación para su paranoia. Para que una nave de este tamaño viaje, como parece haberlo hecho ésta, mediante un transportador en lugar de motor hiperespacial...

—No ha viajado mediante un transportador, señor —anunció Worf—. Ni siquiera existe.

Picard se volvió bruscamente hacia el klingon.

—¡Explíquese!

—Los sondeos de los sensores muestran que los escudos del Santuario se han expandido. Sus dimensiones, de hecho, coinciden ahora con las dimensiones de la nave que ve en la pantalla, y están produciendo la radiación electromagnética que crea la imagen.

—¿Una ilusión?

—En el mismo sentido que son ilusiones las imágenes que crea nuestro simulador, señor. Los escudos, de hecho, han alterado su naturaleza de forma que

ahora incluyen una versión algo primitiva de los campos de fuerza que confieren solidez a las imágenes del simulador. Al parecer, es para lo que está utilizándose la energía.

Con el ceño fruncido, Picard se volvió hacia el terminal de seguridad.

—¿Señor Brindle?

—Una ilusión, señor —asintió el interpelado—, pero sólida. Para unas sondas sensoras menos sofisticadas que las nuestras..., unas sondas que utilizaran sólo el espectro electromagnético estándar..., parecería completamente real.

—Entonces las explosiones que, según el señor Data, siguen a la aparición de una nave como ésta...

—¡Tienen que ser causadas por los dispositivos de autodestrucción! —acabó Riker el pensamiento de Picard. Cuando el capitán calló enmudeció de pronto, al tiempo que sus ojos regresaban a toda velocidad a la imagen de la pantalla—. Y tanto la ilusión como la autodestrucción pueden ser provocados por la aproximación de una nave estelar, de la misma forma que el dispositivo autodestructor de la nave abandonada se disparó cuando nos transportamos a bordo. La ilusión de la nave de guerra gigantesca debe ser el esfuerzo último destinado a espantar al posible atacante, y si eso no funciona, se activa la secuencia de autodestrucción.

—Teniente Worf —dijo Picard con urgencia—, ¿qué potencia tienen ahora los escudos de la nave alienígena? ¿Podemos atravesarlos con nuestros transportadores? ¿Y sacar de allí al teniente LaForge?

—No, señor. Los rayos fásicos, sin embargo, los atravesarían con facilidad.

Picard negó con la cabeza.

—¡Con el teniente LaForge ahí dentro, no! ¿Qué me dice de los objetos físicos? Si esos escudos han sido alterados y son similares a los campos de fuerza de nuestro simulador...

—Es posible, señor.

—¿Podríamos llevar a la propia *Enterprise* al interior de la ilusión?

—Sí, señor, creo que podríamos. Sin embargo, para hacerlo tendríamos que bajar nuestros escudos. La interacción entre los dos tipos de escudos...

—Y una vez dentro, ¿podremos transportar al teniente LaForge a bordo?

—Si las condiciones que existen ahora no cambian, sí, señor.

Picard se volvió sin tardanza hacia el terminal de navegación.

—Señor Gawelski, llévenos al interior de la imagen, sea lo que fuere. Señor Brindle, baje los escudos sólo el tiempo suficiente para permitirnos atravesarla. Y, señor CarPELLi, preparado para fijar el transportador sobre el comunicador del teniente LaForge y traerlo a bordo. Traiga también a los otros tres, si el tiempo y las circunstancias lo permiten. Teniente Yar, doctora Crusher, destacamentos de seguridad y médicos a la sala del transportador, inmediatamente.

La imagen parecida a una fortaleza aumentó de tamaño rápidamente hasta que sólo se vio una cúpula en la pantalla.

—Preparado para intentar la entrada, señor —informó Gawelski.

—Baje los escudos, Brindle —ordenó Picard.

El único indicio de esto que se vio en la pantalla fue un débil reflejo oscilante.

—Atravesando con potencia de impulso —informó Gawelski.

La imagen creció aún más, y comenzó a perder consistencia en los últimos segundos. Lo que desde lejos habían parecido líneas horizontales geométricamente rectas bajo la cúpula, quedaron de pronto borrosas y con los bordes irregulares, como una pintura vista al microscopio, donde las pinceladas en apariencia lisas se convierten en surcos y ondulaciones.

Y luego desapareció, y el Santuario quedó flotando ante ellos en el espacio.

Pero en el mismo instante, todos los del puente retrocedieron tambaleándose cuando una presión, como un viento fuerte y sostenido, los empujó durante unos segundos.

—Estamos pasando a través de los campos de fuerza, señor —tronó Worf a modo de explicación desde el terminal científico—. Ya estamos dentro. Hay...

El klingon quedó sin habla de golpe mientras sus dedos recorrían los controles del terminal científico y sus ojos registraban las lecturas recién aparecidas.

—Escudos del Santuario regresando a su configuración anterior, señor, y contrayéndose.

—Alférez Carpelli...

—Fijando ahora, señor.

—Brindle, dirija los rayos fásicos hacia la fuente energética del Santuario. Listo para disparar en cuanto el teniente LaForge esté a bordo.

—Activando ahora, señor —informó Carpelli.

—¿Los cuatro, señor Carpelli?

—Los cuatro, señor.

—Teniente Worf, ¿aún están inconscientes?

—Aún inconscientes, señor.

—Ya los tengo, capitán —informó Carpelli.

—¡Levante los escudos, Brindle! ¡Preparado para disparar rayos fásicos!

—Escudos levantados, señor. Preparado para...

—Los escudos del Santuario vuelven a estar en su sitio, capitán, lo rodean, pero aún están alimentados con energía aumentada. Los rayos fásicos no los traspasarán.

—No dispare, Brindle. Teniente Worf, ¿qué...?

—Está comenzando una nueva secuencia en la fuente energética de antimateria del Santuario, señor —lo interrumpió Worf—, probablemente una de autodestrucción por detonación simultánea de toda la antimateria.

—¡Sáquenlos de aquí, Gawelski!

—¡Espere, señor! —advirtió Riker con brusquedad—. ¡Está demasiado cerca! ¡El hábitat será destruido! Hay miles de personas...

—¡Brindle, el rayo tractor! —ordenó Picard sin perder un instante—. ¿Cuánto tiempo nos queda, teniente Worf?

—Menos de un minuto al ritmo actual, señor.

—Más que suficiente, si el rayo tractor resiste. Gawelski, aléjenos a toda velocidad de impulso del planeta en el instante en que el rayo tractor alcance al satélite. Si las historias ferengi del señor Data son ciertas, esto podría ser peligroso para el planeta además de para el hábitat.

Un tenso silencio y luego:

—Rayo tractor activado y fijado sobre el satélite, señor.

—Gawelski, máxima potencia de impulso.

En la pantalla, ahora enfocada sobre el planeta que tenían debajo, la imagen se contrajo rápidamente. En primer término, el punto que era el Santuario permanecía constante.

Desde el terminal científico, Worf comenzó la cuenta atrás a partir de veinte segundos.

A los diez, la *Enterprise* y la carga que la seguía estaban a casi ciento cincuenta mil kilómetros de distancia.

—Desactive rayo tractor —ordenó Picard con tono terminante—. Gawelski, invierta el curso, de regreso al hábitat. Manténganos entre el hábitat y el Santuario. Podrían necesitar la protección de nuestros escudos.

El Santuario, librado a su curso, continuó alejándose, entorpecido sólo levemente por el distante efecto de la ahora lejana gravedad del planeta.

Estaba a casi trescientas mil millas de distancia cuando se autodestruyó.

Por un instante rivalizó con un sol, incluso pese a haber gran distancia, y los sensores de la *Enterprise* captaron una nevisca de radiación mortal. El hábitat, en la protectora sombra de la *Enterprise* y sus escudos, no recibiría casi nada de la misma, y el planeta, protegido por su propia atmósfera, quedaría intacto.

La luz deslumbradora se extinguió, la radiación descendió, y todo estuvo concluido.

—Doctora Crusher —dijo Picard—, informe del estado de nuestros pacientes, en particular del teniente LaForge.

—El examen preliminar muestra que goza de su habitual buena salud, capitán. Pero me sentiré un poco más segura cuando haya despertado y pueda hablar con él.

—Igual que yo, doctora, igual que yo. ¿Y los otros tres? ¿Existe alguna razón por la que no puedan ser transportados de vuelta a la lanzadera?

—Ninguna razón relacionada con la salud, señor. Según los exámenes, están tan

bien como el teniente LaForge.

—Hágalo, señor CarPELLi. Cuanta menos gente de este planeta tenga noticia de la existencia de la *Enterprise*, más cerca estaremos de no faltar a la Primera Directriz.

—Tendrá que ser la otra lanzadera, capitán —comentó Brindle—. La que ellos utilizaron estaba acoplada al Santuario.

—Entonces, que sea a la otra lanzadera. Teniente Worf, ¿está todavía en condiciones de funcionamiento?

—Según las lecturas de los sensores, sí, señor.

Aliviado, Picard le transmitió la información a CarPELLi y se volvió a mirar a Shar-Tel.

—Confío en que no tenga usted objeciones en que lo devolvamos de la misma forma. Con la desaparición del Santuario, aunque no debida a ninguna acción por parte de nosotros, y con las naves de su grupo en camino, parece estar usted...

—¡Capitán! —interrumpió la teniente Yar que había vuelto a su terminal de seguridad—. Es el amigo de Shar-Tel, Le-Dron, que intenta comunicar con él.

Picard le hizo un gesto a Shar-Tel en dirección al terminal de seguridad.

Shar-Tel, tragando saliva de forma audible antes de hablar, dijo:

—¿Sí, Le-Dron, qué has encontrado?

—Lo siento, Shar-Tel. Llegamos demasiado tarde.

Shar-Tel se encorvó pero, rápido, volvió a erguirse.

—¿Mi hermano está muerto?

—Debe haber muerto sólo minutos antes de nuestra llegada, pero aunque hubiéramos llegado antes, estoy seguro de que no había ya nada que pudiéramos hacer. La bala...

—No hace falta que entres en detalles —le espetó Shar-Tel—. ¿Qué hay de los hombres de Kel-Nar? ¿Todavía están intentando detener a todo el mundo?

—Algunos sí, pero cuando se enteraron de lo que le hizo a tu hermano...

—Diles que Kel-Nar es mi prisionero. Diles que intentó hacerse con el control del Santuario pero fracasó. Diles que el Santuario ha sido destruido.

Durante un largo momento sólo hubo silencio.

—Entonces hemos ganado —dijo Le-Dron en voz baja.

Shar-Tel cerró los ojos por un instante, y luego dejó escapar el aliento en un débil suspiro.

—Sí, parece que hemos ganado. Regresaré dentro de poco, y llevaré conmigo a Kel-Nar y los que lo acompañaron al Santuario.

Otro breve silencio, y luego Le-Dron dijo:

—Como quieras. Aunque nadie te culparía si se supiera que Kel-Nar ya no está entre tus prisioneros cuando regreses.

Shar-Tel negó con la cabeza.

—Lo llevaré.

Antes de que pudiera hacer algo más que apartarse del terminal de seguridad, Yar estaba alzando una mano para hacerle una seña.

—Una de sus naves está respondiendo por fin a su mensaje —dijo la muchacha. Picard sonrió.

—Shar-Tel, ¿le importaría explicarles la situación a sus camaradas antes de marcharse? Sin mencionar a la *Enterprise*, por supuesto.

Shar-Tel dudó, inquieto de pronto al recordar su anterior conversación con Yar respecto a los posibles motivos de esas naves que se acercaban.

—Están intentándolo otra vez, señor —dijo Yar, al tiempo que sus ojos se encontraban con los de Shar-Tel tras lanzarle una breve mirada a Picard.

—Como usted quiera, capitán —contestó Shar-Tel, mientras erguía los hombros y se volvía otra vez hacia el terminal de seguridad.

—Aquí Shar-Tel —comenzó el anciano—. ¿Quién es?

—Aquí Lyn-Pron —dijo la voz, ahora aumentada para que todo el puente la oyera.

La tensión se aflojó en el interior de Shar-Tel, y éste se hundió con alivio.

De toda la gente que podría haber liderado a las naves en esta misión, Lyn-Pron era ese cuya presencia más esperanzas le daba. Lyn-Pron era el hombre con el que Shar-Tel había tratado más, el hombre con el que había trazado un millar de planes. El hombre con quien, a lo largo de casi dos décadas, se habían convertido en amigos..., o al menos en algo tan próximo a amigos como podían hacerse las voces sin rostro y con sueños compartidos.

—¿Habéis recibido el mensaje? —preguntó Shar-Tel.

—Lo hemos recibido, viejo amigo, pero...

—Podéis pasarlo por alto —lo interrumpió Shar-Tel—. Todo vuelve a estar bajo control. Nuestra meta se ha cumplido. El Santuario ha sido destruido. La explosión que sin duda habéis visto hace apenas unos momentos ha marcado su final.

—¿Se trata de un truco, viejo amigo? —De pronto, había desconfianza en la voz de Lyn-Pron—. En verdad hemos visto la explosión, pero no se produjo en ninguna parte cercana al Santuario.

—Es una larga historia, y yo no conozco ni con mucho la totalidad de ella. Kel-Nar intentó hacerse con el control del Santuario... asesinó a mi hermano... pero algo sucedió. El propio Kel-Nar fue reducido a la inconsciencia y expulsado del Santuario... —El anciano hizo una pausa en su improvisación y le echó una mirada a Picard que lo observaba con atención—... y de alguna forma el Santuario mismo se alejó hasta el lugar en el que visteis la explosión. Si no lo hubiera hecho, habríamos resultado todos muertos, y el planeta podría haber sufrido daños a causa de la radiación. Como he dicho, estoy seguro de que mi hermano...

—Pero el Santuario no tenían ningún sistema de propulsión, o eso me has dicho tú con bastante frecuencia.

—Si Shar-Lon pudo hacer que buscara todos los misiles de la superficie del planeta y los arrojara a todos a centenares de miles de millas de distancia en el espacio antes de detonarlos —replicó Shar-Tel, dejando que su voz manifestara un poco de exasperación—, estoy seguro de que podía hacerlo lanzarse hacia el espacio de la misma manera. Él era el único que conocía y utilizaba los Regalos, pero él...

—Te creo, viejo amigo —dijo Lyn-Pron, y de pronto su voz traslució, no suspicacia sino tristeza—. Casi desearía no hacerlo.

Shar-Tel frunció el entrecejo.

—¿Que desearía no hacerlo? ¿Qué...?

—Lo que tengo que decirte sería más fácil si no te creyera, si pensara que estás intentando engañarme, si pensara que te has puesto de parte de Kel-Nar o has sido seducido tú mismo por el poder de los Regalos, pero...

Bruscamente, la voz de Lyn-Pron se interrumpió, y durante un momento sólo hubo silencio.

Por fin, volvió a hablar.

—Los otros no saben que he contactado contigo —dijo Lyn-Pron—. Lo prohibieron, después de tu último mensaje.

—Pero ¿por qué? Yo intenté avisaros...

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero ellos no te creyeron. Temían que se tratara de un truco.

—¿Un truco? ¿Para salvaros de Kel-Nar?

—Un truco para demorarnos, para darle tiempo a Kel-Nar..., el tiempo que necesitaba para dominar los Regalos y poder destruir nuestras naves, de la misma forma en que tu hermano destruyó los misiles que lanzaron contra él hace cincuenta años.

—¡Eso es una locura! ¿Por qué...?

—Ya lo sé, viejo amigo, ya lo sé. Pero yo soy sólo uno entre muchos. Intenté convencerlos de que no había ningún truco. Créeme, lo intenté, pero no quisieron escucharme.

—Pero seguramente ahora que el Santuario ha sido destruido y Kel-Nar es mi prisionero...

—Lo lamento, Shar-Tel, pero eso no implicará ninguna diferencia para los otros. Ésta nunca ha sido una misión para ayudarte contra Kel-Nar ni para intentar destruir el Santuario. Ha sido una misión contra todos vosotros.

Los ojos de Shar-Tel se encontraron con los de Yar durante una fracción de segundo, y él vio la tristeza que había en ellos, la tristeza por el hecho de que, en su cinismo, ella había tenido razón.

—Entonces, ¿cuáles son vuestros planes? —preguntó Shar-Tel con una voz ahora

inexpresiva y resignada—. ¿Vais a invadir y apoderaros de nuestro mundo?

Lyn-Pron suspiró, casi estremecido.

—Ojalá fuera así, pero no lo haremos.

—¿Qué, entonces?

—Destrucción. Es lo único con lo que se contentarán, la total destrucción de los Guardianes de la Paz y su mundo.

Cólera, pasmo, incredulidad..., todos estos sentimientos cruzaron el rostro repentinamente ceniciento de Shar-Tel.

—¡Esto es una locura! —dijo con voz temblorosa—. ¡Aquí hay casi un millar de personas, entre hombres, mujeres y niños! ¡Si queréis a Kel-Nar, podéis quedaros con él! ¡Si me queréis a mí, podéis quedaros conmigo! ¡Pero todos los otros...!

—Después de cincuenta años de tiranía —se oyó decir a la voz de Lyn-Pron, sofocando a la de Shar-Tel—, la gente ya no hace distinciones. Excepto para mí y unos pocos que hemos llegado a conoceros a lo largo de los últimos años, sois todos Guardianes de la Paz. Sois los que destruisteis la flota de lanzaderas. Sois los que, con vuestros Regalos, nos obligasteis a pagar tributo, a permitirnos que nos robarais todo lo que necesitabais para que vuestro mundo continuara funcionando. Sois los que habéis destruido todas las naves que intentamos lanzar durante más de dos décadas. Sois los que se han negado a compartir con nosotros la más mínima fracción de la ciencia alienígena a la que teníais acceso. ¡Sois los que han mantenido prisionero a todo nuestro mundo durante cincuenta años! Sois...

De pronto, Lyn-Pron calló, y todos los del puente pudieron oír su respiración agitada. Por fin, en voz baja, prosiguió.

—Lo siento, viejo amigo, pero así es como nos sentimos prácticamente todos nosotros, incluso entre los que hemos trabajado con vosotros durante todos estos años. No hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo, nada.

—Entonces, ¿por qué estás contándome esto? —estalló Shar-Tel a la par que le subían los colores de furia—. ¿Para torturarnos? ¿De forma que no sólo vayamos a morir sino que sepamos que vamos a morir?

Se oyó una amarga carcajada de Lyn-Pron.

—Los hay a los que nada les gustaría más, excepto el torturaros a cada uno de forma individual durante el resto de vuestras vidas. Pero no, estoy haciendo esto... y arriesgando mi propia vida al hacerlo, porque si alguien me sorprendiera hablando ahora contigo creo que volverían sus armas contra mi nave antes incluso de atacaros a vosotros... estoy haciéndolo porque no podría vivir conmigo mismo si no fuera honrado contigo. Y porque no consigo convencerme de renunciar a la esperanza, ni siquiera ahora.

—¡Pero acabas de decir que ya has renunciado!

—He usado todos los argumentos una docena de veces, pero... Queda una hora hasta nuestra llegada, una hora hasta que le abramos un millar de agujeros a vuestro mundo de los Guardianes de la Paz. Continuaré discutiendo durante cada segundo, pero también dejaré abierto el canal principal de nuestras naves, para vosotros, para cualquier cosa que podáis decir o demostrarnos, cualquier cosa por pequeña que sea.

—Pero si hacemos eso, los otros se darán cuenta de que nos has contado...

—Lo sé, pero no importa. Si esto fracasa..., como mucho me temo que ocurrirá..., no creo que quiera vivir más tiempo en cualquier caso, no con vuestra muerte, con la muerte de vuestro mundo sobre mi conciencia. Buena suerte, viejo amigo.

La conexión quedó interrumpida. Shar-Tel se volvió hacia Picard.

—Devuélvame a la lanzadera, rápido. Me gustaría pasar al menos unos pocos minutos en el mundo de los Guardianes de la Paz antes de que...

—No —casi gritó la consejera Deanna Troi, que había estado escuchando con dolor la conversación—. ¡No podemos permitir que esto suceda, capitán! ¡Tenemos que hacer algo!

—Estoy de acuerdo, consejera —repuso Picard—, y estoy abierto a sugerencias. —Recorrió el puente con la mirada—. En efecto, parece que una parte de la responsabilidad es nuestra, si bien no por la situación en sí, al menos por haber precipitado la crisis. Estoy abierto a sugerencias, cualquier cosa que salvaguarde la Primera Directriz.

—Señor —dijo Data casi de inmediato—, he encontrado correlaciones adicionales, posiblemente muy significativas, en la información suministrada por los ferengi. Extrapolando éstas, y otras correlaciones para determinar si tenían alguna relevancia en la situación presente...

—Continúe, Data —lo instó Picard con impaciencia.

—Creo que las correlaciones poseen, en efecto, cierta relevancia, señor. De hecho, sugieren una posible solución para este problema.

No fue la ingravidez lo que hizo que el estómago de Lyn-Pron se revoliera cuando la órbita de transferencia que su nave había estado siguiendo se acercó al final, y el mundo de los Guardianes de la Paz se hizo más grande en la pantalla del radar que tenía delante.

Fue la frustración. Y el sentimiento de culpa.

Frustración por no ser capaz de convencer a los otros de que al menos retrasaran su asalto, mucho menos de que lo cancelaran. Finalmente, les había hablado de su conversación con Shar-Tel y de su afirmación de que el Santuario había sido destruido. Pero aun así no logró conmoverlos, y durante un momento llegó a tener verdadero miedo de que volvieran sus armas contra él. Incluso cuando, minutos antes, había resultado obvio por las pantallas de los radares que el Santuario ya no estaba en el lugar que había ocupado durante las últimas cinco décadas, los otros rechazaron el hecho.

—No es más que otro truco —gruñó uno de los pilotos—. Con esos malditos Regalos suyos, Shar-Lon puede hacer lo que quiera.

Pero el sentimiento de culpa que sentía Lyn-Pron era aún más intenso que su frustración. Durante casi una década le había mentido a un hombre que, a pesar de los constantes esfuerzos que él había hecho para resistirse, para continuar siendo «objetivo», se había convertido en amigo suyo. Las naves mismas, en vez de ser capaces de transportar veintenas de hombres cada una, tenían espacio para uno solo... y veintenas de misiles. Su propósito nunca había sido otro que la destrucción, no sólo del Santuario sino del propio mundo de los Guardianes de la Paz. No podía convencer a sus aliados de que la destrucción sería unos ignominiosos cimientos para construir el mundo pacífico que tanto deseaban.

Y ahora, en menos de un cuarto de hora, Lyn-Pron tendría que contemplar esa destrucción, incapaz de levantar un sólo dedo para evitarla.

De improviso, la pantalla de encima del panel de controles destelló generando caóticas imágenes.

Sobresaltado, levantó la mirada. Había dejado abierta la conexión de audio, pero esto...

—¡Lyn-Pron! —dijo, desde una de las naves, una acusadora y áspera voz a través de la conexión de audio—. ¿Es éste otro plan para salvar a tus amigos?

Pero antes de que pudiera negarlo, antes de que pudiera hacer más que preguntarse si, de alguna forma, Shar-Tel era el responsable... emergió una imagen del caos.

¡Era Shar-Tel!

Pero no estaba en ninguna parte del mundo de los Guardianes de la Paz cuya existencia hubiera sospechado nunca Lyn-Pron, ni en el Santuario, a menos que las descripciones de Shar-Tel hubieran sido lisa y llanamente mentiras. En la mortecina luz, el perfecto negro y el naranja oscuro eran los únicos colores visibles, excepto por lo que hacía al propio Shar-Tel y sus ropas. El aire estaba impregnado por una calina humosa que reducía aún más la visibilidad, confiriéndole a Shar-Tel un aspecto amenazador. Detrás de él había hileras de paneles, no con controles o pantallas reconocibles, sino con configuraciones de luces de formas raras.

—¡Shar-Tel! —dijo Lyn-Pron con un grito ahogado—. ¿Qué es esto?

—Lo lamento, Lyn-Pron —le contestó el anciano, pero su voz, rígida y sin expresión, resultaba prácticamente irreconocible—, pero vosotros ibais a...

De súbito, fue interrumpido cuando una mano enorme, cuyos dedos entre negros y grisáceos se extendían como garras desde un mitón tachonado que se encontraba al final de una manga de algo parecido al cuero con tachas similares, lo aferró por un hombro y arrojó con rudeza a un lado.

Lyn-Pron profirió un grito ahogado cuando la criatura llenó de pronto la pantalla. De por lo menos treinta centímetros más de estatura, y casi lo mismo más ancho que Shar-Tel, iba vestido con pesadas pieles de un brillo casi metálico, como un atuendo

de batalla bárbaro. Suspendida de una enorme cadena que le rodeaba el cuello, tenía lo que podría haber sido una escultura o, según sospechó Lyn-Pron, la cabeza conservada de algún animal de asesinos colmillos.

Pero la cara y cabeza de la criatura... Era humanoide, pero estaba lejos de ser humano. Aunque era oscuro, de color carne en estado de putrefacción, su boca y mentón barbado tenían una forma casi humana, y encima de los penetrantes ojos y los poderosos senos frontales, una prominente cresta ósea se extendía desde lo alto de la nariz, le cruzaba la frente y continuaba hasta casi la mitad de la coronilla, donde se encontraba con una melena de pelo negro azabache que caía sobre sus orejas deformes y sus enormes hombros.

—Vosotros sois los necios que soñáis con destruirme —dijo, su voz un retumbar bajo, la boca torcida en una sonrisa burlona.

Desde una de las otras naves, alguien consiguió preguntar:

—¿Quién eres?

La figura se echó a reír, un sonido tan profundo y retumbante como su voz, tan amenazador como su apariencia.

—Entre mis iguales... y son pocos... soy conocido como Worf. Para vosotros, soy el dueño de lo que vosotros, criaturas, habéis creído apropiado llamar el Santuario. ¿No pensasteis que podría tomarme a mal vuestros débiles intentos de dañarlo?

—Yo no los llamaría precisamente débiles —dijo otro piloto, cuya voz vaciló al intentar que sonara desafiante—. Nosotros vimos la explosión que lo destruyó.

—¿Qué lo destruyó? ¿Tiene aspecto de haber sido destruido? No, yo no permito que mis propiedades sean destruidas con tanta facilidad.

—¡No sabíamos que era suyo! —dijo una tercera voz, esta con una nota aguda de miedo—. ¡Lo habían abandonado! Nosotros sólo...

—¡Yo no abandono mis propiedades, criatura!

—¡Entonces, llévatelo! ¡No nos importa si está destruido, mientras nos libremos de él!

El otro volvió a reír.

—Vosotros no lo entendéis, criaturas. Aquí tengo muchos objetos que me pertenecen, y además no siento ningún deseo de renunciar a ninguno de vosotros.

—¿Ninguno de nosotros? —estalló Lyn-Pron—. ¿Qué locura es ésta? ¡Nosotros no te pertenecemos!

—¿Vosotros pensáis que no? —La figura agitó su mano izquierda con gesto imperioso.

Y de repente, Lyn-Pron sintió un hormigueo por todo el cuerpo. El aire que lo rodeaba se llenó con listas de luz, y de las otras naves le llegaron exclamaciones ahogadas y al menos un grito.

Durante un instante quedó paralizado, incapaz de acabar la inspiración que había comenzado un momento antes, seguro de que incluso su corazón se había parado en medio de un latido.

Y el estrecho compartimiento de la nave se desvaneció entorno a él.

Por un momento no hubo nada más que la áspera intensidad de las bandas de luz, que ahora lo envolvían como si quisieran cubrirlo.

Y se encontró en el lugar que, segundos antes, había sido sólo una imagen en la pantalla. La criatura que se había llamado a sí misma Worf se hallaba de pie ante él, encumbrándose como un coloso demoníaco. A un lado, Shar-Tel permanecía también de pie, rígido, inmóvil, sin parpadear. En torno a ellos, envolviéndolos, estaba la calina ocre, amorteciendo los dibujos de luces de los paneles que cubrían la pared de detrás de la criatura. El calor era sofocante, el aire completamente impregnado de un olor desconocido pero acre y desagradable.

Y no podía moverse ni adelante ni atrás. Podía volver la cabeza, mover los brazos, pero sus pies parecían arraigados en el suelo.

Una exclamación ahogada, luego otra, llegaron desde detrás de Lyn-Pron. Girándose, vio a los hombres de las otras cinco naves, con los ojos abiertos de par en par a causa del pasmo. Detrás de ellos había más paneles desdibujados por la calina. Por ninguna parte se veía rastro alguno de puerta o abertura de ninguna clase.

—¡Bienvenidas a mi guarida, criaturas! —tronó la voz de bajo—. ¿Hay alguna cosa que os gustaría ver?

Haciendo una pausa, Worf los miró uno por uno con atención burlona, luego sonrió, y por un momento dio la impresión de que la pequeña cabeza que colgaba de la cadena que llevaba en torno al cuello, enseñaba los colmillos en una grotesca parodia de sonrisa.

—¿No? En ese caso, dejadme que os enseñe algo de mi propia elección.

Otro gesto, y uno de las formas cúbicas de luz de los paneles que había detrás de la criatura, parpadeó y cambió.

Y en el aire calinoso apareció una imagen de la nave de Lyn-Pron, en tres dimensiones y de apariencia lo bastante sólida como para poder tocarla.

Otro gesto, éste apenas más que el agitarse de un dedo, y un relumbrante rayo de luz alcanzó a la nave. Un momento más tarde la nave misma comenzó a relumbrar, luego ardió y desapareció.

—Quizás os permita conservar las otras —dijo la criatura, riendo—, si no os mostráis demasiado fastidiosos.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Lyn-Pron, el único que parecía haber recobrado la capacidad del habla—. ¿Por qué estás aquí?

—He venido porque habéis tenido la desgracia de invadir lo que era mío. Me he quedado porque vuestras antiguallas me divierten. —Otra risa salió tronando de las

profundidades del pecho de Worf—. El que se llamaba a sí mismo Shar-Lon era una interminable fuente de diversión, en particular por sus egocéntricos desvaríos a propósito de que estaba actuando según su libre albedrío.

—¡Entonces estaba poseído!

—Por supuesto... aunque él lo llamaba ser «elegido». Sus desvaríos eran casi tan divertidos como vuestros frenéticos intentos de eludir su acción.

—Pero ¿por qué te has mostrado ante nosotros ahora? Después de cincuenta años...

—Después de cincuenta años, estabais comenzando a aburrirme, incluso a irritarme con vuestras despreciables conspiraciones. Por lo tanto, he decidido tomar el control directo en lugar de actuar secretamente a través de uno de vosotros. Por vuestro bien, espero no acabar decepcionado con los resultados. ¡No todos son tan privilegiados como para disponer de una segunda oportunidad! Agradeced que, durante esos primeros años, llegasteis a divertirme tanto como lo hicisteis. En caso contrario, puede que simplemente hubiese partido para no regresar nunca.

—¡Hazlo, entonces! —casi le gritó Shar-Tel.

Worf bajó la mirada hacia Shar-Tel durante un momento, con un destello divertido en sus encapotados ojos. Luego retrocedió y se sentó en una silla semejante a un trono, cuyos brazos estaban cubiertos con versiones en miniatura de los dibujos de luces que se veían en los paneles de la pared.

—Puede que lo haga —dijo—, si os volvéis demasiado aburridos o demasiado fastidiosos. Sin embargo, no creo que fuerais a estar contentos con los resultados. —Hizo una pausa, y sus ojos se posaron brevemente sobre cada uno de los seis—. Recordad —terminó con una sonrisa reflejándose en la diminuta cabeza que descansaba sobre su pecho—. Yo no abandono lo que me pertenece.

—¿Nos matarás? —preguntó Lyn-Pron con horror.

—En su momento, tal vez, a menos que, sin ayuda ninguna por mi parte, os matéis vosotros mismos. Eso, por supuesto, podría mantener mi interés en vuestro pequeño mundo durante algún tiempo más. El suicidio planetario es, en efecto, un fenómeno que me intriga, y yo...

—Entonces, ¿por qué destruyó nuestros misiles hace cincuenta años? ¿Por qué...?

En los hombros de Worf se apreció un asomo de encogimiento cuando dijo:

—En aquel momento me pareció una buena idea. Y la verdad es que me proporcionó décadas de diversión que no habría obtenido si os hubiese permitido que simplemente convirtierais vuestro mundo en cenizas. Así que, independientemente de lo que penséis de mis métodos o motivos, al menos podríais darme las gracias por varios años de existencia planetaria que en caso contrario podríais no haber tenido. —Volvió a reír—. Tal vez podáis demostrarme vuestra gratitud llevando a cabo vuestra autodestrucción de la forma más interesante posible. Podría disponer que algunos de

los Regalos más refinadamente destructivos fuesen distribuidos entre ciertos líderes vuestros...

—¡Maldito! —estalló Lyn-Pron—. ¡Es nuestro mundo del que está hablando! No tenemos ningún interés en destruirlo, ni con sus Regalos ni con nuestras propias armas, ni con nada. ¡Actúas como si esto fuese un juego!

—Pero si lo es, pequeña criatura, lo es. ¿No tenéis vosotros juegos similares en vuestro mundo? Creo que los he visto, juegos en los que criaturas inferiores son enfrentadas la una contra la otra, y vosotros las vitoreáis, instándolas a matarse la una a la otra.

—¡Sólo unos pocos enfermos disfrutan con cosas semejantes! No todos...

—¿Quién tiene derecho de decir quién está enfermo? Tal vez es algo mucho más propagado de lo que tú crees. Tal vez vosotros, que salisteis con el propósito de asesinar a más de un millar de vuestros propios congéneres, compartís esta llamada enfermedad.

Worf agitó una mano con desdén.

—Pero estoy aburrido de esto. Os devolveré a vuestras naves... a los de vosotros que aún tenéis una nave a la que regresar. En cuanto a ti... —Sus ojos inmovilizaron a Lyn-Pron—. A ti, puede que te retenga durante algún tiempo. Pareces tener más brío que los otros.

Lyn-Pron se estremeció ligeramente pero no se acobardó.

Luego, un momento después, reprimió un respingo. Algo estaba formándose en la calina detrás de la enorme silla de Worf. Al principio, fue como si la neblina misma estuviera espesándose, pero luego vio que era algo independiente. Era algo pálido, casi tan blanco como el papel, y se hacía gradualmente más definido.

Hasta que, de pronto, se volvió nítida.

¡De casi un metro de altura, suspendida a dos metros por encima de la cubierta, estaba la cara de Shar-Lon!

Y, a pesar de que Lyn-Pron había conseguido impedir que su propio rostro delatara la presencia de la imagen, los otros no habían tenido tanto éxito. Worf se removió inquieto en su asiento.

Durante un instante apenas pareció sobresaltarse, y luego se echó a reír.

—Eres más persistente de lo que yo pensaba, oh, elegido. ¿Qué tienes que decir?

—Lyn-Pron —dijo el fantasmagórico rostro—, si estás viendo y oyendo esto, yo he tenido éxito. Ahora depende de ti, de Shar-Tel y de los otros, y tenéis que daros prisa. Debéis hacer caso a Shar-Tel. Este monstruo puede ser vencido.

—¡Eso será suficiente! —gruñó Worf, levantándose y pasando a grandes zancadas a través de la cara de Shar-Lon como para demostrar que no existía.

Pero incluso mientras la atravesaba, la voz de Shar-Lon continuó.

—Esta criatura no es invencible. Se trata de un delincuente, un proscrito incluso

entre los de su propia especie. Pudo atraparme a mí con sus Regalos porque yo era un ingenuo. Fue capaz de controlarme porque yo estaba solo. Pero aun así, yo no he quedado impotente del todo. Conseguí, antes de mi muerte...

En los paneles del fondo de la habitación, Worf le propinó un rudo golpe a uno de los diseños de luces con la mano enguantada en el mitón tachonado. Pero el rostro, aunque quedó inmóvil de pronto, no desapareció.

Y, un momento después, comenzó nuevamente con sus palabras, desde el principio.

—¡Ya basta! —casi gritó Worf, pero en el mismo instante Shar-Tel retrocedió dando un traspié, como si se hubiese liberado de lo que lo sujetaba.

—¡Lyn-Pron! —dijo con voz ronca—. ¡Ésta es nuestra única oportunidad! ¡La única oportunidad de nuestro mundo! ¡Tienes que...!

—¡Salvajes estúpidos! —Las palabras estallaron en los labios de Worf al tiempo que él cogía una pequeña arma de filo dentado que llevaba envainada a la cintura. Al sacarla, creció como por arte de magia hasta transformarse en una cimitarra de un metro de largo. Cortó de través el gigantesco rostro de Shar-Lon, pero sólo agitó la calina que aún impregnaba el aire.

Un instante más tarde, se volvió hacia Shar-Tel, y su rugido ahogó la incorpórea voz de Shar-Lon.

Y Lyn-Pron quedó en libertad.

Lo que fuera que había estado reteniéndolo en la inmovilidad, lo dejó libre de forma repentina.

Lanzándose hacia delante, saltó sobre la espalda de Worf y sus manos aferraron la que sujetaba la cimitarra.

Y luego otro quedó libre, y otro, y luego los cinco estaban lanzándose hacia delante, sujetando a Worf, aferrándose a él con desesperación mientras, juntos, obligando al arma a retroceder hasta que su rutilante filo tocó el rostro del gigante contorsionado por una mueca.

Un desafiante rugido salió como una explosión de la garganta de Worf, y luego éste cayó al suelo.

Y se desvaneció en un crepitante despliegue de energías de transportador. Lyn-Pron y los cinco se desplomaron los unos sobre los otros.

—¡Ha desaparecido! —fue la ahogada exclamación de Shar-Tel—. ¡Hemos ganado! Ahora, de prisa, debemos hacer un último uso de los Regalos para devolverlos a vuestras naves. ¡Dentro de pocos minutos, ahora que la criatura y su control han desaparecido, el Santuario se destruirá de verdad! Ésa es otra de las cosas que mi hermano fue capaz de conseguir.

Sin aguardar una respuesta, sin aguardar siquiera a que los seis se desenredaran e incorporasen, Shar-Tel pulsó con fuerza algo en uno de los paneles.

El rostro de Shar-Lon, que aún hablaba, se desvaneció.

Un momento después, Lyn-Pron sintió un hormigueo y fue envuelto, junto con los otros cinco, en las energías del sistema transportador de la *Enterprise*.

Shar-Tel, mientras desaparecían, profirió un gigantesco suspiro de alivio y luego se volvió y esperó a que la imitación de Santuario —en realidad una mezcla de imágenes de media docena de fuentes, incluido el puente de un acorazado klingon de un siglo de antigüedad— desapareciera y se abriesen las puertas del simulador.

Salió a los corredores de la *Enterprise*, dejando atrás el pasado de su mundo —un mundo de dictaduras y despreciables celos, de guerra y constante lucha—, y avanzó hacia un futuro lleno de esperanza. La paz llegaría a su mundo, no a través del poder conferido por un armamento superior, ni una mágica intercesión desde lo alto, sino a través de la cooperación de todas las naciones y pueblos.

Dos minutos más tarde y a diez mil millas de distancia, donde habría estado el Santuario si no hubiese sido ya destruido, un torpedo de fotones detonó para que lo viera todo el mundo..., incluso las cinco naves que quedaban.

Desde la seguridad de una distancia indetectable, la *Enterprise* contemplaba cómo las cinco naves se aproximaban al hábitat.

—¡Demasiado melodramático! —había protestado Picard, casi gimiendo mientras contemplaba la representación—. ¡Nunca creerán una patochada como ésta!

Incluso Worf, aunque era obvio que había disfrutado de su primera «improvisación dramática», tenía sus dudas respecto a la efectividad de la misma.

—Ningún klingon sería jamás lo bastante estúpido como para volverles la espalda a seis enemigos, por muy bien sujetos que se supusiera que están —fue la queja de Worf, pronunciada como si refunfuñara, mientras se quitaba su atuendo de batalla klingon y se ponía el uniforme de la Flota Estelar con su simbólica banda—. Mi «derrota» resultó absolutamente inverosímil.

Troi, que había controlado el estado emocional de los seis pilotos y transmitido de forma constante los resultados a Worf para guiarlo en su improvisación, era la única que había parecido tener confianza en los resultados.

—Independientemente de lo que digan, Jean-Luc, ellos quieren creerlo —aseguró ella—. Por muchos que sean los agravios que hayan sufrido a manos de Shar-Lon y los Guardianes de la Paz, en el fondo no les complace la idea de asesinar a un millar de personas indefensas.

Y con cada minuto que pasaba, con cada nueva transmisión que interceptaba Yar, más parecía que Troi estaba en lo cierto. El «fallecimiento» de Worf y la «final destrucción» del Santuario habían sido aceptados casi sin cuestionamiento.

Todos los habitantes del mundo de los Guardianes de la Paz —con la posible excepción de Kel-Nar y su círculo más íntimo, los cuales, al despertar, se había

encontrado encerrados y bajo guardia—, estaban siendo considerados ellos mismos como víctimas de los Constructores, no como los tiranos elitistas que habían parecido durante décadas. Ya se hablaba de que, en algún día muy próximo, el hábitat mismo se convertiría en aquello que, cuando lo diseñaron, muchos habían pensado que sería: el primer gran paso del programa espacial del planeta.

Finalmente, las cinco naves aterrizaron y sus pilotos salieron. Lyn-Pron, dado que su nave había sido destruida, fue transportado al hábitat junto con Shar-Tel, y ahora ambos salieron de la cámara de descompresión para recibir a los cinco de forma ceremoniosa.

Picard, que al parecer estaba por fin satisfecho de que la situación se encontrase de veras bajo control, se sentó en su sillón.

—Parece que hemos conseguido deshacer los resultados de nuestra no planeada interferencia... y devolver al planeta a su curso normal de evolución —dijo.

—Sí, señor —repuso Riker al tiempo que asentía con la cabeza—. Espero que se aventurarán en el espacio con bastante prontitud... en su momento y manera. Tal vez volvamos a encontrarnos con ellos.

—Tal vez sí —asintió Picard—. Sin la necesidad de ser nada más que nosotros mismos... ¿correcto, señor LaForge?

—Sí, señor —dijo Geordi, y se volvió en su asiento para encararse con el capitán.

Picard ya le había dejado muy claro lo importante que era tener presente la Primera Directriz cuando uno trataba con culturas emergentes. A pesar de que él había basado todas sus decisiones en el solo deseo de salvar vidas, su decisión de encarnar a los Constructores fue la raíz de todas las complicaciones posteriores. Esta vez todo había resultado ser para mejor. La próxima...

Sacudió la cabeza. La Primera Directriz era una cosa complicada.

Picard sonrió.

—Reanude el curso hacia la Base Estelar cincuenta y cuatro, señor LaForge.

—Curso entrado, señor.

—Adelante.

Y el mundo de los Guardianes de la Paz desapareció detrás de ellos.

Pocos minutos más tarde, cuando Picard se había retirado a su sala para meditar sobre el informe que tendría que hacer para la Flota Estelar, Geordi se volvió a mirar a Data, que se encontraba ante su terminal de observación.

—El comandante Riker me ha contado que fue a usted a quien se le ocurrió la excelente idea que nos ha salvado, Data.

—Yo sólo sugerí la estructura básica de la idea. Fueron los otros, en particular la teniente Yar, quienes la desarrollaron hasta obtener una solución factible.

—De todas formas, Data, la idea original fue suya. —Sonrió y se inclinó más hacia el otro, como si fuera a contarle un secreto—. No quiero molestarlo, pero esa

idea se parece terriblemente a la simple y vieja intuición.

Data negó con la cabeza con aire triste.

—Gracias, Geordi, pero me temo que fue simple extrapolación lógica. Entre las historias recopiladas por los ferengi había no menos de tres en las que gigantescas explosiones ocurridas en el espacio —presumiblemente estaciones orbitales que se autodestruyeron—, produjeron unos resultados positivos a largo plazo virtualmente idénticos. Los pueblos de cada uno de esos planetas, aunque ninguno había desarrollado todavía un programa espacial, estaban guerreando de forma constante entre sí, agotando los limitados recursos de sus planetas para fabricar armamento. Pero las explosiones del espacio, acompañadas de los efectos de la radiación sobre la superficie del planeta, hicieron que advirtieran que ahí fuera había algo..., algo que los hizo darse cuenta de lo insignificantes que eran sus propias diferencias. La presente situación parecía similar... De hecho, los pueblos del mundo de Shar-Lon parecían más que dispuestos a instituir un gobierno mundial, a librarse de su nacionalismo autodestructivo y los arsenales que éste había engendrado, una vez que hubiesen eliminado a los Guardianes de la Paz. Así que la solución parecía obvia: para volver a unir a los Guardianes de la Paz y el resto de la población, hacía falta un enemigo. Y puesto que ya nos habían dicho que existían quienes desde el principio creyeron que Shar-Lon había sido «poseído», era lógico utilizar esa creencia en la solución. En realidad, por lo que se dice, Shar-Lon estaba de verdad influenciado por algunos aspectos de los Constructores, por algo que era inherente al dispositivo de control mental del Santuario. En un cierto sentido, por lo tanto, nosotros sólo estábamos informándolos, de una forma algo distorsionada y melodramática, de qué le había sucedido en realidad a Shar-Lon.

—Lo sé —dijo Geordi, entre carcajadas—. Está perfectamente claro y todo cuadra, mirado en la distancia. Pero por otra parte, así funciona también la intuición. Siempre que a alguien se le ocurre una idea brillante, alguna otra persona siempre dice: «¿Por qué no he pensado en eso?».

Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza.

—Tal vez la única diferencia sea que, para los meros humanos, la «intuición» tiene lugar en nuestro subconsciente, donde no podemos ver qué sucede en realidad, así que lo llamamos una corazonada y lo dejamos así. Pero usted no tiene un subconsciente, así que el proceso tiene lugar donde usted puede captar su desarrollo.

Data se animó, pero miró a Geordi con aire interrogativo.

—¿Cree de verdad que eso es posible? ¿Que yo posea una forma de «intuición»?

—Lo creo, Data —repuso Geordi, al tiempo que asentía con la cabeza y sonreía—. Pero por otro lado, sólo es una corazonada.

Notas

[1] *Wild-goose chase*: literalmente, «caza de gansos salvajes». Se trata de una frase hecha utilizada para referirse a empresas infructuosas. En este caso, debido a la respuesta de Data, se hace necesaria la traducción literal. (*N. de la T.*) <<

[2] Unidad de medida del espacio interestelar equivalente a 206,265 veces el radio de la órbita de la Tierra, o a 3,26 años luz o a 30,9 trillones de kilómetros. (*N. de la T.*)

<<

[3] *Get our feet stuck in our mouth...* Literalmente: «acabar con los pies metidos en la boca» o «nos metan nuestros propios pies en la boca...» La expresión es equivalente a «meter la pata». (N. de la T.) <<

[4] Unidad de longitud que se utiliza para medir longitudes de onda y dimensiones atómicas. (*N. de la T.*) <<